



13 TRIPTICOS

Jorge García Tamayo



EDILUZ
EDITORIAL DE LA
Universidad del Zulia

13 TRÍPTICOS

Jorge García Tamayo

Prohibida su reproducción, adaptación, representación o edición, sin la debida autorización de la Universidad del Zulia o de los autores.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-3848-7

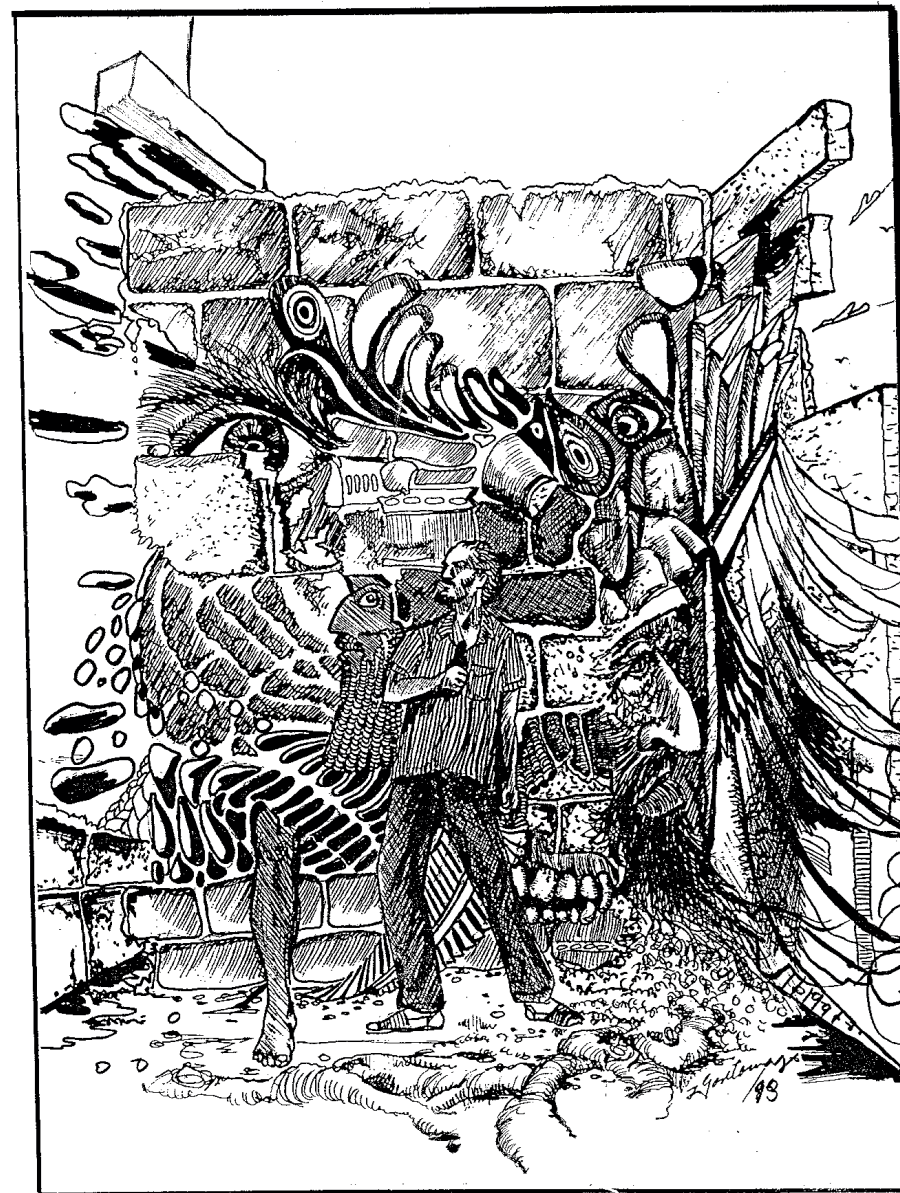
Editorial de la Universidad del Zulia (EDILUZ). Ciudad Universitaria Dr. Antonio Borjas Romero. Facultad de Humanidades y Educación. Sótano del Bloque C. Apartado 526. Teléfonos (424) 5621618

Correo Electrónico: direccionediluz2020@gmail.com
Maracaibo, Venezuela.

Octubre, 2023

Publicación financiada por el autor Jorge García Tamayo

TRÍPTICO MESOPOTÁMICO



LA NOCHE MESOPOTÁMICA

Tomábamos cerveza en aquel botiquín cuando mi entrañable Alonso se empeñó en que teníamos que irnos a que las putas. Estábamos en una taguarita tranquila, popular, como casi todas las de nuestro sector preferido de Babilonia, una covacha no visitada por mujeres, un cubil creado estrictamente para beber y beber tarros con cerveza espumosa mientras conversábamos interminablemente, sin atenderle al tiempo... Así era Alonso, y además allí estaba Clavelo, siempre listo para secundar sus ideas locas. Ambos andaban en la misma temática, tranquilízate, aguántate, esperate, andate, parate de una vez y todas esas esdrújulas no acentuadas rematadas en ate y que uno dice tan solo para dilatar el momento y que parecían no valer de mucho en esa noche Ninibiones estaba inspirado... Levantó su jarra y nos miró fijamente mientras decía. ¡Coño, Toño! Tu lucha por el Santo Grial es una pérdida de tiempo asquerosa y no te llevará a nada bueno. Yo pensé que ya estaba en trance, como era su costumbre inveterada, tan reiterativa como la putería en mi entrañable Alonso. Nini prosiguió su discurso. Me recuerdas a Gilgames, el que buscó la planta de la inmortalidad con mucho afán, pero nunca pudo hallarla. Mas vaina vamos a echar a que las putas, insistió Alonso interrumpiendo a mi inspirado amigo quien como si estuviese sordo continuó. No obstante, en su vano empeño, Gilgames nos dejó una muestra de lo que vale el hombre, la amistad, la lealtad... Bueno, si somos realmente amigos tendremos que acompañar a Alonso a que las putas, insistió Clavelo tapándole la boca a Ninibiones. Mi entrañable me miró sonriente. Vai pues Toño, tenéis que ser un leal y buen amigo... ¡Vamonós par co ño pues! Lo cierto era que todos sabíamos que Ninibiones con un par de cervezas tomaba el tema filosófico y eso era tan preciso como el número de tarros que ameritaba Alonso antes de ponerse a decir, tengo que matar a mi mujer y me quiero

ir pa que las putas y de allí en adelante tendríamos que complacerle o soportar ese sonsonete toda la pea. Pero me parecía a mí que ese momento no había llegado aún. Silente insistí en escuchar a Ninibiones, quien sonriendo prosiguió como si nada. Lo terrible es que la muerte es lo único que tenemos por seguro, ella es ineludible, inexorable, tan segura es como decirles que en las manos de cada uno de nosotros está la posibilidad de ser inmortales... Alonso y Clavelo se pusieron de pie, le informaron a Nini que ni media bola más le pararían, y nos conminaron a seguirles. Así fue como de repente me encontré apoyándome en aquella pared de mosaicos azules y blancos, sin que lo hubiese presentado ni un instante, ni tan siquiera cuando comenzábamos a beber cerveza y estábamos lúcidos, pues percibí como mis sandalias se adherían a la tierra cenagosa de aquella calle oscura encerrada entre muros rústicos de arcilla, y si hubieras sido vos, te lo juro por Dios y mi madre que no hubieras podido entender la situación, porque era como un sueño, pero de esos donde te interesa el desarrollo de la trama por lo que en el fondo vos mismo ni te queréis despertar, ¿me entendéis? Sin embargo, a la vez era estar seguro de que no hubieras podido hacerlo, y estaba en esa especie de confusión cuando me llegó de pronto como una hedentina y vos, estoy seguro, la hubieras captado allí mismo, era el olorcito ese que exudan las sombras cuando hay basura pudriéndose, porque era un olor demasiado obvio como para imaginarte andar brincando entre una zamura, y es que en la oscuridad se podía oír el aleteo de los avechuchos girando y el zumbido de miríadas de moscas tropezándose entre los canales putrefactos y vos, porque vos sois machete en eso, estoy tan seguro que te lo puedo jurar, vos a ese mosquero te lo imaginarias en los ojos de tus enfermos o rodeando a los leprosos, en las afueras de la ciudad, cuando te los tropezáis en grupos, vos sabéis, pero como te digo, yo estaba que no sabía con exactitud donde andaba y solo veía aquella pudrición circulando por los canales en medio de la oscurana, entre

las casas de paredes de arcilla y entonces me ubiqué. ¡De bola que yes mijo!, eso me dije y pensé... Puede que vos no reconozcáis el sitio, pero yo me dije, ¡bértica!, tengo que estar en Babilonia, en el mero centro, este tipo de jaibas solo se ven cuando bajáis pal centro... Así pues, yo tenía ese rebulicio en la cabeza pensando que había sido un error táctico, que no debía haber cambiado mi turno de la guardia, que quien sabe como estaría en ese momento la emergencia de niños, repleta de alaridos y oliendo a berrenchín y trapitoechina, que si aquello, que si esto, que si lo otro, que si acaso eso sería lo que llamaban, el concepto de la responsabilidad, y yo en ese desideratum, dando más vueltas que un perro paechase pero ¿que podéis hacerle?

A eso de las diez de la noche él abrió la puerta del Mercedes Benz de Gisela y se despidió de ella con un sonreído hasta luego. Desde que puso pie en tierra se esmachetó como si lo persiguieran mil demonios escapados del control de Marduck y esmondidamente corrió para penetrar al edificio por una pequeña entrada lateral al lado de la emergencia de niños. El portero con su peto de escamas plateadas le vio pasar sin atreverse a soltar su lanza ni siquiera para mirar la hora y se quedó pensando que ya se acercaba el cambio de guardia y a él también le tocaría irse a descansar en su casa. Como rumor viajero, se dijo acariciando esas ideas mientras vio como en el fondo del pasillo se lo tragaba el gigantesco ascensor... El carro con la comida venía descendiendo desde el sexto piso y llenaba casi todo el ascensor de carga. Arelis metida en su uniforme verde lo arrinconó hacia atrás y él sonrió como quien no quiere la cosa. Así quedaron pegados a la pared de hierro, semiocultos detrás del carro metálico lleno de bandejas de acero inoxidable, con tazas de aluminio chorreadas con las sobras del café con leche, migas de pan y conchas de guineos. Él miró el arroz en los platos, le quedaba en las narices y lucía desparramado sobre los restos de fritas de plátano maduro y todo teñido de una salsa grasienta y los cabellos lacios, ante

él, pintados de amarillo, salían como flechas tras la cofia verde sobre su oreja blanca. El dulce apretón apasionado duró los largos segundos, iban ascendiendo, la lengua penetrando, irguiéndose ante la sonrisa pícaro de Arelis, ricamente carnosa, con olor a talco de nene, en el rápido ascenso al quinto piso, y él se puso de acuerdo. Sí, de aquí a un ratito, en la central de suministros nos vemos, chau, chao pues, ¡uf! Él salió de las entrañas de aquel monstruo de acero en una suspiradera y se fue pensando en lo mullidas que resultarán las sábanas, los paquetes de gasa, los campos quirúrgicos y las rumas de monos verdes, para acomodar a la misma Arelita, tan blanda, allí acolchada, entre el trapero, otra vez, de aquí a un ratito, en la central de suministros...

Por la puerta abierta se metía el sol de los venados. Brillaba anaranjeando el piso de cemento pulido. La brisa vespertina penetraba por la ventana través de multicolores cilindros de madera, venía desde el patio, un tierrero cundido de matas de mango. Ante la mesa llena de botellitas ambarinas, de nuevo hablaba el Toño. Volvía a la carga. Discutía con Ninibiones, enfrascado en su empeño de relacionar el arca de Noe, con la Nave construida por Upnapistin. Su amigo quizás no le comprendía pues replicaba en voz alta. Pero Toño, ¡retoño del coño! Entendeme que no habría podido ser de otra manera, de no haber sido por el Dios Ea se rejoden, y te dejo dicho de paso, los traicionó par coño, el plan de los Dioses nunca le hubiera sido develado a Upnapistin, entonces la simiente de los seres humanos no hubiese podido ser llevaba a la gigante nave y todas las criaturas habrían muerto ahogadas y punto final. Eso es lo que yo mismo te vengo diciendo, le respondió Antonio. Para mí esa jaiba no es más que el mismo Diluvio Universal de la Biblia, ¿me entendéis? Toño y Clavelo admiraban los conocimientos histórico—literarios de su compañero, pero Clavelo no era amigo de seguirle todo el tiempo la corriente a Ninibiones, sobre todo cuando se enfrascaba en aquellos temas esotéricos, especialmente cuando habían salido tan solo a beber cer-

veza y cuando ya lo que le estaba provocando a Alonso era matar a su mujer. Clavelo para ese momento estaba en una onda erótica empeñado en que debían conocer una casa de placer recomendada por unos primos. En realidad, las historias de como Gilgames el rey de Uruk había derrotado al demonio usurpador Kunibaba, no le interesaban en lo absoluto. Por eso y por bastante más, todos dejaron la taguarita ya anocheciendo. Cuando enfilaron por el callejón del Amparo hacia la casa de Astarted estaban sin duda alguna, parcialmente confundidos por la cerveza. Al trasponer el zaguán oscuro, revestido de mosaicos azules con dibujos amarillos se encontraron en un cálido y reconfortante ambiente. Blandas alfombras se hundían suavemente bajo sus sandalias, grandes lámparas en el techo que emitían una tenue luz amarillenta con destellos rojizos, en una de las esquinas se adivinaban varias jóvenes mujeres semidesnudas con los brazos teñidos de púrpura, ellas tocaban flautas y cítaras y reposaban entre grandes cojines y almohadones tapizados con seda roja. Los amigos con la alegría del hígado provocada por los incontables tarros de cerveza casi no percibieron el aroma de los dulces ungüentos que despedían los incensarios y se dejaron conducir en la penumbra ambarina del recinto. Tomaron asiento en una de las mesas mientras eran rodeados por las mujeres. Ellas se movían en una bruma amostazada y ellos quedaron atendiéndole a sombras que emitían voces. Desde todos los ángulos les llegaban ruidos con risas y comentarios soeces de borrachos, se iban repitiendo y multiplicando entre las columnas, los jarrones con palmeras y los incensarios ocultos en algún lugar secreto. De la base misma de cada columna, se desprendía aquel olor característico, fluía de braseros con la imagen de Ishtar con muchos pechos trabajada en bronce, emergía con un picor denso y el aroma se extendía por todo el ambiente, les penetraba en la piel y les impregnaba sus túnicas...

Él pensaba aún, mientras iba enjabonándose, en su camarera preferida, la misma a quienes todos los resi-

dentes apodaban tachuela, siempre clavada, buen sobre-
nombre para Arelis, la rica catiramalbañada... Después
del baño rápido, escasamente tuvo tiempo para secarse
y ponerse el pantalón y una inmaculada bata de tela de
blanca sábana. Estaba listo para la guardia, y ya iba casi
saliendo, cuando, ¡bértica!, sí, ¡seguro que es Nora! Lo
presintió cuando la sintió divertirse tamborileando con
sus uñas muy cortas en la puerta. Esperate un minuto,
ay Norita, mirá, fijate, puede que venga el otro residente,
mi doctora, ay Nora. ¿Ya terminó tu guardia? ¿Sí?, ¡te
adoro!, vai bersia, vos si me estáis gustando, chico ve
que yo si te quiero, ¡cuidado! Nora, esperate un momen-
to, ay sí mijito, ¡cuño!, yo estoy pendiente, sí, ¿caliente?,
un poquitico solamente, detrás, ¿por detrás?, chico aquí
atrás de la puerta, ¡ay berta! Arrecostándola así, él estaba
espachurrando a Nora. Que sabroso es así. El besando a
Nora la de rápidas manos, y le cachea mejor que experto
policía de aeropuerto, y él la deja, ella anda buscando un
arma oculta, hasta que al fin la encuentra. ¡Ay Nora! Aho-
ra sí pues, atendeme mijito. Que ya es la hora, mi Nora.
Tené paciencia, ve que me esperan en la emergencia...
Un momento después él se embala, va corriendo por el
pasillo, rápido y se desliza luciendo feliz sonrisa, porque
justamente ya es hora y atrás quedó la doctora. Mientras
baja saltando por la escalera, él recuerda que esa noche,
el turno será de Luisa, la más hermosa enfermera, la bella
que está durísima, ya la puerta se divisa, mas sin querer
en su mente, reaparece, un pensamiento demente, Gise-
la, su novia eterna, lo bien que la pasaron esa tarde, no
es posible que quiera casarse con Froilán, ella por ese
tipo está de a toque, pero ¡como tiene de cobres el pa-
tán!, siempre en su coche, de día o de noche, pica y se
extiende, ella es un bonche y cuando al autocine van...
Gisela porqué decime vos, tanta imaginación y qué tra-
gedia, cristiana, vos continuáis empeñada en casarte con
Froilán. ¡Las mujeres son una jaiba seria! El lo piensa y
abre al punto la puerta de la emergencia. Tarde pero se-
guro, les dice. Aquí estoy yo y se acabó el carburo.

La mirada brillante de Clavelo escrutaba entre las
sombras de un lado a otro mientras en su rostro se pinta-
ba una sonrisa de tonto. Alonso ya se había aferrado a un
muslo y a una cintura y no la quería soltar mientras en voz
baja mascullaba ininteligibles disparates a la muchacha.
En la penumbra, Antonio admiró sus ojos rasgados de ex-
traño fulgor y notó como su larga cabellera lacia le tapaba
los pechos. Ninibiones ya había ordenado las cervezas y
comenzaba de nuevo a hablar sobre Gilgames cuando ella
con gestos felinos se acercó hasta la mesa. Sus ojos eran
muy grandes y muy verdes, alrededor de ellos se había
pintado líneas de color azul y violeta, los dientes parecían
blancas perlas en su boca carnosa color sangre. Iba ves-
tida con una túnica adornada con hilos de plata que llega-
ban hasta sus pies y que parecía nacer desde sus pechos
descubiertos, como es costumbre en las mujeres creten-
ses, los pezones estaban pintados de rojo púrpura y la piel
recubierta con fino polvo de oro, la cintura ceñida por dos
correas con cientos de campanitas de plata que tintinea-
ban quedamente y ante ellos inclinó su cabeza tocada con
un extraño peinado lleno de cintas de colores que recogían
su cabellera negra, sedosa y abundante. Todos habían en-
mudecido. Soy Astaned, les dijo y se acercó hasta Antonio
para tomarle la cara entre sus manos con largas uñas pin-
tadas de azul. Mirando profundamente sus ojos ronroneó.
Tú me gustas, vente conmigo ahora y dame tus frutos, sé
mi hombre y yo seré tu hembra, yo te regalaré un carro de
oro y lapislázuli, con ruedas de plata y ejes de diamante,
yo soy la hija de Anú y si entras en mí, serás el más sabio,
el más dichoso y el más afortunado de los hombres. Nini-
biones quien conocía el curso de todas las historias, sintió
miedo porque estaba seguro de que el Toñito con su ridícu-
la manía de la castidad y demás vainas que continuamente
constreñían sus acciones, ante la propuesta del sexo débil
rehusaría el pedido amoroso de la diosa Ishtar y al final
como siempre y eso le constaba a él quien era su amigo de
verdad verdad, les tocaría a él y a los demás compañeros
de palos, padecer los horrores de los maleficios demonía-

cos y así sufrirían como Enkidu, y se verían arrojados al reino arcano, la región donde todos van y de donde nadie vuelve y entonces, en aquel momento supremo, seguro estaba de que se cumpliría el designio de los Dioses cuando vieron regresar a la serpiente con la planta y luego sin escapatoria volvería a suceder la misma cosa, ella se iría, desaparecería par coño al igual que la serpiente, sí, ella sonrió y se sumergió ante todos en las profundidades del abismo, ella como la culebra también habría de esfumarse y así, presos del destino cruel e inextricable todos envejecerían y morirían.

Vos sentís entonces como un escalofrío al salir el chorro y te quedáis mirando como los orines van mojan-do poco a poco la pared y entre tanto leéis las cosas que están inscritas en el muro de arcilla, y Ninibiones que mea a tu lado insiste en que podéis conquistar la inmortalidad con tu actuación en vida y habla mirando el techo sobre enfrentar los designios de Marduck. Tendréis que vivir jugueteando con cientos de demonios, te dice. Al salir si miráis hacia el cielo veréis montones de estrellas y al fondo del patio, si queréis vos mismo podéis ver a Clavelo, está apoyado sobre la capota de su Volkswagen vomitando como un coñoemadre... Entonces fue cuando se tropezaron con nosotros aquellos tres hombres que entraban tambaleándose al urinario y vos, estoy seguro, hubieras captado rápidamente su perfume, como un tufito raro, emanaba de sus barbas con rizos recortados y de sus pelos aceitosos y ondulados, los marditos ni apartaron sus túnicas de algodón para mear y entonces yo veo dos más que se acercan y vos, ya te digo, reconocerías fácilmente sus fachas, en todo caso por el olorcito, como a sándalo, especie de pachulí maluco o puede que sobre todo por las pelucas, se me ocurre que en tu tierra los tacharían de maricones, desde lejos, por salir a la calle con esa pinta y además ¡llenos de afeites y abrazados! Un poco más allá en luces de neón vos podéis leer bien el letrero, dice, “El León Dorado”. Entonces se me acerca una negra grandísima y brillante y me

restriega sus tetas en la cara y entre ellas, solo puedo ver a Clavelo quien ya se ha repuesto y se ahoga de la risa y sentís la mano de Alonso quien también huele a vómito, pero igual es, pues te pone unas monedas en el bolsillo y te dice, vai cogé los cobres, y en el fondo vos sabéis que no te vais a atrever, y por eso vos tratáis entonces de ponerte de pie, pero la negrota te hace tratabillar pues se mueve y se restriega como si estuviera sobre un hormiguero y las risotadas terminan por volcar los tarros y luego cae la mesa, así que vos te encontráis en el suelo y quedáis casi como espaturrao.

Él siempre trabajaba con más ganas en la emergencia, lo hacía cuando estaba inspirado, despejado, empedado o emperrado, era igual, pero se volvía un alfandoque al estar cerca de Luisa. Suspiró entonces y le dijo al guajirito... Vai, botá el aire. Mientras auscultaba al tachoncito, él aspiraba el aire que envolvía a la enfermera. De esta manera, él hubiese podido pasar en vela madrugada enteras, auscultar millones de pulmones oyendo el rumor del aire entrado y saliendo por los bronquios, ensimismado en ella, mientras chorrean los mocos, pringan los estornudos y las toses quintosas arrullan la sonrisa de Luisa. Por eso la invita a tomar entre sus manos la cabecita coronada con flechas de pelo negro mientras él con paciencia revisa unas costras detrás de la oreja derecha y los berridos se hacen más agudos... No lloréis coñito, no lloréis. Ella lo abraza y le dice... Callate niñito. Pero se lo dice muy pasito tal vez, de tan quedo que el tachoncito no le escucha o no la entiende, quizás porque berrea con unos alaridos que plenán la emergencia. Él está decidido y le quita las costras y lava la sanguaza para dejar que vayan brotando los pequeños gusanos. En un instante se ha dormido. Cesó el dolor. Él se lo dice a Luisa sonreído y ella sin soltar la criatura le acerca la riñonera de metal. Él los va sacando uno por uno. Me da una grima, le dice ella al observar como reptan amontonándose. El niño ronca ahora. Él le va limpiando la brecha en carne viva hasta no ver más larvas, y entretanto imagina que será de la

mosca que decidió poner sus huevos en una roncha o una picada de zancudo, ¿un rasguño?, quién sabe como comenzaría esta gusanera... Vale la pena este trabajo y respirar su aliento, sentir a Luisa tan cerquita, casi escuchar su corazón, latiendo rápido, no creo que sea por mí, quizás ¿por los gusanos del carajito? Tampoco sabe Luisa que él se está derritiendo por ella, que muere por ser abrazado como el tachoncito, con ternura, con el mismo cariño con que como a un tequeño le envuelve en la toalla deshilachada que le entregó su joven madre, la guajirita que los observa desde el quicio de la puerta. El niño ronca mientras Luisa canturrea... Que tengo que hacer, lavar los pañales y hacer de comer, duérmeme niñito. Ella le mira con ternura y en ese momento vos levantáis tu rostro del fanguero y te restregáis tus ojos ya sin vista, pues te encontráis de nuevo frente al muro de mosaicos amarillos y de malaquita con pedacitos de lapislázuli y entonces te percatáis de que tenéis que estar frente al palacio o por lo menos ante el zigurat de Marduck. Vos mismo te podéis fijar como hacia un lado está la gran avenida bordeada por gigantescos leones de cerámica que relucen bajo los rayos de la luna y más allá entre las columnas y sobre los muros podéis ver como se alzan y descenden los jardines que cuelgan y que desaparecen en la oscuridad de la noche, ahora que la luna está otra vez detrás de espesas nubes. Entonces, vos queréis levantarte, porque ya casi habéis comenzado a decirte que es el colmo, que no puede ser, pero no veis a Clavelo ni a los demás, percibís eso sí, el resplandor de unas antorchas que se acercan, y notáis que son cuatro mujeres, se cubren con túnicas, ellas las recogen con una mano y no se tapan la cabeza por lo que vos les podéis ver el rostro y todas llevan un hombro afuera y lucen cintas y muestran cuentas que adornan sus cabellos, tienen collares y brazaletes, son altas y elegantes, llevan finas sandalias y vos, te digo, las hubieras reconocido rápidamente, porque vos sabéis que así solo andan las vestales, las del templo de Ishtar, cuantas veces vos mismo me habéis echado el cuento, el de

las prostitutas, las finas vírgenes de la diosa luna, expertas en la recaudación de oro y plata a través de sus habilidades, ellas son instruidas desde muy jóvenes, con las mujeres de templo, las viejas sacerdotisas... Bueno vos sois el que sabéis, y así pues, todo giraba al brillo resplandeciente de las antorchas, cuando el parpadear del aviso en luces de neón te recuerda que estáis nada menos que en “El León Dorado” el sitio preciso, el lugar de la zona donde los hombres acuden desde todos los confines del país, llegan para satisfacer sus más rebuscados deseos al templo de Ishtar, allí donde las putas son las mejores del pabellón del pueblo, acrecientan su dote con el goce de los hombres y todo está amparado por ella, por Ishtar, la que controla los demonios, y regula el acceso de los guardias de caqui y los tombo azulencos en la zona, porque ni Gula, ni Ninázu, ni Ninib pueden darles el talismán que posees para protegerte de esos seres con cabeza de ave de rapiña y plumas que dominan a los Sirushy y los Mushrus, los mismos que vos habéis tenido la suerte, o tal vez la desgracia, de conocer en tu momento, cuando ascendiste hasta lo alto del zigurat con el sumo sacerdote... En tus oídos retumba un ruido ensordecedor y vos, te lo aseguro, te volverías completamente loco con el estruendo que sale de la monstruosa e infernal máquina llena de reflejos de colores. Así que en un instante, te encontráis calculando las posibilidades, considerando que es sin duda la mejor manera de sacarte el cansancio de la emergencia, de sacudirte el marasmo de las guardias, de olvidarte de todo, hasta de Luisa y los gusanos, para beber con ellos toda la cerveza helada que se pueda, hasta ubicarte allí en tu esquina, ante ellos quienes parecieran estar más prendíos que arbolitos navideños, pero organizados, eso sí, frente a los demás, ante el botellero, y todos como si el ruido de la máquina les pusiera otra vez en sus sitios, ordenadamente, haciendo un círculo, todos como vos, que estáis sobre tu taburete de cuero de chivo, en tu taguara más conocida, con los demás, opinando lo mismo, al fin estamos todos muy de acuerdo en algo, y

nos parece infame y a esa hora!, con todas las cervezas que llevamos, tener que dejar de escuchar a Estelita para calarnos a la Sonora Matancera que nace con estridor furioso desde la rockola multicolor.

TORMENTA EN EL DESIERTO

Una serpiente ha entrado en mi casa. Vi en el cielo un extraño fulgor. Trepidaba la doble muralla cuando fue derruida por el malvado Senaquerib. Ahora, es asiento de unidades antiaéreas, pero están silenciosas. Llueve fuego sobre nosotros. El malvado monarca asirio desvió el curso de los ríos y transformó la ciudad en un pantano. Se anegaron los templos y Marduck encadenado fue trasladado a Nínive. Flechas incendiarias surcan el firmamento. La serpiente va reptando, pero tarde o temprano la bota de los reyes le aplastará la cabeza. En Assur les tocó a los canallas asirios morder el polvo. La muralla fue reconstruida piedra sobre piedra y florecieron de nuevo los jardines regados por las aguas del Eufrates. Nabukadrezar sostenía la mano de un padre cuando los cuervos opacaron la luz del sol revoloteando sobre cientos de cadáveres. Ahora, rayos y centellas han comenzado a borrar el brillo de las estrellas y destellos mortíferos nos mantienen con el alma en un hilo. Como ayer, presiento que las arenas del desierto se impregnarán de sangre. En la tierra, temblando ante el reflejo de las antorchas, Nabopolasar herido de muerte se aferraba a la diestra de su hijo. Ignoraba que en pocos años el nuevo soberano acabaría con los enemigos del reino. En las arenas de Kake-misk iniciaría sus triunfos. Años después, el faraón Nejo habría de cruzar el mar Rojo de regreso. La gran urbe comenzaría a crecer, así está grabado con un punzón y en cuñas en tablillas de arcilla. La feraz Babilonia vería elevarse hacia el cielo sus templos y jardines y ascenderían también las plegarias como sus murallas brillando incrustaciones de lapislázuli hasta el trono de Anu y de Elial. El hijo de Ea recibiría el mandato y sería el soberano de toda la humanidad. Pero ahora una serpiente acecha y el cielo se llena de destellos que opacan las estrellas en la noche. Recorriendo los códigos secretos en escritura cuneiforme estoy pensando en Hammurabi quien honró a

los dioses; él haría prevalecer la justicia para que el fuerte no abusara del débil. Cuando se negaron a ofrecer los tributos en la lejana Jerusalén el ejército del rey Nabukadrezar reunió todos los carros de guerra en la retaguardia y cientos de hombres con lanzas y escudos fueron a la vanguardia detrás de la caballería; como un río armado corrieron surcando el desierto, recibiendo afluentes maobitas y edomitas y tropas asirias hasta formar el grueso del ejército caldeo. El rey Yoyaquin los sintió llegar, pero estaba escrito que él había faltado ante su Dios Yavé y las tierras de Judá habían sido dejadas desde hacia un tiempo de la mano protectora del faraón. En Jerusalén se escuchó el fragor de los carros, trepidaron los caballos y los hombres palidecieron cuando vieron resplandecer la unión del cielo y de la tierra con el brillo de los escudos, de los cascos y las puntas de sus lanzas entre una gigantesca nube de polvo amarillo. Después marcharían prisioneros, apersogados, a través del desierto, paso a paso, millones de cautivos, a pie hasta Babilonia. Matanías el traidor cambiaría su nombre por Zedequias y lleno de gozo asentaría sus posaderas en el trono del rey Salomón. Escaldadas las espaldas por el sol y tasajeados por el inclemente látigo caldeo, el rebaño humano fue sin remedio a integrarse con los habitantes de la ciudad eterna entre los dos ríos. Mas hete aquí que cruzando las tierras de Harran, algunas hijas de Yavé fueron arrancadas de los brazos de sus padres e ingresadas al templo de Ishtar. Dentro de la edificación de altos muros, los riachuelos nacían en el centro, entre grandes y porosas piedras y fluían por todas las habitaciones hasta salir a la laguna del oasis. Reflejadas, las blancas paredes del templo parecían espejos que encandilaban por las incrustaciones de escarabajos y mosaicos azules y al revés se veían sus bajorrelieves que relataban las luchas de hombres y leones en carros de guerra contra los demonios de las huestes de Allatú. Serpientes sigilosas se movían entre la arena. Ahora rayos de fuego surcan el firmamento. El ejército más poderoso del mundo acecha entre las dunas y está

sobrevolando la antigua ciudad de Babilonia. Lanzas zarzozos desde lejos. Disparan desde el aire. Dardos emponzoñados de fuego líquido surcan la bóveda estrellada en la noche mesopotámica. Bañados y ungidos con aceites sagrados los sacerdotes esperaban bajo las cúpulas del templo, aguardaban por la aparición de la luna. Estaban vestidos con mantos de hilos de plata, cubiertos de mirra, untados con sándalo y polvo de antimonio; ellos postrados en el suelo, como nosotros en el actual ritual de la espera. Entretanto, nubes espiraladas comienzan a emerger desde los cráteres. Los techos de las casas diseminan el incendio. El sumo sacerdote Asunthemoth levantó su mirada y vio las pupilas verdes, la tez de pétalo de rosa y la negra cabellera de la niña cautiva y desde ese momento se olvidó de los códigos y la ocultó de todos. Después nacieron ellos, alas de cuervo y aguas del Jordán, dos niños que habrían de ser el orgullo y la pasión de su vida. Crecerían en la ciudad de Ur protegidos en los predios de la diosa luna. Cuando el faraón Psamético III sitió de nuevo al pueblo de Yavé, las madres se vieron obligadas a comerse a sus hijos y los hombres se acuchillaban por defender el derecho a devorar las entrañas de los muertos. Entonces Zedequias huyó por una brecha en la muralla y al llegar y postrarse ante su rey, el soberano de Babilonia le sacó los ojos con sus propias manos y lo envió hasta Babel cargado de cadenas. Ahora aúllan las sirenas y el infierno comienza a elevar sus lenguas fucsia, azules, gualda y verdes entre bocanadas de humo espeso. Nabonido era un jovencito muy pálido y huraño, apenas un adolescente, él era preferido por su padre, ya que el moreno Azurlazar se entretenía con los pastores y tenía un espíritu guerrero. Él trató de enseñarle a su hermano el uso de la lanza, pero Nabonido prefería escribir, hablar de religión, de arqueología y conocer las expresiones culturales de las tribus caldeas. Cuando los hermanos cumplieron veinticinco años recibieron la infausta noticia de la muerte del rey Nabukadrezar. El sumo sacerdote no ocultó su preocupación al conocer que el sucesor sería Anel

Marduck, irreverente y corrompido, el hijo del soberano quien públicamente se burlara de los códigos. La gran urbe se preparó para celebrar la coronación. Desde Lidia y Egipto fluyeron caravanas trayendo cortesanas, vino, exóticos animales y delicados manjares. Los rebaños humanos venidos desde lejanas tierras se acercaron dispuestos a llevar el desenfreno y el libertinaje hasta límites insospechados. Jóvenes esclavas traídas desde Nubia abarrotaban las casas de placer. Meses interminables de festejos en la ciudad otrora trepidante de alegría ahora humeando, agonizante, sangrando frente las incendiadas márgenes del Eufrates. El sumo sacerdote se hospedó con Nabonido en el zigurat de Marduck Esagila y desde allí imploró a los dioses cordura para el nuevo soberano. Los doctos religiosos de Babilonia conocieron y admiraron el saber y la profundidad de los conocimientos del joven Nabonido, quien sin duda estaba insuflado por una flama sagrada y dejaba entrever la fuerza de lo divino y eterno sobre lo humano y perecedero. Todo esto fue evaluado y luego escrito en las tablillas durante las semanas cuando se vivieron aquellos tristes acontecimientos que corroían las entrañas del reino. ¡Oh sol matinal cuando emergerás del mar! ¡Oh hijo de Ea!, Rey de la sabiduría, por la divina Ishtar, por Allatú que habita el tenebroso mundo de los demonios, detén esta avalancha de fuego desde la noche oscura. Ensordecedor el aullido ululante de las alarmas no acalla las explosiones que se suceden sin descanso y se espesa el aire impregnado de humo y de metal hirviendo hasta hacerse casi irrespirable. La noche desaparece instantáneamente con los deslumbrantes trazados de los misiles. Bocanadas de fuego desparra-man lava hirviendo por las calles de la ciudad sagrada. Ella puede devolver la vida a los muertos ¡Oh Ishtar esperamos por tu fluido vital, esperamos la venida de Schmach al amanecer! Funesto día, como aquel cuando el amo y señor de Babilonia decidió descender a las mazmorras para liberar a Jeomías el rey de los judíos. Escrito está como el rey personalmente desprendió sus cadenas y lo

sacó envuelto en una túnica blanca a la luz del sol. No podía ser posible que el portador del fuego de Spanida en su espada, se postrase ante el enemigo de manera tal. Y hete aquí que el poderoso Negrilisar de rizada barba dividida en dos marañas sobre su peto de perladas escamas, el cuñado del rey Anel, expuso sus proyectos ante el anciano sacerdote. Ya nada podía detener la conspiración. Un aura de religiosas ansias estaba creciendo bajo el manto de Marduck y llevó al gigantesco Negrilisar hasta las cámaras reales para darle muerte al rey indigno con sus propias manos. Al presentarse ante el pueblo como el nuevo soberano, se mostraría magnánimo al enviar al anciano Asunthemoth a prisión por conspirar contra el reino. Ocurrió así y puede leerse en las tablillas, en cuneiformes marcas, como en el año 560 antes de los cristianos, el joven Nabonido se halló solo, cautivo dentro de su propia personalidad, preso en el templo con su padre cargado de cadenas y preso su hermano Azurlazar muy pronto, llevado al cautiverio con toda la tribu de sus fieros beréberes del desierto, el gigante moreno fue encadenado y enviado a la lejana Lidia deportado para siempre jamás. Ahora las baterías antiaéreas les están respondiendo y el cañoneo permite escuchar el zumbido de los aviones a reacción rasantes y las grandes explosiones y el humo denso comienzan a hacerse visibles con las luces del amanecer. En los oscuros calabozos de Babilonia agonizaba Asumthemoth y a su lado Nabonido rodeado por los sacerdotes del templo de Marduck le asistían llorosos. En ese instante el soberano Negrilisar se irguió en su lecho y llevándose las manos al pecho dio un aullido de dolor y con los ojos desorbitados por el miedo se fue tornando de un azul violáceo hasta que dejó de respirar. El menor de los vástagos del extinto monarca se hizo cargo del trono. Mas hete aquí que los sacerdotes ya estaban cansados de las tropelías de los reyes que habían minado la fe y la confianza de los ciudadanos del imperio. Una tras otra las conjuras fueron rodeando al joven Zamboshi Marduck y antes de un año se produjo una manifestación de los

obreros que laboraban en los hornos donde se fabricaban los ladrillos para edificar las altas murallas y las paredes de las casas y de los templos babilonios y el incendio y el pillaje irrumpió como otrora las aguas del Eufrates ahogando en sangre a toda la ciudad. Ancianos sacerdotes y leales guerreros recibidos por el rey le dieron muerte a cuchilladas. Así llegó Nabonido el hijo del sumo sacerdote y de la esclava hebrea, al trono de Babilonia. El soñador, no tuvo otra idea mejor que romper con toda aquella tradición de dioses guerreros y de blandas o terribles deidades todas urgidas por ingentes necesidades de diezmos y contribuciones en oro para calmar las ansias de los sacerdotes en el zigurat. Nabonido fue un rey original, tuvo una idea que él consideró renovadora, era una innovación: adorareis a un solo dios, eso les dijo, existe un solo dueño y señor del Universo. Campañas guerreras por los desiertos y el apoyo de grupos de jóvenes generales y de algunos sacerdotes modernos llevaron a un intento por imponer el desquiciado monoteísmo de Nabonido. Aquella fue una convulsionada época de profundos cambios, que concluyeron, en un fracaso total. Nabonido tuvo que sortear purgas y conspiraciones intestinas sin poder salvar su situación del caos inminente. Todo estaba perdido y el rey se vio obligado a abdicar en su hijo Baltasar Assur quien pronto regresó a Marduck, a Ishtar y a las demás deidades y entregó de nuevo el mandato a sus generales y su mente y el poder económico lo puso en manos de los sacerdotes del Zigurat. El anciano Nabonido retirado a un oasis para dedicarse a su pasión, la arqueología, murió en manos de las huestes del soberano Ciro, quien venido desde el norte de Persia, como la langosta arrasó campos y ciudades antes de caer sobre Babilonia. El ejército más poderoso del mundo en aquel momento destruyó la ciudad sagrada y anegó en sangre el Eufrates. Se secaron los jardines colgantes. El ciclo se repite inexorablemente muchos siglos después. Escuché una explosión sobre mi cabeza. ¿Tal vez tumbamos un efedieciseis? El sol emerge. El cielo está sangrante y los aviones a reacción dejan-

do sus estelas grises en el firmamento, regresan a sus bases y a sus portaaviones, algunos vuelan hasta el Golfo Pérsico, otros van al Mar Muerto. Impregnadas de sangre quedan una vez más las tibias arenas del desierto...

EROTOENTROPIA

Los ojos negros de Yajaira se movían húmedos e inquietos, mientras su mano izquierda acariciaba el brazo y el cuello de Chuito quien solo miraba la trilla de arena fijamente y los cujjes y las tunas y los cardones que se iban perdiendo entre el polvo blanco. Cambiando la velocidad metió otra vez la primera y ascendieron patinando por el arenal, casi reptando, hasta el tope del cerro arcilloso. El volante firme en sus manos no le permitía ocuparse de otra cosa y sentía las manos de Yajaira incursionando mientras se percataba de su respuesta entre las piernas. Solos al fin después de varias evasivas, aceptó las insinuaciones de ella y ahora su mente repetía ideas disparatadas sobre la entropía de los sistemas y sobre las estadísticas. Era un sentimiento íntimo de que cualquiera pudiese haber sido él mismo. Era estar seguro de que estaba condenado a un incremento sostenido de la entropía, estar convencido de poder dosificarla, estar persuadido de ser capaz de medirla y entender el absurdo de aceptar esas ideas en su cabeza, precisamente en los momentos que estaba viviendo, pero... Así era. Habían llegado a la cima del cerro por un sendero de cascajos y pedruscos rojizos. Contra el cielo despejado, únicamente se perfilaban dos cujjes retorcidos. Más allá del monte, abajo, se divisaba el lago y la isla, mucho pero mucho más lejos. Arriba solo había viento, soledad y la máquina con ellos dos adentro. La entropía está condicionada por la degradación de la energía. Al pensar en ese disparate, Chuito hizo girar la llave y el motor estremecido se detuvo. Miró los ojos de Yajaira y la humedad no era de lágrimas, era algo que creía, sí, reconocer o recordar... Tal vez lascivia... Seguro, sí. Eso pensó... Cualquiera en mi situación, aunque no estudiase Medicina tendría que percatarse de las características de la humedad corneal y conjuntival. Cuando la mirada brilla así y los labios están entreabiertos... Al meditar sobre estos detalles Chuito tuvo

la sensación de que estaba a punto a entrar en el registro de una estadística. Son mis datos computarizables contra sus cifras, se dijo mentalmente. Presiento que me pondrá en su software, quedaré capturado en su cepeú e ignoro si pasaré a ser un vulgar guarismo o un píxel, o tal vez una nueva rayita en su muslo... Me pregunto si separará a los profesores de los condiscípulos, tal vez los agrupe por secciones, por años, o por semanas... La degradación de los sistemas habrá de colocarme en algún registro especial... Todo esto lo pensó Chuito mientras sonriente, cual si su mente estuviese en otra cosa, le prodigó a su compañera de estudios una mirada ridículamente tierna. Percibió el ácido efluvo de sus axilas cuando anhelante ella comenzó a estrujarlo...

Dentro de la máquina, Yajaira le besaba con pasión mientras él trataba de imaginar en el caos de su mente lo que acontecería. En realidad, no sabía que cosas podían venir después. Comenzaba a sentir cierta preocupación por haberse metido en aquel juego sin saber con precisión cuáles eran las reglas. Juntos habían ascendido a lo más alto del cerro y estaban dentro del vehículo estacionado, lejos de la humanidad. A él le molestaba no haber planificado un final. Cuando aceptó sacarla a pasear, creyó dejar las preguntas para después, tal vez movido por entrópicos impulsos, ¿y ahora? Los cuatro cauchos estáticos, cubiertos de polvo y arcilla, sostenían el carapacho de su máquina. Escuchaba su respiración, gemidos y pucheros incluidos, cuando captó un prolongado gemido, preocupante. El crujido de la puerta al dejarlo salir al aire libre produjo una especie de chirrido metálico. Acalorado miró la isla en la lejanía. Enclavada en el lago mostraba sus farallones de piedra caliza y en el lomo de los cerros, la vegetación gris simulaba la pelambre de un gigante bañándose en las aguas azul verdosas.

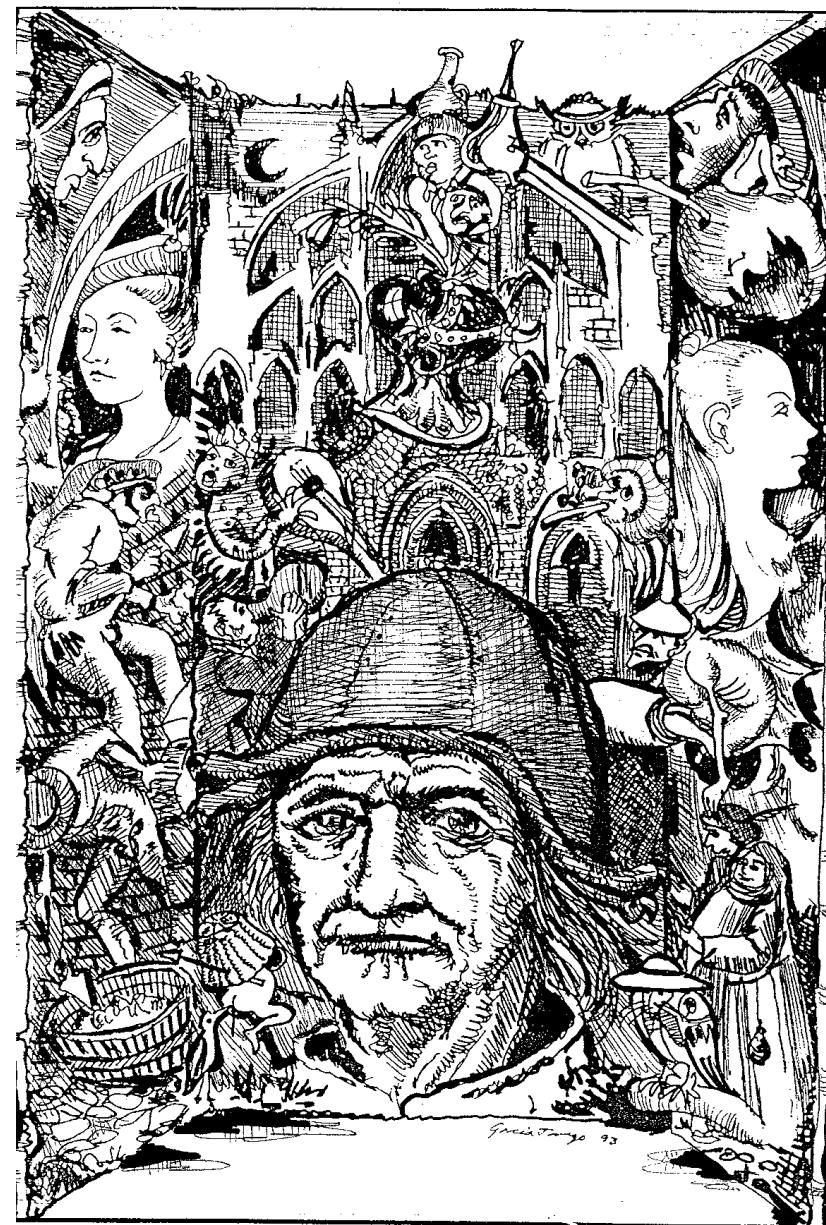
La brisa tibia del lago le traía el resonar de los marullos. Chuito se sentía envuelto en un vaho que lo asfixiaba. Estaba petrificado, tenso y muy pálido, como si todo él fuese un rígido bloque de concreto. De pie al lado de su

máquina, se encontraba enhiesto ante los brazos morenos de Yajaira. Tendidos hacia él, los serpenteantes morenos tentáculos, le hipnotizaban. Ella le llamaba recostada en el asiento. Sus piernas torneadas se abrían y se cerraban solicitándolo con apremio. Con la falda recogida hasta la cintura, le imprimía un movimiento sinuoso y desquiciante a sus caderas. En la distancia, el lago lucía lleno de motas efervescentes. Burbujeante, la espuma parecía ir rodeando la isla. Con seguridad en esas aguas la hembra del tiburón atisbará como luchan a dentelladas por ella los escualos machos... Chuito lo analizó de esta manera mientras sus ojos no se despegaban de la araña reina y su vaivén, se meneaba y abría sus patas en la red, presta a chupar su savia blanca. Chuo se sabe atrapado en la malla, así se siente, empegostado en la red, poco más o menos como un insecto. Allí de pie, frente a su máquina, ante la puerta abierta él mira embelesado como Yajaraña mueve su trasero, menea las ocho patas y se contorsiona, abriendo sus piernas y un abismo lo marea, late su vientre moreno, oscila, le llama, pero él es un caso! El está comprometido cerebralmente con una barahunda de ideas previamente codificadas en su cerebro. Rezar es necesario, por el cielo, los santos, y sobretudo el pecado, el fuego del infierno, el vicio, el orden divino y la responsabilidad... Todo obedece a una serie de instrucciones vivenciales que desde su infancia son capaces de detener sus actos. Desde las páginas satinadas de sus libros destellan las úlceras sifilíticas, el chancro blando, recuerda los cuentos de la gota militar, no fornicar, temor y el apremio físico, lo irrefrenable del deseo... Mentalmente constreñido por su escaso conocimiento sobre la materia, se halla forzosamente recordando las andanzas descritas como hazañas por sus compañeros de estudios y no obstante su mente desbocada relincha, es él quien tasca el freno, un disparate, no pecarás!, ha decidido detenerse, ha calculado la situación como una variable entrópica cotejable dentro de un registro estadístico. Si antes nunca, ¿ahora porqué? Le asedian imágenes terribles de la metamorfosis surgida de la cópula del hombre—insecto.

La araña se menea y allá abajo, la isla, es un gigante antediluviano con la espalda peluda, bañándose en el lago. Creo que no debo, pienso que si puedo, creo que no quiero, claro que me atrevo, dudo que yo pueda, ¿como que no puedo?, siento que si quiero, ¡claro que lo quiero! Entonces decide tomarle el pulso a la situación. No perderé el control, se dice a sí mismo e insiste... Ahora mismo, es el momento, creo que lo decido. Sin importarle un bledo lo que piensa Yajaira, sin tomar en cuenta su opinión, ni el abrirse y cerrarse de las tenazas morenas, ni el aliento marino que caldea su rostro sudoroso, Chuo resume toda aquella entrópica jerigonza dentro de su cráneo y sin que su vista se separe de la almeja viva y sonrosada, que le atrae, lo embruja y ahoga en un solo desespero, Chuito crecido como nunca, erecto, logra retroceder un paso e intenta emitir una sola palabra que no le sale. Finalmente gime, un afónico... ¡No! Siente entonces como se aleja estático de cientos de atroces escenas solo vistas en las telas de Hyeronimus, de susurros impensables solo escuchados en Maldoror y casi cayéndose hacia atrás, comprende la sensación aquella de Gregorio Samsa echado panza arriba mientras imposibilitado para moverse dejaba escapar un líquido blanco grisáceo y viscoso que nacía entre la unión de sus articulaciones elitroides. Chuito también es capaz de captar la salida espasmódica de sus efluvios, suda y los huele, los percibe a través de su piel, es como si a él también le hubiesen golpeado con el palo de una escoba, otra cucaracha, estuvo aprisionado dentro del carapacho de su máquina apagada y silenciosa con la reina araña, pero está al aire libre, siente que sopla un viento caliente, como un hálito infernal, en el instante mismo cuando él ha decidido que ya no se puede hacer nada más. Notará entonces como la almeja comienza a opacarse y a la araña le tiemblan las patas y cesa en sus movimientos mientras se le van secando las conjuntivas. Las pupilas dilatadas de Yajaira miran estupefactas a Chuito. Él está convencido de que ha sobrevivido a una metamorfosis. Sabe que el maligno Marduck y los otros demonios trataron infructuosamente de controlar la

situación... ¡Un hecho por demás evidente! Pero él no se dejó engañar. Chúo captó todo el asunto aquel desde que la vaharada de algas y peces asoleados comenzó a flotar en el ambiente, percibió como iba emanando de la almeja gigante, pero ahora, el gran Chúo se imponía. Había un hecho que para él estaba meridianamente claro. El control. He revertido la situación, he conjurado el peligro y es por ello que hay que estar muy atento. Eso se dijo a sí mismo y luego reflexionó. Cualquier sistema al estar totalmente aislado puede ser víctima de la entropía... Tan lógico era el razonamiento que Chuito se sintió emocionadamente re-confortado. Sobre aquel cerro, haciendo ebullición como un hervido de corocoro, como rosario de huevas de lisa, cual bocachico relleno de mariscos, él observó eructar a la almeja y la escucho en su sonoridad de caracola y de inmediato sintió las salpicaduras en su rostro para siempre impregnado con el tufo marino... En ese instante, cuando ya sonreía al querer adoptar una pose de gladiador triunfante, percibió como su máquina muerta, se llenaba de vesículas y de pústulas de un verde violáceo, ellas iban apareciendo en la armazón férrea mientras a su vez podía captar la humedad tibia de espesos fluidos amarillentos que lo empegostaban acartonando sus ropas. Estático y angustiado, Chúo observó como fueron desintegrándose poco a poco las planchas de su pequeño vehículo, con espasmos metálicos, con focos pulverulentos, con la lentitud habitual de los procesos degradativos y se escurrió todo y se chorreó embebiéndose hasta la tierra arcillosa y el mismo percibió como estaba bañado con un moco viscoso y burbujeante. A él le provocaba gritar, sobretudo al notar en el fondo oscuro del asiento trasero los ojillos burlones de Yajita y su risa contenida, pero estaban lejos de todo el mundo, sobre la cumbre del cerro aquel, lleno de cascajos y rojizos pedruscos donde los cardones y las tunas y los dos cujés se tornaron de un negro intenso y continuaron retrayéndose serpenteando hasta desaparecer.

TRÍPTICO MEDIEVAL



LA CENA

“No se hablaban y eso hacía que el ruido de los cubiertos resultara demasiado fuerte”.

“La hora del desayuno”

Richard Wagner

Ella le miró en silencio. Él masticaba con fruición los brotes tiernos de cuernos de ciervo fragmentados en minúsculos trozos, sazonados con laurel, ruda y comino. En el centro de la mesa, el jabalí asado se regodeaba entre los dátiles y setas que rodeaban la bandeja de plata. Sus ojillos parecían atender el movimiento de los cubiertos dorados. El silencio era ensordecedor en el instante cuando él creyó observar algo extraño en la pieza de caza aderezada con tocino en dados, uvas y algo de sal. Por la ventana abierta se veían temblar inclinados los techos de pizarra reflejados en el agua de los canales. Calladamente, entre la luz tenue y ambarina del atardecer, ella pensó en lo agradable que hubiese resultado vivir en Venecia ese momento. Es muy cierto que en Flandes hay grandes extensiones de amapolas bermejas, pero, ¡cuanto añoraba la luna veneciana rielando en los canales!... Entonces pudo percibir el tintineo del cuchillo al tropezar con el pie de su copa llena de rojo Beaujolais. Quizás fue en ese instante cuando ella también creyó ver un no sé qué curioso brillando en la mirada de aquella cabezota erizada de pelos. El jabalí les vigilaba, sí, ella podía jurarlo y pronto descubrió un parpadeo, tal vez un guiño que resultaba desagradable por demás, considerando la húmeda sonrisa enrojecida tras los curvos colmillos. Ellos no se hablaban y eso hacía que el ruido de los cubiertos resultase demasiado fuerte, casi estruendoso. Así lo captó él al colocar su tenedor en el borde de la escudilla dorada para poder pasar el cuchillo de su mano derecha a la izquierda. Cuando clavó su mirada en los ojos brillantes del jabalí, pudo notar sin proponérselo, como apretaba la mano

empuñando el cubierto cual si fuese un arma de caza. Su actitud decidida no exenta de coraje era muy lógica dadas las circunstancias. Ella sorbió un trago del vino de Borgoña y desvió la vista hacia el ventanal. Los cristales emplomados dejaban ver las sombras rojas y negras de un vasto campo tachonado de tulipanes y amapolas. Al colocar su copa sobre el mantel tejido ésta rozó una cucharilla y el repique violento le provocó un desorbitarse al monstruo en la bandeja. Ella sin percatarse del extraño fenómeno, en realidad los ojos del animal giraban sin sentido, atisbaba el ventanal cuando se llevó suavemente la servilleta de encajes a su boca. Iba pensando como a pesar de todo, el sirocco apestoso de los canales venecianos se transformaba en perfume de azahares y aroma de azafrán en el atardecer de Flandes. Él si pudo captar la sonrisa meliflua de los colmillos curvos y creyó ver una especie de terror vidrioso en la mirada de la bestia. Era indudable que estaban fijos en la hoja y notaban como palidecía su mano, crispada, empuñando el cuchillo ante el silencio que orquestaba la escena. Con verdadero arrojo, hendiendo el aire espeso y ambarino de la tarde él se lanzó a la carga y lo atacó de frente, puñal en mano. De un solo tajo, sin demostrar temor alguno tasajeó sin detenerse la aromática carne del jabalí trufado. Lo hizo sin inmutarse, con succulentos cortes que bañó en un instante con una espesa salsa de limón y pimienta de Egipto, impregnándolos con extrañas especies de la lejana Alejandría, los perfumó con azafrán de España y grandes cantidades de mostaza con salsa de ajos y claro está, con mucho perejil. Él colocó en el plato de ella las rodajas de carne bañadas en la salsa entre perdices tiernas rodeadas por coles y tocino y le añadió amoroso y sonriente unas lonjas de manzanas salteadas. Ella dichosa suspiró, pues aunque no se hablaran era estridente el rumor del cariño que ambos compartían, capaz de despertar a un jabalí trufado, aún cuando el ruido de los cubiertos resultase demasiado fuerte durante aquella cena por la tarde, en Flandes.

IDEAS DE MUJERES

Ella parecía posar, orlada de celestes campánulas, entre nardos, magnolias y jazmines. Se podía intuir un aire trémulo en su pálido rostro y no obstante su mirada seca estaba cargada de entereza. Entre los dedos guardaba prisionera la helada llavecilla. Desde el alféizar, apoyada en las arcadas de piedra, dominaba el extenso vergel hasta los límites del coto de caza. Los linderos desdibujados por hileras de pinos y de sauces llorones se desleían en una bruma ambarina filtrada entre abedules y avellanos, copudos robles e hirsutos abetos enanos y era el entorno un pringar de turquesa y cinabrio con chispas de esmeralda e ignotos trazos de celeste cadmio. El burbujeo de la espuma que orlaba la fuente, albergue de pétreos cupidos y tritones, sofocaba con sus murmuraciones el gemir de la seda y el crujido de encajes escondiendo apretada en sus manos la diminuta llave. Él se volvió un instante para admirarla desde la moldura de la puerta rematada de estucos y triglifos. Alabardas y banderolas batían suavemente con el viento de la tarde y agitaban sus flecos de gualda e índigo exornando la juvenil figura recortada bajo la ojiva de medio punto en el extremo opuesto de la sala. Ella ahogó un atribulado suspiro al mirar sus calzones de mezclilla parcialmente cubiertos por la almilla de bayeta apretada en las piernas protegidas por las botas de metal brillando sus espuelas tintineantes. Observó entre los pliegues de la cota de malla como pendía su pesado mandoble tironeando del cinturón de cuero. Él le sonrió con tal donaire que su mirada fresca de placidez insólita desbordaba el ambiente con un dejo de complicidad. Estaba tan tranquilo que se diría iba a un festín de juglares, ¿a una justa bucólica?, quizás a un ejercicio de volatería y disfrutar con sus halcones vertiginosos lances en un juego de real cetrería, como si fuera a la ritual rutina de un torneo, cual si jamás hubiera de marcharse más allá de las torres y almenares del castillo feudal. Ideas de mujeres. Sí, eso

fue lo que dijo al entregarle sonreído aquel llavín de plata. Ideas de mujeres. I él se lo dijo a ella sin resquemor alguno, como si el irse y dejarla gozando su albedrío fuese un hecho fortuito. Ella sentía el metal quemándole los dedos, recordar el momento, revivir ese instante se le hacía intolerable. Realidad lacerante. Él solo dijo, olvídate, con un gesto cariñoso y amable. Desde el vano en el quicio, él ensayó un saludo final con su guante de fierro. Lo agitó por lo alto y ella al ver su sonrisa brillante sintió espesarse el aire, como la vez primera cuando vio a los gallos flamencos pelearse encarnizadamente, flotaba casi idéntico un hálito de hechizo y presintió en el fondo de su mente que una ablación sangrienta habría de darse al trasponer el puente levadizo. Se alejó él de la puerta y ella escuchó retumbantes aullidos de lebreles, mastines y podencos que parecían plenar atronadores el socavón de su tristeza incierta. Muy pronto, lo sabía, él estaría rodeado de aquella turbamulta, de hijosdalgos, labriegos, meseros, campesinos, y algunos artesanos, ¡caterva de bribones!, soldados mercenarios, heraldos, peregrinos, burgueses, nobles y bastardos, ¡cohorte de borregos!, partirán tras los amos, nobles de rancia alcurnia, prebendados y siervos de la gleba, los señores feudales irán al frente y en su corcel sonriente él marchará adelante, por la campiña y luego del pueblo por las calles... Entretanto sus manos temblorosas se cierran estrechando la llave. Cuando se alcen los lábaros y descienda la visera de su yelmo dorado, sobrevendrá el combate y en los aires, con revuelo de plumas, de nuevo brotará la sangre..., el cuello ingurgitado de aquel gallo flamenco... Lo quiso entonces imaginar gallardo, entre damas, princesas o mozas campesinas, rodeado de poetas y juglares, cabriolas de bufones ocurientes, cantando trovas, recitando baladas, lo pensó en los requiebros percibiendo cadencias de vihuelas, después... Quizá rijoso, sus armas emplazadas, a la carga la carne, o ebrio hasta el hartazgo entre garrafas y odres de vinos espumantes, efusivo en exceso, lo vio estrechando las mozuelas que exudarán sin duda olor a arenque ahu-

mado, a butifarra de lechón grasiento, ¡que sabrosas las gacelas trufadas!... Imposible evitar en andanadas el curso de sus propios pensamientos. En la mano derecha le quemaba la llave. ¡Olvídate! Eso fue lo que él dijo. ¿Para que los remilgos y el silencio simbólico? Basta de olor a incienso. Nunca más ese cuento hiperbólico de la espera insufrible. ¡Ideas de mujeres son esas de soñar con un suplicio eterno!, los días irán pasando y sobrarán en el infierno rescoldos para incinerar todo lo amado. Olvídate, le dijo. Esas ideas son grajos empañados, embarazos de alondras, trinar de ruiseñores, gestación de torditos, son cantos de sirena para un sufrir bendito, olvídate del rito de las fieles doncellas, de máscaras de hierro, no pienses en dragones ahítos vomitando fuegos del Averno, esas ton-tas monsergas las parieron los hombres por propios intereses. Toma tu llave y disfruta del juego de la vida, olvida el desaliento, desecha esas ideas de mujeres que pierden fuerza con el tiempo, no están vigentes ya, ¡no seas arcaica, tierna muchacha medieval... Él displicentemente en sus manos dejó caer el llavecín de plata y concluyó sonriente. Abre el candado de tu mente, libera ya tus cosas dulce esposa, no temas a mi garra pues yo me voy de farra, quise decir de guerra, y tú, preciosa dama, quizás deba decirte mas bien, ¡chama!, recuerda que se nace y se muere algunas veces en la cama. Regresa del pasado. ¡Ideas de mujeres! Siento que tú las creas pues se vuelven endeble por efecto del tiempo, son un desaguisado y aunque tú consideres que soy burda e pasao, solo resta decirte que me voy chirulí, o sea, que chao pescao.

EL BRUJO

Nos acercamos a la entrada del área clave, corazón vital, el centro mismo de la gigantesca edificación tachonada con pequeños ladrillos rojizos y avanzamos confiados. Sorteamos el foso por el puente levadizo, mas vamos seguros, nos pesan las cotas de malla pero caminamos tranquilos, pues nos acompaña él, el mago, el gran brujo, el sumo sacerdote. Marchamos con él paso a paso, sobre la nieve, contra el viento que soplaba endemoniadamente en la mañana y ambos, mi compadre y yo, ya en la fortaleza, bajo techo, al abrigo del cierzo y la ventisca, nos vamos paulatinamente tranquilizando, más temeroso está él, es lógico, yo francamente estoy más apaciguado, ansiando ver lo soñado, conocer el secreto de su poder, la máxima expresión de su genial capacidad creadora. Avanzamos con rapidez bajo las bóvedas ojivales, sabemos que él es el non plus ultra de la alquimia, el supremo hechicero, el summun, él es nada más y nada menos que aquel quien fuera denominado otrora, una vez y para siempre jamás, el brujo de la montaña...

El hombre camina con pasos ágiles, elásticos. Ya hemos dejado atrás la pesada puerta de hierro que descendió con estrépito al trasponer el puente y ahora marchamos bajo ojivas tan altas que se tornan azules. El se adelantó. Se le notaba decidido y nosotros le seguimos dando traspies por un túnel interminable. Entonces notamos como van chispeando todas las bifurcaciones, se ha tornado el camino en una especie de laberinto, suerte de caverna donde resplandecen líneas de una blancura esplendorosa y detrás de ellas, en cada socavón, creemos divisar covachas retorcidas, iluminadas espasmódicamente por un aura incandescente. En la profundidad de cada brecha, a través de cada resquicio podemos ver reflejos espectrales, intermitentes, chispas que fluyen y parecen chorrear por las cóncavas paredes. Vemos resplandecer la figura del sumo sacerdote caminando de-

lante de — nosotros, descendiendo bajo un fulgor violáceo, una iridiscencia magenta que pareciera provenir de ciertos artefactos tubulares, simulando serpentines, ubicados precisamente a la entrada de los habitáculos. Cada vez nos acercamos más hacia una sima, es evidente, pues vamos cuesta abajo y seguimos tras él hacia sitios más apartados dejando atrás cruces e intersecciones, absurdos vericuetos con sus muros de piedra que contrastan con las banderolas, picas y alabardas que opacan el brillo de las piedras pulimentadas. Los aperos de guerra se ven mohosos y oscurecen el fulgor de los destellos espasmódicos, no obstante en ciertos sectores todavía nos encandilan los reflejos ígneos sobre las piquetas y los mandobles y los escudos protectores acerados, guindando allí a lo largo del túnel. Noto como algunas espadas lucen diferentes, parecen verdaderos cilindros repletos de luciérnagas, reverberantes, cual si dentro de ellas existiesen corpúsculos brillantes, seguramente vivos, tal vez cocuyos girando, cual si hubiesen nacido en matraces o en fiolas ocultas a nuestros ojos pero seguramente destinadas a reproducir en pequeños bichos fluorescentes las vibraciones moleculares, con el cometido de impedir la penetración de seres nefastos, o quizás de gérmenes insospechados, microorganismos aún no totalmente desestabilizados, en un esfuerzo evidente, por acercarnos limpios, suficientemente purificados, descender impolutos, para llegar al eje mismo del movimiento perpetuo, al punto de confluencia de todas las fuerzas, en el centro mismo de la fortaleza aquella de ladrillos rojizos...

Después de reptar detrás de nuestro maestro en la zona de las ramificaciones vermiformes y luego de serpentear hasta llegar casi a arrastrarnos tras él para atravesar los segmentos más densos de aquella pulverización cosmogónica, dejamos de correr y estábamos ya agotados, pero todavía en pie, cuando el brujo con un gesto nos detuvo. Nos encontrábamos ante el espectral magma de la cortina flamígera. Habíamos llegado. Mi compadre parecía estar al borde del colapso. Podía ver su rostro

demudado, sudaba copiosamente y afortunadamente, lo pensé en aquel momento, nos habíamos despojado de nuestras cotas de malla en el camino y así también abandonamos escudos y mandobles para poder acompañar al hechicero en su caminata sin desfallecer, pero veía a mi compadre realmente agotado, suspiraba con la boca abierta, su nariz aleteaba y pensé que era evidente como de un momento a otro se desmayaría, o se echaría a llorar. Ni él ni yo podíamos correr pues francamente hablando, estábamos paralizados por el miedo. El brujo me dio entonces su mano, fría como garra de acero, y yo me aferré con la siniestra a mi compadre y fue tan solo así como en un santiamén atravesamos la barrera del fuego helado, acto este que, por curioso que parezca, tan solo logró provocarnos una sensación extraña de bienestar interior. Ante nosotros, se hallaba un maremagnum de cilindros y tubos de vidrio con destellos multicolores, ellos crecían en las direcciones más absurdas, emergían desde una masa rectangular de piedra y de metal, con ventanillas en muchos sitios donde iban intermitentemente refulgiendo destellos que parecían absurdos dada la variabilidad del colorido. Al brujo se le iluminaba el rostro de manera tal que su figura toda parecía latir en un sin fin de tonalidades de abigarrados colores. Nosotros estábamos parcialmente ocultos, detrás del brujo, guarnecidos en las sombras y envueltos en una ponzoñosa neblina que no nos dejaba ver donde pisábamos. Se me antojó que aquella masa gris era producida por los vapores helados del nitrógeno líquido. En ese preciso momento, meditaba yo sobre la firmeza del suelo oscurecido por la espesa niebla más acá de la cortina de fuego congelado, cuando él se volteó y nos sonrió.

El brujo se hallaba ante una especie de tablero astronómico, era un verdadero mapa de constelaciones ignotas, señaladas con chispas azules, amarillas, rojas, verdes, magenta, surgiendo de un gigantesco rectángulo de piedra y de metal disparado hacia arriba, pletórico de tubos, cual verdadera filigrana de luces y relámpagos cruzados a un

lado y al otro, una mole guarnecida a su vez por cientos de cilindros que parecían revestidos de nácar, sobre un pedestal perlado de azulejos. Todo este artilugio y nosotros mismos estábamos siendo salpicados constantemente por extrañas partículas, sin duda espículas elitroides, eso pensé y además rotando?, cada una por separado giraban incandescentes y se inscrustaban en las piedras cual millares de libélulas horadando aquella argamasa de hierro y de piedras, zafiros algunas, circón probablemente y pensé en el carbón pulimenta! do al máximo, fragmentos de jade y lapislázuli y vuelta a pensar en la conocida kriptonita, pero obligadamente nuestras miradas habrían de converger sobre él y ascendieron con su vista hacia la torreta, hasta la cima, buscando las ojivas de aquel templo, cual mole imponente que nos mostraba en lo alto la adusta, seria, silenciosa y maligna esfinge...

El sumo sacerdote, estaba casi envuelto en la neblina gris. Una masa viva se extendía a nuestros pies y comenzaba a moverse creando remolinos. Un curioso viento tibio inducía minúsculas tolveneras e iba dejándonos ver los azulejos del piso en la cámara sagrada. Parecíamos detenidos en el espacio cual si aguardásemos el momento preciso para cruzar nuestras miradas con las del brujo quien desde hacía un rato había cerrado sus ojos y mantenía una rígida y expectante postura. Entonces notamos como la esfinge comenzó a entreabrir sus párpados, resquicios pétreos, en todo lo alto, muy lentamente y cual lava ardiente, los electrones seguramente iban organizándose en el ánodo del ángulo de sus ojos, eso fue lo que pensé en aquel instante, los corpúsculos giraban desordenadamente y descendían chispeándonos, las partículas fosforescentes nos tocaban y resbalaban sobre nosotros hasta que comenzaron a cubrirnos, provocándonos un hormigueo terrorífico, y mi compadre y yo, salpicados por aquellos chisquetes de lava percibíamos la incongruencia del frío del nitrógeno que nos helaba la piel a través de la ropa y parecía adormecer nuestros pies. En aquellos momentos supremos, con tantas sensaciones asaeteán-

dome, no lograba entrar en razón, porque en ese instante, lo recuerdo bien, solo quería saber con precisión si estaba realmente en Chicago, y si acaso afuera el viento helado del lago Michigan silbaría sobre las gentes, como lo habíamos sentido temprano, sobre nosotros mismos, entre las ramas peladas de los árboles?, o si acaso la gente, en el momento mismo cuando nos encontramos con él en la superficie, corría espantada por alguna otra razón desconocida totalmente para nosotros, imberbes, pasmados primo—visitors, ¿y Wisconsin?, ¿y el lago Monona?, ¿y el 1112 de Mound Street?, en donde llegáramos una mañana de algún día de esta vida, ¡carajo!, todo se me hacía cada vez más lejano mientras los ojos de Marduck refulgían como queriendo recordarme el astro rey de mi tierra caliente, la ciudad de fuego, ¿la deseada por el sol?, ¿no estaba allí yo como un simple invitado?, un convidado, había bajado por los vericuetos pétreos de la mano de Hyeronimus, no andaba acaso transitando las décadas finales del medioevo, vivíamos con el terror de la peste, la noticia venía ya circulando de boca en boca, ¿y las ratas y los gordos piojos?, ¿Hertogenbosch?, ¿Chicago o Babilonia?, aquello era todo un espantoso desaguisado, ¿acaso no lucíamos orondos nuestras cotas y portábamos pesados mandobles sobre nuestras pellizas de burda lana cuando ingresamos en la fortaleza?, ¿y que rayos andaba yo haciendo con mi compadre?, alucinando ambos, estúpidamente viajando por helados predios, y ahora bajo tierra!, el sol era negro y la luz espesa, y el chorro de electrones fluía con homogénea incandescencia desde arriba precisándonos la ubicación exacta de las pupilas del monstruo...

Tan profundamente situados en el laberinto estábamos que al respirar el aire se percibía diferente, quizás era por el incienso que emergía haciendo volutas desde la fuente de los rayos plateados, o por las emanaciones de las miríadas de partículas que descendían latentes e iban siempre girando hasta caer entre la niebla y desaparecer bajo el manto que cubría ahora las espaldas del

sumo sacerdote. Las esférulas ígneas aun se estrellaban rebotando contra los muros blancos e iban empegostándose y aplastándose en derredor como motas sulfurosas, nos ponían a brillar y mi compadre con una palidez cetrina me abrazaba bajo las espectrales sombras. Era el miedo lo que iba confundiendo nuestras mentes, claro está, eso me dije, pues se hacía cada vez más evidente como era la rotonda pétrea que nos circundaba, una bóveda alrededor de la maquinaria aquella, pudimos divisar mejor los bajo-relieves, ver los toros alados, los de las gigantescas cabezas con cuernos y los fornidos cuerpos emplumados de los aguiluchos, gavilanes, cóndores y halcones, zopilotes y cuervos, todos cincelados en piedra, o en arcilla quizás, graznando estaban, chillaban vociferantes hasta aturdirnos, vibrando desde la piedra con sonidos acerados cual puntas de lanzas, al final rugiendo por los efectos del conjunto de aquellas piezas electrónicas que iban disparando las partículas ígneas y a la vez zumbando como abejorros enloquecidos. Por unos segundos, todo aquel barullo se detenía ante el toque prodigioso de la mano del mago en los controles, estático iluminado al máximo u oscuro en un momento, para reiniciar el proceso y rugir inmediatamente como leones. Así pudimos verlo todo, sucedió ante nosotros, ejércitos enteros, luchando frente a los carros de guerra trepidantes, estridentes, sus ruedas torciéndose y angustiados, ambos, mi compadre y yo en el centro mismo de la cámara sagrada logramos mirarnos por un momento fugaz sin entender muy bien de lo que se trataba para quedar nuevamente flotando entre los destellos y las chispas pulverizantes de los positrones que emitía la máquina endemoniada. Habíamos comprendido que con tanto artillugio estábamos atrapados, irremisiblemente perdidos y casi con resignación nos veíamos englobados en el vítreo humor de los ojos del brujo, les veíamos girar y sus pupilas cual negro diafragma se abrían y se cerraban mientras se desplazaban de reflejo en destello hasta fijarse en la cámara fosforescente, y mi compadre y yo patas arriba en los destellos de la conjuntiva, casi flo-

tando en la cámara sagrada, ubicados todos en el centro mismo, en el eje del movimiento, tan suspendidos como nuestra respiración, para un instante después al posar la mano en los controles lograba que todo volviese a recomenzar, de nuevo...

El brujo ejecutaba un ritual, para él quizás rutinario, científico, religiosamente, rigurosamente aprendido, repetido por él, posiblemente por instrucciones precisas de la NASA, eso pensé, mas era todo desconocido para mí e ignorado totalmente por mi atribulado compadre, pero creí comprender que los electrones con los positrones y los ciclotrones provenían de los filamentos de zirconio y de meibonio estratégicamente ubicados detrás de los ojos de Marduck, en el mero ánodo de sus hirvientes lagrimales. Para tranquilizar a mi compadre, o no sé si para dármeles de erudito le dije, tranquilo cumpa, que ellos son calentados con una corriente de alto voltaje que les llega por cables superconductores refrigerados con todo ese helado líquido que reverbera en moléculas blandas alrededor de la máquina. Es sencillo, puedes verlo...

Mi compadre prefirió no responder mis comentarios. Desde el cañón del monstruo en todo lo alto, creí ver nuevamente el inicio de la incandescencia y presentí que habíamos ido demasiado lejos. Aterrados, y un poco tarde a mi modo de ver, comprendimos ambos la verdad de los hechos. Aquellas pupilas irradiaban todo el terrible poder destructor y eran esos mismos mandos los que el brujo tocaba acariciando casi sus clavijas, sobando en círculos el botón percutor, suavemente amagando exprimir esa tecla, así nos miró a los ojos cuando nos dijo con frialdad. Así será, habrá de producirse el hecho, y llegará la noche para cubrirnos con su manto de cenizas, tarde o temprano, bien lo sabemos, esa suerte de hongo maligno logrará a la postre acabar con toda la humanidad y ha de vengar a los demonios subyacentes. El hecho era por demás muy evidente, el brujo bien lo sabía, estaba persuadido del devenir en la historia, categórico e indubitable para él... Todos ellos se levantarán sacudiéndose la tierra. Sí,

es cierto, aun aún yacen bajo el polvo del desierto, entre las piedras, mas la verdad es que están listos para saltar de nuevo y avasallarnos hasta que solo existan otra vez los muros de la derruida Babilonia ...

TRÍPTICO DEL PAÍS FEUDAL



AL FINAL DEL RÉGIMEN

Detrás de las cortinas escuchó el tronar de su voz y él se sintió temeroso. Él, sin entender porqué en ese momento, quizás removiendo viejos temores de su infancia, recordó a su tierra y a su gente. Él, quien había sido dos veces Rector de la Universidad del Zulia y tres veces Secretario de Gobierno del Estado Zulia. Ni la Restauración, ni el General Castro, ni su importante posición frente al Ministerio, ocupaban su mente. Él se encontró rememorando su regreso a Maracaibo hacía tantísimos años, en 1880, ostentando orgulloso el Título de Doctor en Ciencias Médicas de la Universidad de París. Él, ¡caray!, él nunca pensó que pudiera encontrarse un día en tan penosa situación, detrás de unas cortinas palaciegas... ¡Él temeroso! Él escuchando tronar aquella voz... En sus cincuenta y siete años, hallarse él mismo escondido tras unos pliegues de tela, rodeado de trapos, tras bastidores, entre cortinas... Hasta le estaban dando ya ganas de orinar. Fue entonces cuando pensó en su próstata que estaba ya bastante grande y en las sondas de Beniquet para las estrecheces uretrales y las de Raynal para las blenorragias crónicas, y es que le apremiaban los deseos de orinar... ¡Carajo! Él las había usado, las había introducido al país, las puso en uso, de moda, a su llegada, cuando era aún joven, y le interesaba la urología... Él, un afamado galeno marabino a su regreso de Europa... Pues sí, él había practicado con la crisoarabina en los tumores hemorroidales, los mariscos anales, condilomas, pero, ¿porqué este pujo?, será la próstata... ¡Carajo! Recordó como una vez llevó a cabo el acto de la dilatación forzada del esfínter anal para tratar las hemorroides, una dilatación, la dilación, delación... Ahora, él se hallaba detrás de unas infamantes cortinas del palacio presidencial... ¡Que vejación! Él estaba ya sintiendo retorcijones en sus tripas y desde hacía mucho rato, con apremios miccionales ¡Qué vaina tan seria! Contuvo la respiración al oír acercándose

el ruido de las pisadas, y de nuevo comenzó a temblar al escuchar aquella voz que retumbaba gritando. —¿Dónde está ese otro gran carajo?... Sentía su rostro encendido, tenía las orejas calientes, sus sienes le latían, transpiraba, hervía, estaba al rojo vivo... Como el termocauterio de Paquellin, y, ¿la curación algodonsa?, ese había sido un buen método de antisepsia, lo había propuesto le profesor Guerin... Sí, era como el guayacol, casi podía percibir su olor, ¿a miedo?, el guayacol, sí, él lo usó, guayacol—yodoformado, para la tuberculosis pulmonar... Ya en ese entonces, las denominaban, las inyecciones de Serafón... ¡Cuántas cosas! ¡Que de vainas, señor! ¡Tantas! Fueron muchas, más que todo en el comienzo, a su llegada a la ciudad de las palmas y del lago... Tantos esfuerzos, viniendo de París, se estableció en su tierra, la del lago de Coquivacoa. ¡Que de años! ¿Y ahora? Cabría preguntarse, ¿qué demonios hacía oculto detrás de un cortinaje? Él, todo un Señor ministro, escondido, y orinándose... ¿Esperando qué? Las piernas le dolían, le pesaban como plomo... Años atrás él trataba las elefantiasis con aceite de Chalmugra... Dos veces Rector, tres veces Secretario del Gobierno, había sido el médico de cabecera de Señor Presidente, era el Ministro del Interior, y ahora... ¡Escondiéndose! Como una rata medrosa... Ocultándose en el Palacio Presidencial capitalino. ¡Infamante desgracia! Él, detrás de un cortinaje, ¡en un vergonzante desideratum! En esto estaba cuando la voz retumbó como un trueno nuevamente creando ecos en el salón. —¿Dónde está ese otro carajo?... Se le confundió el eco con el tropel de las pisadas y el ruido de los sables. Sentía sus manos sudorosas, y, ¡se orinaba! Estaba envuelto en las cortinas, y mientras percibía los latidos del corazón en sus oídos, un escalofrío le recorría el cuerpo. Tenía un incendio en la cabeza y estaba helado. Trató de ver a través de la tela... Atisbar, husmear... Veía, sí, veía... Él, quien había operado tantas cataratas... Él, considerado por sus colegas como un experto en cirugía ocular. Él, quien había probado el óxido amarillo de hidragirio en las queratitis, y sus

pacientes se recuperaron con éxito, ellos volvieron a ver, mejor de lo que él podía detectar, vislumbrar, en ese momento, cuando se orinaba, sí, cuando tenía una agitada taquicardia... Él, quien tan solo escuchaba la atronadora voz que increpaba. —¿Dónde anda el otro? ¿Dónde está ese gran carajo?... Entonces él encontró un par de hilos fuera de su sitio y pudo divisar al General Juan Vicente Gómez. Estaba vestido de militar, con sus largas botas y sus bigotes puntiagudos. Iba y venía y pasó a su lado gritando otra vez. —¿Dónde está? ... Por el descosido de la tela, vio acercarse a Lorenzo Carvallo, quien caminó directamente hacia él, y era impresionante, pues parecía como si él no estuviese escondido detrás de las cortinas, como si fuesen transparentes. Así ocurrió y vino aproximándose hasta estar muy cerca de él, quien detrás de la tela pudo ver aquella sonrisa, algo velada, pero evidente. Carvallo se reía, y sus dientes desiguales no podían ocultar el placer de la delación... Fue entonces cuando Carvallo abrió de golpe las cortinas y él quedó expuesto, en evidencia, flagrante. —¡Anjá! Como un trueno retumbó el vozarrón en sus oídos, cuando como una garra, la mano temblorosa de Carvallo, le tomó del brazo y lo sacó hacia fuera. Se adelantaron un grupo de soldados, y tomaron al doctor Rafael López Baralt por ambos brazos, y se lo llevaron a rastras. Cuando pasó al lado del General Juan Vicente Gómez, éste no resistió la tentación y le asestó una tremenda patada al depuesto Ministro del Interior, la cual por acertarle un poco por encima de las posaderas hizo que el galeno de la Restauración pensase que se le habían desprendido los riñones de su sitio. López Baralt rodó por el piso de parquet alfombrado. Al levantar la vista, adolorido, vio rostros de odio, escuchó risas y luego mirando las armas largas que le apuntaban a la cabeza pudo percibir los insultos de la soldadera. Se levantó tembloroso el médico, y al llegar a la puerta, recibió otro empujón. Ahora era Félix Galavís quien le empujaba hacia fuera y a pesar de todo, aún se pudo voltear el doctor López Baralt y ver al General Gómez enfrentado al

también corpulento doctor Rafael Garbiras quien en ese momento estaba gritándole imprecaciones. Entonces escuchó cargar las armas. El ruido de fusiles en manos de los soldados que le llevaban hacia fuera le hizo estremecerse. Como en contracorriente, vio llegar a otro contingente de hombres armados. Ellos le detuvieron, y mientras todos gritaban encañonándolo, juntos volvieron de regreso al salón donde el doctor Rafael Garbiras Guzmán con su vozarrón le gritaba colérico al nuevo Presidente. —¡Yo no tengo madera de traidor! Garbiras trató de sacar un pañuelo del bolsillo porque su rostro rubicundo sudaba copiosamente, pero bastó su gesto para que los soldados le clavaran los fusiles en sus costillas haciéndole gemir de dolor. Un instante después los sacaron a los dos del salón, y dando tumbos descendieron por las escaleras hacia el patio del Palacio. Llegaron todos azorados para hacerle compañía a Pedro María Cárdenas quien de pie y con la frente en alto, soportaba los gritos e insultos de los guardias mientras esperaba por ellos en el centro del patio del Palacio Presidencial.

Escenario: el Palacio de Miraflores.

Época: mes de diciembre del año 1908.

Situación: cambio de una a otra dictadura, de mal a peor.

Referencia musical: “Por la vuelta” de E. Cadícamo y J. Tinelli.

Canta: Felipe Pirela.

Corolario: ojo que “...la historia vuelve a repetirse...”

DE CUANDO OPERARON A CIPRIANO

Respirando los efluvios del éter que empapa la mascarilla, Cipriano ha cerrado los ojos y siente que desciende por un largo y oscuro túnel, como si retrocediera en su vida. ¡Hay tanto frío! Regados están los granos de café, llenan los sacos de fique, pero hay que cuidarse de las ratas. Es que hay bastante frío, aunque es tan solo una mañana capachera. Con la llovizna luce el pasto muy verde y hay miles de gotas de rocío... Es ese olor a café que se difunde ante el gran silencio de la montaña, pero este frío ya se me mete hasta en los huesos. El humo seguramente me ha penetrado. ¡Falta pólvora General McPherson! ¡Ah, es humo de combate! Huele a sangre. ¡Sí mi General Pelayo! Oigo el restallar del foete contra el cuero de las polainas pero este, es un crujido helado, aquí en mis huesos, y yo lo siento como un desgarrarse de carnes, separarse las nubes que se van con el viento, y súbitamente puedo sentir el chirrido de un rayo y después vendrá el trueno ensordecedor que retumbará, pero huele a pólvora negra. ***Sentís como que flotás en el espacio, pero súbitamente andás en tu mula zaina y girás vertiginosamente para detenerte en el tiempo.*** ¿Acaso estás viviendo en la época cuando el General Evaristo Prato había invadido el país desde Colombia y la lucha armada era la causa de todos en la frontera? Aquellos días cuando la vida se había transformado en un torbellino, una locura que había hecho presa de los hombres, sin darles paz ni sosiego... ***Vas en tu mula entre los cañaverales y te circundan las abejas zumbando y el cielo es azul pizarra...*** Sitiado por las fuerzas del gobierno, Capacho se las había jugado de todas, todas. Allí estabas vos, los esperabas, mientras los otros querían venir a darles la puntilla final... ***Piedras blancas y cujies polvorientos te acompañan bajo el sol y con el calor ya hasta comien-***

zan a fastidiar las moscas... Tal vez por eso, era como si el pueblo pendiera de un hilo y todos se sintieron emocionados al escuchar los cascos de los caballos que venían acercándose, montaña abajo, y el tropel se hizo visible, y creció la nube amarillenta en el camino... ***Ya sentís el hedor profundo de los pozos humeantes, de las aguas tibias, tu mula y los cujies y tus pestañas están todas cubiertas de azufre, sudás acalorado, sentís las gotas correr...*** Trepidaba la tierra con el trote de las bestias y los hombres adivinaban en el ambiente un olor a Lobatera, casi el presentimiento de que iban a estremeerse otra vez las montañas... ***Ya llegaste y las piedras blancas asoleadas se refrescan con el encaje movedizo de los cujies, ya estás en Aguas Calientes...*** Ni tantico así había transcurrido, cuando irrumpieron por la calle central los hombres y las bestias con Juan Vicente a la cabeza. Ruido de herraduras, tintineo de espuelas, todos tropezándose, repiqueteo sobre las lajas, iban hacia la plaza, los estampidos y el humo blanco de la pólvora emergió de la boca de los fusiles en manos de los hombres del gobierno... ***Escuchás los pájaros mieleros y los turpiales trinando bajo el sol inclemente, cerrás los ojos, ¿cuanto hace que te juites?...*** Varias cuadras más abajo, vos mismo lo viste acercarse... Estabas vos solo y eras vos mismo, ese pequeño sujeto, allí de pie ante los hombres. Tu barba de un negro intenso, brillaba tu mirada rutilante, moreno, aindiado, te empinabas para hablarles y les gritabas. ¡Capacheros! Desde tu corta estatura, aquella arenga concluyó a gritos... ***A lo lejos, en el calor del mediodía sentís el contrapunteo de la paraulata...*** Crispada la mano, enarbolando el machete, el brazo en alto, marchaste adelante. Se desbocó la turba por una calle lateral. Hay que tomar la plaza. ¡Capacheros adelante!... ***Y té detenés para contemplar el cascabeleo del Torbes que centellea a lo lejos como si fueran puntos suspensivos...*** Eras el hombrecillo que iba al frente y en un instante vino la lucha cuerpo a cuerpo. Sentías el olor del miedo y ya no había más tiempo. Machete-

ros de Capacho y vos allí en el medio de aquel olor a sangre. En un momento callaron los fusiles y los del gobierno se dispersaron, goterones bermejos tizaron las piedras de la plaza. Cesó el ruido. Flotaba olor a muerto. Algunos lamentos, unos gemidos y el comentario en un susurro. Nos salvamos, ya se acercan los hombres en las bestias... ***Venís descendiendo en tu mula desde Llano é Luna y andás entre las hojas de los grandes helechos, adentrándote en el platanal, bajo la sombra verde de las matas, entre los racimos cargados, y se va aquietando tu cabalgadura...*** Cipriano. Estás allí, de pie. Tu machete escurriendo la sangre que ya se ha tornado negra. Juan Vicente en su mula te caracolea alrededor... Los ojillos rasgados del corpulento andino están fijos en vos, no se despegan ni un instante de tu pequeña figura. Su bestia suda y piafa, bufando y relinchando. Desde arriba te ves más insignificante. Indio pequeño y cetrino... ***Té adentrás por Madre Juana entre los cañamelares y el agua de la acequia va saltando a tu lado hasta que entrás en la vaquera...*** Destellos extraños despiden tus ojos, Cipriano. Vos también mirás al jinete. Él tasca su yegua y te caracolea dándote vueltas. Entre la negra espesura de tu barba, súbitamente dejás asomar otra vez tu blanca dentadura. No hacía tanto tiempo que le habías conocido... Fue en la gallera de los Rojas Fernández. En Rubio... ***Tu mula cabecea pidiendo agua cuando llegás al pozo de la laja, pero andás muy de prisa, como que se te va a hacer tarde...*** Entraste haciendo alarde. Llegaste con dos patarucos terciados y Juan Vicente se te quedó mirando con curiosidad. Las plumas sedosas, negras, brillantes, el cuello rojo, el silencio de los rubieros y tu mirada escrutadora. Eras ya vos, Cipriano, y te paseabas entre ellos y acariciabas tus patarucos, sin ocultar el goce del triunfo presentado en el próximo encuentro... Alas, míreme el muérgano que le vació los ojos al gallo de José Alipio. Oras, si vino con el gallito que mató a espuela é plata. Cómo le parece que ese jué el mismo que despachó a los dos gallos de Justo Rojas. ¡Usted no le irá a

apostar a unos gallos capacheros!... ***Y dejás que tu mula beba, no es acaso el Torbes mismo el que te ofrece toda esa agua presurosa, cristalina, la que habés acompañado a la hondonada.*** Juancho y su hermano se acercaron al grupo que curioseaba la fina estampa de los gallos de los Rojas Fernández. Alas, Juanchito, presentá-melo, que quiero ver si es verdá que es el gallero más bragao de los Capachos... ¿Usted le jugaría a esos gallos? Y Juancho sin dejar de mirar tu sonrisa jactanciosa le respondió. Mire Juan Vicente, vea usted, yo me jugaría en ese gallo, hasta dos buenas hembras. Detrás estaba el catire Eustoquio quien se rió a carcajadas... ***¡Alas! ¿Té acordás cuando eras zute? Es la misma chorrerita que se rodea de musgo en el medio de la calle...*** Caracoleaba la mula en tu alrededor Cipriano, cuando te acordaste de los gallos de aquella tarde en Rubio. Pensaste en ellos cuando le sonreías, machete en mano. Después transcurrió solo un instante, una ñinguita así de tiempo, y vos pensaste... Vamos a llegar muy lejos Juan Vicente, usted y yo, llegaremos muy lejos. Goteaba todavía el machete apretado en tu mano... ***Y mirás el Torbes henchido y pujante, viene descendiendo ruidoso y te llegará la brisa que levanta tu bayetón azul y rojo y agita los faldones de tu cobija...*** ¡Me late que es a café negro lo que huele! ¿Como que estoy en Cordero? ¡Ora pues, deme café caliente! Aquí llegué, hasta Tononó, pero necesito protegerme de esta helada llovizna, que se me está metiendo hasta el tuétano de los huesos. El bayetón lo siento muy pesado, el cojinete me chorrea, y mi yegua piafa, sus belfos humeantes se agitan sonoros. Me corre por el rostro la helada llovizna, me envuelve la niebla paramera. ***Y tenés que embozarte, necesitás la ruana, ya descenden las sombras de la noche y la neblina. Ya estás en la cima, cuando mirás la cuesta de Anacahuita, y sentís como resopla tu mula.*** ¡Tachirenses avanzaremos!, Queniquea está aquí mismo, montaña abajo. Se abre ante tus ojos como un teatro de nubes y puedes ver los duraznos, los manzanos y cientos de puntitos ro-

jos y morados que ondulan suavemente con la brisa. El agua de los arroyos y las acequias baja cristalina, helada, desciende desde el páramo. Sos vos mismo Cipriano quien recapacita y quiere regresar. Estoy calado hasta la médula, envuelto entre estos trapos helados, mojados, chorreando agua estoy... ¡Capacheros el enemigo se ha declarado en retirada, avanzaremos hasta la victoria final! ***Bajás entonces por la ovejera hasta que comenzás a ver el puñado de techos desordenados y los claveles que salpican de rojo los patios traseros. Estás entrando en Capacho viejo, ya llegaste a tu Capacho.*** Ráfagas de viento levantan nubes y el humo y el polvo y el incienso, y te quedás vos solo, helado pero más tranquilo. Es que es mi gente, y ellos vienen conmigo. Me quieren, yo lo sé. Entonces te decís para animarte... ¿Como que creo que si seré capaz de abrir mis ojos? Ya me siento mejor. ¿Acaso podré mirar tantico así? ¿Volveré a ver? Como que se me está organizando todo dentro de la cabeza. Entreabrís los párpados y por el ventanal oteás las hojas de los uveros que se mueven al soplo de la brisa matutina. Más allá está el mar de un azul verdoso, y vos lo imaginás frío y profundo, abismal, escuchás su sonido, y pensás que respira y que seguramente también duerme. Con los ojos cerrados querés descomponer el rumor del oleaje en la playa, sus notas... Pero ya estás despierto.... Hay calor, y estoy mojado, estoy sudando y me siento helado, las cortinas se agitan con la brisa, las siento temblar sin verlas. Está amaneciendo. No me moveré. ¿Me rajarán los matasanos? ¿Que me habrán hecho? Comienza a molestarme en el costado una punzada maldita y tengo ganas de orinar. Me curaré, me operarán y me restableceré. No puedo continuar en cama, el país me necesita. Ya se entreabre la puerta, una hendija de luz silenciosa se filtra hacia la habitación ¿Todavía estaré soñando? Será Zoila seguramente...

PRISIONEROS

En la mañana del ansiado día 23 de mayo de 1908, las autoridades del Castillo de San Carlos, erigido entre la arena, en la boca del Lago de Maracaibo recibieron la orden de su Excelencia el Restaurador de la Patria General Cipriano Castro, Presidente de Venezuela según la cual autorizaba a los prisioneros para salir del foso toda la mañana. Tan solo por el día de hoy, decía el telegrama, para que celebren el día de fiesta nacional...

Los hombres escucharon el crujido de la puerta, precedido por el tintineo metálico del llavero, y llegó la luz como fuego, brillando con destellos cobrizos que el sol le sacaba a las llaves del calabozo en manos del guardián de turno. Ellos se miraron e intentaron una sonrisa y se acercaron a la boca del túnel. Aquel infecto agujero que les servía de prisión, era casi un nicho sepulcral, cubierto de lodo, y bañado por el mar que lo penetraba, no a su antojo, sino de acuerdo con los designios de la luna y su influencia sobre las aguas del golfo y sobre la sicología y los hábitos de centenares de miles de cangrejos. Las moscas por el contrario todo el día estaban zumbando sin ton ni son, como si vivieran enloquecidas por el calor, ellas infestaban el hirviente reducto y no eran vulgares y domésticas, eran negros moscardones que se metían en las orejas y se enredaban en los pelos e iban y venían en oleadas dentro de aquella especie de bóveda mortuoria. Tan solo tenía dos metros de ancho y la profundidad se la daba el mar roncando en el foso. Acostumbrados a tocar con sus manos el techo de la mazmorra y a pasarse el día y la noche aspirando el moho y la podredumbre, los hombres vieron abrirse rechinante la puerta y ante ellos el descampado entre paredes de piedra, donde el sol hirviente los atraía con su brillo incandescente.

El foso con su arroyo cloacal en el medio, se chorreaba a lo largo del túnel desde el tonel de las horrruras diarias, mas ni mirarlo en aquel momento quisieron los

hombres y saltando sobre las inmundicias, salieron, casi arrastrándose, por encima de las baldosas de barro cocido, dejando las piedras resbaladizas, el vertedero y el pútrido lodazal plagado de grandes cucarachas conchudas, que se escondían entre las grietas de las piedras y las vigas de madera carcomida, plagadas con gigantescos cientopies de crujientes caparazones. Pero los hombres fueron saliendo. Quizás porque ya parecía que llegaba el turno a otra oleada de moscardones y entonces tambaleantes emergieron, deslumbrados y caminaron por la arena asoleada en el brazo de tierra que conformaba uno de los radios del centro de aquella estrella de piedra caliza construida por los españoles por la Real Cédula estampada en el plano original que dibujara Don Ramón Hernández de la Calle, con la finalidad expresa de proteger la entrada del Lago de Maracaibo del asedio de piratas y filibusteros.

Los hombres recibieron sobre su piel los rayos calcinantes del sol que inundaba la tira de tierra rodeada por las murallas de piedra, un trozo de luz y de aire, ¡al fin! Una banda de sol descubierta mostraba el cielo azul sin una sola nube, pero sobre todo lleno de aire puro, y les llegaba desde arriba con el soplo ocasional de una brisa salobre y tibia. Así los hombres pudieron disfrutar de aquel momento, sofocándose, hasta que uno a uno se fueron retirando, regresando al nicho de piedra.

El acontecimiento, obedecía a una razón precisa, las efemérides restauradoras, la feliz circunstancia que les recordaba a los presos el inicio de la Restauración Nacional, del gobierno de los hombres cordilleranos y sus felicitadores.

De vuelta en el reducto infecto, retomados ya sus vínculos de hiedra con aquellos pedruzcos porosos por el salitre, pero resbaladizos de lodo e inmundicias, estuvieron de nuevo los hombres, listos para releer el calendario de horror de la patria. Dibujos, fechas y nombres en las piedras, suscritos durante años por Ramón Guerra, Pocattera, Pedro Julián Acosta, José Pinto, Juan Naranjo,

Nicolás Rolando, Pablo Guzmán, Luis Boscán, Vallenilla Marcano, Antonio Ramos, Pedro Ducharne, Mariano Raffetti, Torre García y Antonio Paredes... Los hombres leían nombres en las piedras al regresar del paseo, regalo de fiesta patria.

Entonces los prisioneros a pleno sol, se acordaron del Restaurador del país, de su frente nimbada por laureles y de sus manos patricias impartiendo injusticia, el genio nacido en el Táchira para salvación y gloria de la nación, el augusto aunque pequeño de estatura, padre del nuevo orden, amado hasta el paroxismo por la Divina Providencia y es que de otra manera no hubiese sido posible, ante el acoso de los gobiernos extranjeros y el desacuerdo de tantos ciudadanos, lograr la aplicación enérgica de tantos nuevos procedimientos por aquellos nuevos hombres, llenos de nuevos ideales, aquella singular estirpe de venezolanos, quienes lo veneraban y lo aclamaban y lo endiosaban y lo adulaban, cortesanos de palacio y pareja, en el instante mismo en que cesa la orquesta y el eco de los compases se pierde en los ámbitos lujosos del palacio presidencial.

TRÍPTICO INDIANO



ELIPSE

La figura del hombre escinde el aire denso del atardecer. Silenciosamente se escurre de su choza y perseguido por el ruido de sus pisadas sobre los apergaminados cadáveres de las hojas, corre hasta perderse en la intrincada ramazón. Su mirada aletea entre los árboles, secciona lianas y bejucos encontrando siempre el camino más corto. Alas de cuervo parpadeantes en sus hendiduras atisban husmeando, degustando casi los últimos reflejos de luz olvidados entre los espesos helechos y bajo los troncos leñosos. Saltan brillantes las chispas del río persiguiendo sus pasos, y él se apresura un poco, haciendo gemir la arena limpia entre las grandes piedras, y se detiene escuchando atento en la penumbra predecesora de la noche mientras permite que su cuerpo se dibuje en las charcas. En lo alto, los araguatos gritan imitando los perros. El suelo húmedo cubierto de vegetación exuda un vaho tibio que enturbia sus pensamientos y lo convida a descansar. Fluye el aliento de la tierra por sus poros y alumbra con pequeños relámpagos de fuego la oscuridad de la selva. En la lejanía se percibe el trepidar del cielo, entre los árboles, sobre la arena, contra las piedras, hasta estremecer bullicioso el silencio adormecido bajo la verde maraña. Súbitamente se detiene. Sus oídos han separado del chirrido impenetrable de las mil chicharras confundidas ante el rojo sangrante del atardecer, un murmullo profundo y distante. Trazos jaspeados de violeta y carmesí asoman entre el follaje. Arena y musgos parecen empapados de sangre viscosa teñida de un azul magenta que empegosta la hojarasca entre los árboles inmensos. Salpicadas sus piernas por el agua que baja por el cauce, su piel toda parece pringada con gotas bermejas. Percibe entonces los retorcimientos del cielo más allá de la cima de las montañas. Husmea indeciso y su rostro se contrae. Va a llover. Un par de garzas cruzan la espesura ante sus dilatadas pupilas y van a perderse entre la bruma azul. De

pronto, clavado en la arenisca del río observa angustiado en la oscuridad purpurina de la selva el parpadear de las miríadas de cocuyos, y todo estalla, como si le hubiesen golpeado en la nuca. Las garzas han desaparecido en la penumbra, centelleantes, pero allí está. El atisba la figura pálida de una mujer... Le observa, y él se imagina que el alma blanca de las aves le reclama, y se ahoga, se ahoga, sólo un instante, el tiempo necesario para creer que ha visto algo hasta sentir dentro de su pecho un salto helado que sin poder huir se escapa corriendo por su cuerpo. Casi enterrados sus pies en el cauce del río, él percibe en su rostro la caricia de un hálito espeso y su cuerpo todo se estremece violentamente... Ya no ve nada pero el golpeteo dentro de su pecho le martilla en las sienes. Su mirada ha quedado fija en un punto vacío en la temblorosa penumbra del anochecer impregnada de cocuyos titilantes. Piensa entonces en su chinchorro, cautelosamente recuerda a su mujer, casi puede ver la siembra de maíz, y uno a uno repasa a sus cinco hijos barrigones y sucios hasta sentir que confunde la realidad con sus recuerdos. Hendidos, sus ojos olisquean ascendentes por los helechos manchados de azul. Prendido de los bejucos va subiendo hasta las ramas más altas y en eso está, cuando el recuerdo del amargo sabor del hambre aplaca el latir de su corazón. Inspirando profundamente prosigue su rumbo, hundiéndose en la tupida maleza.

Va a llover. Un par de garzas cruzan la espesura ante sus dilatadas pupilas y van a perderse entre la bruma azul. De pronto, clavado en la arenisca del río observa angustiado en la oscuridad purpurina de la selva el parpadear de las miríadas de cocuyos, y todo estalla, como si le hubiesen golpeado en la nuca. Las garzas han desaparecido en la penumbra, centelleantes, pero allí está. El atisba la figura pálida de una mujer... Le observa, y él se imagina que el alma blanca de las aves le reclama, y se ahoga, se ahoga, sólo un instante, el tiempo necesario para creer que ha visto algo hasta sentir dentro de su pecho un salto helado que sin poder huir se escapa corrien-

do por su cuerpo. Casi enterrados sus pies en el cauce del río, él percibe en su rostro la caricia de un hálito espeso y su cuerpo todo se estremece violentamente... Ya no ve nada pero el golpeteo dentro de su pecho le martilla en las sienes. Su mirada ha quedado fija en un punto vacío en la temblorosa penumbra del anochecer impregnada de cocuyos titilantes. Piensa entonces en su chinchorro, cautelosamente recuerda a su mujer, casi puede ver la siembra de maíz, y uno a uno repasa a sus cinco hijos barrigones y sucios hasta sentir que confunde la realidad con sus recuerdos. Hendidos, sus ojos olisquean ascendentes por los helechos manchados de azul. Prendido de los bejucos va subiendo hasta las ramas más altas y en eso está, cuando el recuerdo del amargo sabor del hambre aplaca el latir de su corazón. Inspirando profundamente prosigue su rumbo, hundiéndose en la tupida maleza.

El aire está saturado de agua. Desde lo alto de la montaña, el viento trae el soplo frío de la lluvia; allá arriba, sobre las incontables hojas repiquetea una fina llovizna. A su alrededor sólo se ven las chispas intermitentes y él horada la penumbra, pero no logra ver las estrellas. Densos nubarrones han enrarecido el ambiente, filtrándose entre los árboles. El olor de la tierra mojándose gota a gota y la espesa oscuridad adormecen su mente. Cansado, reposa sobre una gran piedra del río mientras escucha el monótono sonido del agua. Un murmullo que ríe apretándose entre las peñas a sus pies, un suspiro cuando el viento riega las gotas silbando en sus oídos, un chapoteo a lo lejos, burbujeos en las charcas, un tono aflautado en lo alto... Rítmicamente los golpecitos desiguales de las gotas de lluvia en las bóvedas oscuras se van fundiendo en su cabeza, y confunde los tonos agudos del canto del agua con los timbres brillantes del repique en las piedras, el gorgoteo grave bajo las grandes hojas y entre las ramas, con el trepidar del barro que desciende buscando el cauce del río. Resuena musical gota a gota, infiltrando la arena, gota a gota, se confunde el silencio con el eco sonoro de la lluvia lejana, gota a gota...

Al entreabrir los párpados, una serena quietud le rodea. Ha cesado la lluvia y el gemido del viento. Las hojas han dejado de llorar. Entre el espeso follaje, vislumbra el parpadeo de las estrellas. A sus pies, el río turbulento y crecido arrastra desde la cima de la montaña troncos y ramas de los gigantes, que se hundieron, doblegados al debilitarse sus cimientos de barro. Lentamente se yergue, entumecido se estira, y procura espantar sus pensamientos. Su anciano padre... Suspira, aspirando en el sombrío recinto de la selva lejanos y olvidados aromas, hasta sentir que la tierra comienza a danzar en derredor. El paisaje transformado por la claridad de la luna es un cambiante espectro de sombras separadas por finas pinceladas de plata. Del suelo humedecido emana una transparente neblina sucia y gris que se le enrosca entre las piernas. Toma el arco y las flechas largas, y su rostro siente la caricia del viento nocturno. El frío le hace pensar en sus hijos y en ese momento desde la profunda oscuridad azul logra escuchar el triste canto de un ave quejumbrosa... El no quiere regresar jamás a su conuco, ni dormir más en su chinchorro, ni pensar en la tierna y sumisa mirada de su mujer. Sacude la cabeza sin lograr ahuyentar los pensamientos. Sólo cuentos y tal vez unos trozos de metal en una pierna, como su padre... Más allá del río y de la gran montaña, más allá... ¿Tan solo para traer historias increíbles? El no regresará jamás.

Transformado por la luna en una sinuosa estela de plata, el río camina a su lado, acompañándolo un rato, desciende con él, y recorta su sombra silenciosa entre la irreal claridad. Las lianas y los bejucos dejan colar trémulos destellos que permanecen fundidos en la superficie del espeso musgo protector de los árboles. El chasquido del agua en las piedras del río despide un olor extraño. En algún momento la brisa le trae el aliento de un animal herido. Sus pies se hunden en la arena mojada y él se siente incómodo. En la soledad callada de la noche, bañado por la luz espectral de la luna, a pie por el húmedo cauce del río, se detiene un instante para mirar

cautelosamente a su alrededor. Frunce el ceño y respira hondo. Cree haber visto pasar, herida por un rayo de plata, un ave de plumas blancas, flotando en el aire, lentamente, hasta desaparecer entre los árboles de la margen opuesta del río. Una mancha de luz, quizás dentro de sus ojos, ¿o en la oscuridad violácea de la noche? Y allí se ha quedado, de pie, sin sentir el agua fría que lame sus tobillos, sin pensar ni moverse, con su mirada clavada en la impenetrable penumbra azul, tan densa que desbarata su silencio y su misterio dentro del negro temblor de sus pupilas, esperando... Sus oídos sólo perciben el eco de los latidos rápidos dentro de su pecho. En la lejanía, el aleteo de algunas aves que abandonan sus nidos le distrae por unos segundos, y estos le bastan para encontrar entre las sombras la blanca figura. Inmóvil. Su cuerpo se estremece como queriendo salir de un sueño. Sus ojos no se apartan de la mancha blanca entre las ramas, respira rápidamente y siente algo caliente corriendo bajo su piel. Tiemblan los reflejos en el río y un soplo helado de carroña recorre su cuerpo. Sin saber si está fuera o dentro de él ese aroma de miedo, desvía su mirada en el momento mismo cuando las entrañas de la selva emiten un grito, ¿el canto de un ave?, ¿el gemido de algún animal?, él no lo entiende, pero retumba dentro de su ser. En ese instante el rayo de la luna se le escapa, saltando entre los helechos y las piedras del río. Su figura, multiplicada en las charcas, tarda aún unos segundos en decidirse y emprende veloz carrera provocando una irreal aureola que le persigue envolviéndolo en encajes hasta la margen opuesta. Precipitadamente se lanza entre la maleza, corriendo desesperado, sin entender porqué va tras esa sombra brillante que él mismo no sabe dónde está, ni qué es, pero que él siente como lo atrae con un impulso irracional. El corre como una bestia enloquecida, se enreda, cae, se levanta y prosigue en la telaraña azul. Perdió irremediablemente la cuenta de las veces que entre el barro y las hojas creyó atraparla. No es capaz de moverse, ni quiere recordar como creyó tenerla entre sus brazos. Sus

manos ahora se clavan como garras en la tierra mojada. Está seguro de que al levantar la cabeza, ella estará allí, entre el tenue resplandor lunar, riéndose de su mirada de animal cansado. Completamente derrumbado, siente latir su pecho contra la arena y sus manos oprimen la tierra misma que golpea su cuerpo, una y otra vez, comunicándole su calor, llenándole con ese aire verde y espeso que rodea las hojas bajo los troncos y que se filtra entre las piedras. Inmóvil percibe como ese latido de la tierra se va fundiendo con su ser. Las garzas, la luna, una mujer, la caricia del viento, la lluvia, la carrera sin fin... Su cabeza parece querer estallarle. Lejos de su mujer y de sus hijos se siente invadido por una terrible y angustiosa soledad. Tendido en el barro, oculto entre la bruma amostazada del amanecer, percibe el amargo sabor del desamparo. El observa cansado cómo paulatinamente el aire negro se ha ido disolviendo entre el ruido luminoso de las aves y el trepidar de los insectos entre las hojas. Cuchillos de luz se filtran entre los árboles seccionando lianas y multiplicando puntos brillantes llenos de colores en la espesura, en cada piedra, en las gotas que finamente cubren las islas de musgo, sobre las capas verdes de helechos... El no necesita ponerse de pie para verlo todo. En un claro de la selva frente a sus ojos y entre la bruma rojiza que parece nacer del suelo, está su choza. En la puerta, atisba la cálida y triste sonrisa de su mujer, y uno a uno, van saliendo los hijos, el último a gatas, cuando ya no puede ver más que sombras porque el sol ha emergido frente a él, transformándolo todo en un líquido dorado y tembloroso que se agolpa en el ángulo de sus ojos rasgados.

SAIMADOYI

A mamá como recuerdo de "Los Arrayanes".

Lejanas están la Sierra de Perijá y los Montes de Oca, lejanos, sí. ¿Y uno? Uno con afición a la investigación, uno aspirando encontrar el virus del tracoma en las ulceradas córneas de los indios motilones, más allá del Aricuaizá, cerca de la frontera con el denominado hermano país, en lo que llaman la sexta sierra. Uno soñando con meter bajo el lente del microscopio el exudado fibrinopurulento extraído de los ojos de los indígenas y ver los cuerpos de inclusión que identifican al tracoma, sí, uno considerando la posibilidad de examinar con el microscopio electrónico las muestras de las conjuntivas y los raspados corneales, o las muestras de la linfa... Tal vez, la linfa, sí... Como la que rezumaba en la oreja de aquel árabe... Una oreja perdida en la bruma del tiempo, oreja anecdota, escuchada en boca de mi padre varias veces... Entretejida historia que viene con recuerdos de la infancia, sobre su amigo, su coterráneo, el doctor Arquímedes, con ese nombre griego de maracucho autóctono, Arquímedes Fernández, siempre con una lanceta en la mano y la oreja del árabe... ¿El año? 1923. En una de las salas del hospital La Salpêtrière, en París, ciudad luz, pero fría y distante del suelo marabino. Entonces uno, que es niño aún, cree escuchar al galeno, el avezado clínico de la ciudad del lago y las palmeras, uno cree oírle contradecir al famoso Professeur Tellier, e insistir que aquel paciente berebere, con las córneas ulceradas por las arenas del desierto, por el sol y la infección con el microbio del tracoma como decían todos, es otra cosa... Se hace silencio y uno casi le oye las explicaciones al morenito galeno maracucho, ante la ventana, de pie, frente la cama y al profesor Tellier, él está mirando a sus colegas y a los estudiantes... Es un leproso monsieur le professeur. Así veía él al árabe, con sus orejas gruesas, la faz leonina, con aquella frente nodular y prominente. Un leproso. Era un

enfermo fácil de diagnosticar para le docteur extranjero, él había visto muchos en el ejercicio de su apostolado, en la isla de Providencia, un pedazo de tierra frente a la ciudad de las palmeras azules, aquel leprocomio conocido como la isla de los Lázaros, islote de tierra flotando entre Palmarejo y Maracaibo, en la mitad del lago de cristal, del mismo sitio donde yo había nacido, de la misma tierra, la del doctor Fernández y la de mi padre... Uno se lo imagina, es fácil entender la curiosidad, el asombro, la risa, la incredulidad de los colegas y estudiantes parisinos, todos situados alrededor del terco, pequeño morenito galeno marabino... Allí atentos, atisbando risueños la cara del berebere leonino, y uno hasta sonríe, pues le es fácil escuchar en un francés de intenso acento maracucho, sus palabras. Aguántense un momento, o quizás diría... ¡Deteneos! Todos estaban asombrados cuando escucharon al peculiar galeno pedir los colorantes, solicitar unas láminas de vidrio, preguntar por una lanceta, y él la tomó con la diestra y con la izquierda presionó el lóbulo de la oreja y luego cortó superficialmente, y haciendo suave expresión esperó que fluyese la linfa. Entonces secó la oreja y luego como un malabarista se dio vuelta y tiñó las láminas con los colorantes y... ¡Voilà! El asombro de los franceses fue genuino. Atónitos quedaron ante el microbio colorado quien les miraba desde el microscopio. El bacilo de Hansen, pululando en la linfa de aquel árabe, hospitalizado por tracoma, en la sala 8 del Hospital La Salpêtrière, el mismo sitio donde las grandes histèrie hicieran muy famoso al maestro Charcot, el mismo escenario, pero ahora con aquel paciente africano con úlceras corneales que todos creían afectado por el microbio del tracoma, y tan solo era un leproso.

Hay un frío otoñal que estremece la capital francesa, enfría la historia, tan lejos de su tierra, le docteur extranjero, por su acierto ganó prestigio y reconocimiento. Por eso, uno recuerda el final de este cuento, casi puede escuchar los pasos del morenito médico, sobre las hojas secas, frente a la puerta del hospital, él se acerca y está

escuchando la voz del viejo portero saludante, bonjour monsieur le professeur Fernadés... Así pues, uno, con estos recuerdos en el subconsciente se encuentra ahora, pensando en las córneas de los motilones, a más de cincuenta años de aquel episodio, otra vez discurriendo sobre el microbio del tracoma, otra vez con el deseo y la pasión de mirar a través de un microscopio, pero ahora no estamos en la ciudad luz, ahora se trata de ascender a la sexta sierra, para conocer a los feroces salvajes motilones, los pobladores de una lejana misión de capuchinos, una aldea motilonona con ese nombre tan musical, Saimadoyi... Uno que no ha ido más allá del pueblo de Machiques, uno que ni siquiera conoce la misión del Tukuko, uno que pocas veces se ha adentrado en la selva, uno entonces antes de decidirse, sueña y divaga, pensando en motilones ciegos, en motilones feroces que flechan a los blancos, en motilones tuertos con úlceras corneales y leucomas en el blanco del ojo, y uno piensa en las muestras que ha de tomar, como se fijarán en frío y luego podrá uno hacerles la tinción negativa para mirarlos con el ojo grande, el ojo mágico que dispara electrones y detectar la ultraestructura del virus del tracoma para poder decir, no es ese un virus, es una bacteria, es un microbio raro, es así o tal vez es asao, en realidad uno no sabe ni como es, pero confía en hallarlo. A uno la idea le ha calado y la roe día tras día y hace planes, construye imágenes con su amigo José Luis el fotógrafo, cámara de cajón y verborragia incontrolable, ímpetus juveniles, también con Nerio, gigantón de ojos azules, oftalmoscopio en mano, mi colega Nerio, experto en ojos... Uno siente que las cosas han de marchar bien, uno se sugestiona, lo presiente, se dará el día y al final se convence de que somos tres socios en una aventura proyectada a corto plazo, en una expedición ya programada, en un viaje hacia la selva, en la esperanza decidida de hallar algo, desconocido casi seguramente, uno sueña con ubicar un foco de tracoma en las montañas de Perijá, en los Montes de Oca, en la vecindad con la frontera, en la sexta sierra, en Saimadoyi...

El pasto verde y turgente es altísimo en las haciendas lecheras de las vecindades de Machiques, más allá del Palmar, cerca de los ríos Apon y el Aponcito, más allá, donde nacen las tierras del río Negro y en la otra dirección, todos lo saben, se encuentra la Villa del Rosario, sede del antiguo Marquesado de Perijá, tierra de abuelos y de bisabuelos... Machiques fue ese día en la madrugada y después fue el Tukuko y ahora, tenemos seis sierras por delante. Ensilá tu mula, apretá la cincha, acomodale los corotos, movete rápido, apurate que se hace tarde, ya casi sale el sol, se refleja entre las piedras blancas y amarillas del río Aricuaizá, nosotros salimos chapoteando un poco, paso a paso, por el cauce del río, salpicando luego, embarrialando después, y en un instante se nos viene encima la ramazón y entonces, si, estamos en la montaña. Desenfundá el machete, metete en la selva, vai hombé, que se te pierden de arriba tantísimos guindachos, son como curricanes que se descuelgan tupiendo la maleza, deshilachándose desde los árboles... Cortá bejucos, cortame los arbustos, trozá las lianas, abrite paso, andá adelante vos, baquiano, echepalante colombiano, cojé tu fila india, ponele atención a cualquier jaiba, te dije que te las pusieras, que esperáis, ponete mis polainas, no te vayan a echar una vaina las culebras, vos si tenéis tus botas, ¡a bichas papesadas!, fijate que los guardias, van de mauser terciado y andan como si nada. José Luis va en su mula rucia y Nerio en la mañosa, atendele a esa rama, así se hace, ¡esa es mi mula!, bajá un poquito la cabeza, ¡vos tenéis que fijarte!, ponele cuidado al machetero, él vadelante y vos veis el machete, corta de lado y lado, zuas ras, ras zuas, tené cuidado, atendele a las piedras, afincate que vamos en bajada, upa mula, pisada precisa, preciosa mula, terca mula, más terco que una mula, ahora si entiendo el dicho, ufa mula!, sabio animal, seguro, dócil, resistente, puede aguantarlo todo, te soporta por horas, te sostiene, mientras vais penetrando, profundamente, paso a paso, en las oscuras bóvedas de la selva, en la sierra de Perijá.

La trocha verde se va cerrando y la maleza es cada vez más intrincada pero se abre con los golpes del machete. Van los machetazos a la derecha y a la siniestra. El baquiano los descarga sin consideración, ¿porqué tenerla? Los árboles inmensos se enredan muy arriba oscureciendo el terreno y la luz penetra solamente a través de pequeñas hendiduras. Rayos de sol descompuestos en sus colores pincelan los troncos cubiertos de parásitas, los bejucos retorcidos, la superficie aterciopelada de musgos y líquenes y las innumerables hojas con los más variados tonos de verde, van ondulando, se van moviendo. Las mulas otra vez avanzan descendiendo montaña abajo y entonces tienes que afincarte en el pomo de la silla cuando ya se acercan a otro río donde la tierra es blanda. El capitán que va adelante ha decidido bajarse y llevar a su mula que no anda, la arrea, la jala del cabestro, suavemente lo tironea y sus botas se hunden en el fango, un barro gredoso muy amarillo. Él desaparece hasta las rodillas y la mula de José Luis parece querer sentarse a cada rato sobre el terreno embarrialado, piafa, se levanta, se sienta de nuevo, relincha y continúa después. Tú, descienes a un lado de la mula de Nerio, cuando súbitamente ésta se le adelanta, va rompiendo la fila india y entonces ella te tropieza, golpea tu espalda, y sientes el morro del animal, percibes su humedad helada. A lo lejos, oteas al colombiano y a los guardias que se han adelantado, se les oye gritar bastante más abajo, ya están llegando al río, tú lo piensas, pero es inevitable, Nerio no puede dominar la prisa de su mula mañosa y ves como atropella tropezando, y te rebasa, y cuando se le desliza su silla de montar, la cincha cede y Nerio cae arrastrando sobre sí al animal, todo en un instante, ya no se puede más. Los dos están chapaleando en el barro. Se incorporan bufando y piafando, embarrialados hasta los ojos y entretanto, tú percibes a lo lejos los gritos de los hombres, están buscando un vado, les oyes cada vez más lejanos, se te confunden sus ecos con el ruido del agua, el graznido de las aves entre el follaje y muy distante casi percibes el gruñido de

las fieras ocultas, mientras miras a Nerio ya levantándose del suelo y ensillando su mula volteando a mirarte, está sonriendo. Ahora ves como el sol penetra a raudales, crea chispas, brilla en el agua, desciende y baña las piedras gigantescas, las enciende de luz. Más allá la corriente es cristalina y suave, tonos helados de azul aguamarina y de esmeralda, un remanso que dibuja los inmensos árboles. Te has mojado ya hasta la cintura. ¡Que remedio!, para cruzar el río era necesario. Tú, preocupado sujetas el envase con el fijador, con gran cuidado, sin él no habrá como capturar los soñados microbios en los ojos de los motilonos. El estruendo te despierta sobre tu mula, es uno de los guardias, ha resbalado en una piedra revestida de limo y su mauser se le ha caído al agua, se le fue un tiro, el capitán lo mira explotando con furia, cientos de imprecaciones llueven sobre su humanidad, él está emparamado, el barro de sus botas y de sus pantalones se ha lavado en el río. Después uno de los soldados te dice. Tan solo faltan tres montañas y dos ríos más... Entonces notas como se ríe el colombiano. Espreocúpese cumpa, la última vez, viniendo a Saimadoyi se ahogó un guardia y uno de los baquianos, en el último paso se nos fue con la carga, pero eso fue purita mala suerte, fue mala leche. Se volteo y luego grita, ¡upa mula! La fujetea con el cabestro y de nuevo a seguir el camino de la montaña...

Desde la cima de la sexta sierra entre el follaje de los inmensos árboles, al fin logro ver lo que nos señala el baquiano. Allá abajo, me dice, allá está Saimadoyi. Yo sólo detecto unas chozas y cuatro bohíos que lucen gigantes en el azul lejano, descansan como monstruos grises, rectangulares, dinosaurios de paja petrificados, echados sobre la tierra y circundados por un halo de turgente verdor. Puedo notar como desde el centro del sitio, una columna de humo se eleva y me doy cuenta de que como hormiguitas puedo ver a los indios que se mueven entre los bohíos. Poquito a poco, inadvertidamente las mulas comienzan el descenso y entretanto yo repaso en mi mente toda la información acumulada desde mi niñez. Voy y

vuelvo, está codificada, se refiere a los indios motilonos, hago cortocircuitos eléctricos, ellos vienen estimulando una súbita activación de las sinapsis, mis neuronas, van vomitando impulsos que ensamblan la nueva información, penetra por los ojos, los oídos, el olfato, mas mi conciencia las registra y asimila y la coteja con recuerdos e ideas perdidas en una maraña dendrítica, fluyen, se imbrican, se van tejiendo entre ellas, entrelazándose, como trenzas de las botas de cuero de mi padre, botas de cacería, las botas de ir a Perijá... Mis impulsos eléctricos las registran con mirada de niño, están llenas de barro. Sé hace presente entonces el olor a loción mentolada, puedo ver a mi madre dedicada, frotándole el mentol en las picadas. Es por las garrapatas, las miro y están henchidas por la sangre. Barro seco, trenzas, mentol y garrapatas gordas. Las garrapatas de Perijá, compañeras inseparables en los viajes de cacería de mi padre, en la distancia de mi infancia lejana, viajes a las haciendas de sus amigos... Entretanto descienden las mulas montaña abajo y siento como un olor a moho, a cordón franciscano, ¿estoy rememorando las visitas a los capuchinos?, o más bien huele a incienso, es olor religioso, y se mezcla con las historias sobre los motilonos, cuentos sobre las tierras fértiles, perdidos y feraces valles de temperaturas increíbles, más allá del río Negro, muy lejos del Tukuko... Yo revivo estos cuentos y rememoro las arrugas en el rostro del viejo obispo de Machiques, en la iglesia de los capuchinos, un templo gótico de bóvedas ojivales, uno que nunca terminaban de construirlo, como las catedrales medievales, eternamente, y recuerdo la barba gris de fray Cesáreo... ¿Como olvidar el brillo de los cañones aceitados?, la escopeta estaba siempre en el armero, las armas que no osábamos tocar, cajas repletas de cartuchos rojos, con la tapa dorada, la espoleta, —ni sueñes con tocarla—, el rifle veintidós, la escopeta con un solo cañón cuajada de arabescos, las armas, relucientes por el aceite de la alcuza, y el cuchillo de caza, allí están en las cajitas verdes todas las balas del rifle veintidós y debajo, van los utensilios para la limpieza, y más abajo aún, la crema de un

marrón rojizo, el trapo y el cepillo para lustrar las botas... Descendiendo sobre mi mula, me llegan en la bruma de todas estas cavilaciones oleadas de recuerdos, preciso la vigencia de las viejas historias asimiladas para nunca olvidarlas, de cuando flecharon a fray Primitivo, de la campaña pacificadora de los capuchinos, de las avionetas lanzando aquellas cajas, con comida y utensilios para los fieros motilones, ¿y la aventura de fray Saturnino por el río de Oro?, ¿y la guerra implacable que iniciaron contra los indios Motilones los peones del hato Santa Rosa?, aquella lucha terca de los indios por defender sus territorios, ¿y los intentos?, siempre cuando uno dice intento es un acto fallido, y eso desencanta, pero en fin, ¡que carrizo!, los intentos fueron los de mi padre, por convencer a sus amigos los frailes capuchinos, y uno piensa en el gesto del hermano Francisco de Asís, por convencer decía, a los capuchinos sobre lo necesario que era un hotel de turismo en la Sierra de Perijá, para ser ubicado en la zona fresca del río Negro... Perdida prédica al hermano Francisco, no funcionó con sus discípulos, intentos fallidos, y permanente negativa, pertinaz, persistente, un no rotundo, negada la injerencia del blanco corruptor, fuera los colonizadores. Descendiendo en la mula, regreso a los recuerdos de aquella noche oscura, no había luna, fue una huída pavorosa, sobre el lomo de mulas, dos mujeres y los cinco hombres, los blancos, los intrusos, los invasores de la motilonía, trotando descendieron por tortuosos senderos de oscuridad en la montaña, perseguidos por los motilones, los indios azuzados por quienes se decían defenderlos de la contaminación y la modernidad, les dijeron que debían rechazarlos, a ellos, a quienes representaban el asqueroso mundo civilizado, el progreso, y claro está, también el aguardiente, y las putas, y todas esas cosas malas que traerían los hombres con lo que llaman la civilización, ellos quienes seguramente solo querían la destrucción para los indiecitos. Algunos aspirantes a encontrar el camino en el reino de Dios, les señalaron sus acciones, y en medio de la noche, con el miedo de morir flechados como otros tantos, flechados en la sierra,

escaparon tras las amenazas, ¿un viaje sin regreso? Las mulas vienen ahora casi desbocadas, al trote descendiendo y en la oscuridad de mis lucubraciones, pienso en mi padre, en la oscurana de la noche aquella, dejando atrás la sierra y los proyectos... Ilusiones perdidas. Llevo el cabestro en mis manos. Ahora todo es rojo y es anaranjado, nos ilumina el sol de los venados y las mulas caminan al fin en tierra llana, ya no trotan ni se hunden en el lodazal. Hemos llegado. Al fin he logrado descender de la silla y me tiemblan las piernas cual si fuesen machorros asustados. No puedo tenerme de pie y me digo que ya no puedo más... Es lógico, uno casi se abraza con aquellas bestias, sudando aún, ensilladas, fieles cabalgaduras. La siento resoplar y pienso, ¡que hermosa es mi mula! Desde tan temprano en la mañana, ella y yo como un centauro, hasta un agotamiento físico, extremoso. Es que el cansancio ya resulta tan grande que se me ha olvidado hasta el miedo. Ya ni recuerdo las historias de los blancos flechados, ni quiero ya pensar en mi primo ni en mi padre, ¿para que recordar el viaje endemoniado?, aquel escape y no volver jamás, ¡hace ya tantos años! Uno no puede, o uno no quiere pensar en la fiereza de los motilones, uno ya ni siente, y es por el cansancio, ya. En el atardecer de los venados, con la esfera que se hunde tras la sierra y enciende los bohíos, aquella tarde llegando a Saimadoyi, me lo han dicho, lo he averiguado. Es el nombre de los primeros habitantes que llegaron del sol. Eso creen los nativos. Ellos son los propios tesmadoyis. Vinieron hace tiempo hasta la tierra, a través de una larga liana para colonizar los Montes de Oca y darle origen a las indómitas tribus de los motilones, a fundar este pueblo, la aldea de Saimadoyi...

Hemos dormido sin temores y ya en la madrugada, he salido con José Luis, fuimos tan solo a dar una vuelta, un paseo de reconocimiento. Nos acercamos al bohío más grande. Encandiladas con la luz de la linterna, en la oscuridad de la noche, cientos de gordas cucarachas se mueven en el interior del gigantesco bohío motilón. Se confunde el crujido de sus carapachos y el trepidar de

sus patas de sierra, con los ronquidos y los suspiros de los indígenas durmiendo en sus chinchorros. Se mezcla todo con ese olor efervescente de comida pasada y el que exudan como gemidos los cuerpos de las mujeres y de los niños y de los ancianos, de los hombres de todas las familias que allí conviven, envueltas en el humo, bajo el gran techo. Ellas, las cucarachas, luchan por escapar, al remover algunos utensilios de cacería y otros conteniendo alimentos, ellas se apretujan, se miran y rápidas, se van corriendo sobre los petates, algunas son muy hábiles, van ocultándose en la arena, otras corren furtivas, encaramándose sobre los niños, ellos duermen y las cucarachas de nosotros escapan. Parecieran ser inteligentes, ellas sí, las conchudas, corren desaforadas, pero nunca se atreven a acercarse a los guácharos. Los pájaros de pico bigotudo, están allí en tierra, amarrados por las patas, en varios sitios del inmenso bohío. Ellas se frenan, se detienen y los guácharos retroceden espantados ante la luz de las linternas nuestras, las aves rucias y veteadas, cazadas en las oscuras cavernas de la montaña azul, utilizando flechas de macana negra con punta roma, aquellos pájaros, encandilados por nosotros, miran con ansiedad hambrienta a las conchudas. Ellas aprovechando nuestra presencia se les escapan, huyen de los pajarracos bigotudos. Son como las gallinas en los corrales de los blancos, los guácharos están siendo engordados con cucarachas, preparando sus carnes para ser degustadas, quizás con nosotros en un futuro banquete motilón...

Y al examinarlos uno a uno, en la cabeza de los motiloncitos encontramos la tiña circinada, y entre los cabellos vimos los gordos piojos caminando entre bosques de liendres, los animalitos andaban mordisqueando sobre las úlceras producto del rascado y claro está, la tos perruna sacude a los niños y en los adultos pide a gritos los rayos x. Hay que sentirla áspera, ronca y metálica, cuando resuenan las cavernas en los ápices fibrosos, uno casi se queda casi, esperando por la hemoptisis de un momento a otro, e imagina como sembrar los tubos de

cultivos para reproducir millones de bacilos tuberculosos. Mientras tanto, la cámara de fotos chasquea constantemente, José Luis va plasmando en celuloide las imágenes para dejarlas presas, algunos temen que se les vaya el alma, quedan en cada rollo impresionadas las lesiones y así quedan también los ojos azules de la monjita, aquella niña joven, con los rasgos tan finos, delicados, hermosa jovencita, una imagen de yeso, entre tantos salvajes, la hermanita, más de dos años sin salir de allí, sin regresar a casa, noches y días trabajando duro, sin recursos, en medio de la selva enmarañada, tan solo por amor a Jesucristo, entretenía a los niños con canciones, por puro amor, enseñándolos a rezar, con ellos, para ellos, por ellos, los olvidados primigenios habitantes de la patria de uno y de aquella monjita muy joven, casi una niña de ojos azules, blanca, de mejillas rosadas, una virgen de yeso en Saimadoyi, allá en la sexta sierra. Dispara José Luís, quiero una foto de esta imagen sagrada, nadie me va a creer si se lo cuento, una virgen de carne y yeso, joven preciosa, niñita sonrosada, viviendo en Saimadoyi...

En los ojos opacos por las cicatrices no se reflejó la luz del oftalmoscopio. En la mucosa conjuntival uno no vio las úlceras esperadas. No encontró el exudado en las cuencas vacías, ni siquiera existía algún discreto signo de uveítis. Así se disipó la ilusión del tracoma, como la del cuento aquel del árabe. Uno imaginó entonces como se sentirían los doctores de la Salpêtrière ante la lección magistral del professeur Fernández. Allá no había tracoma y hubo lepra. Aquí en la sexta sierra, no hallamos el tracoma pero para nosotros el misterio se aclaró a corto plazo. Eran pelitos rubios. Espinas pequeñísimas, las hallamos clavadas, como las guasárabas, las sempiternas pringamozas, como finas agujas, los alfileres naturales, protectores de la piel delicada de los arbustos, sedosa y urticante pelambre en las hojas aterciopeladas, ellos eran los causantes de todas las lesiones oculares, ¡tan variadas! En tantos ojos de muchos motilones, sin mediación de virus ni de otros gérmenes sofisticados, nada

de virus nuevos, porque para microbios ya bastaban el del sarampión, la hepatitis, la gripe y otros virus nefastos, traídos por los blancos hasta las tierras motilonas. ¿Para que más microbios? Estaban más bien como sobrando, demasiados microorganismos pululando entre los compatriotas, y al final uno sintió que había sido mejor así. ¡Que bien no hallar también tracoma! ¡Que alegría! Es lo menos que puede sentir uno en esa situación. Me lo dije y se me aflojó un poco la garra que me atenazaba del corazón a la garganta. Algo extraño me conmovía ante el dolor profundo de las carencias motilonas, en aquella perdida soledad. Hay que vivir el desamparo de la selva y sentir la precaria vida de nuestros indígenas, lo pensé e imaginé la contradicción de querer ayudar a esa gente, asediada, invadida, por nosotros mismos... Allá lejos en la sexta sierra, los territorios de nuestros olvidados dueños de la patria, la nación otrora liberada para todos, ¿y ellos? Uno al final, entonces acaba por convencerse de que si bien es poco lo que uno puede hacer, valió la pena haber estado en Saimadoyi. Siempre conviene compartir un poco ese dolor de ser indígena, sobre todo si uno se siente realmente hispanoamericano. Es útil, ayuda a mitigar el desconsuelo, ante tanta incapacidad, tanta impotencia, esa desgracia de ser tan sólo un ciudadano, nada más que un guarismo en el censo del país, en la tierra de uno, esa que sientes tuya, que quieres, pero que te desgarras, ese país que te obliga a enfurecerte cuando no encuentras en tu mano el rayo positrónico, la flama que achicharra, descuartiza, desintegra, desmiembra, pulveriza, y se te van entre las dendritas las ganas, buscando los epítetos, al pensar en la calaña de esa eterna caterva de políticos, politiqueros, populistas, politicastros... ¡Malditos! Uno que sueña, uno que piensa en el mañana, ese algún día, uno que se imagina, se le ocurre que quizá con un rayo laser, ¿tal vez?, un arma poderosa que actúe, que les obligue, sobre la misma tierra, esta ya chamuscada y arrasada, por los depredadores, a cumplir sus promesas... Pero a pesar de todo, uno tiene esperanzas, es lo último que se

pierde, y uno presiente que después de todo, algo ha de renacer, quizá mañana, tal vez la tierra todavía esté húmeda por las gotas de una lluvia caída desde un cielo limpio de nubes rojas, sin mostazas, ni sangre, sin precipitaciones ácidas, de un cielo límpido y casi transparente, de un firmamento que lllore sobre todos para que retoñe y crezca un mundo donde se haga justicia. Uno confía y espera, ¿tal vez será mañana? Seguramente...

NOCTURNAL GUAJIRO

El hombre avanzaba guiado por una firme determinación. Iba dejando sus huellas indecisas en el vasto arenal reverberante, bajo un cielo sin nubes. El sol guajiro había quemado los secos pastos que nacieran entre la arcilla con las lluvias de agosto y los cujíes y las tunas empolvadas dibujaban tímidas sombras sobre el medanal cambiante. Llegó al fin y se detuvo sobre la duna. Aspiró el soplo fresco que el mar traía hasta la tierra seca. Su rostro curtido, escrutó el horizonte. Temía hallarlo manchado, mas la yerma y salobre extensión era toda soledad. Hacia el oeste, el calor del mediodía había creado una densa capa de vapor que emborronaba el paisaje. Frente a él, el mar se confundía con el cielo. El hombre clavó el arco y las flechas en la arena. Sin prisa ninguna, sacó debajo de su ancha camisa la cache y la hoja del machete que llevaba siempre pendiendo de su guayuco. Brilló la hoja negra de óxido pero afilada al hundirse en la arena. Se sentó entonces. Había llegado. Al otro lado, tras las rocas, estaba la casa. Había tenido que dar toda esa vuelta desde el caserío. Ahora estaba a menos de un tiro de piedra de la casa. Su cara tostada vislumbró una tenue sonrisa. El vivía siempre pensando en Irúa. Irúa con Tamare, lejos, en el playón... Se lo había dicho Gunía unos días atrás, al atardecer, y desde entonces tan solo los veía a ellos, los imaginaba a toda hora, revolcándose en la orilla de arenas blancas... Cuando lo supo le hirvió la sangre. Las gaviotas volaban sobre el acantilado pedregoso. El con furia los pensaba felices... No volvería a suceder. El hombre estaba seguro y determinado. El arco y las flechas continuaron clavados en la arena y sus sombras se fueron alargando lentamente sobre la duna, sobre la marca dejada por la hoja del machete oxidado.

El sol quiere esconderse entre el chirrido de las chicharras y el ulular de las lechuzas. Los negros cujíes se perfilan trémulos ante el cielo ensangrentado. El

hombre arrastra un chinchorro que pesa más de lo normal a juzgar por el hondo surco que deja en la arena roja. El sol insiste en ocultarse escurriéndose tras los cardones. El cayuco se mece al compás de las olas. Ha subido la marea y el hombre tiene que mojarse hasta la cintura para traerlo hasta la orilla. El mar está tibio. Brillan las piernas bermejas cuando chispas de luz las toca. Arrastra el chinchorro y haciendo un esfuerzo lo mete dentro del cayuco. Corre hasta la duna, saca el arco y las flechas y borra las sombras ya demasiado largas. Cuando regresa hasta la orilla, deja impresas sus huellas en la arena y se mete en el cayuco. Se hace a la mar. Rema, de un lado y del otro. Desdibujado por los tenues rayos del sol poniente se aleja lentamente de la costa empapada de sangre.

La noche ha infiltrado el caserío y la fiesta guajira recién comienza. Han venido muchos amigos, indígenas de las áridas planicies, colombianos, venezolanos, es igual, pero todos se esponjan con el orgullo de ser guajiros, celebran el nacimiento de otro hijo del cacique Tejiro. Se bebe aguardiente, güisqui y chirrinche. Se baila la chichamaya al golpe rápido del tambor. Varios alijunas conversan con el cacique. El Jefe Civil está también presente. Hablan y beben todos con los piaches y con varios hijos mayores de Tejiro. La luna hace esfuerzos por llevar su embrujo azul al interior de la fiesta. La claridad de las fogatas auyenta las sombras dulces. El tambor resuena, tam tam, tum tam. Templado el cuero bajo la mano firme, tam tam. La pareja se adelanta, tum tam, la india envuelta en su amplia manta, tum tam, el indio impedido por sus armas, tam tam, saltando al compás, tum tam, le pone la pierna a su joven pareja, tam tam, la esquivadora ágilmente, tum tam, saltando otra vez, tam tam, más allá, tam tam, resuena la risa en la oscuridad, se adelanta la joven, tum tam, se le acerca más, tum tam, se le acerca más, tam tam, le pone una traba, se inclina, tam tam, la pareja cae, tum tam, en el suelo yacen, tam tam, tum tam, salta otro a bailar... Allí estaba Irúa. Guajira de perfil fino, de sonrisa triste y ojos de almendra. Ella miraba bailar las parejas.

Sus pensamientos volaban perdiéndose en un horizonte dudoso. El hombre la veía desde lejos. ¿Podría no ser verdad? Ya de nada vale. Todo ha terminado. En su cerebro de hombre germina la duda. El baile continúa y él siente que danzan sus pensamientos. No puede espantar una idea, una impresión creciente... Puede que Gunía le haya engañado. Mientras piensa y desea regodearse en los dos cuerpos envueltos por la espuma sobre la arena del playón, el rostro sereno de Irúa no le ayuda a coordinar sus ideas. Buscó ansioso un rostro entre las indias, allí estaba ella, también, sentada alrededor del fuego, esperando turno para la danza. Sonriendo está Gunía... El hombre apretó los dientes. La sonrisa de la joven guajira se ensanchó, creció, fue aumentando, tam tam, tum tam, se hizo grande, gigantesca, tam tam, tum tam. El hombre apretó el cabo del machete y afianzó sus pies en la arena. Volteó a mirar a Irúa y creyó ir comprendiéndolo todo. Envuelto como un tonto... El hombre se sintió idiota. Los alijunas charlaban con el cacique cuando atribulada una anciana se acercó. El Jefe Civil fue el primero en levantarse del petate. Los piaches y los hijos del cacique se pusieron de pie. Un alijuna sacó su revolver. El le vio contar las balas. El hombre desapareció detrás de las chozas. Al salir del caserío, la luna lo pintó de azul.

Desde el acantilado, él puede ver lo que ocurre. Silencioso respira profundamente mientras lo observa todo. El Jefe Civil examina las manchas, son recuerdos de la tarde. Los alijunas registran la choza minuciosamente. Tejiro consuela a la vieja. El, desde lejos ve sus arrugas, profundas, sombreadas por la luz de las antorchas. Ella gimotea. Lloro quedamente por su hijo. El joven Tamare. El no llora, él tiembla de odio, tiembla de miedo, tiembla de frío, tiembla. ¡Todo por esa guaricha! El, nunca fue capaz de confesarle su amor. Muerto Tamare, ahora quizás... Tamare en el fondo del mar. ¿Para ocultar su cobardía? Ahora él está muy seguro. Tamare era inocente. Irúa nunca los vio en el playón... El se estremece. Se siente invadido por el temor. La llanura

arenosa luce manchada de sombras bajo el manto negro salpicado de estrellas. Ha adquirido entre las tunas, cardones y cujíes, una brillantez azulada. Desde lejos, él escudriña entre las sombras. La vieja, el cacique, los alijunas y más sombras. Se mueven de un lado a otro. Van y vienen. La vieja llora y él siente sus gemidos, parecen resonar dentro de su cabeza. Tamare seguramente tendrá frío, en el fondo del mar, enredado entre las algas... Una vida entera sobre las rocas parece haber transcurrido y él se mantiene quieto, inmóvil, petrificado. Las sombras todavía se cruzan buscando rastros en el caney abandonado. De pronto se siente invadido por un frío extraño. Su cuerpo se estremece. ¿Miedo? Tras de sí, escucha el quejido de la arena al ser apretada por un pie descalzo. Gira rápidamente, uno, dos, tres, cuatro segundos. Se escucha el quejido de su respiración contenida. Unicamente sombras en la vasta soledad que se pierde en los linderos de las estrellas. El hombre ha comenzado a sudar. Es una transpiración fría y pegajosa. ¿Será miedo? ¡El no puede tener miedo! Aprieta los dientes, pero no logra impedir su ruido trepidante. El mar allá, a lo lejos, es como una mancha negra, tumultuosa, con un movimiento ondulante que le llama, que lo atrae, le susurra cosas... ¿Otra vez? Ahora se voltea más lentamente. Por dentro siente el olor de la sangre, corre golpeándole las sienes... Es alguien en la oscuridad y él siente la necesidad desesperada de gritar. Se contiene... Los alijunas hablan con el cacique y el Jefe Civil. El viento casi permite oír lo que ellos dicen. La sombra de un cují indeciso se ensancha. El la reconoce. Es Gunía. Vuelve a ser el hombre. Es el hombre que odia.

—¿Anshí piá? Con toda frialdad le hace la pregunta, y Gunía le mira de reojo, tal vez ofuscada...

—¿Casachiqui? El hombre achica los ojos como queriendo penetrar en sus pensamientos. Acaso no lo sabes, piensa para sí mismo y decide preguntarle directamente.

—¿Has venido para ver lo que me has hecho, o lo que le hiciste a Tamare?

—¿Que te ha hecho Gunía? ¿Lo mataste? El hombre cree adivinar una vaga sonrisa en el rostro de la guaricha.

—¿No era eso lo que vos querías? La pregunta está cargada de rencor y él se la hace mientras la observa lleno de furia. Gunía comenzará a retroceder asustada, con pánico, sus ojos reflejan borrosa la figura del guajiro. El entonces sin poder contenerse se lo dice a gritos.

—Gunía, contestame, estame, stame, tame, ame... Resuena el eco contra los farallones. Los alijunas y el Jefe Civil corren tras el eco, de un lado a otro, tropezándose.

—Gunía respondeme, deme, eme, me, me engañaste?, me engañaste?, aste, ste, te...

—¿Quién anda allí? Silencio, jadeo, el estruendo de un gota de sudor que corre sobre su piel.

—¡Deténganse! Egansé, ansé y sé y sé... Un restallido de cólera alumbra las pupilas del hombre. Casi inmediatamente se escuchan las detonaciones. El siente como si estallaran dentro de su cabeza. Gunía se desploma ante él manchada de sangre. El hombre se abalanza hacia ella y la toma por los brazos.

—¡Coño, Gunía, tenéis que contestarme! ¡Decime, vai, decime! Boqueando ella le mira, y le pregunta ...

—¿Shiata outá? ¡ él piensa que acaso puede ser posible... ¿Será la muerte? Sí, es la muerte. Ella le mira y suspira sonriendo, pues ya no siente miedo. Ensaya una mueca de alegría y tan solo musita, casi pegándole la boca a su oreja... Preguntale a Tamare, él es quien debe de saber... Andá, pregúntaselo a él...

Vacío, oscuridad, amargo sabor y el olor de la sangre otra vez empegostando sus manos. Era la muerte. Sin duda alguna... El hombre retrocedió. Se dio media vuelta. La claridad de las antorchas le dejó ver las sombras de los alijunas que se acercaban. Preguntarle a Tamare. ¡Claro! A Irúa nunca, pero a él le faltaría valor, pero ¿! a Tamare? ¡Claro que sí! Se rió de sus temores. Las sombras se detuvieron. En la vasta extensión arenosa resonó su carcajada metálica. El eco despertó a las lechuzas y expulsó de sus cuevas entre las piedras y los troncos a

cientos de murciélagos. Se quebró el encanto azul y la luna se escondió tras las nubes al ver la arena impregnarse de sangre alrededor del cuerpo de Gunía.

El hombre llegó corriendo por la orilla. Sobre unas piedras estaba su cayuco. Corría sin dejar de mirar hacia atrás. Le perseguían sombras negras como fantasmas. Agarró el canaleta, puso el arco a su lado, afincó los pies en el suelo y en un momento sintió el suave balanceo. Era libre otra vez. Arenas hirvientes y extensiones desoladas solo pobladas por cujíes, cardones y tunas, tierra yerma y salobre que no resiste al embrujo del aire negro y diáfano de la noche estrellada, ni a la caricia del rayo plateado de la luna. Se iba alejando impulsado por los golpes de su canaleta. No quería saber más nada de nadie. Lejanos sonidos, el llanto de un tachón en el chinchorro, el canto de la madre guajira, el lamento del ganado flaco que deambula buscando agua... Muy lejanos. No regresaría a las lagunetas cuajadas de enneas, verdes, oscilantes, rumorosas cuando el viento las peina, ni a las salinas inmensas, como el plumaje de las garzas reflejadas en el jagüey orlado de limo. La tierra quedaba atrás. Comenzó a sentirse libre, lejos del suelo arenoso, sentía que se había escapado...

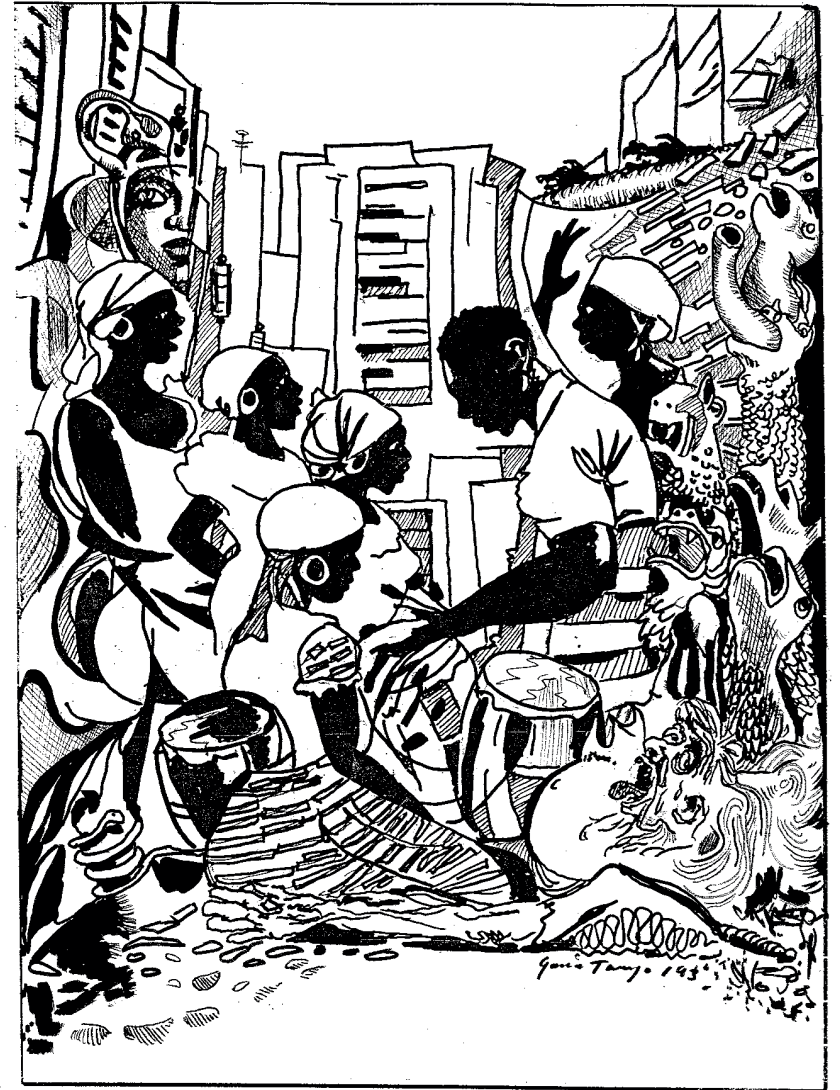
El mar parecía tener vida. Ondulaba suavemente. El cayuco parecía querer irse por un camino distinto al exigido por el canaleta. El mar, azul o verde casi siempre, ahora estaba muy negro y salpicado de espuma gris tejiendo encajes en la cresta de cada ola. Por un momento él creyó sentirse feliz. Había burlado a todos. La justicia le había ayudado y Gunía, quién todo lo sabía, ahora estaba durmiendo para siempre sobre el medanal azul impregnado de sangre. Tal vez al regresar, él tendría que volver a verla... Sonrió pensando en Irúa. ¡Entonces quizás! ¡El no se atrevería a decirle nada!. Se conocía bien, él era un cobarde... Volvería a morir de celos y de odio cada vez que algún indio joven le dirigiese la mirada. Se retorcería de nuevo cuando los ojos de almendra mirasen a la gente. Tal vez, si acaso ella le mirase a él... No, ella no voltearía

a mirarlo... ¡Nunca! Pero, él era humano... En su interior, él también sentía. No era un cobarde, no... Sucede que... Su mirada se perdía en la oscuridad del mar. Su aspecto, su cuerpo, su maldita contrahecha figura que le daba el aspecto asqueroso de un sapo, sus miembros cortos y combados, su piel viscosa y arrugada. Esos dos ojos grandes y saltones. Se quedaron abiertos, dilatándose las pupilas, mirando fijamente hacia el extremo opuesto del cayuco donde estaba el chinchorro rojo que él mismo había echado al agua por la tarde. Parecía envolver algo. La boca grande se abrió lentamente mostrando unos dientes desiguales y amarillentos. Su saliva escapaba filtrándose en el rostro poroso. El chinchorro comenzó a moverse. Se abrió lentamente, con sacudidas leves. Primero apareció la cacha y luego todo el machete negro y oxidado. Luego la cara de Tamare con sus ojos abiertos. Le miraba... El hombre replegó su espantosa figura en un esfuerzo supremo por reanudar la respiración cortada. Tamare sonrió. Una sonrisa roja de sangre, blanca de dientes marmóreos, una sonrisa negra de sangre, negra de noche, negra. Desesperadamente el hombre trató de hablar, quiso decir algo, gritar para detener lo inevitable, mas no logró su cometido. Pudo ver como Tamare iba irguiéndose, mirándole, levantándose lentamente y entonces sin remedio, él se apoyó en uno de los lados del cayuco y por su propio peso cayó al latente elemento. El mar burbujeó un instante y regresó a su ondulante estado natural cubriéndose de encajes grises.

La luna se dejó ver de nuevo entre las nubes y su claridad plateada volvió a pintar los cujíes, los cardones y las tunas. El medanal parecía recobrar la vida. Las dunas poco a poco fueron perdiendo los tonos violáceos y negros y tenuemente se disiparon las sombras. Aparecieron las gaviotas sobrevolando el promontorio rocoso, revoloteaban anunciando con sus gritos la llegada del alba. En el caserío la fiesta había terminado y los indios regresaban a sus salinas, a pie, creando nubes y sombras sobre los arenales, e iban con sus guarichas y sus tachones y

sus burros cargados de maruzas, caminaban levantando el polvo salobre. Los gallos habían comenzado a cantar, seguramente sabían que de un momento a otro surgiría del mar la gran esfera incandescente.

TRÍPTICO DE COLOR Y ALMIZCLE



LAS ORDALÍAS

Bocanadas grises de vómito descendían del cielo salpicando la tierra e impregnando las piedras porosas del campanario. Los prebendados en el refectorio pugnaban por olvidar las siete cabezas de la bestia asomadas entre la espuma del mar y se entretenían saboreando las aceitunas rellenas, husmeando las lonjas de carne de ovejo, revolviendo con sus manos desnudas los palominos al salmorejo y dispersando descuidadamente los granos del arroz con ají, pimientos, almendras y perejil. El ventanal empañado por el aroma burbujeante de la espesa salsa que hervía en el caldero, trepidaba con los embates de la lluvia. Silenciosos, los clérigos escanciaban botellas de licor de toronjil y garrafrones de vino de ciruela de hueso, sin prestarle mucha atención a las monsergas que desde la cabecera de la mesa repetía el obeso prelado envuelto en el muaré purpurinoescarlata de su fino balandrán. Empecinado en recordar para todos los singulares poderes de simulación que caracterizan al Maligno, la voluminosa figura lograba estremecer a los menos distraídos, quienes de reojo le veían orlado por sangrientos destellos, entre el parpadear de los candeleros frente a él y el brillo helado de los trazos que surcaban de un lado a otro el vitral a sus espaldas.

En el sótano maloliente no se sentía la tormenta. El viejo bergante, prior del Santo Oficio, miraba a las negras recorriendo calenturiento sus redondeces; iba de las ancas a las nalgas calipígicas, pasaba de las tetas a las piernas y a las entrepiernas y regresaba lúbrico el tonsurado, a los ojos brillantes, a las blancas dentaduras, los gruesos labios entreabiertos, el aliento tibio, las lenguas rosadas. Su braga goteaba un semen tibio y espeso como el del mismísimo diablo. Envuelto en su jubón que olía a macho cabrío, mezcla de ajos y chorizo rancio, emanaba un hálito de carroña y almizcle. ¡Qué rico sabor debe tener tu leche y como ha de ser espesa tu miel, mambisa!

Con un tremor fino, las manos del viejo somormujo llenas de tofos gotosos y bubas sarmentosas tomaron el látigo.

—Negras, peste maldita, ¡venid a mi follones!, azotazdlas, ¡fueateazdlas sin compasión!

Ha dado la orden, y los azores están enjaulados y los altanares confiscados y ya cercados estaban los mandingas, pues habían hecho presos a casi todos los esclavos. Aquella jauría de podencos que el capitán de los arcabuceros arrojara sobre los negros, latía afuera bajo la lluvia. La soldadera los había convertido en un amasijo de carne, estropajos y ahora era él mismo quien los retenía. Estaban a la orden del prior... Miraba oblicuamente a las niñas, a las zambas jovencitas, a las mulatas carnosas, a todas ellas, apelmazadas, semiocultas entre los cimarrones corpulentos, capturados todos durante la interminable madrugada de aquel ansiado sabbath. Ahora en el foso pestífero, donde no se escuchaba el fragor lejano de la tempestad, tan solo rumoroso se sentía como un eco, congeló, congoró, ae, otalám ochúm, obalá, batubáeae. Los esclavos que lograron escapar, seguramente se escondieron en sus cumbes...

Los mofletudos monaguillos y los pajizos sacristanes escuchaban de pie, recostados a la pared de piedra del refectorio el sartal de anatemas teologales, mezcla de zalemas y charadas crípticas, sobre la conjura de los cimarrones y la señal ominosa del Maldito amenazando el orbe desde la orilla del mar. El estridor de un trueno lejano hizo temblar los vitrales y Monseñor elevó el tono de su voz evacuando horrores sobre súcubos y cambiones, profiriendo airados improperios, vituperios y vitriólicas imprecaciones contra Lucifer y sus huestes mandingas. Por un instante se detuvo para tomar aire y en aquel momento de suspenso, todos pudieron reconocer lejano el golpe de la kukurbata. Crujieron goznes y postigos, se santi-guaron los sacristanes, cerraron sus párpados los monaguillos y con los ojos en blanco, los prebendados oyeron el estruendoso crujido del ventanal golpeando contra las piedras y el viento helado que espasmódicamente traía el

tam tam, tam tam, impregnado de una lluvia espesa como mazamorra.

Foete en mano el anciano inquisidor aullaba vociferante, él estaba persuadido de que ese era el día y esa la hora, pues la luna llena tenía que estar saliendo roja como una inmensa gota de sangre y las ordalías se estaban dando sin detenerse y no importaba que vientos de galerna parecieran agitarse por encima de la abadía encrespando el incienso de los aquelarres.

—Por Lucifer y sus mil demonios, os digo que hay un cimarrón que tiene a todos estos grifos endiablados y no está aquí, es lo que presiento. ¡Coños! ¡Hallázdme! Revolved cielo y tierra si es necesario pero traezdlo aquí. ¡Encended los candiles, triglifos! Es la hora del conjuro. ¿A quién ofreceréis vuestros bebedizos? Mandingas cachidiablas, ¡mojigatos!, ¡granujas!, Cimarrones sediciosos, brujas, negras brujas...

Tam tam, tam tam, tam tam a lo lejos, tam tam como un eco, tam tam la plegaria, tam tam libertario, tam tam arrullante, tam tam filtrándose en las piedras porosas hasta el tuétano, hasta el fondo del foso...

Cerraron las hojas de roble, los truenos se aletargaron y en sordina se dejó oír el lamento vibrante de los cumbes lejanos. Los acólitos trajeron nuevas botellas de licor, mientras imperturbable el prelado proseguía su perorata aleccionadora sobre la lujuria y las triquiñuelas de Asmodeo. Salmodiando les informaba sobre los estigmas de las huestes de Belial, piernas de grifo, grandes manos negras de seis dedos, mandingas del color del infierno, salamandras de cuero cambiante, el olor de la peste, el color del ojo de los escorpiones venenosos, negros... Rebosante en las jícaras, el manjar blanco era cuchareado y degustado con deleite por los calóndrigos que se chupaban los dedos empingorotados de grasa y volvían a meter la mano en el vientre de los corderos rellenos con pasas y picadillo de carne de cerdo y esculcando el interior de los cabritos de carapacho rosado y humeante desbordaban el guiso con desparpajo desparramándolo sobre las

bandejas... El obeso príncipe escarlata mascullaba sobre felones abyectos e impúdicos faunos del Averno, deteniéndose tan solo para propinarle voraces dentelladas a su pata de chivo asado que deglutía con sorbos de vino desde el borde mismo de su gran copa dorada.

El viejo prior, anegado en el estercolero del foso no deseaba escuchar más el maldito tam tam tam y aullaba dando órdenes a diestra y siniestra.

—Venid a mí, ¡azotazd a estas negras brujas, ¡farfollas!, que entiendan que yo soy el Orden Divino, marranas, brujas cornudas, mulatas espolonas, eructazd vuestro condumio... Es la carne, murmuraba airado mientras su mirada libidinosa recorría los cuerpos. Se sentía rijoso el vejete y entretenido acariciaba el foete cuando apretando el cuero lo esgrimió en alto y chilló a todo pulmón.

Arrancazdles esos trapos, dejazd en cueros a estas mujerucas pedorras, azotazd a los machos, es la hora de Lucifer, diabras ladinas, degollzdlos si es preciso, escuchazd como gruñen, ¿graznan?, ¿que hacéis?, ¿cantáis si?, por San Vito ¡bribones!, fueateazdlos ya, quiero una danza macabra, zambos inmundos, mestizos chivatos, ¡pero coños!, es que quiero verlas sangrar, ¡así coños!, así, ¡cricas de sus madres!

El tam tam llegaba siseante, escindía la oscuridad del sótano, hendía con espasmos el aire opaco del foso. El prior lo sentía latir sin remedio y se enfurecía más aún...

—Negro, ¿qué me miras?, ¿es que acaso me entiendes?, ¡ojos de basilisco! ¿Cuál lengua del infierno habláis? Por Belcebú. ¿Confesaréis acaso? ¿Habréis de explicarme como es que estabais todos en esta conjura? ¡Oh greñudas! ¡Ah posesas de Satán! Yo os he visto remontar el vuelo por las noches, yo os conozco negras brujas del demonio, os escondéis bajo la carne de Satanás. ¡Saban-dijas! Confesad de una buena vez. ¡Jolines! ¡Hablazd ya!

El tam tam murmuraba tropezando y devolviéndose entre los resquicios pétreos de las fétidas galerías y llegaba acezante al foso. Asombrado el prior miraba a sus bestezuelas de color, aquellas sus mujerucas infernales

capturadas por lebreles, podencos y arcabuceros, ellas, ¡pardiez!... ¡Las brujas y los bribones zambos se abrazaban! Los cimarrones rasgados por el foete se restregaban contra ellas, se unían a ellas... El prior les veía apelo-tonarse, ¡los corpulentos mandingas se fusionaban con ellas!, y ya no emitían quejidos por efecto de los latigazos, gemían con tibios suspiros, ellos las protegían con sus anchas espaldas y perlados todos de sudor se besaban, se daban largos besos, se intercambiaban tibios besos, besos húmedos, ellas les besaban sin pudor alguno, allí, frente al prior quien observaba todo boquiabierto, las caricias, como les lamían sus heridas, como los succionaban con sus lenguas rosadas, sorbían con estrépito sus partes endurecidas, se tropezaban entrellos y poco a poco procedían a chuparlos con arrobadora ternura y suavidad insólita en medio del tumulto y el prior trataba de gritar espantado, llamaba en silencio a sus arcabuceros, pero tan solo escuchaba dentro de sí el tam tam, tam tam y musitaba silente... —Venid a mí garduños cagados hideperas. Sin emitir ni un ronquido, vacilaba estremeciéndose cuando reviró para convocar a sus alguaciles, más ellos en un solo embeleco no hacían ni decían cosa alguna, tan solo escuchaban el tam tam y procedían a estrujarse rascándose sus verijas. Los órdagos del Oficio babeaban desorbitados cual súcubos indigestos sintiendo como latían sus ingles y se reventaban sus cojones y se chorreaban sus jubones y sus bartolas de mezclilla, contemplando alelados, cual si algún poder oculto les obligase a ello, sin desear otra cosa en el fondo que ser un conjurado en el foso y poder participar en el apelonamiento de carne húmeda y sudorosa, sentirse oliendo a sábila, henchidos de dolor y de deseo.

— ¡Idemil cagadas! ¡Al aire los trinquetes y tirazd a matar! ¡Disparazds ya coños! ¡Por mil cojones!

Mas nadie actuaba. Existía una parálisis petrificante y muy pronto estuvieron los arcabuces por el suelo y en un instante una media docena de tonsurados reventaron felices salpicándose entrellos la esperma luciferina en

tanto que escalofriantes aullidos retumbaban dentro de la cabeza del anciano prior de la Santa Orden. El tam tam y la miel, el tam tam y la leche, anegadas en un charco ambarino, las siete cabezas languidecían. El tam tam estremecía a los seniles cachondos calóndrigos y monaguillos y sacristanes que venían de atiborrarse en el refectorio y eructaban zaheridos por el tam tam maldito, descendieron pasitrotando por las escalinatas hasta el foso para quedar asombrados y en autos. Rápidamente fueron los prebendados ahogándose cual zamacucos de mierda y los más bisoños se comportaban como una mismísima chusma de las mil leches, erizados y enhiestos o flácidos ya, no cesaban de contemplar la gemidora turbamulta que suspiraba escuchando aquel tam tam inclemente, tam tam incesante, tam tam susurrante, tam tam, tam tam, tam tam.

Su ilustrísima, irguiéndose entre los cojines se enredó en su roja batola de seda y casi gateando salió del refectorio para descender renqueando hasta las profundidades del foso. Cuando sintió el característico aroma del estercolero ya había comprendido la sinrazón de los designios del Maligno y racionalizó el como y el porque era el tam tam el Alfa y el Omega del orbis revolutionibus. Ante todo el absurdo desatino, especie de broma del destino y expuesto frente a él aquel espectáculo grotesco del desencajado inquisidor, se fue deapatrás, literalmente hablando se cayó de culo y no obstante, a pesar del golpe de su mullida chocoziela con el duro pisopetreo, su edéntulo rostro se hendió de oreja a oreja y comenzó a carcajearse con espasmos cuasiorgásmicos ante la dicha de los cimarrones y de sus mujeres, frente el temblor empegostado de los calóndrigos y la complacida apariencia de los acólitos, sacristanes y monaguillos y era tal su dicha que se ahogaba de la risa con emocionada opresión precordial al ver la desmadejada figura del prior con su faz cetrina, la pelambre en desorden, su mirada extraviada y sobre todas las cosas, el verle llorar copiosamente emitiendo lúgubres y desgarradores gimoteos.

—Hídeputas, gilipollas, upf, pazguatos de la mierda,

¡hipff!, ¿que no veis acaso que es Lucifer quien os ciega?, ¡groof!, os da un soponcio por cualquier pipirijaina que inventa Luzbel, ¡hupff!, que la peste os lleve a todos, por Belcebú, ¡hipf!, que se os transmute en pus hirviente toda vuestra leche, ¡froff!, que os llenéis de incordios, ¡orghf!, mil cagadas, que un rayo del coño os parta y os achicharre, ¡arghf!, hídecricas malparidos, ¡hipf, hupf, ofgssz!...

A lo lejos, el golpe de la kukurbata comenzó a ceder. El latido lentamente fue palideciendo con el amanecer y sonreída la bestia satisfecha margullose rebulléndose en las profundidades de la mar oceána. Cuando amainó la tormenta, un fino rocío de plata sustituyó la espesa lluvia y bruñó los negros riscos que orlados de espuma brotaban en la orilla. Sin cesar, el tam tam siguió sonando per omnia secula...

EL SABOR DEL SON

Cuando los ecobios se me acercaron para ofrecerme un cañangazo yo estaba convencido de que la ciudad era pura pajarería, con aquellas mulatas cimbreado sus cinturas de avispa, meneando sus caderas al son de la rumba candente, contoneando sus grupas amplias, firmes y tan prometedoras. ¿Que tú quieres compañero? ¿Mulata fina? Ave María, vamoalaesquina, ahí tú la verás, ventepacá asere. Me fui con los abakúas porque ya estaba flotando en un aura de ocoró nimbá... Yo sé que tú eres la reina del piso con el zaguán más empinado, de puro mármol ya gastado y las cortinas batiendo en el ventanal con el viento del norte. Tú trinabas mirando techos y tú madre agitaba las sábanas mientras le oía cantar en la CMQ. Eran muchos los bongoceros y los rumberos y había buenos soneros pero casi todos saltaban llenos de faralaos con sus pataspelás, como unos mismísimos iremes, como para nunca olvidar La Havana nais, La Habana del bongó, la del timbal y la charanga y él en la CMQ todo el tiempo cantando aquello de yo no he visto a Linda y ¡parece mentira! El humo y el almizcle de tus axilas me transporta, me envuelve tibiamente. Acidez perfumada, oh Virgen de Altagracia, ¿quizás algún día? ¿Que tú me dices? Estás en la perla del Caribe. Estoy en tus brazos preciosa morena y perlas de sudor tiemblan sobre tu piel brillante y tersa, te humedecen el ombligo y el vientre y me detengo en la curva de tú espalda... Recuerdo cuando ella se me acercó tongoneando sus caderas y me sonrió radiante. ¡Que comunismo ni que carajo, me dije yo! ¡Oyeme negra, tú eres un pudín! La había visto de reojo, en la calzada de la calle y le pregunté a los ñáñigas, ¿es ella?, ¿es Yolanda o es Celia?, tal vez Gisela, o Linda y hasta quizás pudiera ser Olguita, pero es ella, sin ninguna duda. Nos conocíamos de otra vida, de otros mundos lejanos, en alguna galaxia, ¿de un mundo raro?, del pasado muy misterioso, ¿tal vez de atrás? Cuando

ella me sonrió vino y me dijo. ¡Vaya tú, al verte me has dado un alegrón! ¿Como iba a imaginar yo lo que sucedería?... Me aferro a la curva de tus caderas, admiro tus nalgas calipígicas, tus pantorillas, tus grandes ojos y esos tus dientes exageradamente blancos. ¡Caballero, vamos a ver como te traquetea ese mango! Eres Yolanda, es cierto. Yo buscaba ansiosamente tu lengua tibia y dulce, sentía el calor de tu piel, mordía tus labios carnosos y bebía tu saliva como la ambrosía embelesado con tu entreabierta sonrisa... Cuando llegó el ecobio con una botella de tres patadas ella se carcajeó de lo lindo. Óyeme tú, dale un solo trago paquesientaquí como un reverbero, ¡es un vocán! Ella se reía porque el asere insistía en explicarme. Son cientoquince grados, ¡vaya! Me encontré suspirando, Yolita ¿es ese el aroma del sándalo? Cuando el ecobio le pasó la botella, ella le dijo... Óyeme negro, ¿esto es chipedrín? ¡Vaya!, óyeme tú, ¡esto es aguaylimón! ¡Estoes elacabose compañero!... Volví a suspirar, la aspiraba, la absorbía y suavemente me hundía en sus entrañas. Así nos fuimos saturando los dos dulcemente, tiernamente. El tono musical de sus alegres carcajadas hacía que el asere insistiera en que el mejor de todos era el tres patadas. Ese tan sólo tres patadas te dá y ahí tú te quedas. Entonces ella se acercó insinuante, tongoneándose de lo más risueña, y el ecobio le dijo. Óyeme mulata, tú estás bién tiposa, tu te pintas, te pones bastante creyón de labio y coño con tus espejuelos oscuros, ¡vaya!, ¡ni paquetecuento!... Ella se carcajeaba mostrando la felpa violacea protectora de aquel piano sin bemoles ni sostenidos, y yo veía goloso su lengua muy rosada, y aspiraba con desesperada ansiedad su aliento de vainilla y almizcle, soñando con extasiarme en ella, suave, húmeda y sonrosada, tibia y amorosa, mientras temblaba en su tibia oquedad presintiendo como se gestaba un nuevo y esplendoroso orgasmo... Antes, el ecobio le había planteado aquel asunto del azuquín. Es como tú, yo que te lo digo mulata, es como tú. Pruébelo compañero, el azuquín es chiringa pura. ¡Vaya, muchachaem-

bullá!, óyeme yo que te digo, ¡es como tú! Azucar prieta, levadura, agua y tienes que dejarlo tranquilo, eso sí, en reposo total. Después, ¡coño! Mi negra, ¡escomotú! El asere volvía con el brete de sus explicaciones, e insistía en que el chipedrín era menos dulce, que era alcohol de noventa, ¡vaya!, como de cientoquince grados y tú sabes compañero, con un solo cañangazo, ¡Ave María!... Eso es pura chiringa. Así decía el ecobio con su cháchara cada vez menos inteligible. Los aseres con el ron, los rubios ahí bien pegados al vodka, pero los hombres y mujeres del pueblo estaban como yo en un desespero tratando de acabar con la cerveza. De izquierda a derecha. Todos degustaban el son percibiendo el sabor del ron y chupando las frutas tropicales, bebiéndolas en jugo, mezclándolas con ron, de derecha a izquierda, suspirando por el aroma de las masitas de puerco y del quimbombó. Nos habíamos situado muy cerca del borde de la pista y en la charanga destacaba la flauta trayéndome el recuerdo de un viejo chachachá... Admiraba sus pezones erguidos, y luego se tendió de espaldas. Lindo capullo de alelí, si tú supieras mi dolor, lentamente entrebriéndose la flor. Tan ricas las masitas de puerco, ¡si señor! Sus muslos morenos. Como un vórtice desquiciante sentí la atracción de los pétalos rosados. Mi capullito de alelí, correspondieras a mi amor y salvaras mi sufrir, porque tú sabes que sin ti, la vida es nada para mí... ¡Ay mi negrita! Así le decía yo, y la besaba y suspiraba, y ella gemía y sonreía, mientras me decía, la vida es nada para mi, de nuevo un retorcerse y el gran espasmo estremeciendo sus caderas, sin ton ni son, con emoción, que sabrosón el son y en medio de la charanga se quebraba la letra clásica de la Aragón. Ven conmigo capullito rico que te voy a dar, un dulce besito y poderte apretar como lo quiero yo, así, así, meneándoló, bailando el son, gozando el son... Tómate un trago cariño. Estábamos sudando azúcar, yerbabuena, soda y limón. Vente paquí, mueve pallá, hielo picado y ron, asiasí. Ahora, ¡vayá! Oye como suena el montuno... Empinando el otí con los aseres y

rodeado de ecobios, allí me la señalaron. Mira tú esa cosota linda que está bailando. Para aquellos pueblos míos, yo les voy a dedicar, la rumba pavacilar, la rumbapaguaraquear, pracataclán chancháncachán. ¡Era innegable que estaba pudriéndose de buena! ¡Vamoarumbear compañero! ¡Oyeme que esto sí está riico caballero! Ella moldeaba el aire y el humo con su figura. Sonaba la tumbadora de cuero negro y tenso como su piel, el bongó vibraba, buenota, buenaza. Sonaba el quinto, las claves y el güiro, ahí sí, así así, la mulata se movía con un sabor prometedor y ahora, así, aquí, se desligó de mi abrazo. Estaban todos soneando, gozando el sabor del son y los tambores llamando, tucupúm, tontón toneando, ella bailaba girando, en el centro del salón, tengo que irme a guarachear, caballero caballero, pacatlán que racatlán... Amorosa iba acariciándolo con la piel de su cara, repica la tumbadora, dámele sabor al son, probándolo poco a poco, es un zapote mamey, y ahora brillaban los timbales, los angelitos bailando, todos iban y venían, ese ritmo sabrosón, de un extremo hasta la punta, de la esquina a la calzada, riquichás bailando así, con ese son, pavacilar, húmeda y tibia mamita, guaracheando guaracheando, pero que rica y mullida y que suavcita y blandita questá. Sentí esa especie de impulso de nuevo, ¡vamosaolvídar sufrimiento! era casi irrefrenable. Entonces ella me cubrió totalmente, ese güiro aquí lo siento, cabalgando voy pal monte, ¡a caballo voy!... Las teclas del piano, negras y marfil se hundían y emergían. Tú dices que no te quiero, yo tengo pena contigo. La morena se movía con una gracia ¡tan especial!, sus brazos torneados, sus pies pequeñitos, su sudor salado, bailamese son, amplias sus caderas, con esa pasión, así así, regresan las manos sobre el piano de amarillentas teclas manchadas por cigarillos olvidados cuando ¡otra vez apunta el requinto! Húmeda y brillante, ella me empapa con el sabor del son, me impregna con el calor de su tumbadora, su meneasón, de negro cuero, turbadora, tensa y sudorosa, alza sus brazos, pero que no muera el son, no que no y que-

nó, ¡pero que no muera el son!... Su cintura muy estrecha y su pelvis generosa, moviéndose rumorosa, como el oleaje marino, sus grandes tetas que van y vienen, con la resaca, contra las piedras, en el malecón, al ritmo del son. Mi preciosa mulata, mi negrita rica y hermosa, esa risa contagiosa, sandunguera, cosa buena, ¡jóyelo bien!, es un refrán que te digo, buena cosa,,cosa buena, oye mi son, que es rico y que bueno, y qués sabrosón y pacatlán, racatlán! Ya casi que no resisto, y ella continúa moviéndose rítmicamente y con mi feliz desesperación su pelvis vuelve a comenzar el son, espasmódicamente, de manera indetenible, incoercible, irrefrenable, indescriptible, inenarrable, increíble el son, y el son, que son y son. Todo se fue fundiendo, amalgamando, consolidando, ensopando y seguimos soneando ella y yo, y siguieron soneando, con la charanga y el sabor, siguieron todos bailando, al son del tiple y el güiro, bailando el son, los asesores en derredor. Con los ecobios nos acercamos a los grandes ventanales que en realidad daban hacia una terraza escasamente iluminada, pero eso sí, totalmente inundada por el sonido de la música y jaspeada por los destellos del son. Frente a la balaustrada veíamos el mar y la luna nos miraba desde muy alto... Entonces recordé como por su ventana siempre entraba batiendo las cortinas el viento del norte. Ahora también se deja colar la magia lunar. Ella duerme y yo impregnado con el sabor del son he cerrado los ojos. La noche está fresca...

ENSALMO

Tula le dice a Martina susurrante. Deme ahora el mechón de pelo y préndame otra vez este tabaco. Su cabeza está apretada por un rojo pañolón. Deme otro trago de ron. Desde un cromó desteñido, Santa Lucía las mira sin verlas y a su lado Simón Bolívar con el indio Guaicaipuro se apoyan en el pretil del altar chorreando masas de esperma alrededor de los candiles parpadeantes. ¡Otalá orichá! La negra del pañolón fuma un grueso tabaco, y el humo denso impregna el aire. El arcángel Gabriel mira de reojo a María Lionza y Martina suspira pensando... Se me va a curá. ¡Negra cumbamba! Huele a sábila. La danta las observa con sonrisa meliflua. ¡Obalá Ochum, aye! Suena la maraca. ¿Lo sientes palpitá? Está adentro. Tula se vuelve a untar el aceite en cruz entre las tetas péndulas y luego en la frente. Suena el ramaje agitándose para el ensalmo. Se empina un trago de la botella de ron. Esto te curará del mal de ojo. La reina Onza me protege, un ensalmo de yerbas paque amarre. Se persigna mientras los invoca murmurando. Sanará, sana sana, culo de rana. Sana por el negro Felipe, sana saná. Sus dedos son huesudos, de uñas pálidas y amarillentas describen signos en el aire. ¡Ay! Bembelé, ay Ochúm, ¿sanará veldá? Se agitan las caraotas rojas y negras en el sonajero. ¡Viene Ochúm! ¡Que venga a los brazos del Bendito! Alabado sea Changó bendito, amén, amén. Otro buche de ron. Chorrea la vela de sebo en la mano, pero ella parece no sentir las gotas que le corren hirviendo. Lágrimas de esperma ante el cristo cabeza abajo. La negra se ha agachado en el suelo. Un humo amostazado asciende y Tula se agita y cacarea como gallina clueca. En la oscuridad del recinto, un negro enflaquecido atisba sus movimientos. Él canturrea meneándose también, acompasadamente. Ella musita una oración en una especie de murmullo. La sigue el negro Miguel. En cucullas él espera. El negro es muy flaco y parece tener patas de araña, sus ojos amarillos brillan en la penumbra. Grillos y

cucarachas van a la tapara con el aguardiente y cadillos de perro, se van juntando entre pétalos malváceos de flores trinitarias y puticas coquetas. Tula bebe de la tapara y los rocía mientras va girando, y girando. Después, un hilo de ron le corre desde las comisuras a la barbilla. Suenan las ramas del ensalmo y el sonajero y los collares de caracoles chasquean bulliciosos. Ella se ha detenido, se agacha y lanza un puñado de huesos y piedras sobre la tierra apisonada. La puerta está trancada por dos inmensas caracolas opalinas. Ella pone las manos en la tierra y le dice a Martina. Persígnate mientras lo invoco. El negro Miguel bañado en ron se sacude y las plumas de un gallo negro comienzan a flotar en el aire. El humo del tabaco es amarillo y espeso. Martina tose y sumisa bebe de la botella. Empínatela. Ella le atiende a Tula mientras se esponjan sus pechos, los siente crecer. ¿Será, que será? Las plumas descenden todavía, oscilantes. ¿Será por el viento? Ella se los toca, los siente calientes. Los acaricia y suspira. ¡Tú vas a ve! Las hierbas caen en la tapara y el humo denso del tabaco le provoca náuseas. El negro Miguel la mira desde el suelo, está acurrucado, escuchando a Tula. Ella sigue murmurando. Negro Primero, negro Felipe. Orichú, Otalá, Obatalá, San Marcos de León. Martina respira anhelante y se toca sus muslos, suavemente, acaricia su vientre tenso. Es la serpiente, es Ochúm, es la culebra, ¡es Changó! Ella suspira. ¿La sientes? Tula regresa al sonajero que chasquea con estridor, y escupe nuevamente el ron rociándola. ¿Lo hueles? ¿Sí? Es Changó que ya viene. ¿Lo sientes? ¿Sí? Bébetelo el ron, empínatelo. Ella capta aquel fuego. Es un hervor interno, y sabe que hay algo en su cuerpo que crece, y se tuerce, algo que late, turgente. Ella lo percibe, es un calor extraño que le recorre las piernas y le quema el bajo vientre. Es la serpiente. Es la onza y es el león le dice Tula mientras María Lienza observa todo, de reojo. La danta inmensa le sonrío otra vez desde el cromo y ella ve como el negro también pela sus dientes manchados. Comienza a temblar, sus muslos se estremecen, sus caderas firmes esperan. Se siente la resaca lejana. Las velas desplegadas

harán tremolar el palo mayor. Con el tabaco te se va a curá, tú vas a ve. Chocan las olas, el mar hace ese ruido, profundo, ¿hierven?, suenan las caracolas, ese sorber hondo, allí entre las piedras, mientras la espuma asciende y ella la percibe en sus corvas, le golpea sus nalgas, mientras recibe el embate de las olas, ella se balancea. Ochúm, no se le irá, lo abraza. Es él. Es mía. Ella gime. Es la serpiente. ¡Ochúm! La negra Tula agachada escupe en la tierra. ¿La sientes? Explotan las olas, se filtra el ron y la saliva entre las piedras, se los va chupando la arena. ¡Otalá! La están llamando. Ángeles, arcángeles, rugen en la espuma. María Lienza se ríe, sobre las piedras negras, sobre ella, es el ruido acezante del negro Miguel, la acaricia, el mar, querubines, la huele, serafines, salado, ella siente el embate de la ola y tiembla, súcubos, la serpiente, incubos, la recorren cientos de burbujas fosforescentes, grifos, carne de gallina, mandingas lucífugos, mientras ella se deja hacer, rendijas, hendijas y grietas. Grita, y él la besa allí, el agua chasquea, hierve y es todo un ronroneo, acezante, allí, es un gallo negro, aletea en el aire y cientos de plumas vuelven a volar flotando y salta el chorro de sangre. Se fue el gallo, se fue... ¡Ochúm bendito! Las gotas caen dentro y fuera de la tapara, se pintan los caracoles y las piedras dentro del círculo hecho en la arena apisonada con cascajos y con cenizas. Cual si estuviese frente a un altar, Tula sabe que es la hora y que reptando la culebra, se va... Se escapa. Le dice. ¡Se te va a curá mujé! Martina la escucha. Ella está de lo más segura, y mientras tanto, respira reposadamente, confiada... Tula levanta la mirada y le dice otra vez. Él va a saná, yo lo sé. Tú lo va a ve.

TRÍPTICO DEL PASADO



AMBROSIUS

Había nacido en Ulm, a orillas del Danubio y había venido desde Santo Domingo en aquella nao micer Ambrosius Enhinger cuando el día ocho de septiembre del año 1529, decidió desembarcar en la costa occidental del golfo de Venezuela, en una plácida playa bordeada de palmares cerca de los linderos que dibujara Juan de la Cosa en sus cartas, los que aparecían como las tierras a la entrada del lago de Coquivacoa.

...Mi señor y mi amigo, el capitán Don Alonso de Ojeda, le dio a la laguna y a la población levantada sobre las aguas por aquellas extrañas criaturas, el nombre de San Bartolomé, para recordarles a todos, que fuera un 24 de agosto del año de gracia de 1499, cuando anclamos ante las casas construidas sobre estacas hincadas en la tierra del fondo de la laguna do se mecían continuamente las canoas y cuyo acompasado movimiento era seguido por el vaivén de los penachos de las palmeras en la costa de arena blanca...

Ambrosius Enhinger exploró las riberas del lago y decidió levantar una pequeña fundación al lado de la ranchería de los indígenas, la misma que conociera mi capitán Don Alonso de Ojeda cuando descubriéramos el lugar casi treinta años atrás. Ambrosius Enhinger, venía con plenos poderes, había sido nombrado Adelantado en Venezuela por su majestad Carlos V rey de España y emperador de Alemania, era el dueño y señor de aquel territorio que se extendía desde Maracapana hasta el cabo de la Vela en la Guajira.

... y en las cartas dibujadas por el maestre Juan de la Cosa y por micer Vespucio, me tocó perseguir el curso de las líneas que ellos iban creando, detalle por detalle, con todas las irregularidades de la costa pedregosa, los márgenes de las tierras arenosas, la confluencia de las aguas de los ríos, sus intrincados manglares y la tierra y el cielo, siempre limpios, hasta

marcar allí, ante el horizonte, el golfo de Venecia y un tanto mas allá el poblado de Maracaybo y todo el contorno de una inmensa laguna imposible de circunvalar totalmente porque habríamos de regresar hasta el cabo de La Vela para zarpar hacia La Española...

Enhinger el alemán pelirrojo que viera transcurrir su infancia ante las aguas del Danubio, Enhinger uno de los aguerridos conquistadores de los Welser o Belsares, el arrojado micer Ambrosius, el temido capitán Enhinger, hizo edificar varias casas para proteger a las mujeres y los infantes que acompañaban su expedición, y se mostró alarmado micer Ambrosius cuando observó el trato que los indígenas varones le dispensaban a sus mujeres. Micer Ambrosius defendió airadamente a las indígenas del lugar, y quiso prohibirles que cumplieran con los duros quehaceres que sus maridos les requerían, y quería cambiar el curso de las cosas naturales micer Ambrosius, cuando sacudió de sus chinchorros a los indios quienes reposaban sonrientes, conversando y bebiendo chicha fermentada en medias taparas, descansando de sus labores tradicionales de caza y pesca.

...En aquel entonces era un decir del común, nadie lo dudaba, pero los Fugger de Alemania habían depositado ciento treinta mil florines para garantizar las obligaciones de su soberana majestad, el melancólico joven, recientemente coronado rey de España y emperador de Alemania. Más cierta aún era la especie de que el poder económico de Los Fugger tenía una oposición muy grande por parte de la Casa de los Welsers, la de los ricos Belzares, señores banqueros de la misma ciudad de Baviera, empeñados en lograr el apoyo del joven soberano. Y en tanto que Los Fugger se enfrascaron en empresas políticas, los Welsers recibirían el contrato de la Capitanía de Venezuela en las tierras del Nuevo Mundo. Precisamente fue por ese entonces, cuando su serena majestad, Don Carlos, el muchacho de rostro prognático, les otorgaría plenos poderes a Los Belzares para que gobernasen aque-

Ila provincia del Nuevo Mundo. Todas estas situaciones acontecían en los remotos tiempos cuando La Pequeña Venecia del Coquivacoa, ya le había cedido su nombre a toda la Capitanía General. Desde Santo Domingo, habría de llegar micer Ambrosius Enhinger, para desembarcar en La Vela y dirigirse a la ciudad de Coro, como principal representante de los banqueros germanos. En aquella ciudad, cabeza del Obispado de la región, tras haber cumplido con los oficios religiosos y empaparse de la vida y los padecimientos de los pobladores de la ciudad, decidió marchar hacia Maracaybo para establecer allí su cuartel general.

Cuando los indígenas de la ranchería de Maracaybo comenzaron a entender a micer Ambrosius y a quererlo se dirigieron a él para plantear las calamidades que se les venían encima. Entonces el alemán pelirrojo tuvo que transformar las edificaciones mayores en hospitales pues el clima ardiente y las aguas contaminadas habían enfermado a una buena parte de su gente. Los pobladores, habían también enfermado al entrar en contacto con los hombres blancos, por lo que el capitán dispuso, que se tratase bien a todos los enfermos aunque fuesen indígenas. Desde ese entonces, Enhinger no cesó nunca de pensar en la ciudad del oro, e indagar sobre su paradero. Preguntaba micer Ambrosius por las rutas para llegar hasta ella, averiguaba entre los pobladores sobre la existencia de aquellas tierras, pero quienes habitaban en casas sobre las aguas de la laguna que los indios llamaban Coquivacoa, poco tenían que decirle. Aquella era la misma gran laguna que Don Alonso de Ojeda y Américo Vespucio descubrieran a la entrada del golfo de Venezuela, y de aquellos indios que vivían sobre las aguas, tan solo historias inverosímiles logró escuchar micer Ambrosius. De algunos indígenas muy ancianos, pudo extraer ciertos relatos confusos sobre una lejanas ciudades cubiertas de oro, en montañosos parajes, señalados siempre hacia el sur, o hacia el brumoso y relampagueante poniente ignoto.

...Con los años, serían Jorge Enhinger y su primo Ambrosius, con Enrique Sayler, quienes gratificados por el rey, recibirían todo el poder para hacer esclavos, levantar fortalezas, rescatar el oro de las tierras, descubrir y conquistar y poblar ciudades, sin dar el quinto sino solamente un diezmo por toda arroba de oro que pudiesen atesorar en el término de diez años. ... Seguramente que fue también en aquel entonces cuando escuchó Ambrosius Enhinger de boca de algunos indios la historia del país de los Chibchas, indígenas salvajes que fundían el oro en fraguas especiales, y quienes tenían su reino en las serranías, más allá de unos picachos nevados, cruzándolas montañas al oeste de Maracaybo. Sería en ese entonces cuando micer Ambrosius tomaría la decisión de partir hacia el sudoeste y adentrarse en la selva y cruzar selvas y vadear ríos, porque estaba seguro de que iba en pos de algo muy grande, de que iba persiguiendo un imperio dorado fuera de la comprensión de quienes le rodeaban, y de quienes recibían y leían sus cartas. Aquello era algo jamás soñado por sus amigos allá lejos, los que habitaban el mundo civilizado, quienes vivían allende los mares, cruzando la mar oceánica, en su patria ...

Así un mal día, decidió micer Ambrosius Enhinger seleccionar ciento ochenta hombres de armas y dejar aquellas tierras de la laguna y los palmares, para internarse en las montañas y las serranías hacia el sur y hacia el oeste. Cuando partieron, él esperaba llegar al menos hasta los fértiles valles de la región de Upar. Micer Enhinger y sus hombres cruzaron grandes extensiones de tierra, durante muchos meses.

...Transcurrirían diez años cuando ya también muerto el Adelantado Jorge Spira, vendría a ser el Señor Obispo Don Rodrigo de Bastidas en su condición de nuevo gobernador de Venezuela, y él precisamente, habría de ser quien le daría a Pedro de Limpias la orden de acabar con todos los indios del sector.

Sorteando grandes calamidades se aproximaron hasta las riberas del gran Magdalena en el año de 1531. Los zancudos y las fieras, las diarreas y las fiebres, en un calor sofocante ya había diezmado a más de la mitad de la expedición cuando llegaron ante el río que les pareció un mar en cuyas márgenes reposaban dormitando decenas de peligrosos caimanes. Fue entonces cuando enrumbaron hacia el sur y días después se encontraron adentrándose entre montañas. El frío contribuía a hacer estragos entre los escasos hombres que habían sobrevivido a la expedición, cuando en el páramo de Rivachá, micer Ambrosius fue atacado por los indios... Habría de morir tres días después al ser flechado en el cuello.

Después de la masacre perpetrada por Pedro de Limpias, con el correr de los años, llegarían más conquistadores y Don Alonso Pacheco en 1569, y Pedro Maldonado en 1564 volverían a fundar, otra vez, un poblado y unas casas y una iglesia, sobre el mismo sitio donde dejara para siempre micer Ambrosius a sus hombres enfermos y a los indios y sus mujeres también muy enfermos, antes de irse desesperado a buscar la ciudad del oro...

Sudoroso, Ambrosius recapitula sus andanzas a través de la intrincada selva, vadeando ríos, chapoteando en las ciénagas, aguijoneado por nubes de mosquitos en las orillas del caudaloso Magdalena, y el dolor de aquella flecha que le atraviesa el cuello de un lado a otro es espantoso, pero respira y suda frío...

...No sería sino muchos años después, quizás la mañana del día veintiséis de junio de 1607 cuando los españoles lograsen dominar a los caribes que poblaban la laguna y las inmediaciones de Maracaybo.

Piensa micer Ambrosius en las serpientes y en los indios que se acercarán de nuevo, y en tantos hombres como ha visto caer en su peregrinación, su búsqueda infructuosa, la obsesionante ciudad del oro, mas él no la ha visto nunca, tal vez oculta entre la enmarañada selva, detrás las montañas, mas tampoco en los fríos páramos,

nunca ha vislumbrado ni un destello dorado...

...El capitán Urtiazola tras las dunas esperaba la señal y en la oscuridad de la noche cercó a la tribu de los indios zaparas por orden de su jefe el capitán Don Pedro Maldonado y tras la señal fue un solo griterío y humo de mosquetes y sangre hasta la salida del sol. Desde ese triste momento, culminarían las guerras con las tribus indígenas de la gran laguna.

Escupe sangre, el alemán pelirrojo, y maldice en silencio, guturalmente, su voz se ha tornado en ronquidos que semejaban los estertores de una fiera herida de muerte. Tres días después, su cuerpo se ha hinchado por el veneno de la flecha. Tres días después, todavía se esfuerza de dolor pero ya ha dejado de gritar micer Ambrosius quien agoniza solo, como un condenado...

BAR “LA LOCA”

La pared amarilla tenía una franja ocre sobre el enlozado de cemento pulido. Brillaba reluciente con el sol del mediodía. Detrás de ella estaban los orates, docenas, cientos de ellos. Algunos eran ya viejos locos, presos desde la época cuando él era estudiante de Medicina... Aún conservaba vivos los recuerdos de aquella larga y desquiciante pasantía por el manicomio; curas de sueño, catatonía espástica, rejas y más rejas, aullidos y excrementos lanzados una vez contra los bachilleres, en un paroxismo de furia incontrolable. Habían transcurrido meses en la época de estudiante, cuando fue apasionándose desinteresadamente por aquellos extraños seres cautivos, por saber más sobre sus vidas trágicas, truncadas, por escuchar sus palabreos y sus curiosas aproximaciones al mundo de los que estaban afuera. Meses de un diario discurrir con la locura, para terminar con un temor larvado de mirar en los ojos de los demás, miedo por no querer detectar en ellos las desnudeces del alma que exhibían ante los bachilleres los pacientes del manicomio. Días de análisis y de silenciosa introspección en la búsqueda de motivos, de pistas, de interpretaciones para cada caso, para concluir en explicaciones banales sobre la herencia, la sífilis cerebral, las manías y las depresiones de los más accesibles, y siempre la impenetrable sordidez incomprensible de la esquizofrenia, llena de alucinaciones y con delirios sin sentido alguno. Años de años, habían transcurrido y las tapias estaban allí todavía, altas, las mismas paredes pintadas de amarillo, las que separaban los dementes de adentro de los cuerdos de afuera, ellos y los demás, todos los que están, los que estuvieron, ¿cuántos habrían fallecido?, no estaban allí todos los que eran, sin duda alguna no son todos los que están, y entre los de afuera quedarían unos cuantos, no están todos los que son, esos, ¡tantos!, llenos de problemas, de preocupaciones... Muchos años atrás, como en una máquina del

tiempo, allí estaban las mismas tapias amarillas, existía el manicomio con sus calles de arena y el viento cálido iría soplando nubes de polvo, en las inmediaciones del matadero municipal, el edificio siniestro, sangriento, rodeado de zamuros que parecían esperar olisqueando el vaho de la carroña, en el techo, pero también se les veía formando hileras sobre el borde de la cerca del manicomio, ¿quizás la carroña de alguien de allá adentro? Ahora, ante el incandescente resplandor de las tapias, desde la barra, él está sentado ante una botella de cerveza helada y escucha en la rockola un tango. Aquello de, “descolado un mueble viejo y no tengas esperanzas en tu pobre corazón” trajo a su mente, la enteca figura de Akai Ishida... Son cosas locas, se dijo y sonrió al recordar a los japoneses y la perrera de la policía frente a aquel botiquín en Altamira, en plena capital de la República. Lejos estaban del sol de la ciudad del lago y los palmares y del manicomio con sus altas tapias... Por aquellas trillas de arena, en el automóvil Chysler, del año 48, su padre los llevaba, a él y a sus hermanitos, a oír a los locos. Ocurría casi siempre los sábados por la tarde, casi anocheciendo y todos se miraban con temor adivinando escuchar los alaridos de allá adentro. Era un ritual mágico, un juego, que servía para estimular la imaginación y a los hermanos les provocaba un larvado terror. La costumbre era una diversión establecida por su padre, un paseo que durante años él mismo había repetido, cuando era joven, un marabino, de comienzos del siglo XX, iniciándose en el comercio, en su “cucarachita plateada”, un pequeño auto DeSoto, y llevaba a pasear a sus amigas por las tardes y en las noches de luna, tan solo para oír los alaridos tras las tapias, y ellas aterrorizadas, o muertas de la risa, abrazaban al galante protector y risueño, quien las protegía con apasionadas caricias. Akai des ka, kom ban guá, arigato gozaimas, ahhhiss. Disparatadas lenguaradas llegaban a su conciencia. El negocio era pequeño, parecía tener más ficheras que sillas, y había también como en “La Loca” una rockola gigante. Él estaba en la capital invitado por

los señores Ishida, Nakamura y Watanabe para negociar la adquisición de un equipo científico sofisticado y así, sofisticados parecían ser sus amigos nipones. Después de cenar pescado crudo, lame, beber sake y comer espaguetis japoneses, ellos habían decidido llevarlo a ver un strip—tease en aquel socavón de luces rojas y azules, cerca de la plaza de Altamira, bebiendo whisky seguramente yodificado pero que ellos decían estaba “ontoni oishi” y coreando, ¡campai, campai!... Era un ambiente extraño, para él, sin duda. Las cosas cambiaban con los tiempos... Los paseos de su padre alrededor del manicomio eran las máximas emociones, pero aquellos eran los tiempos del tranvía de mulas, cuando el psiquiátrico era una prisión rodeada de arena por todas partes en el vecindario del matadero, con zamuros salpicando el cielo y algún buchón, o unas gaviotas desperdigadas, pues un poco más allá, estaba el muelle, con las aguas del lago chapoteando, en el mismo sitio donde una vez llegó en un hidroavión el Águila Solitaria. ¡Eran recuerdos olvidados! Más perdidos que el hijo el Águila misma. Fundidos ya por el calor y el sol, en la maraña de las neuronas de algunos habitantes de la ciudad de las palmas y del lago... Ahora, desde el Bar “La Loca”, él estaba sentado ante su cerveza helada y recordaba el humo, los efluvios del alcohol, sus amigos nipones y la aglomeración de la gente que querían ver de cerca el show. Aquella noche se iban impregnando de pachulí, de humedad mohosa y de olor a aguardiente adulterado. Las mujeres circulaban restregándose y sentándose en las piernas de los chinitos, y las cosas ya comenzaban a verse borrosas cuando todo se oscureció. Un chorro de luz lechosa atravesó el denso colchón de humo. Muy pronto fueron surgiendo La Leona de Fuego, La Diosa de Oriente, La Salvaje Blanca y un par de féminas adicionales emergieron por una puerta mínima en el fondo del local y comenzaron a contorsionarse y a moverse cumpliendo con el ritual de ponerse en cueros. Los japoneses distendían sus pliegues epicánticos y reían diciendo cosas ininteligibles. La rockola había en-

mudecido ante la estridencia de una banda sonora en competencia con los chillones comentarios de un afeminado animador quien iba describiendo en detalle los atributos de cada una de las exuberantes y regordetas vedettes. Habían comenzado a alebrestarse los japoneses, y eso era evidente para él, a quien le decían cosas en un lenguaje que le sonaba a “cuti”, y sonreídos decían, ¡mu-cha mujele! ¡Oishiii! ¡Ahhhhss!... Todo aquello era bien diferente al sol reverberante en el enlozado y a las tapias amarillas fosforescentes brillando al otro lado de la calle. El calor del mediodía era infernal. Como el infierno que dibujaba aquel loco... Desde “La Loca”, la canícula parecía haber reblandecido el petróleo que sustituía la trilla arenosa de antaño. Él rememoraba aquellos días de estudiante, vividos detrás de la muralla amarilla. ¿Cómo poder olvidar la mirada del mulato Pedro? Con su calvicie incipiente, Pedro quien sabía hacer muñequitos de papel crepé, Pedro el jovencito que vivió con las monjas de clausura, Pedro el pintor, víctima de la parálisis general progresiva, atacado por el treponema pallidum, probablemente en su adolescencia, en alguna aventura amorosa, avatares de lupanar, cuando solapadamente a través de su piel morena o de sus mucosas rosadas le penetraron las espiroquetas, esas que habían destruido su sistema nervioso. A Pedro solo le quedaba la locura con ataxia, un andar vacilante por la degeneración de los cordones posteriores de su médula espinal. Pedro plasmaba en hojas de papel sus delirios místicos usando lápices y creyones para recrear un mundo de santos, ángeles en las nubes y demonios ardiendo en llamas multicolores, y encima de todas las escenas, siempre dibujaba un ojo. Aquel que lo miraba a él y nos miraba a todos, dentro de un triangulito... El cielo, el ojo, los de adentro y los de afuera, lejos... ¿Por qué de los locos y de la mirada de El Señor, pasaba a la mirada rasgada de su amigo japonés? Cuando el show terminó en un revuelo de plumas y en gritos y chiflidos de la concurrencia sazonados con un sartal de obscenas proposiciones nacidas de voz en cuello por la mayo-

ría de los asistentes. Llegó la hora de pagar y en la madrugada entre el whisky y el humo, la cuenta no se veía muy bien, por cosas de fallas en las pilas de una linterna, así fue como sacaron fósforos y yeskeros, necesitaban luz, dale luz al señol Ishida, quien súbita pero palsimoniosamente, ¡dice que, no tiene lial! Les informan que el negocio se está cerrando. ¡Caballeros por favor! No lial, uno me lobó caltela. Lobalono caltela... Los nipones protestan. Lobalon catelas. Estos chinos no quieren pagar la cuenta. La policía se hace presente. Habrá una requisa. Cédula. Al amigo japonés se le perdió la cartera. ¡Cédula ciudadano!. ¡Ay viirsia! Al chinito lo robaron. ¿No tiene papeles? ¡A la perrera! Lo aclara en la Jefatura. ¡Pero hey! ¡Cuño! ¡Que le robaron la cartera! Era la torre de Babel... Arca de la Alianza, Puerta del Cielo... Con el correr de los años, todavía las altas paredes amarillas con su orla ocre estaban allí, brillando, con ese tono chillón bajo el sol inclemente del mediodía. Pero ahora, enfrente, casi diagonal y haciendo esquina, existía el bar “La Loca” y definitivamente, era una buena “taguara”. La cerveza estaba helada, como “siesoepinguino”... Él volvió a recordar el lío vivido con sus amigos japoneses... ¿Guatiyusei? No conprinfaís. Déjeme a mí. Tienen que pagar. ¡Hey, esperate! Dejame oime, hey, agente, perdón, señor agente, esperate, oime, viirsia! ¿Pero como te lo vais a llevar? ¡Ve que molleja chico! Esperate, no entendéis que este es un señor extranjero, se te va a prender un mollejero en la Jefatura. ¿La cartera? ¡Miarma, si se la robaron! ¿Que quien soy yo? Soy su abogado, el de los chinos sí, ¡chinos no! ¡Vértica chico! Ellos son, ja po ne ses ¿Como va a ser la misma vaina, chico? ¡Que extranjero voy a ser yo, chico! Bueno, casi, del Zulia, sí. ¡A jaiba pues! ¡De Maracaibo chico! ¡Ajá sí! Tenéis que dejarlos ir, si no, viirtica, va a ser un atropello. ¡Que clase de mollejero se les va a armar! Internacional sí, a vaina, yo que se los digo, yo... Al fin se escucha una voz con la orden para poner el punto final a todo aquello. Suélteme a esos ciudadanos. ¡Sí vale! Son una cuerda de chinos rascaos y un abogado

maracucho que habla puras pendejeras. Suelte a los chinos y al hijoesumadre ese, que anda jurando por una Chinita, y si no se va rápido me lo mete en la perrera. ¡Que se vayan pal carajo! ¡Desaparézcanse, ya, njoda! Antes de que nos termine de volver locos a todos. Locos a todos, sí, locos, y es que no están todos los que son, definitivamente... ¡Dame otra cervecita, que me tenéis a pan y agua, como a los locos, sí, haceme la caridad!

RABIA

3 de mayo: Una polvareda gris se eleva creando remolinos desde la tierra, se acumula en forma de arena fina sobre los visillos de las ventanas, en el quicio de las puertas, entre las grietas del cemento pulido, sobre los hilos de los chinchorros, en los flecos y en las cabulleras, en el fondo mismo de las amarillentas hamacas. Gime y susurra cálido el vaho del viento. Los chamizos son bolas reticulares que saltan y vuelan como fantasmales esqueletos vegetales, van rebotando elásticos, ruedan alocados sobre la tierra seca y agrietada queriendo escapar entre las bocanadas grises de polvo caliente. A lo lejos, entre una y otra estertorosa expiración, se dejan ver las casas terrosas de Quisiro. Pueblo soleado, pleno de viento y soledad, de gentes que madrugan para el rudo trabajo en los arrozales. Sus habitantes no existen, no se ven ya, nadie se mueve entre las casas, tan solo un hálito de fuego y gres se retuerce creando tolvánicas para dispersarse como lluvia de fina arena cubriéndolo todo. Al final del día, con el silencio del atardecer, vendrá la noche y solo entonces cesará el viento. En medio de la calma, si acaso hay luna llena, se verán merodear los perros y en la oscuridad se escucharán desde lejos sus ladridos, o trémulos aullidos. Desde el interior de las habitaciones caldeadas, muy quedamente, susurradas, las historias sobre espantos y espíritus nacerán de las agrietadas cavernas sin dientes de arrugadas ancianas. Ellas esculcanrán los socavones de la memoria para rememorar los tiempos de la guerra federal y la llegada de los hombres a caballo, con él al frente, bigotudo, enteco, de pómulos salientes, el general del pueblo soberano...

Así era Quisiro el nefasto día cuando en el solar de la casita de Chinca Soto se metió el perro aquel. Un can flaco, sarnoso, desesperado, pelando, los dientes y brotando los ojos, soltando espumaradas de baba, ronco porque ya casi ni le salían los ladridos. El animal estaba

azuzado por una turbamulta de chiquillos, agotado por las carreras y las pedradas y los palazos de aquella jauría de muchachos, sus perseguidores. Allí en el patio había de estar la pequeña Yamelis Josefina, sentadita en la tierra, jugando con la muñeca plástica a la que le faltaba un brazo porque se lo había arrancado Wilmer, y ella casi ni sintió llegar al perro. Solo fue un grito, luego verse la manito y el brazo sangrante y los muchachos chillando, llamando a Chinca y cayéndole a pedradas y dándole palazos al perro, hasta que lo sacaron al solar y la algarabía retumbaba y ellos iban lanzando piedras, y todos se perdieron entre un polvo más allá de los cujies y del cardonal.

Más de cincuenta años tenía el profesor Pasteur cuando se quedó ensimismado, mirando al perro, la-nudo, de mirada triste, encerrado en su jaula. El animal aquel le observaba como si quisiera decirle algo. Él lo pensó por un momento y durante unos segundos creyó que podría entenderle. Luego, el animal volvió a gruñir, un estridor sordo que se transformó en un ladrido afónico, entonces se perdió la tristeza de sus ojos y dio paso al brillo alucinado del mal de rabia. Con infinita paciencia y gran cuidado el profesor tomó un tubo de vidrio y comenzó a chupar por un extremo pegado a una manguerilla que acercó a las fauces del perro. El profesor era químico, se había transformado en un experto en la fermentación de la remolacha, conocía los secretos de los males que afectaban a los gusanos de seda y había inventado una suerte de vacunas que acabaron de una manera casi mágica con el carbunco que diezmaba a las ovejas francesas. ¿La rabia? Pues allí estaba el profesor Pasteur, e iba chupando la saliva espumosa del animal y antes de que llegara a su boca, la colocaba en un frasco de vidrio. El perro se movía inquieto tratando de morder el extremo del tubo. Aquel hombre no era médico, pero estaba en esos menesteres, mientras iba recapitulando escenas de su infancia lejana. Los campesinos de Artois mordidos por perros rabiosos y el hierro canden-

te haciendo chisporrotear la carne de las heridas y los alaridos de dolor, y el olor a chamusquina, y siempre la muerte... Después de todos los esfuerzos, y los sufrimientos de aquellos hombres, habría de sobrevenir la muerte de la que nadie escapaba. Al lado del profesor estaban Roux y Chamberland, ellos eran sus colaboradores, ellos trasladaban la saliva del perro a otros frascos y luego pacientemente harían las inoculaciones subcutánea e intramuscular, en los conejos y los acures y también en otros perros que esperaban enjaulados. Después vendría la espera, los días y las noches hasta ver aparecer los primeros síntomas del mal de rabia y finalmente, la muerte...

5 de mayo: Detrás de su escritorio en el Dispensario rural, el doctor Gutiérrez recibió a la señora Soto y le pidió que pasara adelante.

—¡Pero usted es Aurora, la abuelita de Yemelis! Yo creí que vendría Chinca ¿Y donde está ella?

Se abre un paréntesis, porque resulta que la madre no quiere que le puyen a la hija y menos ponerle “un pocotón de empolletas en la barriga”.

—¡No mijito!

—¿I que vais a hacer Aurora?

El médico insistirá en que es importante, que es urgente, que es necesario, y le dirá a la abuela que no hay tiempo que perder, tratará de hacerla entrar en razón, pero ella le responderá que ella no es la madre, que ella está preocupada por su nieta, pero... ¿Que puede hacer ella?, ella le promete, y le promete...

—Mirá, si no nos dejáis ponerle las ampolletas en la barriga, se te va a morir tu nieta. ¿Vos no entendéis?

Aurora lo mira, ella si le entiende al doctorcito, le entiende y ya casi hasta le cree, pero no hace más que estrujar nerviosamente la tela de florecitas de su batolón, porque piensa que ella, no puede, ella no controla a su hija, es verdad...

—¿Que queréis que haga yo criatura? Vos sabéis como es Chinca de terca, a ella se le metió en la cabeza que

Yamelita tiene que esperar por su padre. Ella dice que antes de hacerle nada a Yamelis, es su padre el que tiene que decidir. Ella dice que su padre es quien la va a traer al Dispensario, vos sabéis que él es policía, ella dice que él tiene que saber de eso, y además, que él es su padre, vos sabéis como son las jaibas... ¡Ay doctorcito! ¿Como hacemos con Chinca?

—Mirá Aurora, no podemos esperar que venga el padre de Yamelis desde Lagunillas, ¡que mamón!, tendríamos que aguantarnos hasta el sábado y serán casi cinco días, eso será demasiado, mucho tiempo, ¿me entendéis? Mirá Aurora, haceme vos el favor, traete a Yemelis Josefina porque sino yo mismo te la voy a buscar a que Chinca y le pongo las ampolletas en la casa. ¿Vos no sabéis lo que es el mal de rabia? ¿Ah?, si sabéis!, entonces, explicáselo a Chinca, vai, haceme la caridad...

Los bigotes engominados del doctor Vulpin se erizaban y su cara enrojecía al escuchar la historia que pausadamente le relataba el profesor Pasteur. Aquella tarde Vulpin estaba con su colega Grandier y ambos, sentados en la salita de espera de la rue d'Ulm, oían de boca del investigador, del químico de la barba entrecana, la historia de Joseph. Era un cuento sobre un perro y el niño Joseph, para quien Pasteur había solicitado la consulta a sus amigos médicos. Ellos esperaban para examinar y atender al muchacho quien habría de llegar al laboratorio a las tres en punto. Un momento después y a la hora convenida, tocó la puerta una joven señora con su hijo en brazos. En la tarde del día anterior, la señora Meister de Meissengott con su hijo Josep habían visitado al profesor Pasteur. El pequeño había sido mordido en las piernas y en un brazo por un perro rabioso y sus heridas estaban todavía abiertas. Pasteur las había curado superficialmente, pero sabía que requerirían de la atención de un médico y para ello les había pedido ayuda a sus amigos Vulpin y Grandier. El pequeño Josep fue tendido en un diván y en medio de su llanto estremecido

y de sus sollozos, los doctores examinaron y curaron una a una las dentelladas y arañazos en la delicada piel del niño. Ellos conocían al profesor y habían llegado a un acuerdo previo. Por eso fue completamente a conciencia cuando decidieron inyectarle en el tejido subcutáneo al niño, aquel líquido que provenía de la saliva del perro y de cultivos de animales rabiosos...

9 de mayo: Chinca está toda atribulada porque a Yamelis le empezó a dar calentura y ella ha ido hasta el Dispensario a discutir la situación con el doctor Gutiérrez. —¡Fijate, que menguao!. ¡Nada más lleva tres empolletas y ya se me está prendiendo en fiebre! ¡Yo lo sabía, sí, yo te lo dije! Esa puyaera en la barriga no puede ser buena. No te la voy a traer más. Me voy a ir pa Lagunillas a buscar al papá de Yamelis y que él decida lo mejor pa ella.

—Chinca por favor, entendeme, vos no le podéis suspender las vacunas. Si te vais a llevar a Yamelis pa Lagunillas, tenéis que ir a la Sanidad de allá y que sigan vacunándola. Dejame que te voy a dar una orden escrita. Fijate que la vida de tu hija va a depender de que me hagáis caso. ¿Me estáis entendiendo lo que te estoy explicando? ¡Chinca, por Dios!

Un mes después de la inoculación subcutánea de los cultivos con saliva de perros rabiosos, ya el niño no tenía fiebre y sus heridas habían cicatrizado. Josep parecía estar curado del mal de rabia. Un par de semanas más tarde él y su madre regresarían felices a su pueblo en las afueras de Paris...

18 de mayo: Es domingo en Quisiro, pueblo de entendidos en espiritismo y de facultos en brujería. El padre Ocando ya cumplió con su deber, estuvo en la iglesia, ofició la misa, y repasó el catecismo con los muchachitos. En el Dispensario acaba de terminar la consulta de puericultura dominguera y la plaza ya se está quedando sola pues es hora de que las madres regresen a sus caseríos. El sol cae verticalmente sobre las casas. El viento hace casi media hora que ha dejado de soplar. Con su maletín negro, el doctor Gutiérrez camina por

las polvorientas calles de las afueras del pueblo. Se dirige hacia los cujés y el cardonal que rodea la casita de Chinca Soto. Alrededor de él saltan varios niños y dos perros creando una nube de polvo gris amarillento que se disipa para dejar entrever su figura. Bajo la resolana destaca su blusa blanca con botones a un lado. Debajo del matapalo que está frente a la casa está sentado Ramón Zabala. Sin su uniforme de policía se ve como un paisano más. A su lado en unos taburetes están sus amigos José Cubillán, Arnulfo Prieto y Ruperto Peña. Todos tienen en la mano derecha una botellita de color ámbar y a un lado, en la tierra, está una caja de plástico roja con letras doradas que dice Regional.

— Nas tardes doctorcito.

— Buenas Ramón, vengo a saber de Yamelis...

— ¡Chinca vení y traete a Yamelis que aquí está el doctor Gutiérrez! La madre temerosa, luciendo un pañolón rojo en la cabeza, se asoma a la puerta. Detrás de ella la pequeña niña se esconde entre los pliegues de la falda.

— ¿Cuándo regresaron? Chinca, vengo a que me contéis como te fue en la Sanidad de Lagunillas... El viento trae los trinos de los turpiales anidados en el frondoso matapalo. El polvo se ha quedado en el suelo al cesar el viento y la casita con sus paredes de azul añil y de blanco nube, brilla casi incandescente bajo el sol. Aurora, la abuela ha salido y estruja su blusa de un negro verdoso. Los niños regresan al pueblo brincando con sus dos perros, se divisan a lo lejos, y en el matapalo continúan trinando los turpiales. Es la abuela quien se decide a hablarle. El policía Zabala se levanta y le ofrece una cerveza al doctor. El no la acepta...

— Están friñas. Quédese quieto que nada va a pasarle a Yamelita, ya usted lo verá mi doctor, ella ya está bien, solo fue la calentura de las empolletas lo que la enfermó. Estese tranquilo doctorcito que ya Don Simón la vio y con unas cataplasmas que le puso se le pasó todo, venga y tómese una frías, o si quiere nos acompaña en una partida de bolas...

De nada valieron las explicaciones del doctor Gutiérrez, no sirvió querer enojarse con Ramón y con Chinca. Tampoco sirvieron sus amenazas, y todo se le fue convirtiendo en un gran dolor y un nudo en la garganta al mirar los grandes ojos de Yamelis, condenada a muerte. Medio en serio y medio en broma, lo corrieron de la casa para que los dejara pasar el domingo en santa paz.

Los diecinueve mujics con sus trajes sucios, sus gorros de piel y sus barbas empegostadas llegaron a Paris desde Smolesko por tren. El viaje desde la lejana Rusia había durado casi una semana y ya cinco de ellos no podían ni caminar. Quince días atrás, una manada de lobos furiosos les había cercado. Todos ellos habían sido mordidos y estaban condenados a morir del mal de rabia. Pero allá lejos, a oídos de alguien había llegado la fama del profesor Pasteur y ahora, en un vagón del tren en la estación de San Lázaro en la ciudad luz, entre pieles, vendajes y tazas de té caliente, veían esperanzados el cielo azul radiante de la capital francesa. Ya en manos del profesor Pasteur, tan solo tres rusos habrían de fallecer, los demás se iban a salvar. El profesor recibiría una carta de agradecimiento del zar de Rusia, por haberles permitido seguir viviendo, a unos campesinos rusos quienes atacados por lobos rabiosos no perdieron totalmente la esperanza de salvarse de la rabia.

20 de mayo: Don Simón es el de las cataplasmas y el de los sinapismos. Don Simón es sobador y usa caraña y tacamaca, unta suelda con suelda y sangre de drago y para las fracturas preconiza el ron de culebra. A Don Simón no le gusta que le digan brujo, pero todos saben que él es faculto... ***“Mis esfuerzos y mi insistencia han sido en vano y no he logrado persuadir a la señora Chiquinquirá Soto ni al agente Zabala que es el padre de la criatura, del perjuicio que le están causando”...*** Don Simón es quien receta los parches porosos y pone los emplastos de antiflogistina caliente con semillas de mostaza. A Don Simón le gusta usar el kerosén frotar-

do con aceite de eucaliptus en las plantas de los pies y acostumbra a colocar parchos de caraña en el ombligo... ***“Quisiera exigirle como máxima autoridad de la Sanidad en el Municipio el que a través de la Policía del Estado traten de convencer al agente Zabala de su error, pues al fin y al cabo, él es el padre de la niña y es él quien nos impide llevar a cabo cualquier procedimiento médico que pueda beneficiar a la pequeña Yamelis Josefina Soto”...*** El doctor Gutiérrez mira la esquila escrita con su bolígrafo y piensa nuevamente en Don Simón...

La controversia sobre la vacunación de la rabia había aumentado y se había hecho virulenta con el correr de los años. En 1888 Pasteur sufrió un nuevo ataque de parálisis y se vio obligado a abandonar definitivamente sus estudios experimentales. Si hubiera podido trabajar unos años más habría visto que sus hipótesis se acercaban cada vez más a la verdad.

25 de mayo: Se ponía toda morada Yamelis cuando era atacada por las convulsiones. Estaba cianótica hasta la raíz de las uñas cuando se la llevaron al doctor. En el Dispensario se escuchan murmullos y quejidos y el garrapeo de una nota escrita con mano temblorosa por el doctor Gutiérrez. Es para su colega Eligio Salazar, allá en la Unidad Sanitaria de Maracaibo. Los ojos húmedos del joven médico miran desalentados a Yamelita quien yace respirando pesadamente entre una y otra convulsión. Al oír los gemidos de Chínca se le hace un nudo en la garganta, pero él no sabe si es de rabia o de dolor. Los desgarradores gritos de Aurora, segura de perder a su nietecita del alma, continuarán sonando en sus oídos hasta mucho después de haber salido la ambulancia para la capital del Estado.

En el patio del Instituto Pasteur está la estatua del valiente Jupille, un joven pastor del Jura, quien luchó con un lobo rabioso para salvar a sus compañeros y a sus ovejas. El muchacho tendría la suerte de recibir la segunda vacunación subcutánea del profesor Pasteur y se sal-

varía de las garras de la muerte. Ahora está luchando con un lobo, en bronce, en el centro de un patio en el Instituto Pasteur, en París, muy lejos del Zulia y de Maracaibo y de Quisiro donde hay muchos espíritus y el viento levanta nubes de polvo gris...

TRÍPTICO DEL PAÍS ACTUAL



CHANTAJE

A mi padre. In memoriam

Y yo, que me acerco al sitio de la entrevista y el abogado Contreras que llega un minuto después y yo, que lo calculaba mayor y él, que me pide que me siente, y yo, con la ceja arqueada y él, mirándome con aplomo y yo, sin decirle nada, esperando y esperando y Contreras, que viene de frente y yo, escuchando su oferta, y él, sin ninguna concesión y yo que le oigo que debo pagarlo todo, y él, que te atenderás a las consecuencias y yo, escuchando con las manos sudadas, y yo, aparentando tranquilidad, yo, con taquicardia y él sonriente, él, de paltó y corbata, copete de niño bien y un lunar en la mejilla y ojos verdosos, apoderado del ingeniero Pozo y al fin concluye, él sonreído y yo, que comienzo a articular palabra, yo con cierta parsimonia y le digo cosas, yo le hablo de su jefe, le recuerdo que ya hablé con su jefe, y él, que no es mi jefe, y yo que insisto en llamarlo su jefe y él, con el tema de que la ley obliga y él, con el tema de que el juez revisó la casa, que el juez levantó el Acta, que yo debo pagar las reparaciones, que debo pagarlo todo, lo mecánico, lo eléctrico, la plomería, la pintura, las puertas, las tuberías, el calentador, los pisos y yo vuelvo con lo mismo que será la última vez, que yo no lo explico más, que él y todos saben como recibí la casa, que han pasado cuatro años, que no protesté por las condiciones al alquilar, que le hice muchas reparaciones, que ofrecí pintarla, que el ingeniero me dijo que no, que no tocara nada, que él tenía una Compañía, que él quería pintarla a su gusto, reparar los pisos a su gusto, cambiar los tubos a su gusto, arreglar el calentador a su gusto, que se daría el gusto al alquilarla, por mucho más y yo, contando esas estupideces a su abogado y yo, explicándole como fui de tonto, a su abogado, y el abogado sonriente, el abogado, aguantando la risa, él abogado, de lo más complacido, y yo, vuelvo con el tema, vengo y le explico, le cuento que caí en una trampa, le explico que nunca

pensé, le comunico que yo veía al ingeniero en la misa y le cuento como se golpeaba el pecho los domingos, yo le cuento que su mujer me conoce desde niño, le digo que me siento trcaleado, asaltado, amenazado, injustamente, fraudulentamente, malamente y el abogado que se hace el preocupado, el abogado no está de acuerdo, el abogado está ofendido, que él no chantajea, que el ingeniero Pozo sólo se defiende, que él protege sus intereses, que no lo llame su jefe, que se apoya en la ley, que por la ley llevó un juez, llevó unos testigos, llevó a la secretaria, trasladó un tribunal, notarizó los documentos, registró el papeleo, levantó el Acta, que yo debo agradecerle que ha sido bueno, que yo debo abrazarlo, que yo pudiera estar ya embargado, que debo hacerle la venia, que su abogado es mi amigo, que me dan una oportunidad, que me dan la alternativa, que me permiten un respiro, que debo arrodillarme ante el ingeniero, él es de los cristianos activos, él es un padre de familia, él tiene grandes amigos y tiene mucho dinero, que su Compañía en el Estado se mueve entre las poderosas, que él es de la renovación carismática, que por amor me envió a su abogado, por amor al dinero me dije yo pensando rápidamente, yo maquinando a millón, yo sintiéndome acorralado, yo seguro de no ceder ni un pelo, ni una ñinga, yo contra la pared y el abogado que me pone la mano en el hombro, y yo que lo miro con rabia, yo que lo miro con odio, yo que contraigo los maseteros y crujen mis dientes, el abogado que sonrío, el abogado que me informa, pagarás también mis honorarios y no tienes escapatoria y no tienes chance y ja y jajá, y yo, que me decido al fin y yo, que comienzo a decirle lo que pienso y yo, que comienzo a decirle lo que siento y el abogado que retira su brazo, el abogado que quiere interrumpirme, el abogado que me pregunta que si me he vuelto loco, que qué coños me pasa y yo que hablo y hablo y Contreras que se pone de pie y yo que subo el tono, y el abogado que me apunta con el índice y yo, casi gritándole, y él palideciendo poco a poco...

Mirá te voy a decir algo que no te he dicho todavía, pupilas midriáticas, supe que ayer llamaste a mi padre para amenazarlo, cicatriz en fosa ilíaca derecha, ay coño que clase de error habéis cometido, tatuaje en el antebrazo derecho, ya saben que yo sólo tengo mi sueldo, edema en miembros inferiores, andan buscando de donde sacar provecho, vello pubiano de distribución masculina, creen que al negocio de mi padre le pueden sacar una buena tajada, incisión torácica en V, una buena trampa, con el bisturí hasta el pubis, por una casa cayéndose te queréis hacer cargo de un negocio, el costotomo se mete entre los intercostales, más fácil es cuando saben que se tambalea por la mala situación, con el costotomo separo las clavículas, pero oíme bien para que se lo digáis a tu jefe, se levanta el peto esternal, a mí me pueden embargar el sueldo, el pericardio está muy dilatado, gran cosa, mil cc de sangre, me pueden llevan preso, líquido en ambas cavidades pleurales, la ley los amparará, casi un litro de líquido ascítico en la cavidad abdominal, háganlo, el cuchillo secciona el paladar blando, caí en una trampa, tiro de la lengua con fuerza, por tonto, corto las carótidas arriba, si es legal debo pagar, tiro del esófago, pónganme preso, tiro de la tráquea, porque tenéis que oírme bien, tengo en las manos el bloque cardiopulmonar, no pienso pagarles ni un centavo, corto el diafragma, oímelo bien, como pesa el hígado!, pero ni medio, separo el esófago y el estómago, te podéis sentar a esperarme, diseco los conductos biliares, vos sabéis que todo ha sido una traca-lería el colédoco liso amarillo y sin cálculos, son cosas típicas de este país, la vesícula está distendida, el poder lo da el dinero, la bilis es espesa y verde, te paga para que me intimidéis, la ampolla de Vater es rosada, para que me amenazáis, focos amarillo al cortar el páncreas, para que me tracaliéis, diseco las mesentéricas, a vos como un abogado joven que sois te debería dar vergüenza, el bazo es azul violáceo, inmoral, focos hialinos en la cápsula, por unos cobres, abro el intestino delgado, bozal de arepa, abro el estómago, allá vos con tu conciencia, las heces se

lavan con el agua, oíme lo que te voy a decir, la mucosa no muestra lesiones, pero escuchá, atendeme bien, hay divertículos en el sigmoides, pa que le transmitáis a tu jefe lo que te voy a decir, el cuchillo penetra profundamente separando el recto y la vejiga, yo no voy a pagarles un coño, las suprarrenales están exhaustas, estoy listo para ir preso, riñones de superficie finogranular, pero ni un coño, cicatrices de pielonefritis y que no vuelva a saberlo, dilatación discreta de ambos ureteres, que yo no me entere, petequias en la mucosa de la pelvis, que nadie me diga que vos o el ingeniero se ha atrevido, placas de ateroma en la aorta abdominal, que ni se les ocurra el volver a llamar a mi padre, arterias renales escleróticas, ni volver a amenazarlo, vejiga distendida y trabeculada, tan seguro como estoy al ofrecerme para que me pongan preso, orina turbia, te aseguro que les va a pesar, hemorragias en el triángulo, que no te pase por la mente, hipertrofia del lóbulo medio de la próstata, será como declarar una guerra, próstata grande y nodular, Pozo tiene su buena posición pero yo sé como la consiguió, el testículo izquierdo está atrófico, él tiene muchas propiedades, los pulmones están muy congestivos, le puede costar caro el jueguito, hay fibrina en la superficie de la pleura, y se los advierto, al corte los pulmones, a vos te lo advierto, parecen herrumbrosos, que no se les ocurra, al apretarlos, ni se te ocurra, sale líquido espumoso, vos sois joven, tiroides de tamaño normal, habéis visto caer a algunos de tus colegas, pericardio parietal, muertecitos, pericardio visceral, de rollete, cubierto de sangre, este mes ya se han echado al pico a dos, área hemorrágica de ceropuntodós por ceropuntocuatro centímetros, liquidados como consecuencia de apoyar vaganbuderías, ventrículo izquierdo hipertrofico, están acabando con esa plaga, arterioesclerosis coronaria no estenosante, se los están echando al plato, vegetaciones en la mitral, al colete porque ya no los soportan, trombosis reciente, al bigote, la descendente anterior ocluida, la ley no puede seguir siendo utilizada para desvalijar, hemorragia en el septum, para atropellar, área

blanda, para joder a los que no tienen, se extiende hacia los ventrículos, para expoliar a quienes se pueda, el miocardio es blanco grisáceo, para venganzas personales, al corte es amarillento con hemorragias periféricas, para intimidar a la gente pendeja y honesta, foco de hemorragia y ruptura, chantajistas, taponamiento cardíaco, esperaré tras las rejas, palidez del cerebro, es mi deuda, leptomeninges turbias, cuídense si piensan hacer algo contra mi padre, venas dilatadas en la convexidad, usted abogado y su jefe el ingeniero, hemorragias focales en los lóbulos frontales, bastantes problemas tiene ya a sus setenta y tantos años, placas ateromatosas en el polígono, sosteniendo ese negocio casi en quiebra, aneurisma congénito de cuatro milímetros, toda una vida trabajando duro, ubicado en la bifurcación, para tener que oír sucios chantajes, hernia del uncus y de las amígdalas cerebelosas, les juro que lo van a pasar muy mal si vuelven a intentar algo contra mi padre, les pesará hemorragia, muerte, muerte, muerte, jab, jab, jab. Sangre, jab, edema, jab, hematoma, jab. Peleadores, jab. Calatayud, jab, Morocho, jab, Ramón jab, Antonio, jab, fajadores, jab, fracasados, jab, peladores, jab. Asimilaré el castigo, jab, la pelea adentro me conviene, jab, en mi esquina me aconsejan, jab, en el infai lo acorralo, jab, entre las cuerdas lo resuelvo, jab. Esa derecha, jab, arriba con el oper, jab, duro a la caja de los panes, jab. Espera, jab, esperar, jab, aguanta, peleador, jab, esperaré, jab, jab, jab, Esperé... No volvió a sonar la campana, fue técnico, fue suspensión por forfait, un suspensorio, suspendido. Se suspendió por lluvia, todo quedó en suspenso. Los leucocitos polimorfonucleares escaparon, fueron saliendo rápidamente, con movimientos amiboides, ellos se atropellaban huyendo de los vasos y separaron una a una las fibras colágenas, ellos escurrieron el bulto. Ingeniero y abogado, ambos dos, ¡hicieron mutis por el foro! Ahora se dirigen al sitio de la isquemia, vienen esmondándose, quieren comerse las fibras cardíacas, y ellas están en la esquina neutral. No hay nada que hacer. Ellas están sufriendo, detengan al

público, parece que padecen y palidecen posiblemente por la miocitólisis. No hubo más tiempo que perder tardíamente sonó la campana, se desgarró el músculo, se abrió la pared, se produjo una brecha. La causa de muerte fue un taponamiento cardíaco por ruptura del miocardio.

AMIGO RATÓN

La doctora Corozillo tiene un maletín que pesa más que mis culpas, la señora Nicolasa tiene un gato juguetón, la doctora viaja a Viena para dictar una ponencia sobre radioterapia de los tumores en los niños, el gato se está quejando que ya no puede vacilar, en un Congreso Internacional, óyeme bien, para Países del Tercer Mundo, que donde quiera se mete, tú lo sae, la doctora no habla inglés, tú lo ves, pero en la sala de la casa hay una cueva de ratón, y está en Viena por primera vez, por eso... Me levanté muy temprano para verle la intención... ¿Tú la ves? Nos conocimos en salón para no fumadores en San Juan de Puerto Rico... Sale el ratón de su cueva, escala obligada por un vuelo tan largo, y mudo se queda, volaremos juntos hasta Frankfurt, cuando ve que el gato, y conversando luego hasta Viena, detrás de un zapato, andaba yo con su maletín auestas ya en suelo alemán, lo estaba asechando, caminábamos por un pasillo del aeropuerto, a ver a ver, y nos han detenido, ¡igual que un león! Entonces noto que la pareja que nos intercepta tiene un aspecto extraño, ella es muy flaca y él es barrigón, y se me ocurre, ¡su gata lo va a buscar!, es que nos venían siguiendo, yo lo recuerdo, de noche brinca la verja que está bijaind de mi jaus, y pienso, ¡pero vaya!, de cualquier malla, sale un ratón, pero me digo... ¡Oye! Me dicen. Mey Ai Si yur passsport? Me lo preguntan. ¡Upa!, de cualquier malla, ¡Oye que lío!, y se me antoja pensar, pero que lío se me va a formar... ¿qué?, pero, ¿qué qué?, ¿mi pasaporte?, cuando mi gatito sepa y es tan simple la razón, su pasaporte, ¡epa!, ¡eso doctora!, que se lo piden, que se lo quieren ver, que el que a su gata le cuenta, ¡que lo saque ya pa ve!, que el que a su gata le dice, ¡epa doctora!, y el minino de la Nincolasa, que está buenaza, saca las uñas, sale un ratón, trata de subir las paredes, ¡doctora!, es nada más que un ratón, me digo, ¡ah caray!, en su cartera debe estar, sí, pero ve que no puede, ella piensa en los

paquetes de harina—pan que llenan su bolso, ese bolsón, de cualquier malla sale un ratón, es maletín me digo, de cualquier malla... El mismo bolso, ese mismo bojote, ese paquete, adentro está, allí, allí, ¡pero que bolsa soy yo!, yo me lo digo, a ver a ver si puede fugarse, que yo le hago ese favor, el de de llevarle el maletín, como un bolsiclón, ¿Dónde andarás RinTinTin?, el maletín, y viene el gato felino, ¡esos paquetes de harina!, óyelo bien, Silvestre felino, servirán para que su madrina, allá en Hamburgo, ¿o era su hermana?, a ver a ver si puede fugarse, le preparará, corre el ratón, unas ricas arepas criollas, el gato le corta el camino, ¡con mantequilla si señó!, se resbala el ratón, por eso pesa tanto el condenado maletín, ¡caracha!, se escapa, ¡muchacha!, y yo que me imaginé que eran amigos, le brotan las uñas, mirando a la extraña pareja, ¡pizuña!, me digo, en eso ando yo, esto si es serio mi amigo, tienes que embalá a corré, lo pienso, y los miro, y así los detallo, son los agentes aduanales, los antinar, los coticós, ¡fenomenales!, los aduanales, ¡pero que gallo!, en aquella ocasión, el tipo luce un bigote chorreado, ¡se escapa, se escapa!, seguro logra salvarse el condenado, ese ratón, ¡que va embalado!, la mujer pelirroja es flaca cual espátula, ella me mira, todos tenemos problemas, casi nos han detenido, que tienen su solución, ¡lo digo yo!, presos vamos a ir, lo veo venir, los veo puyando las bolsas de harina, lo veo venir, como lo escupieron como lo empujaron, lo veo venir, que revienta el polvero, ¡clasevainero!, si puyan la bolsa, con ese harinero, sale un ratón, como lo llevaron a crucificar, así eran las vainas, en aquella ocasión, y el polvillo blanco volando, fluyendo, piu nalto nelchelo, me digo yo, y ellos estarán probán, probándolo, van aspirándolo, el gato esnifea, lo huelen, sí, ¡atchíís atchuus!, y salta y corre y vuela y luego se queda, ya todo cansado, ¿a que sabe la harina de maíz en Frankfurt?, el gato obstinado, ¿que sabe el burro de caramelos sin nunca ha estado en La Suiza?, que me lo digo yo, y veo como el gato felino, le corta el camino, y le da un manotón, están leyendo los papeles, el gordo y la flaca y le

dicen, le dicen, ¡Cojrozilló?, ¿TSherd Guorld Congres of guat?, es el que todo lo sabe, la doctora lo piensa, él es el que todo lo ve, el gato esperando, ¡acorralado!, y cuando le ve llorando, ¡oh!, pobrecito ratón, viene la flaca y me dice, ¡Ah! ¿Yu ar e pathologist?, como lo llevaron a crucificar, eso mismo, eso me lo preguntó, ¿autopsis an olldath stoff? Miauuu, entonces le dice, pero si es jugando amigo ratón, sorry, gel dammit, ¿radiotherapy?, guao yunou, es que wiar fisicians, ¿yaaaaaa?, ¿emmdís?, médicos, ¿me entienden?, ¿capishi?, ¿donderstand?, ¿sabréis donde están?, que lo digo yo, y corre el ratón asustado, cartas credenciales, es que anda chorriado, ¿un programa del Congreso?, ¡doctora!, y todo cansado, ¿du yu si ger neim?, medioesguañangado, ¿sii?, casi acorralado, compareit pliss, ¿OK?, ya masquemamado, yeeeeeaa, ¡ya!, viene el manotón, güi ar going to Viena, ¿se salva?, ¡to guork!, lo esquivá, ¿OK?, y cuando le ve llorando, fore conferencse, le dice, me digo, lo pienso, ¡Diosito pero que no le revuelvan la harina—pan a la doctora porque no voy a saber como coños explicarle a estos alemanes del carajo lo es una arepa!, pero bueno vale, ¡si es jugando chico!... Al final ellos nos piden excusas y se van, no le han tocado la maleta a la doctora... La tomo de nuevo, al maletín, que lo digo yo, la Corozillo está a salvo, ¿se asustó la doctora?, y ella sonríe, y me parece más pesada que nunca, la maleta digo yo, no hay problema alguno, para nada, vamos a tomar otro avión, chau, adiós doctora, ya nos veremos, adiositopués, ¡amigo ratón!

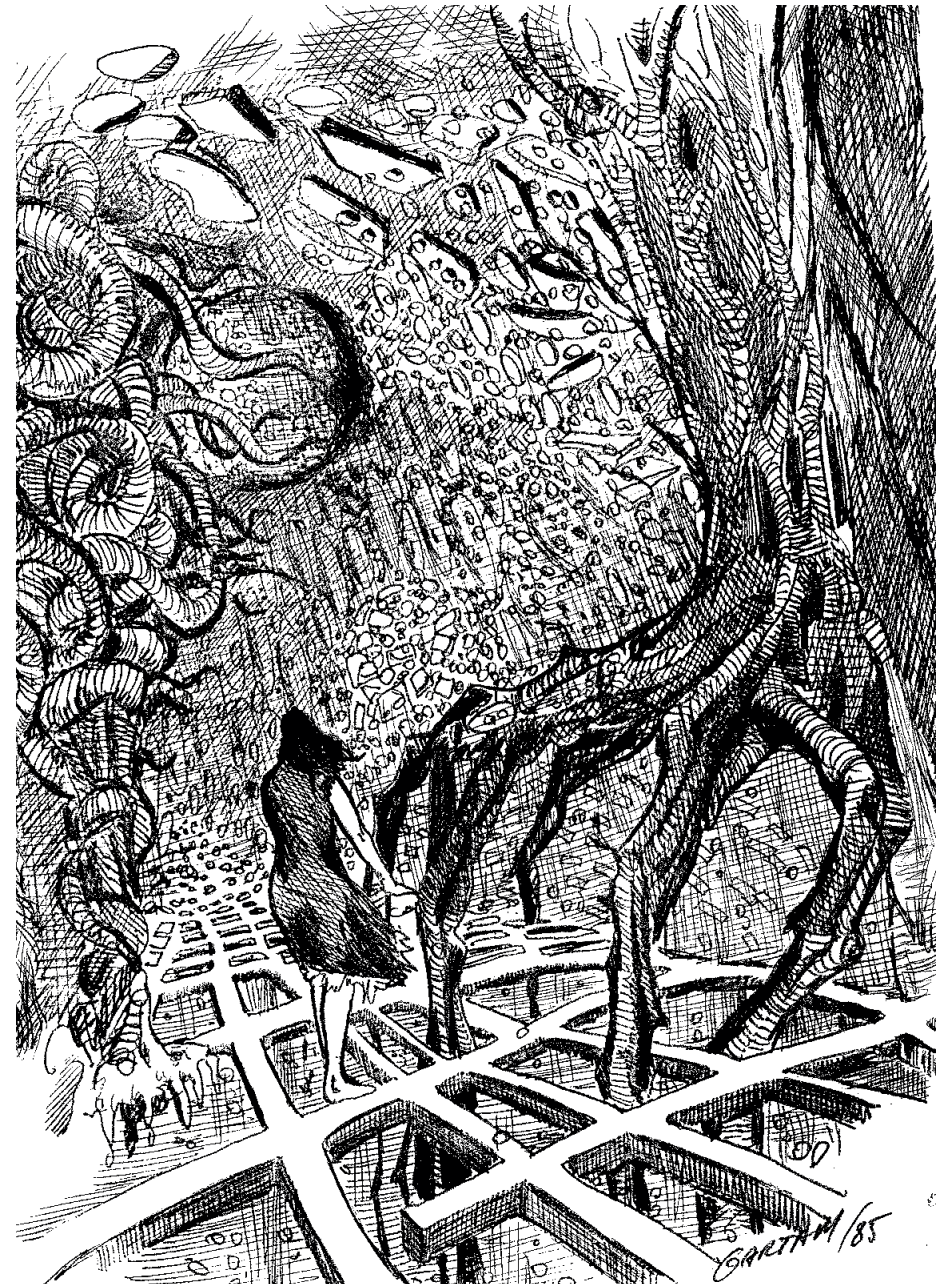
DIEZ CUCHARAS

Diez cucharas tropezando entre ellas era un repiqueteo infernal en aquel denso y asfixiante silencio. No se hablaban y el ruido de los cubiertos resultaba demasiado fuerte. Hasta llegaste a temer que el tintineo se pudiese escuchar afuera atravesando la letrina. Menos mal que el broder estaría listo para impedirle entrar al urinario a cualquiera. Se arrastraban con una lentitud exasperante y aunque no se hablaban, de vez en cuando las cucharas se sentían repicar con un sonido demasiado estridente. Sentiste como el ñero adelante reptaba y cuando se detuvo, calculaste que estaba luchando con los fósforos. Escuchaste el rasgar, luego las chispas y al fin algo de luz cuando encendió el pabilo de la vela de sebo. Allí acostado solo veías sus interiores sucios, su espalda y las patas tropezándose mientras él preparaba con cuidado los hierros. ¡Que arrecho fue palearse los cubiertos! Son diez cucharas solamente... ¿mis angustias? El tinguilín de nuevo, fue demasiado fuerte y pensaste si acaso era posible que brotara el sonido musical hacia afuera, por la boca del túnel. Siempre habían despegado toda la loza del albañal y al meterse en el hueco lo cerraban luego, pero lógicamente el orificio de la letrina quedaba abierto permanentemente para respirar. Tú veías la espalda sudorosa del Ñero mientras él arañaba la tierra con el cabo de todas las cucharas a la vez, usaba cinco en cada mano, como si fuesen uñas de metal y saltaban las piedras y la arena mojada te bañaba e ibas acumulándola dentro de aquellos trapos, hacías un nudo y empujabas hacia atrás el bulto, hasta tus pies y luego, lo pateabas lejos, lo mas lejos posible. Vergación Ñero, cuando lleguemos al terreno detrás de los alambres y la cerca ciclón, voy a decirte Ñero, vos si sois bien arrecho! Semidesnudos, sudando a mares, cumplían con el trabajo asignado, tú soportabas esa lluvia de piedras y de arena mojada y pegostosa que parecía otra cosa, te bañabas en ella, se te metía en la

boca, no te dejaba respirar. Ambos se sofocaban aspirando el aire denso ya enrarecido por el humo de la vela de sebo. Tú reunías las piedras con el barro y soportabas en silencio las patadas del Ñero. Dentro del nicho, dos crisálidas, transformadas en activos bichos, salpicados por el sebo hirviendo, ejecutando una labor refleja, sistemática, desesperante y en silencio. Tú escuchabas como él, acezante arañaba la tierra como un perro localizando un hueso. Con diez cucharas, cinco en cada mano, el Ñero iba escarbando el terreno como un poseso y tú reunías el barro en trapos que anudabas maldiciendo por la falta de aire y luego, lo pateabas bien lejos. Robarse las cucharas de la cocina fue toda una proeza y luego convencerlos para que no las usaran como chuzos, todo un proceso. Diez cucharas virguitas dijo el ñero cagado de la risa. Cuchara o bollo, papo o chuzo, que importaba ya, lo que quieran, maldita sea, pronto estaremos fuera. Acostado, recogiendo guijarros, tierra y barro, no era el momento para pensar en hembras, pero el ñero en cada mano tenía un puñado de cucharas y allí bajo la tierra te pateaba y parecía excremento lo que chorreaba sobre ti, pastoso y húmedo, aquel barro que con sus uñas de metal tu compañero iba ordeñando entre las piedras. Quizás por eso, cual lombriz de tierra, como gusano dentro de un túnel sepulcral, casi asfixiado en esa cueva, pensaste que todo iba a salirles como era, porque estaban en el tramo final y diez cucharas cavando como el diablo los sacarían afuera. Achanta un pelo Ñero. ¿Hasta cuando seguirás echándome más tierra? Yo con una cuchara me conformo, con una solamente ¿pero vos?, ¡vos seguís escarbando! Le agarraste una pata. Ya es suficiente Ñero. Pero él no captaba tu señal. ¡Vámonos de regreso! Vergañero, ya es demasiado el humo, ve que se acaba casi el cabo de la vela de sebo. Nada. Seguramente el Ñero presentía que estaba muy cercano el momento cuando verían la luz del día, en el terreno detrás del paredón, un trecho más allá de los alambres, y la cerca ciclón. Tal vez por eso cavaba sin parar, con furia y desespero, sin importarle que te

estuvieras asfixiando. Nero, no aguanto más. ¡Nero que me ando meando, Nero! Cuando se abrió súbitamente el inmenso agujero fue el aire entrando, a bocanadas, lo primero que te golpeó de frente. Tú lo aspiraste ansioso y te fuiste de bruces sobre tu compañero. Caíste de cabeza y embadurnados ambos rodaron sobre el piso del comedor frente a la guardia en pleno, quienes suspendieron atónitos el ritual de tomarse la sopa oyendo las cucharas del Nero que repicaron desparramadas, tintineando en el suelo... Y se te oscureció toda la escena ante las carcajadas de todo el regimiento, y tú solo pensaste, pelamos bola nuevamente... ¡La pusiste Nero!.

TRIPTICO DE LA ORALIDAD



SAMPLEGORIO

Otra vez les tocaba hacer acto de presencia en el mitin. Así denominaban antes a las concentraciones masivas de los ciudadanos cuando iban a escuchar entusiasmadas al Mesías. Era el momento. Ya habían llegado los chimbangleros, los sambeniteros y los sanviteros, todos con un tremendo merequetén empecinados en bailar al santo para ahuyentar el hambre que era peor que la peste. Quizá por eso, vos los veías descender desde el Cerroeloscachos y del Nuevomundo, llegaban de los Altos de Jalisco, de la Pomona, de por La Limpia, desde La Curva y las Playitas, caminando por la CañaMorillo y hasta del Empedrao allá por Santa Lucía... Venían sucios, cubiertos de cenizas, ¡con una pintaelocos!, vestidos con bartolas, muchos suplicando perdón, mesándose los cabellos, jalándose y tironeándose las parraguerras como si estuvieran de huevito. Parecían estar esmollejaitos de bola, como si el coco les patinara, con chivo o con iguana, siempre en coco. Venían con sogas en el pescuezo, curricanes en el cuello, pitas en el cogote, más sucios que el siruyo. Llegaban todos con velas y relicarios, azotándose hasta sacarse la chicha, dándose correazos sobre ellos mismos, dándose y dándole a los demás, y era que ellos querían expiar sus culpas. Al menos, eso decían. Es por haber sido tan requetebolsas gemían unos, tan regüeleñemas gritaban otros, y era que desde hacía ya unos años habían dejado de creer que el mal que los diezmaba, era un castigo del cielo. Se sentían culpables ellos mismos. Venían repartiendo fuele, y repartiéndose. Dame, a mí, dame, ¡dame más!, dale más duro, ¿queréis maduro?, y ¡juápiti y zuácata!, y así por las calles, largando el forro, levantando un pulveroloco, y con aquel pocoteeperros flacos y carcomidos por la sarna que se les pegaban atrás.

Venían esgañitándose cantando, perdona a tu pueblo señor, misericordia, no estéis eternamente enojado, rogándole al propio Mesías porque todos sabían que a él

tenían que adularlo, era una de sus características recónditas. Pero, curiosamente, todavía confiaban en el tipo. Él era el mismo a quien en voz baja todos mentaban como “er mesiánico”, y ellos pensaban que todavía los podría salvar. Podríos, en billetes verdes estaban los Ministros. ¡Y sus comilitones!, podríos y gordos como cochinos cebaos estaban algunos del grupúsculo que controlaba a los controladores de los controlados. Se sentían eternizados, y fresco si se echaban. Pero la gente estaba excesivamente necesitada y regresaba, volvía con un dejo de entusiasmo, pensando que tal vez esa sería la ansiada oportunidad de mejorar. Todos, en esta cruzada, venían hasta la ciudad de fuego en un verdadero rebullicio, y los clérigos de la colegiata, los diáconos, los coadjutores, los vicarios, los capellanes y hasta unos monaguillos, corrían en emergencia, se esmachetaban a esconder las palomas de la paz, a ocultarlas en las alturas. Te explico. Es que tenían que encaramar a los avechuchos en los campanarios, para que no se los manducaran como había sucedido en otras ocasiones cuando se reunían en concentraciones patrióticas. ¡El hambre era pelúa! Venid y vamos todos, repetían, pero ninguno parecía saber nada. Eso sí, todos estaban enseñaitos de bola, sabían cómo debían protegerse y defenderse de las terriblemente célebres pústulas podridas y de las oligarquías conservadoras.

Todavía algunos recordaban los epítetos aquellos, de las manos peludas y de golpistas, que eran términos ahora caídos en desuso, prohibidos por el Mesías mismo, y es que todos sabían que no se debían ni mencionar, puesto que era como sacar la sogá en la casa del ahorcado. Además, era peligroso, porque se podía resbalar el más pintao. ¡No ve que ellos estaban por todas partes! Andaban de cachuchita, de boina, o pelones, pero mosca, ¡jojo e garza! Tenían el poder de las armas. Siempre perrechados, y vos ahí, temblando porque de quien menos lo esperabas, ¡tras!, por menos de lo que vale un plato de lentejas, y es que había el hambre hereje, evacuaban casi el piano de cola con orquesta y todo... Eran esas, de las

pocas oportunidades propicias, pues la delación era otro de los escasos negocios en los que se podía progresar! ¡Era la manera de entrar en órbita y disfrutar de una ñin-guita del poder, comer! Ellos defendían el pellejo de sus cofrades, todos iban de kaki, o de verde oliva, algunos con parchos en la ropa, sin poros, sencillamente, remendados, o camuflados, y cuando se podía, ellos dejaban, con un sentido amable y permisivo, que se resolvieran las cosas por su peso, como en un almacén de telas de los de antes, de liquidación. Esto que llamaban, las matazones, si eran permitidas, puesto que, si eran para sobrevivir, ¡que se bañaran en sangre! ¡Es plash! ¡El muerto hereje!, prontuario semanal, como sábado sensacional, eso decían los numeritos. Pero era parte del acuerdo. Por eso, a pesar de lo sangrón, evidentemente era inexpugnable el sitio, y por eso era conocido en el argot popular como el Miraflores menstrual.

Entonces fue cuando en la tierra caliente, con la promesa de la asamblea de los ciudadanos y demás jaibas, novedosas para los tiempos que corrían, aparecieron los flagelantes. ¡Juápiti, flíquiti y zuácata! Venían en un solo cardumen. Embartolaítos, y como en una onda epidémica. Ellos eran, ¡que locura!, eran una propia peste. Representaban lo que había quedado de los elípticos comités para defender la jaiba aquella, ellos con sus delatores los que ubicaron los últimos mendrugos en cada pueblo, antes de que les dieran los hierros y las fucas, pero ahora pelando estaban, y fuetecito en mano era como andaban. Una miasmita, y puesto que parecían verdaderos mamarrachos, algunos iban disfrazados todavía con sus boinas rojas, otros hasta de curas, puesto que la sotana podía valer para lograr alguna limosna, la mayoría ya se sabían poner sus caretas bien, y lucían hasta gorras militares, o una cachucha que siempre podía dar dividendos. Entre todos ellos había mancos y quebraítos con su popora atrás, varios enanos, un montón de tuertos virols, tullíos, escrofulosos, machetepandos, hasta se colearon algunos leprosos de contrabando. Unos venían con la chingolita

y otros con la pata coja, varicosos, maricosos, mocosos, ociosos y bastantes morbosos. Era todo el producto de la hambruna sostenida y de la desesperación resignada. ¡Pero ya va! Es que estos usualmente eran nada más y nada menos que los simuladores. Ya viene la plaga, cantaban unos, nos gusta bailar aullaban otros, y todos venían danzando al son que les tocaban. Bueno, es que esos siempre habían existido, ¿no es verdad?

Unos parecían ser víctimas de la sabrosita, como si de un rascabucheo picoso se tratase, y se estremecían, brincando con furia, cualquiera pensaría era por la piquiña, pero daban que pensar, en realidad algunos lucían movimientos espásticos, desesperados, exagerados. Movimientos extrapiramidales por carencias vitamínicas sostenidas, con el consiguiente mal coréico por hipovitaminosis, una especie de pelagra momificante... Ese había sido el dictamen del científico y lo fusilaron, pero mejor ni te cuento. Se diría que era una propia turba de suplicantes quienes llegaban. Venían esguañangándose para acercarse al tipo y de repente y tal, lograr su perdón, o poder tocarle la orla de su manto, y es que algunas veces él se ponía una capa roja como si acaso todos no supieran ya que, en la intimidad de su palacio, él se las tiraba de Superman. Todavía usaba el camisón verde—oliva para imitar a su Padre Creador, o se ponía su franela roja, o a veces la negra, con esa rica sensación que le producía el sentirse musolínicamente poderoso. La negra era la que le escondía mejor los collares del santoral mayombero, o le disimulaba el refajo con la tacamaca en el ombligo y la doble vuelta de la bandera nacional enguaralada girando tres veces alrededor del maruto.

Muchos estaban religiosamente convencidos de que con la penitencia que representaba haber subsistido durante tantos traslados en los autobuses y la sudadera de los días y meses de padecimientos, cada peregrinación debería servir, suponían ellos, para lograr algún crédito, un subsidio de la municipalidad, unos cobritos desde una alcaldía, la olvidada cesta ticket o, por lo menos apoyo

moral en alguna gobernación de Estado, pero todos estaban seguros que al final no habría nada para ninguno y que tan solo el pote sin fondo de la partida secreta, sería la última esperanza. Ya se conocía que aquella era la única fuente de divisas seguras y por eso, todos pensaban que en algún momento, le podrían hacer el gran favor al tipo, o sea, lo que él les pidiera, y complacerlo, y entonces, ¡manque sea, algo nos pichará!, se decían. Luego, resignadamente gemían, vai pues, si no es hoy, pues será mañana... ¡Vana ilusión!

Pero ya el Mesías estaba al llegar. Había que verle la cara a esa remollejamentasón de locos, hasta cienmil, bueno eran como unos quinientosmil más o menos, e iban todo el tiempo alabándole sus cualidades de hablador. Porque dejame decirte que a él le encantaba verlos así, arrastrados, entre jalándole y columpiándose, de bus en bus, de casa en casa, de pueblo en pueblo, ¡con una ilusión del carajo!, coreando consignas, ¡arriba la saliva, lancemos los gargajos, solo él nos sacará de abajo!, y hasta rimaba la jaiba, y mientras tanto sonaba el tambor. Dale que dale, los chimbangles meneándose, culoepuyas, kukurbatas, minas y hasta bongós. Pucutucu pumpum. ¿Y los látigos? No te me vayáis a olvidar de los bejucos, con agujetas, corozos, cascajos, con alfileres, hasta con alpitas los arreglaban. Ellos juqui y juaqui, con pepas de guásimo, los más suaves, ¿vos me entendéis?, ¡dándose fleje mano!, y de vez en cuando a cualquiera le daba un patatús por el sol, un soponcio, hasta un tabardillo les podía entrar a esos pobres cristianos. ¿Vos no te fijáis que venían envueltos en olas de calor? Es que el aire era hirviente, como si fuera una bola de tocineta, espeso, se podía cortar con una cuchilla mellada, pero ellos todavía con esperanzas, porque así son los pobres, seguían palante con el entierro, y se flagelaban, y se sacaban los chisquetes, largaban los pedazos, los trozos, estrozaos iban quedando. Si no fuera porque la cañandonga que siempre matizaba todos aquellos momentos, hubiese sido insuperablemente hermoso el espectáculo

y en ausencia de los borrachitos, de repente y tal podía caerles un rayo, o venía un ángel y los mandaban a todos para el cielo.

Por eso, ellos venían en una sola lamentadera, suplicando y pidiendo perdón, estaban convencidos de que la situación estaba mal, pero querían cobres en la tierra, y a esas alturas del partido, ya los pedían por misericordia, porque, ¡es que era mucha la necesidad mi hermano! Bueno, te diré que daban más funciones que El Variedades, y fue y fue. Así, sufriendo esperaban conseguir que el tipo desde allá arriba, desde la mera tarima, a las dos pasadas venía y se condolía y hasta les tiraba algo. Creían ellos. En realidad, se quejaban más que camión de cochinos, ni que decir de aquel perfume, los efluvios de la cañandonga suavizaban el ambiente, afortunadamente, porque usualmente estaba a puro berrenchín, a butacón de tullío, a bragueta de loco, y era lógico, por que, calculá vos, ¿como se iban a bañar? Vos te podéis figurar el calorón y aquel olorcito tropical, sin cambiarse los sayones, ¡durante semanas! Escuchando todas las lecciones y los sermones, las cátedras de adoctrinamiento estúpido, porque no era más que la repetición del millón de bolserías que vomitaba el mismo loco una y otra vez, multiplicado por los parlantes en una interminable retahíla de falsas promesas. Todo aquel palabrerío insulso con el cual el tipo iba desbarrando, esas cosas que antes denominaban, ¿cómo era que les decían?, las falacias... Era el rey de la mentira, pero vos me entendéis como es la jaiba, de que jefe es jefe y con o sin conchoncho, ya sabéis como es de crédula la gente. Bueno pues, ellos se la mantenían ahí, pegados al corte, en aquel sofoco y entre tanto, los adláteres mandaban a repartir la caña pareja.

Claro que de tanto danzar y sacudirse, terminaron por llegar al sitio. A punta de púa y rolo, como unos mismos borregos, fueron arribando a la ciudad de fuego, con el catirito resplandeciente, el cielo azul sin nubes en un día por demás fulgurante... Eso sí, te cuento que abajo de las matas de mango, de nísperos, de cotoprices y de ma-

mones, estaban en situación de espera, ¡casi nada!, los vendedores de cepillado, los chicheros, el de la horchata y el de la vitamina, los buhoneros, tipos raros con cucuruchos en la cabeza, con boinas terciadas, con cachuchitas y pañuelos de colores, algunos lucían cristinas, otros con chisteras y otros sencillamente estaban cocorraspaos. Ya el gentío estaba por llegar y esperaban por ellos el empanadero, el cafecero, los mandoqueros, pero también estaban los distribuidores de la cañandonga y andaba el proveedor, el distribuidor, el vendedor de pitillos, y el de los polvos, iban mezclados entre un montón de poleros, por el calor ya sabéis. Aquello era una especie de ventolera, y todos parecían llegar desde el mismísimo cipote viejo, porque ¿de donde más podían salir tantos autobusetes y camionetas y volteos rellenos de locos. Dementes tenían que estar los buenos ciudadanos, casi caquéticos pero esperanzados, con el hambre hereje, y con su tripones lombricientos y plenos de mocos, de pelos ralos y desleídos por el sol, eso sí, pero firmes en la espera, con o sin yodo, pudiera ser que algo de algodón, ya sabéis, sin ton ni son, les llegara.

Hubo de darse el momento de las explicaciones. Venían en el discurso, y desde la tarima. Como un rugido sordo se escuchaban los gritos confundidos con el gruñido del hambre en las tripas, pero estaban comenzando a aceptar la vaina, por el cansancio, vos sabéis... Estaban comenzando a considerar que aquel sistema era nada más y nada menos que el popularmente denominado muchos años atrás, el del “gendarme necesario” y ¡raspinflay maifren! Eso fue lo que le propusieron al populemeus, nada más al comenzar el nuevo año le dijeron, este será el de “la remollejamentasón”, siempre era así, en períodos gloriosos dividían las jaibas, porque las regiones ya habían desaparecido y la logística era unidireccional. Ellos no entendían muy bien el lenguaje. Estaban confundidos por la hambruna que era enloquecedora, pero todos sabían que el país estaba desde hacía mucho tiempo en total bancarrota. Eso era un hecho cumplido, ya hasta

las cárceles se habían lavado y algunos en el fondo comenzaban a recordar con nostalgia a los bisabuelos, y a soñar con que habían superado etapas más fuertes, todo aquello de “plan y pal cuartel” y “a nivelar el tonel” y poder hablar de la “manteca vegetal Los Tres Cochinitos”. ¿Vos te acordáis? Pero estaban en un nuevo año, y cualquier cosa valdría la pena, con tal de no perecer con las tripas pagadas al espinazo. Entretanto desde arriba, seguían lloviendo las promesas, y por abajo las mujeres flacas y esmirriadas le hacían carantoñas a los barrigones mamarros de las cachuchas, ¿por qué?, ¿que otra cosa podían hacer? En realidad, desde la tarima, el tipo les ofrecía la felicidad a manos llenas, y hasta lloraba emocionado el muy sinvergüenza, dizque amando a sus hermanos fenecientes en medio de aquella pobreza franciscana, pero eso sí, como siempre, todo era puritas promesas y más promesas. Todos sabían que tanto blablabla era para tenerlos confundidos pero tranquilos, y menos mal que no necesitarían preocuparse en medio de aquel mollejero por que al final repartían la caña y ¡por lo menos, había música!, porque siempre ellos organizaban una fiesta. Llegaron así a la tarima los timbaleros, los tamboreros y charrasqueros, los furreros, con la tambora y con un cuatro, y ¿como es?, con el güiro, vos sabéis. Unos vinieron guapachosos, con una rochelita, merecumbiando y al ratico aparecieron los vallenatos con sus porros, acordonando, siempre con la cumbiamba, con un verdadero samplegorio montado, como que si todo lo que estaba aconteciendo fuese una sola mamaderitaegallo.

Había una terrible amnesia colectiva y era comprensible, por el hambre, efecto directo de la dieta hipoprotéica... Había que andar en una de antiparabolismo porque si no, era que te enfermabas, ¡seguro que sí! Nadie les pedía la opinión a los que quedaban todavía, pero muchos sabían que el diagnóstico, lo habían hecho los expertos, los investigadores, los que examinaban el humor colérico y el flemático y el sanguíneo y el melancólico, ellos venidos de la gran isla, solo decían “parchos”, ponémele par-

chos porque ya llegamos al serote. Parchos sí, y no vulcanizados, parchos porosos, en la barriga, en las costillas, de caraña en el ombligo, con antiflogistina caliente, o de tacamahaca, pero parchos. Algunos con más interés en la madre natura, olían las brisas para interpretar lo que les llegaba desde las fosforescencias del lago fecal. Sin gaviotas, ya se había vuelto un negro pozo séptico de aceite y lodo despojado de seres vivientes, pero ¡que caracha!, ya no había remedio alguno. No ve usted que habían dejado pasar demasiado tiempo y todos sabían que al final, a todos les caería hasta coquito. El humo color zapote venido del Tablazo envolvía la ciudad y los pescados que se aventuraban desde el lejano mar, traían más mercurio que termómetros de hospital. Lo que llegaba por aire y agua a las márgenes de la ciudad de fuego era enea con rrinquincalla. Los galenos que sobrevivieron, hubiesen recetado sanguijuelas o sangrías, puesto que desde hacía tiempo se había puesto de moda el desaguadero, pero, ¡pobre Hipócrates!, se fueron por la línea de los purgantes, un delicioso, tamarindo sin pepas, aceite de ricino, un kiloessulfato, y si la gusanera era muy vermichélica les daban entonces leche de Higuérón. ¿Cómo te digo? Era que así andaba la gente, regresando a las hierbas aromáticas porque ya ni con las lavativas se mejoraban. Telas de araña tenían obstruyéndoles el tracto gastrointestinal, y si les examinabas el trasero, ellas formaban como motas, por el desuso. Los viejos galenos en lo que veían un hinchón, decían de inmediato: ¡sangría y cauterio! Puro emplasto caliente, sinapismos, azufre, vinagre, miel de abejas, cuernoeciervo, polvo de unicornio, al del cachito torneado me refiero... Pero igualmente había quienes con más sentido común, usaban polvos de antimonio, del que espanta al diablito, pero a pesar de las buenas intenciones, era por demás evidente que no lo habían logrado ahuyentar.

Por supuesto que no todo era amargura. Ellos siempre andaban repartiendo de los otros polvitos, los blancos, para lavar y para aspirar, esos penetraban a raudales desde que la frontera se había solidificado en un magma

verde por las plantaciones de coca y las grandes factorías con altas chimeneas que preparaban las diferentes prescripciones de la heroína purificada. Además, todos andaban uniformados de verde y así se mimetizaban con la madre naturaleza. Al hacer compras, con un mercado de ñame y ocumo, podías recibir tu panela de mariajuna y en cualquier esquina, fluían las drogas al gusto del consumidor. Hasta la vulgar morfina, y el opio extraído de las bellotas de las amapolas, podías obtenerlas sin recípe médico. La medicina simplificada se había impuesto y la familiar, era como el refresco aquel de la botella grande, estaba pasada de moda, totalmente fuera del perol porque las botellitas contenían todas un líquido rojizo y dulzón y además ninguna llevaba etiqueta. Así andábamos cuando el Mesías todavía lampiño, una de sus mayores frustraciones siempre fue no poder dejarse una chiva, él decidió hacer una nueva concentración, una de esas obligatorias, pero eso sí, multitudinaria. La intención sería tan solo, conversar durante unas seis horas sobre la necesidad de apretarse el cinturón, porque se avecinaban días difíciles para el futuro de la nación... Afortunadamente, sin calármelo, desperté en ese preciso instante.

EN LA LÍNEA DE FUEGO

Sin voltear hacia atrás, voy desesperadamente resbalando entre el lodo y los cráteres, tronchas, huecos inmensos producidos por el fuego salido del obús, descendiendo del cielo, me aferro, pero me deslizo y ruedo hasta verme cayendo en un profundo zanjón y me digo que en tiempo de guerra todo hueco es trinchera. Desde allí veo acercarse amenazadora la pezuña férrea de los tanques de guerra, monstruos de acero, con sus chillidos metálicos, chirridos crispantes, tan solo pido a Dios cuando yo muera, se avecinan llenos de remaches, en vez de una oración sobre mi tumba, el último de nosotros cae de bruces en el hoyo, a lo lejos retumban cañones antiaéreos, es una fosa y han caído de cabeza, los compañeros que la habitan, adiós muchachos, yacen eventrados, eviscerados, cascadas de sangre fluyen formando un pequeño lago, manantial bermejo, jagüey... En el solar de la casa, busco afanoso el matapalo y su sombra protectora, huelo la lluvia que se aproxima, cañaítas llegan hasta la charca en una creciente, llena de detritus, quisiera escuchar el croar de los sapos, ver las libélulas danzantes, sentir gotas de lluvia, no lo logro. Solo hay despojos humanos, morir es nacer, el nacionalismo egipcio, los tanques crujen, el cañoneo lejano. ¡Que ridícula situación ésta! Envueltos en una humarada pícrica que nos ahoga emponzoñando el aire, muriendo de amor, humo gris verdoso, remolinos amostazados, si he de morir en Madrid que me entierren en Sevilla, ¡es por joder! Entre la niebla cenicienta veo a mis compañeros, vienen acercándose, cada vez los observo más nítidos, me muevo unos milímetros, luego unos centímetros, no suelto el arma, ¡miarma!, ni loco que estuviera, siento como respiro rápidamente, hay un vacío, un totalsilencio, de segundos, momentáneamente. Ellos vienen vivaqueando entre el fango, emergen en la línea más lejana, desde el límite de los arrozales, saltan salpicando lodo y sangre y se hunden en los pozos de agua

turbia, chapotean y no llegan. Veo como se crean y se multiplican los círculos concéntricos con cualquier chispita. Camilo se está muriendo, volteo y percibo ese dolor crispante, penetrante olor, aún boquea y se produce una gran burbuja atornasolada, refleja su rostro todo y crece y crece en su boca hasta explotar en salpicaduras sangrientas. Puedo percibir el vaho metálico de su estertorosa respiración y se me ocurre que es por la metralla, por las esquirlas de la granada, tierra soñada por mí, humus férrico, es lo que resta de Camilo, plantación adentro camará. Después de los Camilos vino Ernesto y no terminan de convencerme con sus explicaciones, Peinados de perfil, todos ellos. Si, vienen aullando, como locas, radiopatrullas histéricas, ambulancias quejumbrosas, carros de bombero ardidados, perreras rabiosas, ululantes, alucinantes. Se acercan gimiendo, si no fuera por lo pesado de las armas que acarrearán, legítimo stainless steel, se diría que son animales. Son el enemigo y eso basta, bestias, son los contrarios, los contra, ríos me impiden salir de mi guarida, ¿llegaré a la meta?, Revolucionarios, ríos de sangre, ¿cuantos planes se frustrarán? A mi lado veo su cabeza llena de crespos con coágulos de sangre negra, reseca, ¿es Nicolás? Resaca espumante, Emidgio y Natalia Todo se oscurece, ¿quizás será Lucidio?, como el famoso Chacumbele, el mismito se mató, cayó sobre ella, granada, tierra ensangrentada, el humo y el olor y nuevamente las bocas de hierro vomitando plomo derretido, es fuego que tizna la madera agujereada de la gran puerta, triunfo seguro, el rectorado, plomo y plomo, péndulo, reloj, no marques las horas, se van tornando blancos los cañones, palidecen de lo puro rojos, blancos y quieren decirme rojo para exorcisarme, pendejadas, no lo lograrán, rojo hasta hacerse incandescente y el tableteo continuo, ininterrumpido, interminable, hasta cuando, plomo y plomo, dormir, morir, descansar, que digan que estoy dormido, que murmuren, si muero lejos de ti, no me importa, digan lo que digan, los demás. Han reiniciado el escupiteo, placatlaca, desciende el fuego de los obuses, si te mueres primero yo

te prometo, ¿este no es el momento?, ¡con tinta sangre del corazón! Las luces de la rockola centellean ante Emidgio que se ríe a carcajadas, laten espasmódicas, roja, verde, azul, se enciende amarilla, se apaga magenta, late roja, yo, caray es que yo la quería más que a mí vida, es él quien me lo cuenta, ¿la has de perder para siempre?, tú también. Ella viene desde aquel recodo, tras la curva enmontada en el camino de mi adolescencia, ¿estudiantes?, no me interesan esos regresos, ¿por eso busco la muerte?, la sangre corre, dibujos de moaré violáceos, fluye tibia. ¿Como era su piel? Calorcito, bajo sus largas pestañas, su mirada, no regresa, frío, solitario, sin poder sentir nada, no hay dolor, insensible, ese aroma viene con ella, se acerca... Ahora pienso que es la abuela, suena la tela crujiente de su faldón, envuelto en su perfume y en la boca percibo el gusto de la Emulsión de Scott, mamá, abuelita, viene el hombre del bacalao, un purgante delicioso te va a mejorar, debe ser de noche porque no veo nada. Noche, muere junto conmigo... Entonces él se despertó sobresaltado, estaba sudando.

EL ZORZAL

A Enrique, compadre y amigo de tangos.

Yo nací en el Saladillo, claro que no me consta, en esa época yo estaba muy chiquito y de bola que no puedo acordarme, pero pa que vos veáis, con ese orgullo me enseñaron a vivir, ser maracucho y saladillero. ¿Qué más queréis? A todo tiro andaba jochándome de esas dos cosas, diciéndoselo a media humanidad, cuando coñito, me refiero, de a cada rato se lo sacaba al Perico; vos sabéis que él era del Empedrao y yo venía y le decía, mirá Perico, ¿vos me vais a echar a Santa Lucía con la Chinita? después montábamos esa discutidera... Pero así y todo, el Perico era mi mejor amigo. Cuando carajito los cuentos de las vainas que a uno le ocurrieron son naturales, los de la edad, ¿comprendéis?, entonces todo era una felicidad, una pura inocencia y vos te creías todo lo que te decían, especialmente sobre ciertas jaibas, como los graves problemas del amor. Imagínate vos en aquellos tiempos... Es como cuando te hablaban sobre el origen de la gente, la procedencia pues, ¿me entendéis? Uno es de por aquí y puede que diga que ni le consta, pero uno se siente y sabe que es de aquí, otros ni se sabe, fijate que por estos predios siempre ha habido mucho camuflao, frijolillo tirándoselas de queso duro y quizás por eso será que uno se creía muchas vainas... Fíjate el caso del mudo, nosotros creíamos una cosa, como todo el mundo, hasta los argentinos se creían el cuento y hubiéramos jurado que teníamos razón, pero la verdad es que no era así. Yo siempre creí que él había nacido en el propio Buenos Aires, quien sabe si en una casita del barrio del Abasto... Figurate, pasaron los años, que podéis hacer, ellos pasan, muchos años y nosotros siempre en el mismo predicamento, muy creídos y tiempo después, bastante después de lo del avión si supieras, supimos la jaiba, conocimos la verdad. Te digo, él para nosotros seguía vivo... Lo tuvimos tan cerca, sólo un mes antes del desastre de Medellín y lo

teníamos que mantener vivo, cantando en la garganta de todos, le oíamos el rasgar de su guitarra en las noches estrelladas. El sol del veinticuatro viene asomando, el sol del veinticuatro... Como si estuviera todavía entre nosotros. Los compañeros de mi niñez fueron sus tangos... Para mí, también de un modo muy especial están mezclados los tangos con el recuerdo de unos ojos negros y de una tierna sonrisa, aquella niña de cabellos negros, rizados, recién lavados de boquita diminuta... ¡Como han pasado los años! Con el correr del tiempo, la imagen viva del hombre se nos fue transformando en un fantasma grandioso. Tampoco desapareció la imagen de la niña de la mirada triste y yo no pude lograr su materialización. Fantasmas que crecían cual si todo hubiese sido una leyenda, aquellos ojos y la figura del zorzal con su guitarra, él continuaba cantando y los de la cuerquita, ya disueltos algunos vínculos, lo seguimos admirando, pero cada quien por su lado, con su propia medida. Creo que fue para ese entonces cuando vinieron los uruguayos diciendo que él había nacido en Tacuarembó y claro está, nosotros no les creíamos. ¡Después vinieron tantos entendidos! Hasta que al fin, ya ni recuerdo quien nos develó el secreto de su misterioso origen. Todos tenemos un sitio de origen, vos sabéis, ya a veces este es un secreto. Nosotros, maracuchos entendemos que somos de un sitio muy especial, pero hay algunas criaturas que son de una región del espacio, que está más allá de las vainas lógicas y entonces uno se explica por qué es fácil transformarse en fantasma y seguir vivo, otros cristianos somos seres humanos. No lo queríamos creer, pero las evidencias apuntaban a un origen terrenal para Charles Rumualdo Gardés. El había tenido un comienzo, de carne y hueso, él vino al mundo y no era etéreo, fue un 11 de diciembre, la ciudad fue Toulouse, el país Francia, el año 1890. ¡Vos te podréis imaginar nuestra consternación! Nos resultaba muy difícil de creer... Yo que lo vi en persona, metido bajo un ring de boxeo, ¡con todo el sol del mediodía maracucho sobre la cabeza!, yo no podía asimilar la idea así no más.

¡Imaginate vos! ¡El morocho era francés! No sé si te podré explicar, pienso que fue como una especie de lección, como para que se me grabara aquello de que no importa donde se nace sino donde larga uno el forro, ¿me entendéis? Y así; de bola, ¿veis?, yo entonces creí que entendería mejor ciertas jaibas, de esas que la gente llama, las vainas de la vida... ¡Imaginate vos! A las dos pasadas, Carlitos no tendría ni cuatro años cuando su madre Bertha se lo llevó a vivir en Buenos Aires, un carajito solamente, pero allí se iba a quedar, allí iba a crecer, a cantar y si no hubiera sido así, la historia sería otra. ¿Vos te podréis figurar como hubiera sido? Bueno vos te lo podréis imaginar, pero yo... A lo mejor si hubiese sentido desde temprano el sabor y la dentura de ese cauñil tal vez no hubiera tenido que invertir tantos años buscando aquella mirada triste de una niña, imaginaria me figuro, porque ya no se si fue real o soñada. Y no la vi más. ¿Será que todo es mentira? Es un solo tango, eso debe ser lo que llaman el destino. Todo es oscuro, como la noche afuera y llueve tanto y a lo lejos, el quejido de un bandoneón. De estas cosas... ¡Qué iba a saber nada Majarete, ni el Perico y menos Cacha—floja que vivía idoebola! ¡Ni tampoco Bolaequeso, ni yo mismo! Ni soñarlo... Tantas ilusiones, durante tantos años, iban siempre a girar en torno a Gardel y nunca me lo hubieran creído mis amigos... Ya no vienen, ni siquiera a visitarme, cuerdaepillos, nadie viene a consolarme, nos hacíamos llamar los báquiros y no éramos más que una pila de carajitos bellacos. Andábamos juntos, la mañana del ansiado día de su llegada, nos apretujábamos entre el gentío, cogidos de la mano, no esperdigarnos era la consigna. Hace más años que el simborrio... ¿Te podréis imaginar? La época del Presidente Pérez Soto, una mañana del mes de mayo y ese gentío sudando. De dril blanco y con pajilla los hombres, con paraguas las mujeres. Si te interesa, te diré que fue el treinta y cinco y todos los de la pandilla nos abrimos paso a codazos y patadas y logramos llegar al borde del malecón. Más cerca del “Libertador” no podíamos estar y como todos, mi-

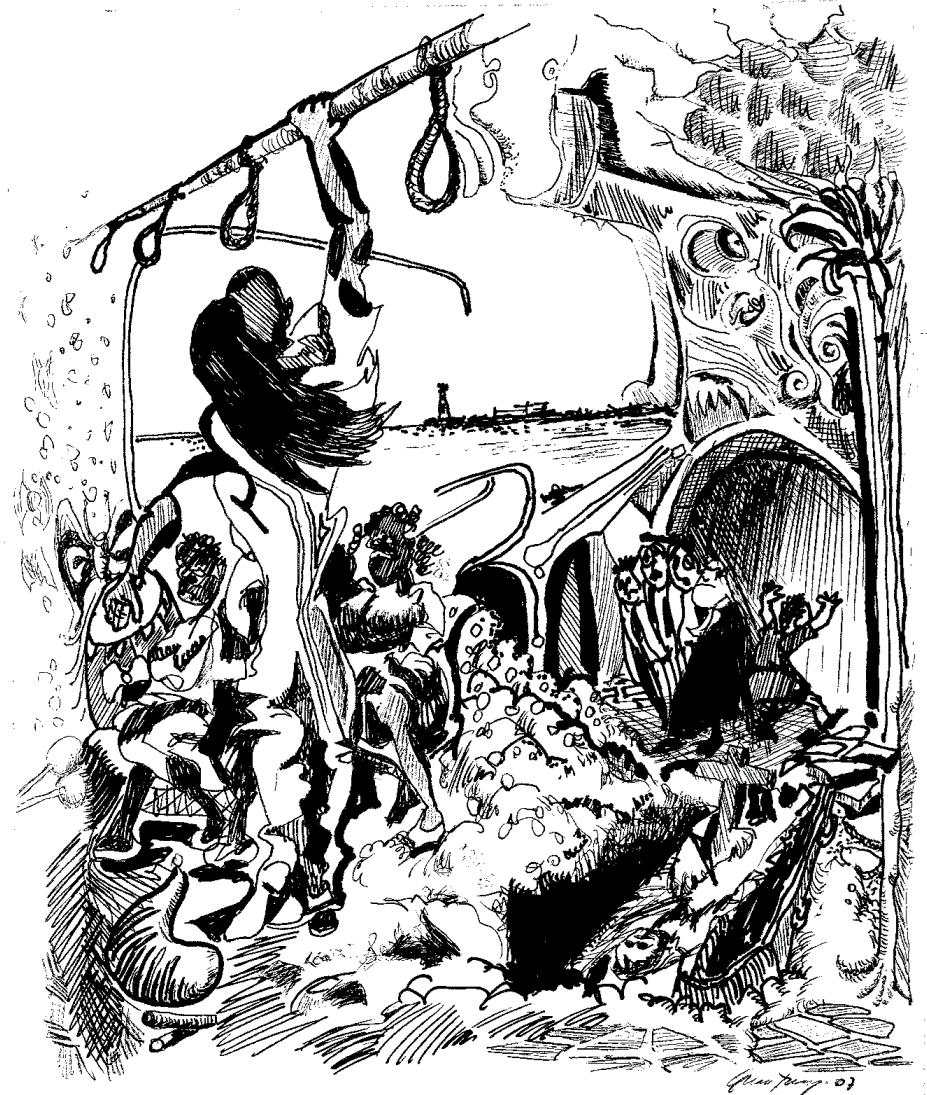
rando deaparriba, esperando verlo, soñando con oírlo. Sacá tu cuenta paqueveáis. Nosotros estábamos coñitos. Ahora ve como son las vainas, yo soy un viejo y él sigue igualito, no ha envejecido un año más, ni una cana, ni una arruga, ni un pelo se le despeina de su engominada cabeza y canta igualito, hasta suena mejor ahora. Es como si el tiempo no nos perdonara a algunos y a otros los respetara. Es el tiempo que no volverá y la bola del mundo gira, o yira y solo te queda el parloteo de las estrellas, si, te basta con parpadear y ya lo tenéis allí, lo que vos queráis, la mirada aquella, la boquita y el cabello rizado, recién lavado, es que chico, yo la vi tan de cerca, estaban tan juntos... Te queda el recuerdo, ¿y que más queréis?, cuando tengáis mi edad veréis cuanto vais a depender de ellos. Convencete de que el tiempo viejo, no vuelve. A mi afortunadamente me resulta fácil recordar. Yo prolongué aquellos segundos en años de una búsqueda infructuosa, revivir la ilusión permanente de tropezarme otra vez con su mirada. Es fácil, para mí, es sencillito regresar a los días de la llegada del vapor “Libertador”... El catirito, brillando bien arrecho sobre nuestras cabezas, la gente se arremolinaba desde temprano, habían llegado a pie, en mulas, en el tranvía, todos en el malecón, ¡que mollejero!, como cientocincuentamil personas por lo menos, peor que una procesión por la calle derecha. Todavía no era el mediodía cuando se vio movimiento allá arriba y vos hubieras visto el jaibero que se prendió entre la gente cuando apareció en la barandilla del vapor, sonriente, de casimir gris, con su sombrero de lado y la gente no hacía más que aplaudir y chiflar, entonces saludó con la mano y poco a poco comenzó a bajar por la escalera. ¡Bértica hermano que rebullicio! Nosotros nos habíamos acercado tanto que casi lo hubiéramos podido tocar, pero llegó como una ola de esa marea humana, cuando ya el tipo casi pisaba tierra, el empujón del negro Charleston nos sentó a Majarete y a mí en el suelo y después nos pisotearon. ¡Pero que nos iba a importar! De allí, salimos esmachetaos, logramos adelantarnos al hormiguero humano y fuimos a

dar frente a la Curazao Trading. En medio de la calle estaba el ring de boxeo y allí entre una sola arrempujadera y pisotones nos situamos en una de las esquinas. Nos sentíamos como si fuéramos los second del morocho y desde allí, apretujaitos, sudando como unos cocíos, lo vimos subir a la lona y la gente gritando y pidiéndole canciones. Que si, cántame ésta, que si esta otra, vai cantá este tanguito, el otro, vos sabéis Ya encaramo, el morocho se arreguindó del micrófono, que era un bicho de esos grandes, plateado, él sonriendo, como si la multitud que hervía a su alrededor no tuviera nada que hacer con él y comenzó a cantar... La gente enmudeció y él se mandó de un solo tarrayazo tres tangos de esos bien conocidos. Vos tendrías que haberlo vivido para creerlo. Después entre el vainero de los gritos y los aplausos, casi lo sacan en hombros. Nosotros nos fuimos con la corriente hasta la plaza Bolívar. El río humano reverberaba. Sonaba todavía en mis oídos la musiquita de una de aquellas canciones, muñequitas perfumadas, con sus boquitas pintadas, Mary, Julie, chicas de Nueva York y nosotros las habíamos conocido a Nelly y a Julie, ¿te podéis imaginar chico?, salidas de su propia boca, bajo el ala de su sombrero, casi debajo de él mismo, en aquel ring de boxeo, brillante su sonrisa con el sol y nosotros en ese jaibero entre cuerdas y los cables del micrófono... Llegamos en medio del río humano hirviendo hasta la emisora Ecos del Caribe y esperamos fuera, en medio de la calle, los entrevistaba un perifoneador que se llamaba Luis García Nebott, eso nos dijeron y allí fue donde oímos la noticia. El sábado del debut, la emisora pondría altoparlantes hacia la plaza y en la calle íbamos a poder oír todo lo que ocurriera en el teatro Baralt. La entrada al teatro era sólo dos bolívares, bastante, pero uno como muchacho no tenía ni esperanzas de colearse, por eso la noticia nos abrió una nueva expectativa y la cuerdita hicimos planes para esperar hasta el sábado. Ese día, el gentío comenzó a llegar desde temprano, se llenaron las calles y la plaza y ya era casi de noche cuando apareció el automóvil del Presiden-

te Pérez Soto. Antes de entrar al teatro, no más estaba descendiendo del carro cuando saludó a la gente y todos los aplaudimos con furor. Esperamos un rato... De pronto comenzamos a oírlo. "Cuesta abajo", "Mano a mano", "Mi Buenos Aires querido", "La Cumparsita", "Por una cabeza", todas las que tenían que ser... ¿Qué más queréis que te cuente entonces? Así fue y nosotros unos carajitos vivimos unos días de delirio, gozamos una y parte de la otra. Con Majarete y Cachafloja yo lo volví a ver frente al Metro y desde afuera lo oímos otra vez en la calle del vecindario del Odeón, le oímos todas las canciones que ya nos sabíamos. En uno de los últimos días de su gira nos fuimos una tarde, cargados de mamones y cotoperices que acabábamos de bajar de las matas a que el padrino de Leche Fría, andábamos la cuerquita completa, nos sentamos en la acera frente al hotel Granada y allí nos dedicamos a pelar ese peperero. El Granada nos quedaba cerca, porque de la carretera Unión a nuestras casas en los Valles Fríos era solo un brinco de dos cañadas. Entonces le montamos una cacería, comiendo mamones. Al fin lo vimos llegar, en un coche descapotado, venía con aquella jovencita, no era una mujer de mundo, un instante después nos tocó verlos muy de cerca... Era una tierna maracuchita de ojos negros, muy grandes, boca pequeñita, cabellera de negros crespos, recién lavada, envueltos los dos en un aura de flores, descendieron de la máquina, todo fue tan breve, en ese momento, no recuerdo lo que pensé, uno no se imagina las cosas cuando las ve, creo que nos pareció como una representación teatral, el bacán que la acamala, dentro del hotel estarían los cafishos milongueros, hasta no sé si pensamos en su buena suerte. A mí, con todo y la pila de años que han pasado no se me olvida la mirada de la pebetica criolla, la busqué durante meses y luego en todo el curso de mi vida, chiquilla de mi barrio, estaba seguro de que podría encontrarla, sus ojos, su sonrisa velada, cual si hubiera sido una aparición irreal, aquella criatura primorosa, casi niña, descendió del automóvil ante la sonrisa de Carlitos y el asombro

nuestro y desapareció para no volver. Recuerdo que nos miramos, primero Majarete y yo, el Perico y Bolaequeso sonrieron cómplices. Leche fría se molestó cuando el Perico le dijo, creo que le dijo, ar coño creí que era tu hermanita Zulima... Todos nos levantamos como si nos hubieran dado una orden y cogimos la ruta de la cañada que baja del Granada hacia los Valles Fríos, atrás quedaron las pepas de mamón y un conchero verde. Entre los cujies, bajando hacia la casa, el Perico me detuvo y trató de convencerme para que regresáramos y los viéramos otra vez, cuando salieran del hotel. Yo no acepté. Sentía que algo me había golpeado bajo y no sabía si era un asunto de mi amor propio. No quise volver. No nos pudimos reunir más. Parecía como si se nos hubiese cortado la inspiración y ni siquiera fuimos al malecón al final de Bella Vista cerca del manicomio, no estuvimos presentes el día que despegó el hidroavión con el zorzal. Se nos fue. Así que vos veís, yo nací detrás de San Juan de Dios y me pasé la vida oyéndolo y cantando con él pero creeme lo que te digo, hasta hoy, nadie supo de la jaiba que le echó a este carajito, hace más años que el siruyo y por culpa de Charles Rumualdo, aquella pebetica marabina, de ojos grandes y negros, de boquita pequeña y cabellera negra, llena de crespos recién lavados, esa es la pura verdad.

TRÍPTICO CARIBEÑO



UN LUGAR EN LA HABANA

...en un lugar cercano pueda encontrarse una puerta, una escalera, un umbral, un secreto lindero hacia aquel lugar.

*Edgar Narváez
"Bajo las aguas" 1993.*

Linda turista de mirada clara, estarás cómodamente instalada en tu guagua elegante. Avanzarás por la avenida del malecón y en la distancia verás El Faro, El Castillo del Morro y La Cabaña y arriba el firmamento de un azul muy límpido y un mar de malaquita que se pierde en la bruma de la mañana, cuando súbitamente el autobús tuerce hacia la derecha y nos metemos entre las calles de la vieja ciudad. Tú mirarás con atención los ventanales y los cables cruzados en el cielo, las rejas y balaustres de los balcones desconchándose, los portales con capas de pintura de colores absurdos y miríadas de mosaicos coloniales adornando el zócalo de las casas. Yo soñaba mirándote con volver al lugar, hallar de nuevo el sitio, la escalera, el umbral y la puerta, ingresar al recinto sagrado... Tú observarás detalladamente las paredes de hojaldre y notarás como los frisos pardos muy cuarteados muestran sus ladrillos porosos, protuberantes esponjas de granito. Pienso que estoy soñando con una escena vivida en el pasado y entretanto te detallo sentada, atenta, tú pareces ir entreteniéndote al mirar el desfile de las casas calle abajo. Ventanales opacos y rejas herrumbrosas, retorcidas enredaderas vegetales, filigranas de hierro ya oxidadas y las piedras, gibas chispeadas de nácar y los leprosos corredores ¿quizás nimbados de almizcle y de amoníaco?, oscuros, misteriosos, escondiendo el umbral, ¿la puerta que conduce al oculto lindero? Aquel lugar en el alto y las cortinas batiendo con la brisa del norte y la cama...

El mar te acechará en el recodo de cada esquina, te perseguirá a la vuelta de cada iglesia, en las arcadas

de cada plaza y detrás de las columnas y los portones enrejados corroídos por el verdín. Jade en el horizonte y momentáneamente, la línea que se asoma a lo lejos me lleva de tu mirada clara al zaguán con sus escaleras de mármol. Ascender hasta el sitio, ¿en cual calle?, ¿cual fue la puerta? El mar Caribe se asoma y te sorprende. Sentirás como un vaho que acuchilla la ciudad. Son los vientos alisios, los trae a rastras ese cálido soplo desde el fondo del abismo verde, allá, distante muy al norte, donde el cañamalar es infinito y se mueve erizado de agujetas ambarinas, se te pierde de vista... Percibirás transformadas en fosforescentes erizos de ámbar todas las piedras y la argamasa toda, empegostando el esqueleto de la vetusta ciudad colonial. Yo te observaba silencioso, deseando compartir contigo cada hallazgo, cada detalle y pensé entonces que eras Alicia, joven turista de mirada clara, bajo un cielo de plomo derretido y de cinabrio y luz y un centenar de banderolas tremolando, rojas, muy rojas ondeando al viento mientras tú, de visita en al país de las maravillas observas la ciudad en la guagua y yo examino tu perfil, hurgando entre las ruinas en pos de aquel lugar oculto, busco una pista, un indicio que me señale el rumbo hacia el sitio perdido, posiblemente en algún rincón, ¿ángulo oscuro entre los muros?, ¿o un simple vericuelo de mi mente?...

Calcularás el paso de los siglos admirando la arquitectura que corre ante tu vista. Senilidad escrita grieta a grieta en callejuelas y portales, en las cornisas y en los frontispicios, detallarás lágrima a lágrima la redecilla de oro desdibujada sobre las fachadas, brillando encima de cada mosaico, fundida entre adoquines, sobre lajas y fragmentos de lapislázuli con estrías de mango petrificado, con chorretes de jade y aguacate de loro y de perico, alternando con salpicaduras bermejas de guayaba. Y en ese instante torcerá el autobús y en la siguiente esquina, ante un friso cuarteado ascenderá rápidamente tu mirada, ablandando oquedades magenta, tú ansiosa, yo esperanzado, he sentido que sé cual era el sitio, lo he hallado, pienso, es el

lugar, me digo y subo, casi voy saltando, con desesperación avanzo escaleras arriba sobre el mármol mohoso que se pierde ascendente en la densa oscuridad del zaguán y se repite y se repite paso a paso, subo ¿hacia dónde? Muy pronto estaré ante una puerta, por la escalera voy hacia el umbral, el secreto lindero, voy hacia aquel lugar...

Tú distraída, suspirarás volteando a la derecha y notarás todo un desmigajarse de edificios recargados con balcones churriguerescos. Entre la luz de la mañana tibia, los paredones y filas de balaustres lucirán ante ti aureolados de un grumoso resplandor, polvo dorado encandilante, como una pátina sagrada. Es el sol tempranero que bruñe la ciudad colonial, y tú verás como todo se desplaza a tu lado y gira con la guagua circundándote. Cuando el bus tuerce nuevamente a la izquierda, el sitio se me escapa, el cuarto en aquel alto donde el viento bate las cortinas todo el tiempo, se me va alejando y yo comienzo a preguntarme cosas. ¿Tú en la cama? Entonces creo sentir un soplo gris y cochambroso, pareciera adherirse a las paredes, a mis recuerdos, a todos los mosaicos de los muchos zaguanes y a los portales, siento como empegosta el piso de los vestíbulos, enrarece el aire de tantas madrigueras similares, colmenas compartidas, hambre tercermundista, ¿y las brigadas, y los cedreristas?, ¿y la legión de alfabetizadores?, ¿los comités de base? Ecobios, compañeros, ¿donde están todos?, y aquel sitio en lo alto, cerca del cielo, ¿yo contigo en la cama? ¿Donde rayos se fueron? ¿Como hallarlos? Covachas y tugurios cuadra a cuadra, ¡gusanos del glasnot!, venceremos, es patria o muerte, mayameros, ¿internacionalistas?, marielitos, ¿que fue de Angola? Un zumo gris y espeso cubre uno a uno cada escalón de mármol y yo te miro nuevamente, estoy pensando Alicia, te veo escudriñando con tu mirada clara tan solo un lado del espejo, cada vez más me parece que vivimos en el país esquizofrénico que inventó Lewis Carroll...

Entonces en silencio tú te sorprenderás por que a pesar de todo lo existente, nada logra opacar tanta belleza subyacente. Entretanto se enrumbará el autobús por

una amplia avenida y yo sigo queriendo detectar algún imperceptible resquicio hacia el pasado, el sitio aquel, ¿contigo? Presiento que tú estarás inventariando una por una las farolas en los postes de hierro, los vas dejando atrás en cada cuadra, no logras entrever los personajes, tú los imaginarás examinándote, aprovechando las estrechas hendiduras en los portales, en las ventanas y en los oscuros socavones sostenidos por arbotantes y paredes cuajadas de mosaicos decorados a mano, delineados por fragmentos de ámbar. Es esa especie de fulgor de la mañana filtrado entre las grandes piedras, fundido con los arquitecturas coruscantes, brillando en botareles de granito sobre volutas pétreas incontables, orificadas todas por el aire del mar. Tú atisbarás las entreabiertas ránulas de polvorientas celosías y tu mirada clara traspasará raídos cortinajes, desgarrados harapos que acaso esconden centenares de ojos, mirándote pasar, tú de turista fina, ¿y ellos?, ocultos para ti...

Desde el ángulo de mi asiento he venido observándote y estoy sugestionándome, eres Alicia, reflejada en el vidrio gigantesco de la elegante guagua. El azogue devuelve tu figura incólume, no es posible que hayas subido tú mis escaleras, que fueras tú adelante por el zaguán, ¿en otra vida?, y el viento norte y aquel amanecer de malva, y las cortinas dejando entrar la claridad sobre las sábanas y a lo lejos la CMQ soneando...

Tú estás tranquila, linda turista de mirada clara. Detallarás las tejas, los aleros, los nidos fabricados sobre los cables de la electricidad enmarañando el cielo, hilos que van y vienen de una a otra pared y las aceras fracturadas alternando gris plomo, almagre y pura tierra con un azul de Prusia desleído, notarás como ahora todos los vertederos son riachuelos orillados con detritus y limo burbujeante en una mezcla de humedad vegetal originada en la misteriosa paz de silentes recintos, encerrados... Tal vez la música venga a quebrar el arcano silencio, denso como el olor a vainilla, cálido aliento natural, siento tu voz. Aspiro las húmedas emanaciones creciendo como la

malanga, se diseminan con el son y emergen por cualquier resquicio y se percibe el ruido de timbales, tumbadora y bongó, soneando con el güiro, las notas del requinto emergen sibilantes entre los muros, se filtran bajo los portales de madera protegidos por férreos alamudes, cual micciones internas, evacuadas soneando sobre las aceras, salpicando desde los orificios casi obstruidos por musgo rojinegro, eructadas, escucharás la flauta y el montuno reverberando, floreciendo entre piedras...

Entonces tú respirarás profundamente y yo quiero saber que estás pensando, ¿que existe en tu cabeza?, dentro de la elegante guagua de turismo, ¿acaso tú conoces el olor de la sábila?, ¿y el de la hierbabuena?, quizás sí, ¿y porqué no el perfume del humo al cocinar con leña?, ¿sabes acaso a lo que huele el sándalo?, o tal vez el aroma de un café muy caliente, humeando, matutino café, quizás todo mezclado con el sudor espeso y salitroso de la ciudad, cristalizado por el tufo marino que nos arroja a todos y se acurruca en el lugar de los recuerdos, se agazapa acechante, en el sitio, saltará sobre ti, cancerbero vigilante, está esperándome, verme pisar el secreto lindero, la escalera y el umbral y la puerta, y luego, las cortinas que se mueven, y el son soneando, y el perfume almizcoso, amoroso, mientras miro los techos, los vitrales y los tendedores, y al voltearme estarás tú, sola tú, en la cama, sonriendo, cariñosa...

Tú, admirarás en las paredes de la antigua catedral las floretas de piedra, rosetones de arcilla desconchando un tinte ocre, ¡tallados en la roca desde hace tantos años!, y te imaginarás manos esclavas trabajando, tantos techos plenos de estuco, cielos rasos cuajados de bajo-relieves en escayola pura, abarrotados de angelitos volando, frisados años atrás, ¿por cuales manos?, dedos lucumíes, ¿mambises?, quién sabe si por blancos peninsulares, siglos atrás, ¿maestros dirigiendo cimarrones?, garras para moldear en yeso los piñones, las naranjas en piedra, frutillas de granito y lanceoladas las grandes hojas de tabaco se separan para dejarte ver regordetes y

sonrientes cupidos, escondidos, ¿detrás de unas matas de plátano? Hoy es absurdo verlos a todos recubiertos por capas de pintura exageradamente verde y amarilla y hasta rosada algunas veces...

Y de nuevo cruzamos y es el mar, se asoma a tu ventana y muestra chispas muy brillantes, y yo admirándote como en un doble espejo, estás tú y el mercurial reflejo de tanta arquitectura colonial, por lo que pienso en Don Alejo, Alicia reflejada, ¿te atreverás acaso a atravesar al otro lado del espejo?, ¿descenderás por la escalera hasta llegar al sótano de la joven Viterbo?, quizás existe un ángulo que muestre un poco más que la charanga soneando con el viento, y el cálido perfume de sus axilas de humo, pudiera ser el sitio, ¿aquel donde a Oliveira se le enredaron todos los hilos de la vida?, ¿hallarlo un solo instante? Alicia de ojos claros, turisteando en este paradíso surrealista y yo aquí estoy sentado y en silencio, disfrutando de tu perfil y el par de cielos pestañeando, de este lado conmigo aquí está el güiro, la tumbadora y el bongó, suena el requinto y un eterno montuno desde hace rato no me dejan soneando en mis orejas...

De pronto, ¡unos andamios!, ellos ascienden hasta el cielo y pensarás, ¡al fin!, existe un ser intentando una restauración. Has fijado la vista en los andamios, entre portales, claveteados con pernios herrumbrosos sostienen una pared repleta de verticilados y limpios estoriles, brillan fragmentos de conchuelas marinas, entonces tú imaginarás, ¿quién sabe quien vivirá tras el zaguán oscuro de la casa?, siendo restaurada muestra los mismos escalones de mármol, desgastados y sucios, por ese gesto de los pies de la calle, ascendiendo, lamiendo paso a paso las escalinatas, para subir al sitio... ¿Hace ya cuantos años? Quizás si fueses tú, me mirarías escaleras abajo y el sol pincelaría de cadmio la puerta de la calle y tú, desde el umbral atisbando el secreto lindero, ¿hacia aquel lugar?, ¿traspasar la cortina de azogue? Alicia volteó entonces, me sentí descubierto, ella sonrió y yo iluso, presentí que iba a darme alguna explicación plausible, mi corazón so-

neaba retumbando en mi cráneo, la orden expresa la dio la reina roja, ella volteó discretamente de nuevo hacia el espejo o ventanal y un coro como el eco cambió el ritmo del son por chachachá e iba repitiéndome absurdamente, que le corten, la cabeza, chachachá, que rico vacilón...

Debo estar loco, puedo jurarlo, lo pensé con toda la seriedad del caso, esto es ya demasiado para este viaje al paradíso, un exceso de surrealismo tropical es siempre bueno, ¡pero no puedo estar llegando a estos extremos! Ya la elegante guagua de turismo va saliendo del casco de La Habana. El autobús piafando emite bocanadas de gasoil, la máquina ronronea bajo el sol. Tu mirada querida Alicia es anodina. Ahora me convenzo de que tú no eras ella, ¡nada que ver!, sin duda alguna, linda turista. ¿Como hacerte entender el secreto del sitio del ventanal y las cortinas siempre batiendo con el norte? ¡Nunca jamás!, ¿tú una bella mulata de cintura de avispa?, ¡que locura!, ¡un solo disparate! Tú no eres náñiga, ni conoces a mis amigos abakúas, ¿disfrutarás el son con los ecobios?, quizás, no sé...

A lo lejos, después de atravesar el túnel, se divisa la ciudad frente al mar. Una vaharada de algas desde tan lejos pareciera impregnarla, la has admirado un largo rato, la has visto carcomida por el caribemar, mientras arrebujada en tu confortable sillón reclinable, una, dos, tres posiciones hacia atrás, vas paseando en la guagua y ahora cierras los ojos, se apaga la claridad de tu mirada. A la izquierda podrías detallar el mar Caribe, late lleno de luz, ¡ah!, si acaso pudiese ser posible incorporarte compañera en la milicia activa, ¡imaginariamente!, no te asustes Alicia, ingresar al propio movimiento marxista y claro está, ¡a la historia!, la del hambre, perdón, ¡del hombre nuevo y me gruñen las tripas!, acaso puede ser posible, tan solo ondearte a la tropa solar, si conocieras el lugar aquel, con la escalera, la puerta y el umbral, el sitio en mi memoria, claro que sí. ¿Y la bella mulata? Desde lejos puedo escuchar la radio Habana, no más CMQ con sus timbales y el bongó, es clara la mañana...

Ante el espejo estás tú, Alicia, y también está el tiempo. Favorece siempre a los pequeños, a los ecobios, muchachitos desnudos, mis aseres, el sistema les ofrece todo, nunca padecerán, todos iguales, valle de lágrimas, el tiempo está a favor de sueños buenos y se pronuncia a golpes, apurado. El tiempo es la suma del coraje. Resistir, ¿hasta cuando? Siempre te quedarán sobrando unos recuerdos, ellos nutren las ilusiones... Todo se ha vuelto incandescente, la guagua avanza rauda, tú duermes, o simulas dormir, no lo sé, tal vez estemos detenidos en el tiempo, ¿estáticos?, no, yo no lo creo. Prefiero imaginar que vamos avanzando, me acompaña la música y las viejas canciones, vamos hacia ese mundo que aún permanece oculto para algunos, yo sé que está allá arriba, tras la puerta, en el sitio de las cortinas que baten con la brisa del norte y tú me esperarás bajo las sábanas, ¿sientes que es fresca y dulce la mañana?, ese es el sitio, el lugar en La Habana.

CANTOS GREGORIANOS

—“Yo mismo puedo contártelo todo, por que, de mí es de quien todas y todos hablan mal, de mi se dice que soy un sinvergüenza, es cierto, pero, ella, ¿es una santa? Yo si lo sé, yo la conozco, ¿quién mejor que yo?, ¿acaso no es ella mi mujer?, ¿acaso no me casé con ella con todo un ceremonial en la Catedral y por la Santa Madre Iglesia? ¡Velo, corona y toajaiba! ¿Quién mejor que yo puede conocer a mi gorda merluza, mi doctora, mi pelota angelical?

Por eso mismo te lo digo yo, ¿quién más? Yo, el propio, yo el mismo, yo el tipo que la enamoró cuando era una virgencita pura y dulce. Yo mismo soy quien te lo dice, fijate en la clase de guayacán en que se me ha transformado. ¡Pacogerle cría! ¡Ahora, es una cuaima raboamarillo! ¿Por qué creéis vos que yo vivo tan lejos? Vos ni te lo imagináis, pero pensá, discurrí y veréis que a las dos pasadas yo tengo razón y ella misma, sí, ella puede haber sido la que me ha separado de todo lo que era mío... Ella se cuaimatizó. Pero bueno chico, ultimadamente, esta jaiiba te la cuento, porque me sale del forro. Esto te lo digo yo, mi hermano, te lo digo de verdad, sinceramente, no son vainas de palos, no... Hace años... ¡Birrsia! Una pila de años hace... Calculá vos, te hablo de cuando yo fui a su casa por primera vez, y te digo que no me acuerdo si olía a incienso o a humito de vela de sebo, te digo que no recuerdo bien, pero te puedo jurar por mi madre santa que sonaba un fondo música de órgano, no, no te riáis, no, ¡a vaina chico!, de esa música, la sacra que llaman... Ajá, de iglesia. La que mientan canto gregoriano, creo... Maginate vos que Sara tenía una tía monja, un primo en el Seminario Diocesano, un hermano en Roma, la familia entera era supercurera. Ella había estado toda la vida ligada a la parroquia de la Santa Catedral y eran todos de misas y de rosarios, los rezaban como arroz picao, ¡eran unos ratones de iglesia, o ¿de sacristía será como

los llaman? Calculá vos, que eran tan beatos que llegaban hasta un punto tal, que veneraban como santos a unos antepasados que estuvieron sepultados en el piso del templo, bajo las lápidas, debajo del suelo que todo el mundo pisaba todos los días. Bueno, de esa golilla precisamente es que te quiero hablar, porque la he estado recordando ahora, ni sé por que, y esto es, si vos queréis oírme, ¡de bola!, Okey, porque si no me callo. ¿Sí? Bueno atendeme pues y ya mismo te cuento. Es sobre un mal rato que me tocó pasar... Nos casamos con todos los hierros, ¡tremenda boda!, y cuando regresamos de la luna de miel para instalarnos en la ciudad de fuego, hace muchos años, claro está, todo fue antes de que mi mujer engordara y se cuaimatizara, en esa época...

Ajá, bueno, es que chico, no es de ahora de lo que te estoy hablando, es de la época bonita, de cuando mi Sara era Sarita, la de los ojitos azules, no era esta piazoevaina agresiva que actúa con una violencia reprimida, la de ahora... Yo se que pa vos, que no más me estáis conociendo ahoritica, es difícil imaginarte estas cosas. Yo sé que para cualquiera tiene que serlo. Puede que yo ahora viva fuera del país y que me dedique a hacer otras vainas, ¡soy un catador de vino bien arrecho!, siempre fui bueno en eso, y en otras vainas también. ¡Oohjjh! Bueno, pero lo que te voy a contar es una jaiba familiar, como el refresco de botella grande, sí, familiar, es decir, una historia personal, pero vivida en el recinto mismo de la santa iglesia Catedral. Te lo cuento a vos, no solo para que veáis mi aguante, si no para que vos tengáis una idea de los religiosa y tradicional que era la familia de Sara. Para que la podáis comparar con esa gorda rabiosa que acabáis de conocer y que si te descuidáis te dice de mí todo lo malo que se le pueda ocurrir. Se ha vuelto un demonio. No sé si me lo vais a creer, pero todo esto que te voy a contar, fue antes de que ella se parapeteara contra mí, antes de volverse así, como vos la conocéis en la actualidad. ¿Vos ya habéis hablado con ella, verdad? ¿No? Bueno, cuando la conozcáis de cerquita te acordaréis de mí. ¿Te dije ya

que sus familiares, tenían a unos difuntos bajo tierra en la iglesia? Bueno, pues figurate vos que un día me avisaron que tenía que ir con urgencia al templo, y no era a rezar, ¡no joda!, me llamaban para que estuviese presente en el momento de mover las tumbas de los parientes de Sarita... Se había roto una tubería y estaban quitando las lozas del piso de la iglesia para evitar una inundación, o no se que verga sería, pero necesitaban testigos de la familia, en realidad no se para que coños me llamaron a mí, pero fue Sara la que pidió que me ubicaran, y allá fui a parar. Teníamos que testificar ante el obispo y las autoridades de la policía y de la municipalidad durante la movida de los féretros. ¡Como si nosotros hubiéramos conocido a los difuntos! Yo con mi católica y apostólica mujer...

¿Fue en la época de la Colonia?, pues ni lo se... De repente y tal, esta jaiba comenzó por allá por los tiempos de Venancio Pulgar, o ni tan siquiera sé si fue en el siglo XIX... Pues bien. Vivía este señor en una hacienda, y tenía unas tierras, un hato, por allá, por los predios de La Concepción, al sur oeste de la ciudad de fuego, y era muy rico, el tipo dizque tenía montones de peones y cabezas de ganado y se sabe que el hacendado era muy amigo de los curas. Era no sé si de origen catalán, o vasco francés... Medio musiú era ese coño, pero el cuento es que se cayó de un caballo y se fracturó la parte baja de la columna vertebral. Quedó en cama y lo fueron a ver varios doctores y curanderos sin conseguir su mejoría. No sé de donde salió la idea, pero alguien le dijo que solo un doctor en París podía repararle la chocozuela y que solo así podría volver a caminar y a orinar por su cuenta. Tal vez, sobretodo, a cumplir con sus funciones de macho, pues el hombre que era muy rico, y era joven, se había casado hacía muy poco tiempo con una linda mujer. Muy sufrida ella, debo decírtelo, pues el tipo había quedado rejodío después del accidente. Así fue como su joven esposa le acompañó hasta el muelle, al malecón, y le despidió en el puerto una mañana cuando lo vio partir en una goleta, rumbo a la lejana Europa. Pasaron meses, las noticias se

recibían con retraso, y al fin se supo que lo habían operado y que no mejoraba, había empeorado y padecía por su condición de lisiado, en el frío invierno parisino... Un día, el hombre se decidió, se dejó de pendejeras y le escribió a su mujer. Dicen que le ordenó que dejase la hacienda y que viajara para hacerle compañía en el difícil trance de su penosa enfermedad. Para resumir te diré que la joven y valiente mujer se embarcó en otra goleta, cruzó los mares y al llegar a París, en Francia, su marido ya había fallecido. Le entregaron el cadáver embalsamado para que se lo llevara de vuelta a su tierra. Nunca pude averiguar si fue como consecuencia de una depresión, con esa historia de pesares, ¡pues no era para menos!, o si fue, como creo, una víctima más de una epidemia de la gripe española que azotaba el mundo para aquella época, pero la joven viajera enfermó y en otra goleta regresaron los dos, los dos cadáveres embalsamados, para ser sepultados en la Catedral.

Estos eran pues los antepasados de Sarita, los mismos que estaban siendo zarandeados en sus catafalcos por aquellos obreros guajiros semidesnudos y sudorosos en medio del infernal calor de un mediodía en la ciudad de fuego. Estábamos el obispo y las autoridades, Sarita y yo mismo presenciando lo que estoy tratando de contarte, todo como consecuencia no sé si de unos tubos rotos o de una decisión de la Curia para mover los esqueletos de sitio, cuando se escuchó como un silbido. Fue una especie de gemido surgido desde el foso y de inmediato se produjo una corriente de aire helado, como de un congelador, no sé si la sentí yo solo, pero en ese instante, ya habían sacado y limpiado la tierra de los dos ataúdes, los habían despejado ante nosotros cuando la pica de uno de los obreros se clavó en la madera de uno de ellos. En ese preciso instante, aquella especie de gemido nos estremeció mientras comenzábamos a respirar una pestilencia de los mil demonios y los guajiros saltaban hacia afuera de la fosa, horrorizados y se largaban corriendo. Uno de ellos, el más valiente sin duda alguna, se atrevió

a destapar el féretro... Elegantemente vestido, el cadáver de un individuo joven, muy pálido, de grandes mostachos, comenzó a hacer muecas. Digo, su piel cambiaba de colores del rojo al violeta y rápidamente ante nuestros ojos y en medio de una fetidez insólita comenzó a descomponerse. Mientras esto ocurría, una nube de moscas verdes hacía su aparición zumbando y envolviéndonos a todos. Espantados retrocedimos un paso pues la pudrición era inaguantable. El obispo rociaba agua bendita sacada de una ponchera plateada que sostenía a su lado un aterrorizado monaguillo, mas pronto también se echó para atrás. Los policías se largaron corriendo y rezongando, y mientras tanto, nosotros observábamos como el cadáver se transformaba en una licuefacción de olores, humores y colores, en tanto que el guajiro más valiente comenzó desesperado a echarle puñados de cal al difunto. En la otra urna no se dio el fenómeno. ¡Ah!, por que pasado el susto, nosotros mismos pedimos que la abrieran, y de la linda joven, cuya fotografía está en un camafeo que Sara rescató, ¡del cuello de la difunta!, a pesar de mis protestas, ¿podréis imaginarte tal cochinada?, pues de la difunta tan solo quedaban los huesos, el pellejo reseco y la ropa ya deshecha.

En realidad, ni sé para que te estoy contando todas estas vainas, quizás tan solo para decirte que hubo una época, supongo que sí, hace muchos años, cuando Sarita y yo, me imagino que éramos felices, ella no era gorda ni se había cuaimatizado, y yo... Bueno, yo no era un santo pegado a la pared, es cierto, pero era un marido complaciente. ¡Como sería mi devoción y mi cariño hacia ella, que hasta pude ir a la Catedral y desenterrar sus muertos, unos difuntos que para mí eran ajenos! Así también fui con ella, a acompañarla muchos domingos, a la misa, del brazo, como todo un buen padre, con bendición papal en casa y demás... Todo eso fue antes de la cuaimatización. Por eso te digo que no hay derecho, porque por muy putaño que haya sido yo, siempre existió una especie de, ¿como te digo?, de respeto. ¿Será? ¡Es que

no puede ser! Si es que, imagínate vos, que mi hijo mayor, el que estudia ingeniería, me aseguró estar convencido de bola de mi maldad, y claro está, ¡es lógico!, es que lo han embullao, es que le han hecho una especie de lavado cerebral. Mi hija me ha dicho que con su madre está todo el tiempo rezando para que yo me empareje, para que me componga. Ella cree que ni en coco me compongo, dizque ni con carburo voy a madurar, así pues... Estoy en salsa. Está mi nombre, como una ofrenda en la lista de un tal Monseñor Balaguer, que, ¿que sé yo quien será?, pero mi otra hija, la que aspira a meterse a monja, tiene una beca y se va a ir a un sitio a hacer penitencia para que yo no me condene. ¿Habréis visto una vaina más arrecha? ¡Que no me jodan más! Vos ya sabéis que en la ciudad de fuego corro peligro, segurito que voy y me aparezcó y como un mismo bolsa, me zampan en la cárcel. Estoy más rayao que billete de Zulia, pero lo que no termino de entender es porqué esta bendita gorda del carajo, ¡mi mujer pues!, que ya no es mi Sara de antes. ¿Por qué será, digo yo, que ella no acaba por aceptar que yo soy su oportunidad?, la mejor chance que tiene, para que todos ellos se ganen un mollejero de indulgencias, para que, se purifiquen, ¡njoda! Yo soy el mejor ejemplo de que se pueden casi beatificar con la buena obra de mi regeneración. Deberían rezar que jode por mi salvación, pero la del cuerpo, por mi salud, ahora que el hígado está echándome vainas. Pero no, no es así. Rezan para que no me vaya con el diablito. ¿Habréis visto? Lo peor del cuento es que, con los años, me pareciera cada vez más ver en mi cuaima a una Otelo femenina, ella, me cela... ¡A vertica!, no me pongáis esa cara. Así en la distancia, segurito que se muere por volver. Así como en la ranche-ra, esa no es gregoriana, no ¡que va! ¡No es cualquier pendejera tener a este caramelito riiiico! ¡Ay virsia! Sara todavía me cela, yo estoy seguro, y eso es porque donde fuego hubo, hay cenizas, ¿o tizones más bien será?, diría yo que quedan... De que quedan, quedan. Si te cuento, que hasta me amenazó una vez, pero no con pegarme un

pepazo, no... ¡Con caparme! ¿Te dais cuenta? Así que a mi no me vengan con el Opundei, ni el cuento del popus nai, ni del raspinflay. Tantos padecimientos y sufrimientos como dicen que han aguantado y ahora dizque todos tienen que purgar por mis escapadas y mis borracheras del pasado. Tantos rezos, pero nada de rockolas, purito canto gregoriano sonando, y aquella devoción con una pila de santos de por medio, ¿y para que? Vos veis. Yo ahora, soy una víctima de la intolerancia. Yo, ahora tengo que vivir en el exilio, si regreso hasta voy preso... Pero es ahora sí, ahora cuando ya estoy viejo y cansado, con el hígado vuelto cenefa, ¡viurga chico!, ¿sabéis que?, creo que por lo menos sirvo para algo... Soy bueno para que otros busquen su salvación a las costillas de mi mala vida. ¿Cómo te parece?

EN LA GUAGUA

El autobús venía atestado. Al subir, ellos quedaron de pie entre el gentío. La mayoría eran jóvenes negros y mulatos. También se apretujaban niños y adultos con grupos de muchachas conversadoras. Los asientos estaban ocupados por mujeres con criaturas en brazos y algunos hombres mayores de edad. Era evidente que casi todos ellos venían de la playa. Una juventud abigarrada en franelilla, pantalón corto y chancletas, cubiertos de arena fina y portando toallas desteñidas al cuello o entre las manos. Ellos se replegaron detrás del conductor, a su lado iban unos niños sonrientes con dos guantes de béisbol caseros y una pelota, quienes se decían cosas entre ellos. Todos iban agarrados del tubo columpiándose al vaivén del transporte. El bluyín y la cabellera lacia de ella y el pantalón blanco con la chaqueta de cuero de él contrastaban con la indumentaria y el color de la piel de los pasajeros. En algunas esquinas se detenía el autobús y empujando descendía la gente dejando algo de espacio. Ocasionalmente subían parejas con apariencia similar. Se hablaba poco. En el fondo un grupito más animado conversaba alzando de vez en cuando el tono de la voz. Salieron de la urbanización de las grandes mansiones para enfilarse por una amplia avenida. Se veían pequeñas casas y terrenos yermos llenos de escombros. Las casas mostraban sus paredes sin pintura, protegidas por cercas de ladrillos y tubos. Él recordó las viviendas del Banco Obrero, rememorando algunos barrios en las ciudades de su país, que habían crecido en los tiempos del perezjimenismo. Era como si el tiempo se hubiese detenido, un regreso al pasado. Vieron una iglesia grande, las puertas estaban cerradas y ella se dijo a sí misma que era curioso puesto que vivían la tarde de un día domingo. En las calles se veía poca gente a pie, algunos iban en bicicleta. Los autos que circulaban eran pequeños modelos soviéticos o de otras marcas desconocidas para los atentos

observadores. Él detectó un viejo Nash y un Studibeker de los años cuarenta o cincuenta, muy bien conservados pero marchando muy lentamente. Ella pensaba. Si no fuera por la ayuda soviética... Él se repetía a sí mismo que todo estaba en el pasado, pero que podría ser normal si existiese un mínimo de mantenimiento. Ambos individualmente y cada uno de ellos por separado, los dos en ese momento del año ochenta y nueve, coincidían en que los pasajeros de la guagua eran la nueva clase, aquella surgida después del cincuentaiocho y sentían que estaban entre el verdadero pueblo cubano. En aquel autobús iban acompañando a los hijos de la revolución.

La guagua iba full, hasta los meros tequeteques y ella y yo estábamos como sardinas en lata. Entre ese negrero. Yo, después de veinte años de exilio capitalino, recordaba algunas cosas de mi infancia. Nací y crecí entre chinos guajiros y en mi niñez los negritos que de pronto se me atravesaron eran maifrenes de Trinidad o de Curazao. Después con los años aparecieron otros y cada vez más, pero todos sabíamos reconocer a los costeños colombianos. De modo que aquello de los negros de Barlovento, para mí sólo existía en la canción del tiqui taqui sobre la mina y sabroso que mueve el cuerpo la barloventeña cuando camina. Claro está, que existían también los zamuritos del sur del lago, venidos de Bobures o de Gibraltar, pero vos no los veas sino de cuando en vez, generalmente bailando los chimbangles con el San Benito en la cabeza. Entiendo que puede ser difícil que alguien me comprenda. Si, es complejo, porque ni yo mismo sé porque estoy escribiendo estos recuerdos en maracuchó... Conozco a varios cubanos, no muchos, de esos, de los que salieron, los he tratado en mi país y fuera y todos tienen rasgos hispánicos, e incluso los cubanos de la isla, los profesionales médicos a quienes me tocó conocer en Congresos internacionales, ellos, eran, ¡hasta rubios! Estaba en esta disgresión recordando mi sorpresa ante el pueblo cubano que plenaba la guagua cuando pensé que curiosamente en mi propia tierra una situación similar ya

me había agarrado fuera de base como veinte años atrás cuando me trasladé a la capital. Por eso digo, cuando fui a parar de repente dentro de aquella guagua que parecía salida de un batey, me interesó el asunto. ¿Habrá discriminación racial? En mi país de pardos el mestizaje es ley. Aquí en la guagua, pues no lo sé. Uno reflexiona y recapacita. Me decía, pero bueno, ¿que hay?, ¿de donde salieron los cubanos catires?, ¿serán todos descendientes de pobres gallegos? ¿Cuántos negritos son líderes de la revolución cubana? Pero bueno ¿y los boxeadores?, ¿y los atletas que ganan medallas?, ¿y los músicos, y los cantantes?, ¡coño!, ¿de donde son los cantantes? ¿Que me pasa? Entonces me dejé de tonterías y decidí aceptar como un hecho que la identidad del verdadero pueblo cubano, era la que estaba presente en aquella guagua. Este, me dije, es el auténtico pueblo o al menos es una gran parte, no sé si la mayoría... No lo sé, pero me emocioné. Por esas vainas de la vida, en un medidía del año milnovecientos ochenta y nueve, creí estar haciendo un descubrimiento sociopolítico, posiblemente no compartido por muchos... ¿Habrá mucho gusano tinto?... No lo sé, pero entonces me zapateó otra vez la voz de Alí Primera en la cabeza. ¿Porque no unírnos y gritamos como hermanos, viva Livia, viva el Chema, agarrados de la mano? Pero un momento después, ¡que vaina!, seguramente mi condicionamiento burgués, o mi formación capitalista, comenzó como un diablito alienado a decirme sobre el hombro izquierdo, o el derecho, no lo sé, pero comenzó con el pereque de... Fijate coñito, atendele a las caras, vos, ¿los véis?, tienen hambre, mirales las ropas, ¿te fijáis?, están gastadas, desteñidas, raídas, rotas, descosidas y ponele atención a los zurcidos con hilos de colores que no coinciden, pero sobre todo, ponele cuidado a las expresiones, mirá decime, ¿vos creéis que esta gente es feliz?, casi todos tienen pinta de pelabolas, de marginales, de niches, y no cantan, no hablan, no ríen. El condenado diablito me clavó una uña larga en las costillas y me dijo: ¡Verga primo!, ¿será verdá quelsón se fue de Cuba? Yo

busqué a mi diablito maléfico de un lado, miré sobre mi hombro, ¡con ese acento tenía que ser saladillero!, pero no lo hallé. Después lo escuché susurrarme con un tono mefistofelicamente melifluido. Y mirá decime, ¿vos te creéis que ellos, estos negritos de la guagua tienen poder para cambiar las cosas?, ¿vos consideráis que ellos son capaces de decidir el destino de la revolución cubana...? Y se reía el condenado, se carcajeaba y yo me sentía bastante mal, puedo jurarlo...

Todo este análisis que estoy escribiendo aquí sobre el asunto de la guagua, lo redacté de noche, cuando todavía tengo frescas mis impresiones. No quiero dejarme maniobrar ni siquiera por mis propios sentimientos... Ya veremos.

Iba yo pues, con ella, la bella, balanceándome, de pie, en la guagua y atravesamos unas cuantas barriadas antes de entrar en lo que me pareció el casco de la ciudad. Era como si hubiese habido un bombardeo muchos años atrás y desde entonces, todo se mantuviera igual, estático, sin reparaciones, sin enmiendas, sin remodelaciones. Las casas, viviendas chatas de clase media, sin pintura, tan descuidadas como la gente misma. Todo parecía estar cayendo en pedazos. Muy pocas edificaciones se veían en buen estado o con signos de reconstrucción, la mayoría simulaba un pueblo de los años cincuenta, una ciudad que se negaba a morir. En la guagua, bambolean-tes no hablábamos, y yo no sabía si ella estaba pensando lo mismo que yo, pero la veía tranquila y se me ocurrió que podría estar al menos sorprendida. Yo no creo que ella haya subido cerros en un yip, o ¿como saber si se ha metido en camionetas por puesto?, de esas que ruedan por los barrios de los cinturones de miseria en nuestras ciudades. En Caracas la marginalidad es brava y los malandros juegan garrote. Cuando he subido a esos cerros, o caminado por esas calles, usualmente en compañía de visitadoras sociales a propósito de los programas de prevención del SIDA, he palpado como vive mi gente en el cinturón de miseria capitalino. Igual o peor deben

ser las favelas de Río, o los gethos de Nueva York, pero si sé lo que es vivir la marginalidad citadina en mi país, entre choros y malandros, bajo los techos de cartón. Creo que era algo de eso lo que me molestaba en la guagua, y es que no la quería ver como un colectivo de La Cota 905, ni como una camioneta destartada del Guarataro, no quería sentirme cerro arriba en Gramoven, tan sólo porque estos personajes del autobús eran morenos, o negros, sí, y estaban raídos, esmechados, se veían muy pobres y, muy callados, si, eran sumamente niches, pero indudablemente no eran mis compatriotas marginales. Yo no temía un atraco, ni esperaba que me cobraran peaje. Los sentí sanos, casi inocentes, en cuerpo y mente, pero los veía silenciosos, ¿sufridos?, taciturnos, ¿recelosos? Percibía sus miradas un tanto apagadas. ¿Tristes? Nos veían como a bichos raros, posiblemente es mi imaginación, me dije... No nos interpelaban, sencillamente nos miraban de reojo, como si fuésemos culpables de algo... Yo quiero aceptar que todo esto no es más que una actitud mental mía y quiero creer que estoy equivocado, porque sería absurdo tener razón... Pero así lo pensé en aquel momento, por eso escribo en caliente, porque de no hacerlo, yo mismo negaría que estas cosas fueron reales. Frente a mí estaba sentada una negra rolliza y brillante, cargaba a su hijita de unos tres años y yo quise llamar la atención de la niña haciéndole ojitos. Le hice unos gestos y la nena me atravesó con la mirada. Veía inmutable a través de mi cuerpo, ¡sin duda alguna!, y su madre, ¡igual! Se me ocurrió que quizás yo no estaba allí y que todo era una alucinación, ¿una ficción y el mayor bien es pequeño?, un sueño irreal y los sueños, ¿sueños son? El cabello de la bella me fueiteaba la cara con el viento y eso no podía ser mi imaginación. Y todos los hijos de la revolución que abarrotaban la guagua, ¿eran acaso una pesadilla de insatisfechos nietos de cientos de esclavos liberados en un ingenio gigantesco por obra y gracia de la revolución? Esa pregunta repetida para mis adentros una y otra vez, halló una respuesta sencilla. Están bien, ¿sí ?

Fui calmándome lentamente. Están bien, me decía. Están complacidos. Este es el país de los ciegos y viajamos en la guagua de los tuertos, ¡están reyes! Convéncete burguesito imperialista, de que tú eres el que está mal, tú eres un consumista ridículo, tú sabes como es el asunto, sabes cual es la verdad, pero tú eres medio masoquista. La negrita llevaba en la cabeza un lazo azul como una mariposa gigantesca posada en su pelo de pan quemado y al notar que ella me miraba sin verme yo me decía, coño ella es real pero yo no sé si estoy o no estoy aquí y quizás no es cierto que toda esta ciudad sea una vaina extraña y disparatada que se esta viniendo guardabajo. Por otra parte, me decía: esta es una ciudad llena de joyas y tesoros de arquitectura colonial. Nos balanceábamos y nos empujaban, a la derecha y a la izquierda, en la guagua aquella, subíamos y bajábamos mientras nos acercábamos al mar. Creo que le entramos al casco de La Habana por un lado, no lo sé porque todavía no tengo un mapa. Ya estábamos llegando al mar, se veía el malecón infinito y a lo lejos el faro en el Castillo del Morro, ¡supongo yo! Entonces fue cuando con una voz casi inaudible le dije a mi achinada compañera de los ojazos verde malaquita. ¡Oyeme tú, vamos a bajarnos de esta guagua en la esquina porque paluego etalde! Ella hizo un gesto de sorpresa, luego se rió y antes de que me interpelara le dije con aire autoritario. ¡A bajarse chama que esto está fuerte! Los dos saltamos del autobús y nos encontramos en la acera frente al monumento al Maine. No eran ni las cuatro de la tarde y el sol todavía estaba sabrosón.

TRÍPTICO DEL PAÍS SUBTERRÁNEO



LA MUJER DEL METRO

A Eduardo Liendo: un ejercicio de taller.

“...esa mujer del Metro a la que has seguido hasta la calle es un fantasma anónimo que reaparece ahora de repente”

Henry Miller

“SEXUS 1”

Percibes el calor de su mano, mas sientes sorprendido que te empuja, imaginas sus dedos largos e intentas atraparlos, se escapan sin remedio, los sentiste clavados en el pecho con el impulso de su cuerpo todo, su palma y dedos en tu costillar cuando esperabas tierna caricia tibia y ese tu asombro al inclinarte y trasponer la línea amarillenta que se pierde en la boca iluminada por el destello parpadeante de la máquina que crece prontamente. Trataste de agarrarla, si, mas ya vas torciéndote de angustia y tratas de voltear, pero tu cuerpo cae antes de dar la espalda, sin posibilidad alguna de apoyarte, distingues aún su mano pálida, sus uñas escarlata y hasta su rostro crees detectar entre el gentío, cuando ya has comenzado a descender iluminado todo tú por el monstruo creciente que emite su mugido agudo y te eclipsa el rumor y los gritos de la muchedumbre estática, petrificada en el andén. Te alejas de ellos sin asidero, sin balance, sin remedio y sabes que era ella, entiendes que es esa la mujer del metro, la que has seguido hasta la calle, hermosa y misteriosa, es esa joven, la del guiño amable, cuando colgabas de la abrazadera, tú, ser anónimo y te sonrió con su mirada cómplice, guindando tú con tantos otros cuerpos y aquel multiplicarse de su sonrisa reflejada en las puertas, tantas, esa mujer del metro, la que casi se pierde entre el tropel a la salida de la calle y tropezarse y empujar y correr desesperadamente y la impotencia en la escalera atiborrada de figuras inermes, interminable la escalera eléctrica, ascendiendo. Esa mujer del metro que desapareció en el resplandor incandescente de la calle, colmado

de empujones e improperios y en el espacio caes y casi ya no ves el brillar de sus ojos, mas otra vez, quizás muy al final logras atisbar su sonrisa, esa mujer del metro, la que has seguido hasta la calle, que has perseguido desde lejos sin entender porque tenías que hablarle, se esfumó tras un auto antes de desaparecer tragada por la esquina, ¡es ella! Tú captaste el mensaje y corriste como loco escaleras abajo, ese fantasma anónimo se ha materializado y carne y huesos y sonrisa y aquel guiño achinado y amable, estuvo por segundos a tu alcance, hasta tocarla casi, cuando ella colocó su hermosa mano y largos dedos de uñas esmaltadas de un rojo sangre sobre el pecho tuyo, y la sorpresa, el fuerte ramalazo y tu trastabillar en el asombro; esa mujer del metro te entregó todo el peso de su hermosa figura y tu te fuiste mas allá de la línea amarilla y no obstante, todavía lograste detectarla entre la gente, arriba, desde el abismo, sin retorno ya, ante la máquina que gruñe y pita y bufa encandilándote. Esa mujer del metro, seguro estás, de que proviene de esa tú pesadilla reiterada, la de un sinfín de madrugadas sudorosas, de tantísimos despertares crispados, corazón al galope tendido, de angustias sostenidas, toda una vida de búsqueda infructuosa, hasta encontrarla, al fin!, después de cuantos años?, ya casi de cabeza lo entiendes todo, claro!, es tú fantasma anónimo que reaparece ahora de repente cuando la máquina acezante ruge casi encima de ti...

UNAS CRINEJAS Y DOS LAZOS ROJOS

Sentirás la sangre tibia en tu espalda y verás como se impregnan tus manos. Comprenderás que el asiento se te está transformando en un charco bermejo. Será entonces cuando concienciarás que tiene que haber sido tu arteria intercostal, la de la última costilla, la flotante. Fue allí donde sentiste el golpe, un toque suave, entre el gentío, al entrar al vagón, y casi ni percibes la herida que tiene que existir, pero no obstante sabrás que ha de ser una arteria intercostal, rasgada, y que ella misma se ha vuelto un tibio grifo abierto. Es como un río que fluye y se chorrea por tu costado derecho, y te calienta, y te mancha de rojo, que cubrirá tu espalda, tus nalgas y tus manos, las que te mirarás sin querer comprender que será lo que está sucediendo. Entonces, pensaste en la negrita de las crinejas, allá en el suelo, sin llorar pero mirándote, con sus ojos muy grandes y sus dos lazos rojos en el pelo. Demasiado rápido. Todo lo acontecido había sido sorprendente, casi instantáneo e incomprensible. Sentirás que te ahogas mientras intenso, el dolor se concentra y se aprieta dentro de tu pecho. Comprenderás ya sin remedio, que todo se produce por el colapso de tu pulmón derecho. En la seguridad de que es una estocada lo que ha venido provocando todo aquello, preferirás creer que nada de cuanto ocurre es cierto, pues nunca pensaste que esta situación pudiese darse, es decir, en el primer momento... "Me empujaron". Eso fue lo que imaginaste al momento de entrar, un leve golpe y ante la puerta, entre el gentío casi caíste sentado en el asiento, con tu morral encima.

Fue allí mismo cuando percibiste el calorcito que comenzó a inundarte por la espalda y las nalgas, por casi todo el cuerpo te fue mojando y pronto comenzó a empegostarte de bermellón. En ese instante, observaste tus manos rojas por la sangre. Son estos los concretos hechos que

te obligan de momento a examinar tu situación. La pleura estará rota. Se ha producido un neumotórax. Eso ya lo sabes y estarás consciente de que tibiamente, te desangras a borbotones por tu costado derecho. Comenzarás a temer que quizá no llegues a la próxima estación del Metro. Notarás como la gente que antes te rodeaba, se va apartando y ahora te hace un cerco. Algunos gritan, les ves sus rostros, demudados, ansiosos, y entonces volverás a recordar a la niña en el suelo. La negrita con sus crinejas y sus dos lazos rojos, la cara sucia, no lloraba, estaba allí sentada, y tú, casi te vas de bruces al tropezar con ella. Pero sucede que estarás en el vagón del Metro y ya quizá ha quedado lejos la estación de “Gato Negro”.

Aceptarás que te sientes muy mal, que estás disneico, que vas empeorando, y en ese instante, pensarás que ya casi nada ni nadie te salvará. Lo sabes, no habrá remedio... Escucharás nuevamente dentro de tu cabeza los alaridos de la madre, “¡desgraciado, maldito!”, y te repites para ti mismo, tal vez en un intento por tranquilizarte, que fue ella, fue su propia madre quien la dejó en el suelo. Te lo dices y de nuevo la escuchas, “perro maldito, casi me la matas, ¿cómo que eres ciego?” Sucedió todo así, de lo más rápido, seguramente porque tú estabas muy cansado, estabas medio ido cuando comprabas el boleto, te habías puesto el morral sobre tu pecho, por delante, y tal vez esa decisión te impidió ver a la niña en el suelo. Te fue imposible detectarla. Estaba la negrita acurrucada allí a tus pies, y tú estuviste a punto de pisarla. Eso fue todo. Sufriste un tropezón con ella, en el momento imaginaste un bulto, una caja, un maletín, ¿quién sabe que pensaste? Dando traspiés, brincando como loco, casi cayéndote, mientras ella, ni lloriqueó, tan solo sorprendida por el golpe de tus zapatos, te miraba allá lejos, desde el suelo. Allí quedó sentada, con sus ojos muy grandes brillando en la carita sucia, con sus crinejas y los dos lazos rojos. Te fuiste de narices dando tumbos, puede que fuese el peso del morral, eso pensaste de momento y sin caerte, sobreponiéndote lograste equilibrar tu cuerpo.

Echaste a un lado tu morral y llegaste con una mano a sostenerte en el suelo y desde allí la viste, ella seguramente sorprendida te miraba, allí sentada, sin llorar pero el rugido de los usuarios en la línea de los boletos se hizo ensordecedor. “Maldito, desgraciado”, “por lo menos excúsate”, “so perro”, “escuálido maldito”, las voces se sumaban a los agudos alaridos de la madre, “¿no ves por donde vas?, coñoetumadre”, y volteaba pidiendo apoyo a una turba que se arremolinaba rompiendo el orden de la fila. “¡Haz algo chico!”, “¡hey, desgraciado!”... Tu corazón se aceleró dentro del pecho. Estabas tan cansado, que te dio rabia la situación. Todo cuanto ocurría era tan absurdo que te dijiste sin más miramientos. “¡Váyanse todos bien largo al carajo!”, y por eso, pues nada más te diste media vuelta. “¡Excúsate maldito!”, retumbó un vozarrón desde la fila. Al ya cruzar la valla, aceleraste el paso y decidiste descender al andén.

Mientras bajabas por las escaleras consideraste una excusa tal vez salvadora. “Es que vengo demasiado cansado, ya no doy más, y no la vi, eso fue todo, ni la vi y era que allá en el suelo a mis pies, ¿cómo iba a verla?... ¡Caray, es que cuando llegan vienen todas juntas!, las cosas malas, digo...” Lo pensaste y regresó a tu mente la interminable noche de la pasada guardia, otra vez te tocó de primer ayudante y cuan brillante era tu colega Antulio, el mejor neurocirujano de la ciudad, sin duda alguna, y, además, lo salvamos. En un segundo dentro de tu cabeza, reviviste las horas de tensión, allá, de pie, en el quirófano. Tal vez reconfortándote, recordaste como operaban una herida de bala en la cabeza. Pensaste que habían sido unos malandros... Así es el oeste de esta ciudad, todos se matan entre ellos, un disparate sin sentido, no hay Dios ni ley, solo nosotros que intentamos curarlos. Esta es la capital, ¡que vida! “La sucursal del cielo” le decían en tu tierra, cuando viniste desde tu pueblo, desde las tierras llanas, en La Pascua, a terminar con el bachillerato, a estudiar y estudiar, y al final te graduaste de médico, y aspiras emular al gran Antulio... Llegaré a ser un neuro-

cirujano. Repasaste los hechos, y quizá para exculpar tu tropezón con la negrita, recordaste como tintineó el plomo contra el metal de la bandeja... Le sacamos la bala. Lo hicimos, te lo repetirás al recordar cuando sentiste el suspiro de alivio de la instrumentista... La Petrica, que está más buena que comerse un pollito con las manos...

¡Que estupidez pensar en eso en estas circunstancias! Es cierto. Te lo dirás al regresar a aquel momento cuando volteaste para mirar hacia la boca del túnel por donde estaba apareciendo el tren. Si algo me consta, si algo sé, es que salvamos al malandro. Piensas que lo dejaste estable. El increíble Antulio, tu maestro te iba luego a decir... “¿Y que tal si vuelven los que le dieron el pepazo?, esos caifanes puede que lo masacren, que se lo echen al pico durante el postoperatorio”... Deben ponerle vigilancia, eso fue todo cuanto pensaste, mas sabías que no contaban con agentes del orden, ni Dios ni ley ni Santa María, pero te dio por recordar que estaba estable, buenos signos vitales, lo chequeaste antes de salir con tu morral a cuestas... Fue allí mismito donde te cacheteó la primera sorpresa del día. Eran tan solo las seis de la mañana y ya te habían robado el auto del estacionamiento. “Se lo palearon pana”. Fue todo lo que pudo decirte el vigilante. “Soy nuevo aquí, ¿Cómo voy a saber quien es el dueño de cada carro?” Estabas tan cansado que ni insististe, al fin y al cabo ya era la tercera vez que te robaban un automóvil y por eso tu Volkswagen era un cacharro viejo, todo destartado. “No respetan ya ni a los carros viejitos mi estimado!” Si lo sabrías tu mismo y el cuidador burlado todavía rezongaba. “¡Una mierda respetan!” ¿Qué podías añadirle para completar aquel cuadro? “Está bien chamo, yo me iré en el Metro”...

Entonces la localizaste por el celular y le pediste que te esperase en una estación... “¿En la estación de “Chacaito”?” Ella te preguntó y ya al estar de acuerdo se despidió de ti. “Adiós amor, adiós”, y tu pensaste, que, si tomabas prontamente el Metro, en una hora podrías estar durmiendo a pierna suelta, y en tu casa... Pero ya el Metro rau-

do avanza y tú sigues sentado ahogándote, y ahora estás todo torcido, has resbalado y vas anegándote en la laguna de tu tibia sangre. Gritos en la estación de “Agua Salud”, pero el maquinista no debe saber nada porque se vuelven a cerrar las puertas y los carros avanzan y ves luz, un elevado, un traqueteo, y hay frío. Sentirás la disnea cada vez más intensa, la opresión en el pecho, con dolor, y pensarás si acaso se les ocurrirá tocar alguna alarma. Detendrán los vagones, seguramente, y entonces puede que nunca llegues a encontrarte con ella. No podrás verla. En vano te esperará, quizá aguardará por tu salida en estación de “Chacaito”. Notarás como la gente ya se te está nublando y no puedes creer que todo sea por la negrita de las crinejas y los lazos rojos, más bien, te dices, pueden haber sido los malandros. Tal vez fueron los mismos que abalearon al chamo que operamos. Tal vez se desquitan conmigo. Me acuchillaron... Pero los ojos grandes de la negrita no se te olvidan, brillantes y su carita sucia, con sus crinejas, y los dos lazos rojos, allá en el suelo y los rugidos de la gente que se te confunden con el agudo timbre de la alarma. Pueden ser gritos, y quizás son los insultos de la madre, recuerdas como volteaste antes de descender por la escalera del andén y les viste correr, eran muy grandes y agitaban los puños, no entendiste ya que te decían, que cosas te gritaban, pero ahora, todos comienzan a danzar en torno a ti. El mundo, los vagones del Metro, van girando, y lo hacen sin sentido alguno. El dolor en el pecho te obliga a doblarte sobre ti mismo y tienes que cerrar fuerte los ojos. Hay un pitido que se acerca desde muy lejos, suena como un silbato. Sabes que ella te esperará, sin encontrarte, ya en sus brazos no descansarás, hay frío y todo se oscurece, “...estas son las cosas que día tras día”, ¿por qué esa melodía viene a sonar dentro de tu cabeza?, que absurdo es todo, lo piensas con gran desilusión, sin furia alguna. Ya casi ni puedes ver la gente, “...me alejan de tu corazón, querida mía, amada mía”, ¿es la voz de Hector Cabrera?, no, ¿será Cherry Navarro?, hay mucho frío y tengo seca la garganta, querida mía, amada mía...

TALLER DE NARRATIVA

Bajo tierra, por el Metro, venía entre un gentío, sin atenderle a nada. Ensimismado en la idea de asistir por vez primera a un taller literario, no logré distraerme entre todas aquellas gentes del subsuelo. Ya en la escalera eléctrica, me sentí bien al dejarles atrás. Subí a la superficie y tras caminar un par de cuadras, casi corriendo, he llegado hasta el sitio. Ascendo paso a paso, los escalones de mármol de la biblioteca pública, ¿mármol del pueblo?, siempre me han impresionado las vetas blancas sobre el gris opaco, tal vez por ese no se que de mi país saudita. Me detengo ante una urnita de vidrio en la pared, alberga una condecoración, son Bolívar y Bello. Simón Antonio y Andrés en una morocota, contrahechos gracias al moderno arte de nuestra Marisol. Siento que los rostros deformes de las cuasimódicas figuras esculpidas por la afamada artista, desdican de lo hermoso de este sitio. La biblioteca pública ha sido organizada piso sobre piso, para la lectura apacible de nuestros ciudadanos en esta ciudad capital. La medalla es un galardón otorgado a la biblioteca y pienso que bien merecido lo ha de tener. El edificio en suma es de una singular belleza. Me retiro de la urna y atisbo desde arriba los pasamanos de caoba y hacia el centro, abajo, puedo ver el piso de mármol reluciente y el entrar y salir de las gentes, todo brillando, con el reflejo del vitral de Arte Deco, a todo lo largo y lo alto de la escalera, polícromos cristales, brillan con el atardecer en ocre amarillento, en siena y en magenta. Ascendo hasta el cuarto piso diciéndome que la hora ha llegado y pienso, son las cinco clavadas y luego me pregunto... ¿Porqué nadie habrá hecho acto de presencia? De pronto retrocedo sintiéndome un extraño, con una vibración de miedo, o de inseguridad, algo curioso revoloteándome en las tripas y me detengo meditando sobre esta anormal actitud muy personal, compulsiva manía de aparentar una impasible impaciencia, constrictiva, pero impertérrita...

ta... Nada que ver con el título del libro del cura Borge el nica, ni prójimo del genial invidente. Me excuso y a la vez me acuso por este lío de mi compulsión por los horarios y con cierta repulsión noto que ando escudándome en introspectivas explicaciones. Sí, debe ser por los años, cosas del alma naque, eso me dije, es la costumbre, sin lugar a dudas, son tantos días de llegar al trabajo a las siete, y ni que decir de esas reuniones, todas las citas y los seminarios, que lo mantienen a uno todo el tiempo cual Gary Cooper, a la hora señalada, siempre on time, como dicen los gringos y ¡bang bang! Viro en redondo. Nadie está presente. Estoy solo, tiros al aire, afortunadamente, entonces vengo y soplo displicente el humo del cañón de mi Remington. Decidí en el momento, con un supremo esfuerzo lo confieso, irme al recinto de los libros. Allí encontré a Roa Bastos, a Carpentier y a unos cuantos amigos, entre cientos de ejemplares estornudantemente apretujados, ¡tan comprimidos!, ni me atreví por miedo a despertarles a acariciar sus lomos empolvados, leía en sus amarillos cantos aquel sartal de autores, cuando escuché un lejano cucú. El tic tac solapado de mi Casio preciso me señaló las cinco, ¡ahora sí!, entonces decidí desplazarme hasta el auditorium del tercer piso.

De las cosas que conversáramos los escasos, éramos pocos a eso me refiero, asistentes puntuales al taller, recuerdo algunas. Charlamos sobre médicos y sobre enfermedades, hablamos sobre juicios, demandas judiciales, jueces venales y esos horrores naturales de la vida cotidiana. Me dolió en la antesala del taller, el conocer la historia del amigo de Omar, descerebrado en un quirófano del Vargas, un accidente de anestesia, puede leerse error de anestesiólogo, vale lo mismo el llanto de su madre y la espera angustiosa de dos días por el cuerpo cadáver, desconectado de este mundo dieciocho días antes para ser finalmente desenchufado de la máquina. Absurda, injusta y cruel siempre será la muerte de un muchacho, ya no habrá de jugar más al béisbol con sus amigos... El dolor y otras voces fueron interrumpidos por Eduardo, nunca

es tarde, ¡dicha al final!, él llegó y todos le excusamos aquellos quince minutos de retraso, porque para un escritor, siempre será justificable una cerveza y más aún si el trago es compartido con dos poetas, uno de Mérida y otro de Maturín, ¿o fue de Tucupita que nos dijo? Ahora si voy yo mismo a disfrutar de estas próximas dos horitas, aunque fallas. Eso me dije. Voy ahorita a saber, al fin, por vez primera, lo que es en realidad un taller de narrativa, o sea, estoy en la antesala, en el pórtico, en un tris, de averiguar en unas horas, que diantre es esta lavativa a la que denominan taller sin autos ni repuestos. Entusiasmado estaba, en realidad andaba henchido de curiosidad, por saber si era aquello, lo que esperaba yo que fuese...

Abrimos las acciones con un cuento intitulado “El pobre Juan”, lo había escrito Abraham y el mismo repartió unas copias, se ve que había venido preparado. Nos leyó el cuento, cuidadosamente, una preciosa joven a quien Eduardo presentó como una veterana tallerista. Sufrió un par de tropiezos al enfrentarse con más de cuatro fallas gramaticales las cuales saltaban a la vista, zapateaban del texto por elementales. Elogiosos comentarios circularon. Hubo quien dijo. ¡El cuento me pareció una fábula de Esopo! Se comentó lo simple de la anécdota y lo sencillito del lenguaje. Yo, inexperto, salí opinando sobre lo pintoresca que me parecía la construcción gramatical estructurada como poesía, y luego de protestar por los horrores de la ortografía terminé criticando ciertas indefiniciones no muy bien afirmadas en el cuento. Eduardo atento riposto al instante: “es el espíritu del texto lo que debe prevalecer”. Me sentí cual odioso cazador de gaza-pos, quise decirles que no era mi intención el asumir el rol de corrector de manuscritos, pero ya no había tiempo para disquisiciones, Eduardo nos hablaba sobre el ritmo, la puntuación y como percibir las emociones y las cadencias cuando se lee en voz alta. La puntuación se escucha, se evidencia, se siente, cuando te escuchas a ti mismo en la lectura. Atiéndele a la rima y a la métrica, deja volar tu esencia, mas recuerda, lo que cuenta es el texto. Poeta,

examina tu sólida presencia, acércate a ese encuentro espiritual, vale cualquier pretexto. ¡La poesía, como la religión precisa de un ritual. El escritor es la memoria de su tiempo, testigo de su época. Cualquier persona puede en un momento imitar a fulano, a un autor de su gusto o preferencia, ten tu punto de vista y cuídate, no sea que te conviertas en un exegeta Borgeano, ese riesgo lo corres en ocasiones buscando una prosa efectista. Aquí el estilo es libre y soberano, hay quienes gustan de textos hiperbólicos, tú mi hermano, expresa lo que sientas, escribe con el alma en la mano, muéstranos ese mundo interior. No te enajenes Jorge, tú, ¿quieres ser escritor?, ¿tú quieres ser poeta?, responde de una vez, hazlo muy francamente vamos, ¿conoces el secreto?, no es otra cosa sino la sencillez, la clave está encerrada en llevar al extremo la economía de los medios de expresión.

Un día oirás a la gente decirte, mira chico, no me vayas a meter en tus cuentos, te lo dirán y tú serás el escritor y se estarán allí mirándote cual un malvado bicho, esperando en silencio, con el deseo larvado de hallarse algún momento al manuscrito incorporados. ¡Es la pura verdad! No son patrañas, ¿Ustedes se emocionan con el realismo mágico? Rebelais utilizaba esos recursos hace unos cuantos años, muchos antes de nacer Alejo, y Aracatá tampoco había visto balbucear al Gabo y si tú quieres puedes considerarlos trucos, decir, son artimañas, o quizás artilugios, pero tienen su valor, tienen sentido, hay todo un bagaje cultural en las palabras, las letras, las frases sueltas, son, ¡el lenguaje! Los comentarios más banales pueden mostrarnos a un Felisberto Hernández transformando en lápices afilados puñales. Robbe Grillet por el contrario se la pasaba deshumanizando los objetos. Quizá lo que pensemos los humanos puede ser obsoleto. ¿Como entender al perro que a pasear saca a su amo? Amiel muy inspirado siempre nos decía, lleno de sentimiento y con profundo dejo, que solo somos “copia de copias reflejo de reflejos”. Entonces alguien viene y lo interrumpe y le pregunta, si no es posible que el lenguaje

por abigarrado se transforme en una cosa obtrusa. El barroco nace precisamente de aproximaciones, crece como la verdolaga, hay quien espera siempre hallarse ante una prosa llena de destellos, fulgurante, cada vez más llena de matices, más brillante, luciendo sus excesos. Pudiésemos decir meditados y con un cierto tono franciscano, desconfía de aquellos que sus aguas enturbian haciendo intentos por parecer profundos. No es tan niche ese pensamiento prusiano...

Del taller en el ángulo oscuro, pensando en Segismundo me he detenido en el recuerdo de los girasoles de la Madre Rusia de zoviets y de zares. Al anciano Tolstoi recordamos, tal vez el viejo aspiró en sus jardines con el aroma de azahares y jazmines aquel genial secreto de la difícil sencillez. Tolstoi atrapaba las palabras precisas. Sencillo, mas no simple. Diafanidad de un Borges o la de Mallarmé, quien siendo un poeta misterioso pudiera compararse con aquel muchacho de Fray Bentos, Funes El Memorioso. ¿Tú ves? Se diáfano mi hermano, empátate en una de claridad absoluta, cual Borges meridiano, sumérgete en la profunda sencillez del creador del Aleph y de tantos espejos, usa un lenguaje llano, no te compliques en circunloquios pretendiendo expresar las horrras del pensamiento humano, la intelectualidad entonces te arrebatara escotero, como en Madrid, en aquel Chicote postrimero y barajo a la crem de la cream.

“Un autor puede ser muchos autores a la vez”. Escuchamos nuevamente a Eduardo y quedamos pendientes en el tiempo. Yo me extasío mirando los ojazos de la más linda y jovencita tallerista, se llama Lina y nos está leyendo su texto manuscrito. Va relatándonos, muy poquito a poco y en voz baja, después con más confianza, in crescendo, nos lee su cuento. “Me siento inútil, estoy nervioso y llueve, oigo el reloj y sé que tengo numerosos quiméricos problemas existenciales, la calle, el sweater, me desespero y corro casi dos cuadras. Me libero y ella está allí, comprando rosas y descienden sus párpados”. Yo mientras tomo notas y escribo, imagino los negros oja-

zos y las grandes ojeras de la lectora, pienso en su boca, delineada, ¿deliciosa?, linda Lina, preciosa, mas ella continúa. “Entonces comprendí que ella era mía, ilusión de vivir, allí en la esquina esperé su aparición”. Escuchándola me enteré sobre la dicha inmensa cuando ellos se encontraron, en el instante de estrechar sus manos, creí ver aquel rayo lunar sutilmente descrito por la muchacha narradora, saltaba cual gacela entre piedras y arbustos de un Soria tan lejano como mi infancia misma. Después fue fácil oír la voz de aquel señor quien vendía flores y andaba preguntándonos que ¿qué pasaba? Lina ya no iba a detenerse, finalizaba de leer su relato y nos contaba. “Ella se rió y lo hizo sarcásticamente y él tímido, movió sus dedos así, saludándola al verla y entonces vio que ella se encontraba con el otro, era ese jovencito...” Le tuve que decir que no te veo más, que te fuiste de mí... En realidad, llegó hasta aquí aquel texto que Lina titulara “La dulce niña de la perenne sonrisa”. ¿Opiniones? Pura imaginación, jamás podrá ser real algo como eso. La afirmación era del experimentado Omar. ¿Que piensas Jorge? ¿Obsesiones oníricas? No sé, pero me ha entusiasmado este texto escrito por esta jovencita, logró atraparme en una magia misteriosa. Después vino la crítica más despiadadamente constructiva. Adjetivación exagerada, esas son las arrugas del lenguaje. Mara elogió el coraje de Lina por atreverse a escribir narrando como hombre, después describió el final como algo catastrófico y lleno de machismo. Surgen preguntas. ¿Tú le dices machista por escribir adoptando un rol masculino? Mara protesta, dice que, ¡no!, que era por la pose adoptada ante los hechos. Otra vez el texto les domina, pensé yo. Volvieron sobre los adjetivos y como y cuanta fuerza le restaban al cuento. ¡Lina machista! Pensé que Mara estaba totalmente loca. Yo casi ni detecté gazapos, a mi se me escaparon todos los adjetivos, se habían escabullido hasta los más altisonantes, sin duda era un efecto de mi ceguera por los ojazos parpadeantes, seguramente, pienso yo... Uno nos dijo que las fallas en la redacción eran producto de

la juventud e inexperiencia de la escritora. ¡Váyanse pal Callao! Después era Zuleima quien hablaba, de paso ella también era una chama, pero insistía en el trabajo que se requiere para escribir un cuento, ¡uno que de verdad de verdaíta sea un cuento bueno! Yo quería decir algo, mas la preciosa Lina, de muy buena gana, más bien de buena nota diría yo, les aceptó las críticas, risueña, todas a todos, y nos dijo. Leí este cuento porque a mí me parece bien simple. Se rió después al comentarnos que ella no era machista. ¡Que va vale! Pero puede que me esté desahogando. Eso nos confesó, y yo quedé, pensando, como será de veras esta niña, tan maravillosa, linda, sincera, ¡que de cosas!, y el brillo de sus grandes ojos negros yo admirando, me quedé allí...

Vino Eduardo a sacarme de todo aquel marasmo con sus medicinales cucharadas. Nos comentó sobre la mujer en la literatura. Hablamos de Ifigenia y de las indagaciones que sobre el psiquis—masculino, hiciera Teresa de la Parra, ella hablando en primera persona trasladó sus ideas a la boca de hombres de su época. Sin llegar a ser como Flaubert, taxidermista del alma femenina, nuestra insigne Teresa fue un portento. ¡Se tejieron algunos comentarios sobre los errores de quienes pretendemos darnoslas de escritores! Los lugares comunes pueden degradar cualquier discurso narrativo, pero cuidado, algunas veces son utilizados conscientemente por determinados autores. Goethe decía que ya todo está escrito y lo difícil estriba en decir las cosas por segunda vez. ¿Como escribir? Dedalus es un pasticho en el Ulyses. El comentario me sonó grotesco. ¿Debo callarme? ¡Es Borges quien lo dice! ¿Que querés che? Joyce no parecía escribir para el placer de leerlo, no se percibe ese deleite de escudriñar lo más preciso leyendo al irlandés, no se capta lo prístino, lo impoluto de la sencillez, y es que leyendo a Joyce ¡se te forma tamaño enredo! Dentro de mí, yo estaba disintiendo, repitiendo muy quedo, ¡si él lo dijo!, pues claro, argentino tenía que ser. Reventé. No puedo estar de acuerdo. ¡Que pretensión la mía! Lo

he dicho, temerario, sin saber de donde me han salido tantos bríos. Con toda su paciencia Eduardo escuchó mis palabras y nos dijo. Son las cosas de Borges, ese es otro ejemplo de su dichoso tremendismo. ¿Dices que a ti te gusta Joyce? Algo turbado respondí. Sinceramente, a mí el monólogo interior de Molly Brown me parece fantástico. Escribir como fluye la mente es para mí algo portentoso y pensé en “El ruido y la furia” del sin par William Faulkner. Viene alguien y me espeta que si no será todo lo dicho un snobismo. Me parece que tú cuando quieres ser claro apelas al banal costumbrismo. Eduardo intercedió, buen referí, eso lo pensé yo. En ocasiones una frase fortuita puede pasar a ser la chispa afortunada, sino pregúntenle a Renato sobre aquel cuento al Sur del Ecuani y Salvador allí presente hizo chin chin brindando, riendo a carcajadas y disfrutando un rato con Orlando. Bien lo recuerdo, sí...

¿Como y porqué se escribe? Ya nos lo dijo Sartre. Es un pedante y presuntuoso ser, lleno de suerte el escritor quien piensa ha de vencer la muerte. ¿Que tanto anotas Jorge? ¿Quién yo? Mis apuntes solo son puntos de referencia, detalles para recordar... “Yerma y seca la tierra. El Irak bombardeado. No les basta rezar.” Se me transforman en un asunto lúdico mis notas. Cuando uno escribe, es el propio pellejo el que tú expones. Pareciera que los venezolanos somos algo pacatos, poco nos gusta desnudarnos. Noto que estás sonriendo. ¿Es cierto, acaso entre nosotros alguno se ha atrevido a escribir como Miller? ¿El padre Borges cuando Vargas Vila? Salió con esto uno de nuestros veteranos. ¡Cónchale, digo yo, hablamos de escribir! ¡Lo menos que se le puede pedir a un escritor es que escriba bien!, cuidar la ortografía, la prosodia, la sintaxis también, pero esta afirmación en realidad no es mía, yo aquí la dejo, parafraseando a Oswaldo Trejo.

Yo ni intentaba de reojo atenderle a mi Casio para alargar at libitum el deguste del sabroso taller. ¿Hay tiempo para otro cuento breve? Uno de esos, lleno de cosas reales, del pasado y presente, cosas de estas muy cita-

dinas, dolorosas, historietas muy perimetrales de las que a diario se suceden en nuestros barrios marginales. El cuento era sobre Dodó y un unicornio, protectores de una niña cianótica y a su lado un médico rural que se asfixiaba como un pez pulmonado. ¿Realidad de nuestra vida diaria o suerte de quiméricos castillos encantados? ¿Son acaso los anillos de Tolkein cosas del futuro o representan la inventiva de un mítico pasado? Omar salió brillante a señalar que el relato, para empezar, era muy cruel, no pareciera improvisado, indubitadamente el escritor amoratado y tal, ¡fue testigo ocular en sus tiempos de ese instante fatal. ¡No necesariamente compañero! Tú puedes ser cual, Del Paso en Palinuro, erudito en exceso, o alardear de una florida erudición como un Denzil cualquiera, o intentar como Kaffka reproducir la enajenada aventura de El Proceso, y ¡ni hablar de Cortazar en Bestiario! En la literatura todo es imaginario si así el autor lo quiere. En ocasiones puede ser la vivisección de un ciudadano lo que engrandezca un texto literario, y puede más la introspectiva imaginación atormentada de Gregorio cucaracha atrapada, o el alma de Raskolnikof perdiendo la cordura, que un bolero de Otero, o el esotérico revolotear del colibrí Sarduy. ¿Serán estas las cosas que de veras engrandecen la literatura? Definitivamente hay algo que es muy evidente, se escribe para inventar la vida y no para contarla, de otra manera cada periódico del día sería una obra literaria y debe ser innecesario concienciarlo, ¡suena tan lógico!, basta escuchar a Lavoe salseando a diario que es inútil leer lo que dice la prensa del ayer.

Ya casi terminábamos cuando Zuleima se levantó y nos propuso leernos un texto breve. Es muy conciso, dijo, y arrancó: “Tardíos recuerdos, fragancias con olor a fuego, unas flores de entierro... Chillan los cristales, aúllan y se astillan...” Omar, a quien Eduardo apodó “la chuleta viviente” había captado la quintaesencia de la poesía y no nos dijo nada, tan solo sonreía. Abraham protestó por lo ininteligible de la moderna poesía. La gente se movía con inquietud. ¿Quizás será la hora? De frente le dijeron.

¿No eras tú quien ha rato criticaba los lugares comunes? Hemos solo escuchado un hilvanar de frases. Zuleima ni parpadeaba atenta a las intervenciones. Pensé por un instante, la están arrinconando. Es agradable, me sonó bonito, vocearon algunos en apoyo. ¡Oh poesía intimista inescrutable! Si siguen alentándola, pensé, tomará un segundo aire. Miré el desplazamiento del referí en el ring. De su esquina gritaron. ¡Ternura metafórica! El referí ya estaba mirando las tarjetas, en realidad atisbaba el reloj. En ese instante interrumpió el conteo declamando a Vallejo. “Amorosa llavera de innumerables llaves”... Cuanto Zuleima ha escrito es pura poesía. ¿Prosa poética tan solo? Nada más son cuatro las esquinas, yo me lo dije imaginando el ensogado. Entre cuatro paredes, si tú supieras... Los poetas nos ofrecen imágenes y Zuleima ha leído algo muy expresivo, sus palabras puede que encierren un metamensaje, mas su discurso es persuasivo. Se produjo un silencio de segundos, pero bastante tenso. Escuché como Lina musitó. ¡Fue lindo! Eduardo continuó. Hay que ponerle empeño, no por hermoso o tierno, un texto tiene que estar falto de opciones, no obstante, de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno. ¡Cuán problemático es lo obvio! De tan sencilla cualquier cosa puede tornarse en un defecto. El ritmo y la armonía en Neruda y en Whitman pueden estar ausentes, esconderse o latir subyacentes y no obstante, nadie negaría que sus escritos son pura poesía, y donde me dejan a Tagore? Yo pensaba en Becker, en García Lorca y en Darío, todos esos sonetos, tantísimos endecasílabos brillantes. Desde los versos libres hasta un tardío suspiro, gemidos de romántica factura, cuando ya muere el día, sabemos todos que la noche es oscura, mas el sol siempre sale y alumbrará de nuevo la eterna poesía, eso pensaba yo...

El taller culminaba cuando escuché las palabras cadenciosas de Lina. Entre la prosa, narrativa habitual y la hermosura natural que exuda el lenguaje poético de Zuleima, me pareciera presenciar hoy un encuentro, un para mi crucial enfrentamiento entre dos géneros en pugna.

De un lado están los investigadores, los puristas de la prosodia y de la ortografía, muchos sabihondos en literatura, plenos de pragmatismo, y en la otra orilla. En la otra esquina me dije yo. Allí se encuentra la belleza total. Esa eres tú preciosa Lina, y era impensable no ripostar dentro de mí de esa manera. El arte de escribir, las emociones transformadas en letras, como todo en el Universo necesita de estar reglamentado. Ciencia y literatura pueden ser una combinación perfecta, ¿para que enfrentamientos? Era tal su hermosura y su talento que yo permanecía desconflutado. Habló Lina y en silencio, con un rubor inolvidable en sus mejillas, descendieron sus párpados cuando me dije... ¡Que maravilla es esta criatura! Creí verme en la lona, ya noqueado, casi que me olvidaba del conteo, quise recapacitar por un instante creyéndome capaz de levantarme, mas la cuenta iba en ascenso, se escuchaba con ritmo, rumorosa. Estaba listo, sería un nocaut técnico, no había otra alternativa, Lina con su boquita, sus ojazos y sus ojeras, su risa turbadora, su todo todo, lo había logrado. ¿Que hacerle ahora? Es a primera vista, me lo dije, más que noqueado, he sido traspasado por un dardo de acero, aquí en el mero pecho, puro curare, del más fino y estaba sutilmente envenenado. Estoy en crisis, sé que de Lina irremisiblemente me voy a enamorar, que vicio el mío, que tragedia esta especie de destino fatal. Sin duda alguna es esta una costumbre ociosa, no sé de donde provendrá mi singular manía, pero siempre, en cualquier circunstancia, me enamoro perdidamente y debo repetirme, ¡que carrizo!, esta lava es tan solo un Taller, es la primera vez que asisto a una de estas cuestiones y se supone que el asunto se trata de aprender a escribir, son instrucciones para poder narrar en un papel. ¿Como demontres me voy a enamorar? Debo tratar de escudriñarle los secretos a la narrativa, no imaginarme una pelea de box, ni entusiasmarme de modo irracional con los ojazos negros de la bella Lina... ¡Que mala maña esta la mía de exagerar las cosas! Nos pusimos de pie, caminamos escaleras abajo y ya en la puerta de la biblio-

teca nos despedimos todos. Adiós, adiós, nos veremos la semana que viene. Estaba lloviznando. Ella cruzó la calle. En la otra acera me quedé yo, pensando... Se irá a su casa, eso imagino, pero, ¿y después? ¿La veré nuevamente? Ciertamente. La muchacha es hermosa, está fina la chama, tan solo son dos horas pero ni loco he de faltar a este taller, la soñaré entretanto, pensaré en sus ojeras, en su risa radiante, estoy tranquilo pues sé que la mirada de Lina habrá de acompañarme hasta que vuelva la semana entrante.

TRÍPTICO IMAGINARIO



SINIESTRO

Veníamos bordeando la cinta del mar desde Paraguaipoa cuando el helicóptero decidió depositarnos en aquella playa infinita. Finalmente habían precisado el sitio y era necesario recomenzar la búsqueda, quizás desde la falda de la lejana montaña. Mientras esperábamos por la Comisión, recordé su imagen en la pantalla chica. Esa gestualidad tan suya, y su sonrisa de oreja a oreja. ¡El quería ser presidente! A lo lejos se perdía el añil en la bruma caliza. ¡Les va a hacer un macuare! No hacía ni una semana que me lo habían pronosticado. Ahora la situación era preocupante.

Contemplando el mar recordé sus planteamientos sobre la importancia estratégica del Golfo. Ese era uno de sus temas favoritos por el cual los politiqueros lo acusaban de un exceso de nacionalismo. Eran muchos los intereses en su contra. El oleaje gris parecía orlado de azahares. ¿Un nuevo líder? No era un político de esos de partido, ¡pero era carismático! El sabía como llegarle al pueblo y desde luego eso lo hacía muy peligroso. El encaje del mar era absorbido en segundos por los tornasolados gránulos de arena cubiertos cadenciosamente por el inexorable regreso de las olas.

Llegó la guardia, ¡al fin!, y nos encaramamos en dos grandes camiones. ¡Yo estaba tan seguro de que seríamos los primeros! Cuando todavía en el aire escuchamos la funesta noticia radiada por la guardia fronteriza, estábamos convencidos de que nadie podría llegar hasta el sitio adelantándose a nosotros. Muy pronto los camiones se metieron tierra adentro. Penetramos en el espesor caluroso de la tarde. La brisa hirviente lamía las piedras y arañaba los cardones con un gusto salobre, como si quisiera encender en chispas los resecos pajonales que emergían tercos entre las dunas.

Era un asunto delicado. Sin duda alguna, el candidato venía diciendo demasiadas cosas y en el fondo, yo

estaba convencido de que había sido amenazado... Dejamos muy atrás la playa, entre nubes de polvo y traqueteando fuimos cogiendo el monte. Después de un par de horas saltando y dando tumbos y bandazos descendimos al pie de las montañas. El lebré y los hombres bien entrenados comenzaron a hollar la maleza y todos fuimos penetrando en la intrincada ramazón.

Grandes resoplidos acompañaban al animal husmeante entre la cada vez más espesa vegetación. Una humedad salvaje parecía haber conquistado los secos pastos de la yerma Guajira e iba espesándose y multiplicando sus enredaderas tentaculares hasta transformar el encalado infierno de arena en un retorcerse de brotes tiernos. La vegetación agigantándose emergía sobre una húmeda hojarasca de esmeraldas amarillas y jades burbujeantes. Envueltos en una blanda y rastrera neblina gris avanzábamos respirando el soplo denso y asfixiante de la selva que iba empegostándonos hasta sofocarnos.

Nosotros los intrusos, insistíamos mancillando paso a paso las capas superpuestas de humus y detritus, buscando el sitio señalado. Yo iba íntimamente deseando no llegar a encontrarlo jamás. Recordé su expresión sonreída en la pantalla chica cuando nos proponía las soluciones lógicas. Hacía solo dos días al desaparecer la nave y declararla en emergencia, todos hicieron conjeturas. Se dijo entonces que el país no soportaría más marramucias.

Paso a paso íbamos avanzando durante horas con una exasperante lentitud. El lebré se detenía por segundos olisqueando e instantes después, perseguido por nosotros continuaba adelante. Pensaba en sus mensajes por la tele, ellos le granjearon el respeto y el cariño del pueblo, él estaba sin ninguna duda desenmascarándonos. Un país de televidentes no soportaría otro cuento chino, era evidente, un siniestro nunca podría considerarse un accidente...

En lo alto, el cielo estaba fragmentado en hojas acuchilladas por la luz. El aliento ácido de la tierra emanaba como un vaho denso y fosforescente. Destellos de

arco iris seccionaban las lianas multiplicándose entre los troncos leñosos y bajo los inmensos helechos llenos de silentes recovecos umbríos, salpicados de turquesa, con trazos de celestes ignotos e índigos indescifrables. El lebré inquieto, atendía a un lado y al otro, levantaba su testa negra y brillante, alzaba su hocico mojado y su jadear constante nos contagiaba con una desesperante incertidumbre. Se detenía, husmeaba y proseguía su búsqueda incansable. Las piedras eran negros espejos arropados con líquenes y musgo blando. Rollizos hongos bermejos, amarillos y grises lloraban gotas nacaradas aplastados por nuestras botas.

Comenzaba ya a caer la tarde cuando los lagartos decidieron todos asomarse entre los montones de florecillas malva, campánulas purpúreas, clavellinas moradas y violetas magenta. Ellas se separaban y les dejaban ver el sol revolcándose entre las cenizas del atardecer. Se agitaron inquietos los machorros y los gordos tuqueques silbadores al percibir el intenso chirriante estridor de las chicharras creando una sinfonía increscendo. Ensimismado como estaba en su olisqueante búsqueda, el lebré no parecía prestarles la menor atención.

El día se estremeció agonizando entre los últimos candiles del sol de los venados. El animal súbitamente se detuvo. Su cola tensa, una pata delantera en el aire, parecía una sombra chinesca presintiendo lo irremediable. Mariposas cansadas regresaban a posarse en la tibia humedad de las grandes hojas, aleteando suavemente, sin querer despertar a los cocuyos durmiendo aún entre parásitas y helechos. Abejorros plateados y libélulas orladas de un halo azul eléctrico zumbaban fijando su posición ante el astro incandescente.

Haces de fuego se colaban entre las ramas impregnadas por una bruma de naranjas pasadas. Sentíamos ulular el viento sobre los árboles centenarios. Estrías rosadas y manchones violáceos remplazaban la luz empapando los cenicientos algodones de la noche inminente. Ya no veíamos ni nuestras propias manos. Yo solo per-

cibía el brillo de las pupilas del lebel y podía escuchar su incesante jadeo cuando súbitamente ladró. Fue un estruendo horroroso que provocó decenas de ecos centuplicados en la oscuridad de la selva.

Decidimos acampar en aquel sitio, porque la noche inmisericorde se nos había arrojado encima. Yo casi no dormí a pesar del cansancio. Las horas se me confundieron y pensando en la imagen de nuestro candidato y en sus proyectos, temía elucubrar sobre el próximo día. La madrugada todavía transpiraba un azul de maleza y rocío y se podía vislumbrar un titilar de estrellas entre las hojas, arriba, muy en alto, cuando percibí una vaharada de carroña y gasoil.

Estaba aún despertándome, pero podía sentir la hedentina en mis narices y supongo que fue entonces cuando escuché los gemidos del lebel. Era un quejido sordo, doliente, sonaba muy lejano. Me levanté en silencio y me dejé conducir por el eco lastimero del animal aullando. Así fue como casi sin darme cuenta llegué hasta el sitio. La cabina de plexiglas brillaba herida por los primeros destellos del amanecer. Habíamos acampado casi a un tiro de piedra del sitio del siniestro y podía ver las aspas de uno de los motores Allison y una parte de un ala.

Entonces los pude detectar bastante bien, lucían sus boinas terciadas, e iban uniformados de camuflaje, algunos descendían en rapell desde los árboles, otros se desplazaban silenciosamente en el claro abierto en medio de la verde maraña. En ese instante, desde el fondo de la maleza vi el fogonazo y abruptamente cesó el aullido del lebel. Todavía humeaba su arma cuando de la espesura surgió el comisario. Venía rodeado por sus subalternos e iban todos de lo más pertrechados. Pude incluso, notar el brillo de sus prótesis dentales e imaginé la Escarpa Mutia, no sé por qué pero pensé en el marfil de los colmillos de los elefantes cuando iban a morir al propio sitio donde Tarzán y yo nos conocimos en mi infancia.

Un hilo blanco todavía emergía en la boca del silenciador de su magnum. Se acercaron hasta las retorcidas

piezas del aparato y él, aún sonriente, le asestó una patada a la mancha negra e inerte del lebel desmadejada sobre la tierra llena de sangre. Pronto los hombres sacaron entre aquella chamusquina de hierros y de planchas metálicas, lo que andaban buscando. Entonces se alegraron. Pude notarlo, lo percibí en los gestos y el eco de las risas. Ellos usaban guantes, simulando ser títeres en la escena de un macabro teatro.

El dio la orden. ¡Nos largamos! Los guoquitoquis creaban ruidos muy extraños dentro de aquel aterrador paisaje donde como un dinosaurio herido emergía entre el follaje, terso y plateado el fuselaje de la nave. El comisario señaló el camino. Misión cumplida, se dijeron, ¡estoy seguro de que logré escucharlo! Se dieron media vuelta, a rastras se llevaron la sombra ensangrentada del lebel y desaparecieron en el acto. Allí quedé, tan solo a una pedrada de distancia, maniatado de furia nuevamente y además convencido de que todos los hechos estaban irremediable y tristemente consumados.

EL COMPAÑERO

Las cajas de plástico, azules y rojas, repletas de botellas vacías creaban una falsa pared. El vibrante estridor de la rockola disimulaba el barullo de los hombres rodeando las dos mesas. Los tiros nacían de las piedras. Cena tres. Tres cinco. ¡Cinco dos, no joda! Las botellitas ambarinas parecían multiplicarse unas al lado de las otras y llenaban las mesas y algunas tintineaban en el piso de cemento pulido. Cerraste los ojos y creíste escuchar la aguja cuando rasgó la pasta negra del 45 arañándola y Caslitos comenzaba a balbucear, “sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando”... Tú estás en el bar “La Loca” rememorando los tiempos idos mientras atisbas el patio sombreado por las matas de mango. Él te hablaba sobre los frentes populares, la abstención electoral, la célula del partido. Liceístas pensando en digepoles, ñángaras suspirando por una metralleta, el discurso sobre los marginales y como olvidar las plañideras de El Moján, en aquel velorio. Los monstruos de hierro rellenos de tombos y los desgarradores lamentos de las mujeres. Después, tan solo el aullido de las patrullas... Has colocado la botellita sobre el linóleo y miras tras los barrotes de madera el fulgurante mundo exterior. Los círculos húmedos en la mesa te distraen y crees escuchar a Lila susurrándote al oído, “mi vidita si tú sabes que te quiero yo por ti me desespero por besarte en la boquita”. Así era, sí. Recuerdas sus palabras como el regurgitar de tu conciencia. “Compañero, acaso no sabéis que un traidor nos está mandando y nos está jodiendo. Venite que nosotros ya estamos restiados, vos tenéis que entender que una guerra está comenzando.” Entonces tuviste que irte. ¿Que podías hacerle? Era la oportunidad de tu vida, te daban una beca e iba a durar casi cinco años. ¡El norte era una quimera, que atrocidad! Allá te llegaron las prédicas de tu compañero. Una carta venía detrás de la otra..”Tratarán de callarnos, ellos nos quieren imponer sus ideas, tienen clavados a las mayo-

rías proletarias con sus políticas económicas, que vergüenza nuestra reforma agraria!” El sol ha creado un rectángulo sobre el piso de cemento y se te ocurre que pudieran freírse un par de huevos en el enlozado. ¡Chinco, dame otra Regional bien fría, haceme la caridad! Se sienten las piedras girando bajo las manos en la mesa vecina. ¿Quién es mano? Vai, terminá de revolver. “Nos están llenando de desechos y de porquerías que enseñan por la televisión. No todo está perdido. El desempleo es grave y las cárceles se están abarrotando. Ya se murió Camilo, mataron a Fabricio y el Ché está desaparecido!” Con un nuevo trago largo a tu cerveza helada, te has quedado mirando las luces de la rockola y decidiste pensar en los muchachos... Les digo adiós, marcharon a la espesura, yo ya me voy para la guerra, la vida si es bien dura, hambrientos, cargados de peroles, los perseguían de cerca los digepoles, ¿hemos perdido la base popular?, la selva inclemente se traga cualquier contingente, es un asunto de paciencia, no se percibe ahora la conciencia de nuestra dirigencia, puede que escapemos al cerco, decretaron estado de emergencia, ¿ajusticiar?, es la ley, ¿como matan a los vietnamitas en Haipong?, aquí nosotros nos salvamos de vainita, la guerra es una cosa perra si te fijáis... ¡Dame otra Chinco, dame esa, no se te vaya a congelar! Que Mambrun ya se ha muerto y lo llevan a enterrar, si lo echan en el agua lo saca una piragua, atado con cadenas, que dolor que dolor que pena, comido por pescados, que dolor que dolor que enfado, los cables, metele la corriente, llegó la policía, conecten los alambres, las gorras, los sombreros, una cachucha, ¡carajo!, ¿ya es de día?, son hombres de la CIA, se esconden, disimulan y ¿quien se atrevería? En caja de terciopelo con tapa de cristal, se callarán, nada dirán, las campanas repicarán, a punta e plan, los llevarán, talán talán... A tu regreso no volviste a verlo. Llegaste a creer que lo habían eliminado. Cuando lograste entrar en el penal y te permitieron llegar hasta las celdas de máxima seguridad, nunca pensaste que tu compañero era realmente aquel personaje que te descri-

bían como el comandante Remberto. El de los explosivos, es un ñángara coñoemadre, apresado, confinado, atrapado al fin, el enemigo público número uno, enrejado. Me contará una de vaqueros, si acaso es él... Eso pensabas tú en el instante cuando apareció en la puerta entreabierta, enflaquecido, ojeroso, con su piel cetrina y el blanco de los ojos más amarillo que la flor del abrojo. Abrazaste al negrito, al compañero de tu infancia y del liceo sin entender como la vida se le había desleído en aquella aura ambarina... “Vos te fuiste y nosotros nos quedamos largando el forro. Me hubieras acompañado al mitin con las gorras como bolsas de hielo. En esos tiempos hasta en Gumer creíamos... Estábamos tan ilusionados con la revolución cubana... Es cierto, pero después de la Bahía de Cochinos y al arreciar la guerra de Vietnam, las cosas se nos pusieron más difíciles. La guerrilla urbana estaba enconchada y tuvimos que irnos a las montañas porque la base estaba muy comprometida, pero la dirigencia era una mierda y entonces fue cuando comenzamos a padecer una persecución que fue implacable. Conocimos la delación, el quiebre y la renuncia en todos los estilos. No eran ficciones, eran muchos los sapos y dolía la traición vil de quienes debían estar al frente. Ahora en la oscuridad de la noche, despierto y se me aparecen las caras de tantos compañeros que ya no existen, compatriotas y amigos con sus madres y hermanas. De cabeza en el tobo, la pistola en la boca, el ring, la corriente, el garrote. Huyendo de la ciudad nos fuimos por Cúa y San Sebastián hasta San Carlos, después a las montañas de Campo Elías. Teníamos que huir hasta de los campesinos, éramos casi todos demasiado jóvenes y el ejército con los digepoles nos respiraba detrás de las orejas”... Te estremeces como si hiciera frío y le haces un gesto al Chinco con tu botellita vacía. Desde tu taburete de cuero de chivo miras la pared amarilla del manicomio recordando a tu amigo, el viejo compañero, un asiduo del bar “La Loca” y te dejas arropar por un sentimiento nostálgico. Perdieron el parque, los siguieron, los acorralaron,

se escaparon, a ellos les sobraban cojones. Entonces miraste el techo con ganas de ponerte a llorar y contando las cañabravas te pareció escucharle decir. “Somos la fuerza emergente que cambiará al país, desataremos las amarras que atan al pueblo desde la Colonia, somos los herederos de Zamora y del Mariscal Sucre, en el tope de cada cerro criollo hay un Escambray para quien quiera escalarlo”... Haciendo gorgoritos con la nueva botellita helada recordaste sus historias sobre el oleoducto, sobre los asaltos a los bancos, sobre la balacera con el destacamento de la guardia nacional y luego su huida desesperada, encaramado en un camión, hasta Niquitao, después el trabajo rudo en los arrozales de Araure. Al fin lo doblegó la hepatitis y lo reconocieron en un Centro de Salud, en Acarigua. El Comandante fue hecho preso y pasaría de la isla del burro a la prisión de San Juan de los Morros. Con los años vendría la pacificación... Ahora estáis en el mismo sitio de siempre y miráis la orla ocre de la pared mostrada del manicomio y detrás de vos, la rockola te dice y te repite la misma melodía, “que veinte años no es nada, que febril la mirada errante en la sombra...” Tu mirada recorre las cajas de cerveza y al fondo en el solar, todavía en la pared puede leerse la palabra “urinario” y la flecha casi borrada señala el sitio donde estuvo la letrina detrás de una mata de mangos. Piensas en tu amigo, tu compañero y entonces te dices a ti mismo, “así son las cosas de la vida”... Después de la rehabilitación fue electo para la Asamblea Legislativa. Con los años hizo carrera y pasó a ser uno de los diputados más pintorescos del partido del pueblo. Ya no vivió más en su ciudad, se mudó a la capital. No hace mucho, te comentaron sobre su casa, un verdadero palacete, o mansión de lujo, en La Lagunita Country Club. El sol está como para freír unos huevos en el enlozado, el cielo azul no muestra ni una sola nube. Vos estáis mirando hacia la calle que da al manicomio y es como si lo estuvieses viendo ahí mismo. Hacía ya unos dos años cuando te lo tropezaste en el centro, cerca del Congreso Nacional, en la mera capital de la República.

¡Caracha compañero!, él te saludó efusivo. Estaba gordo, con doble papada... Se asombró cuando le contaste que todavía te lo pegabas en “La Loca”. ¡Tenéis que evolucionar coñito! Te lo dijo con aires de lástima. Entonces te explicó como había retomado sus viejos ideales y emocionado estuvo conversando contigo casi media hora sobre la revolución y como había logrado enchufarse en “el proceso”... Pareció impresionarle el hecho insólito de que todavía no hubieses visitado a Disney World. “Pana, no estás en nada”. Su lenguaje adoptaba giros insospechados para tus oídos. Tu viejo amigo, el compañero, parecía orlado por costumbres capitalistas, su elegante traje, la corbata de seda y el grueso reloj de oro macizo, curiosamente también había modificado su discurso. Evidentemente había regresado al lenguaje de corte revolucionario pero ya no hablaba como antes, matizaba su palabrerío con dejos capitalinos y refranes absurdos. Al final se sinceró contigo y te ofreció conseguirte “algodón con yodo” y brevemente te explicó que lo haría para sacarte de esa pelazón sin sentido en que estabas viviendo. ¡No ves que el petróleo sigue entrando a chorros! Eres un pendejo si sigues mamandini como antes. Sus palabras reflejaban una verdad amarga porque sin que te cupiera ninguna duda, el país estaba peor y la corrupción iba in crescendo. Entonces no aguantaste las ganas y al pensar que tu compañero se había puesto de nuevo las botas, le dijiste con sorna... Si compa, ya sabéis, acordate de que lo mejor que podéis hacer es ponerme donde haiga.... Lo más desagradable fue comprender que ni siquiera había captado tu ironía. Entonces fue cuando pensaste en la vieja Eulalia y sus sabias palabras. “el que nunca ha tenido y llega a tener, loco se quiere volver”..

CANSADO VOLVERÉ

La ves en la distancia. *Bun dun, bum, dun*, hola Luisita, tan solo lo pensarás y mentalmente la saludas, desde lejos, *bun dum, bum dun*, ella te ha llamado con un gesto de su mano, *bum dum, bum dum*, y tú te acercas, *bun dum*, y ella sonríe frunciendo su naricita, *bun dum*, sus verdes chispas brillan de contento, *bumdum, bumdum*, tú has volteado a mirar hacia ambos lados, te detienes por un instante y corres hacia ella, *bun dum, bun dum*, llegas a colocar tu mano sobre su brazo tibio que emerge en la ventanilla del escarabajo amarillo, *bum dum, budun*, pero, ¡oh!, ¡sorpresa!, *bun dum, bundum*, es Patty, y tú no sabes como, pero Luisita se ha tornado en tu gatita sueca, *bun dum, bun dum*, hello!, así te dice ella y abre la puerta, y sale, *bumdum, bumdum*, la gata descenderá del auto y al instante, no sabes como, pero ella es Antonieta, *bumdum bumdum* y ella lo sabe hacer, muy pronto repta sobre ti, culebrea, te acaricia, se adhiere a ti y te manosea, entonces ella te besa, *bumdumbundum*, ¡eres un perro desgraciado!, tú balbuceas, y abres los ojos, *bun dum*, ¡es Rosalinda quien te increpa!, y sientes una gran furia en sus palabras, son fieros estiletes, *bun dum, bun dum*, te aturden, y entretanto tú no dejas de observar el autito amarillo, se ha reducido, tú abres mucho los ojos, y es que buscas a Luisa, pero es Marianela quien está al volante, y ella te observa con mirada escéptica, *bun dum*, y en tu cara se ríe, suena su carcajada aguda, y estás consciente de que has sido atrapado, entonces si, respirarás muy agitado, pero inmóvil, pues Rosalinda misma es quien continúa sin parar gritándote, *bundum bundum*, no te puedes mover, el señor Don Herminio te ha abrazado, y es como un oso, él te estruja, te aprieta, sientes que te sofoca, *bun dum, bun dum*, te estrecha y sabes que te espaturrará, mas sientes al instante su cañón helado, roza tu cara, su mirada es furiosa, te lo restriega, es frío, va sin silenciador, muy cerca está, y bien que lo

ves, es de calibre treinta y ocho, *bundumbundum*, retumba como un trueno, restalla rojo y azul, y estarás ciego, y estarás sordo, y girarás y caerás y todo te dará mil vueltas, tú lo sabes, rotas y en tu sorpresa, todo es un vórtice centrífugo, un torbellino que te circunvala, y sientes que serás aplastado contra las paredes, sabes que estás en un cilindro, ¿de aluminio?, descienes por un tubo entre grumos y fragmentos de material orgánico, ruedas con los desechos en descomposición, y te tuerces buscando el aire entre masas amorfas y gelatinosas, son detritus mucilaginosos que se adhieren contigo a las paredes metálicas, mientras vas girando en aquel vertedero, hacia un desagüe, con vértigo y en medio de las nauseas que te estremecen y las bascas de vómito que irás eructando mientras irremisiblemente estarás siendo evacuado, expulsado, expelido girando hasta el preciso momento cuando bruscamente serás despedido para caer en bolsones de aire caliente creados por los pestíferos humores y cuando sabes que sin remedio saldrás al sol y caerás al agua y te hundirás en el mar bajo una lluvia de porquería, caes ¡al fin!, y tragas agua y piensas que no podrás sobrevivir entre aquel burbujero, pero asciendes, te agitas, sales a flote y nadarás, manotearás, mirando temeroso hacia arriba, pero el cielo es azul y una mole metálica te atrae y te rechaza, reconoces las planchas y los remaches negros, estás golpeando nuevamente tu cabeza y estás seguro de que es un barco, uno muy grande, un *Carla C*, eso lo piensas cuando sientes que de nuevo vas girando y te imaginas la propela, se te ocurre que girará cortante la taraba y que irás hacia ella y sentirás como los borbotones te recorren mientras vas siendo arrastrado hacia la popa, por lo que de momento, súbitamente lo decides, te sumerges, *bumdum, bundum*, y quieres inspirar porque sabes que así todo ha de terminar y te hallarás libre, pero sales a flote, otra vez, y logras ver como se aleja el barco y notarás entonces que el sol se oculta allá a lo lejos y tú piensas tan solo, adiós adiós, ¿podré llegar nadando hasta la Guadalupe?, pero te asaltan dudas y vuelves a

creer que es todo un disparate, ¿por qué la Guadalupe y no otra isla?, el mar te levanta en la cresta de sus grandes olas, y tú flotas, te dejas ir acostado entre un hervor de espumas, como un sudario, debo llegar a tierra, hasta la isla de Beuperthuy, ¿la de Morel?, pues no, te lo repites a ti mismo mientras flotas y atisbas el sol incandescente chispeando de azogue el horizonte, será la isla del sabio de Cumaná, él se fue a morir al Esequibo, el hombre de los tipularios, siempre creyó que los zancudos eran los transmisores, *bundum, bundum*, tú flotas mientras piensas en ese hombre, quiso curar la lepra y nadie le creyó que los mosquitos transmitían los males tropicales, nadie nos cree, eso te dices a ti mismo, eres capaz de meditar en tan absurda posición, flotando, y el sol que se va hundiendo, se despide de ti en un ocaso desesperanzador, el crédito se lo dieron a Finlay, los gringos de por medio, ¡cuando no!, el tipo era cubano, de la isla del caimán taino, quizás barbudo, ¿el caimán?, ¿como el de la revista del sin par Jesús Díaz?, también ya falleció, como Bolaños, ¿es que están todos tan muertos!, muertos y enterrados, así decía Vitico, *bumdum, bundum bundum*, como los ríos de Jorge Manrique, van a dar a la mar que es el morir, y recuerdas que “la chute” de Camus, era muy cierta, es la misma, es ella que regresa, *bun dum, bun dum*. Ya solo hay mar, tan solo masas de agua salada y negra noche y todo brilla fosforescente, cuando de nuevo te decides a nadar. Te sentirás como un salmón, lo piensas y sonríes, contra corriente, hacia arriba, como en un río, vas bajo los puentes. ¿Anulares?, como el de Varolio, pero cada vez hay más frío y crees que está nevando, seguramente sobre el pont des Arts, quizás caminará La Maga sobre el Sena, o sobre el Danubio, *bun dun, bun dum*, sobre el puente de los leones, y seguramente estará helada el agua, y es cierto, nieva sobre Budapest y tu maga se ha vuelto Alina Reyes y puedes ver cuando se abraza a la mendiga se trasmuta y tú lo sabes. Estás consciente de que ya no puedes flotar más, es imposible, estás tan cansado, solo otearás buscando el último puente, quizás sea el de Toko—ri, o

el de bambúes erguido sobre el río Kwai, eso discurre
mientras quisieras estar de nuevo con la tropa, te gustaría
marchar silbando, irías sobre el puente y verías a lo lejos
la silueta de tu ciudad, de la ciudad de fuego y detectarías
los edificios muy opacos, la Aduana, unas palmeras en El
Milagro, se recortarán sus sombras azules muy oscuras
contra un atardecer de sangre pero tú avanzarás. Ya no
te detienes, nadie podrá frenarte, y logras percibir el nudo
en tu garganta, pero vas decidido, descansarás en paz,
basta un resto de llanto, una lágrima debe ser suficiente
para poder morir al fin!, te ha de sobrar...

TRÍPTICO CINEMATOGRAFICO



ELLA NO ERA KIM NOVACK

Ella descansaba en el jardín sentada en una silla de extensión. Humeante, una taza de café negro esperaba por ella sobre la mesa. A un lado hay una rosa roja recién cortada y un plato con galletas cubiertas de azúcar. En el fondo del patio, el hombre se ocupaba diligentemente de rastrillar las hojas. Se había quitado la franelilla y sudoroso se detuvo un instante para secarse la frente con el dorso de la mano. Ella le miró de reojo y recordó a Bill Holden en una escena de "Picnic". El torso desnudo y sudoroso... ¡Inolvidable!, dijo para sí... Pero ella no era Kim Novack y quien barría la hojarasca no estaba dirigido por Joshua Logan. Él no era una ficción, era de carne y hueso y no sudaba en brillante technicolor, y ella se sorprendió a sí misma al recordar la imagen de un William Holden semidesnudo, joven, con su franelilla empapada... Entonces pensó que, así son las cosas de la vida...

—Como dice aquella vieja canción, ay, pero que te parece... ¡Que pequeño detalle, yo la Novack! Jajá... Tan sólo un par de años después de "Picnic" el mismo Logan dirigió nada menos que una de mis películas musicales favoritas, "South Pacific". Maizales de Arkansas en Agosto y pastel de blueberries, una novia de punta en blanco y la luz de la luna brillando en las dunas... Claro que después de Kim Novack, fue Marilyn, ya destacaba su clase en "Bus Stop". Es que el tipo era un tremendo director, ¡especializado en rubias! Successful Logan! Golden blondies, monas, güeritas, catirrucias, rubias platinadas, catiras... Just like me! Guao! Ay pero que te parece, enamorarme de ti, es lo que tantas veces... Muchas películas después el mismo Logan hizo nacer a Jane Fonda, sí, en "Tall Story"... La Fonda no me gusta. Será la hija del largo y seco vaquero Henry, el adusto señor de los doce hombres en pugna, pero, ella no es santa de mi devoción...

¿Será tal vez por ser un tanto huesuda y angulosa, como la Nancy Sinatra?, o quizás ¿será por lo contestataria? No lo sé, puede que este rechazo mío hacia la Fonda venga de su figura... Durante los últimos años, Jane se ha dedicado a mortificarme la vida recordándome su slim trim figure! Con el bendito cassette de los ejercicios aeróbicos que mis amigas, ¡vaya con ellas!, me regalaron en mi cumpleaños... En realidad yo les había prometido practicarlos... ¿Mentirosa? ¡Bah! La Fonda siempre fue la “Barbarella” de Vadim. Diós creó a Brigitte y Roger las juntó a todas. Se arrejuntó con todas, sin dejar afuera ni a la seductora Catherine... Todas ellas, listas para hacer sus papeles, bellas de día, bichas de noche... Actuaciones seductoras, siempre bordeando el tema del sexo, chicas morbosas, jajá, como decían en la tele, en realidad eran papeles de mujeres ociosas, siempre ansiadas por los hombres... Morboseadores... Ummm... Some enchanted evening... Uhummm, mis musicales predilectos... Sí... La pareja de músicos... Some enchanted evening... Esa canción es significativa, ¡tiene sentido! Él, un isleño francés, romántico y maduro, en los mares del Sur, eraaaa... ¿deBeque? ¿Como era el otro?... Liutenent Cable. Soñando con Liat, la jovencita tonkinesa... Younger than spring time are you... Jovencitas. Wonder how I feel... La isla llena de cocoteros, isla preciosa. Bali Hai... Living on an island, living on...

Ella se había aficionado a la música de George Gershwin y Cole Porter, le encantaban los arreglos y las composiciones de Henry Mancini, de Andre Kostelanetz, y tenía muchísimos discos de Percy Faith, pero quizás sus gustos musicales más placenteros estaban asociados a la fusión de imágenes visuales con las melodías. En el cine, los musicales y especialmente cualquier obra de Broadway llevada a la pantalla eran sus favoritas y de todas ellas ninguna como las del dúo de Richard Rogers y Oscar Hammerstein. Era su secreto íntimo, le traían remembranzas de su niñez y juventud. Escuchaba su misma voz, su propio

canto en sonetos de Oklahoma o las canciones de su recordada South Pacific. Podía transformarse en Ana la institutriz de los príncipes hijos del rey de Siam y por allí cantando, llegar hasta Salzburgo con el sin par sonido de la música. Ella durante años se soñó Deborah Kerr y le gustaba imaginar que estaba danzando sin parar en el set palaciego de The King and I, en los brazos musculosos de Yul Brinner. Se le ponía la carne de gallina al pensar que él le preguntaría: Shall we dance? y ella mirándolo, casi orinándose ante el pelón felino, escuchándolo decir displicentemente etcétera etcétera etcétera. A pesar de que las monjas no fueron nunca su debilidad, pues a ella no le gustaban las carmelitas por descalzas ni las hermanas de la caridad por pobretonas, “La novicia rebelde” era uno de esos filmes que había visto hasta la saciedad. Al recordar sus tiempos del Colegio de las hermanas Terebianas, la memoria la catapultaba a la odiosa figura de sor Julieta Buenaventura y las desavenencias que rodearon su rebeldía adolescente, conduciéndola casi a su expulsión del colegio, con enfado de las monjas y casi una tragedia familiar de sus tías beatas y su madrina, estupefactas ante la fractura de las tradiciones y de todo lo establecido. ¡Que remedio! Ella tuvo que ceder muerta de rabia y verle brillar las prótesis dentales a sor Julieta. No obstante bajo la regadera, ella se transmutaba en Julie Andrews y se decía a sí misma. How do you solve a problem like Maria? Revivida en sus quince murmuraba: I am sixteen going on seventeen, imaginándose bajo la luz de la luna con un jovencito rubio, aunque fuese un nazi. ¡Un teutón bien le cuadraría a la reina de los Nibelungos! Ella se sentía cual valquiria catirruca, puede que tetónica, mas que teutónica, pero nunca catiramalbañada... Así era, y ella en la ducha desplegaba sus dotes vocalistas y podrían haberla escuchado cantar desde afuera, I have confidence and confidence in me I have confidence in me! Con todo y ser la primera película de Ro-

gers and Hammerstein que había visto, South Pacific era su favorita. Puede que la razón fuese haber leído el libro de James A Michener's en una colección de los premios Pulitzer que tenía su hermana Nora, o por poseer un viejo disco de la versión original en Broadway con Ezio Pinza a quien ella imaginaba como al italiano Rossano Brazzi interpretando al hacendado francés Emile deBeque. ¡Que contrasentido! La voz de Mary Martin, salía de los labios de Mitzi Gaynor, ¡todo el tiempo debajo de una ducha!, como ella, cantando bajo una regadera, I'm gona wash that man right out of my hair. Ella después se regodeaba figurándose tan rubia como Arkansas en Agosto o tan normal como un blueberry pai. No more smart little girl with no heart I have found me a wonderfull guy! ¿Lo habré hallado en esta isla encantada? Entonces adormilada en su silla de extensión ni sintió como el libro que había tenido abierto se deslizaba de sus manos...

Se encontró agitada, ante unas escalinatas de mármol y su amiga la tomó del brazo mientras le decía. No seas sata, arriba viven los mellizos Tweedledee y Tweedledum y ellos te esperan. Recuerda que uno vive arriba y el otro vive abajo. Dime si son de fiar, dímelo, le preguntó ella nerviosa y su amiga le respondió dubitativa. Bueno uno es chulo y el otro cundango, pero a los dos les encanta el relajo, entran y salen del espejo a su antojo y cuando no te lo esperas, se disfrazan de reina, a veces, uno es la roja y otras veces es la blanca, pero es igual. Entonces ella suspiró al musitarle. Ay Mirian, yo veo estas escaleras sumamente empinadas... Seguramente que ella estaba buscando una excusa ante el interminable zaguán que se veía oscuro como boca de lobo, cuando Mirian le apretó el brazo y con su mano derecha señaló hacia arriba y le informó. Debes subir, aunque encuentres tan sólo una colmena humana o una madriguera, y es que arriba los vas a encontrar. Ella percibió un intenso olor a huevo frito en aceite rancio que parecía descender por el túnel desde el primer piso, y no obstante se armó de valor y comenzó

a ascender por la escalinata de mármol. Pronto comprendió que durante un trecho la madriguera se continuaba recta como un túnel, pero luego... ¿Se bifurcaba? Ella detuvo su ascenso ante una escalera de caracol. Entonces sintió como poco a poco se hundía y antes de caer en un pozo profundo vio a Mirian escaleras abajo iluminada por el sol de la calle, pero ya no había nada que hacer, ella se iba hacia abajo, abajo y pensó que sería ridículísimo encontrarse con un conejo que usara chaleco y reloj con leontina... Súbitamente se percató de que estaba en un pasillo lleno de puertas y de espejos. Es el que conduce a mi habitación se dijo, mientras escuchaba lejana la voz de Mirian dándole instrucciones. Creyó entenderle algo sobre el relajo y la singueta, pero las florecitas grises que separaban los espejos de las puertas la mareaban sin darle una oportunidad para comprender. Trató de darse ánimos cantando en voz baja una de sus canciones preferidas, pero lo que vino a su mente fue... Humpty Dumpty sat on a wall Humpty Dumpty fall from the wall. De espaldas se cayó, ella pensó, y al percatarse de que se refería a un hombre huevo, y no a su pelón felino, ella se abochornó... ¡Que le corten la cabeza! La orden retumbó en el pasillo y el eco del mandato de la reina roja se confundió con un nuevo rugido estridente. ¡Que le corten la cabeza! Fue entonces cuando le musitaron al oído, —como no despiertes nunca de este largo sueño, voy a perder la cabeza por tu amor... Ella pensó en él y sonrió, pero poco a poco se fue aclarando su mente...

Abrió los ojos y todavía demoró unos segundos en enterarse el que estaba aún sentada en el jardín y que había una brisa ligera que le refrescaba el rostro. De tal modo que suspiró, y cerró nuevamente sus párpados...

Los rusos, ya llegan. La música de un violín suspiraba. Si yo fuera rico, si yo fuera rico... El hombre estaba sentado en el tejado y dentro de la habitación se aspiraba un aroma de ajos y de albahaca. The rusians are coming. Eso estaban diciéndole... Los rusos ya están aquí para ayudarnos le dijo Mirian y ella volteó y sí, era su amiga.

Luego detrás de ella, pudo ver a Alexis vestido con una sotana y estaba abriendo una puerta. El crujido de los goznes se prolongó en el espacio y se mantuvo como un diapasón. Ella sabía que él venía a pedirle los diez mil rublos a su padre, el viejo Karamazov. Conozco muy bien la historia, pensó... Le dirá que son para la iglesia, insistirá en que los necesita para pagar diezmos y primicias, a la iglesia de Dios. En realidad, ella sabía que él se los daría a Dimitri... Puede que el viejo acceda, al fin y al cabo, será a cuenta de lo que les dejó su madre... Súbitamente Mirian interrumpió sus pensamientos para decirle. Que vacilón Alicia, tu soñando con el hombre de tus años verdes y deseando al camarada Dimitri de nuestros años rojos. Entonces, ella decidida, volteó a mirarlo. Su cabeza le brillaba reluciente. ¿Humpty Dumpty? Le preguntó mortificada a su amiga y de inmediato añadió... Es que Mirian, entiéndeme, the rusians are coming. Tras repetirlo, su amiga le tomó del brazo, avanzaron unos pasos y penetraron en la taberna. Un mujic bailaba con un oso y a pesar de las risotadas y de la música, ella percibió como se escuchaban los dados rodando sobre el tapete. Les debo cuatrocientos treintaicinco rublos, le dijo Yul Brinner impávido a su fraternal hermano el cura Alexei Baseheart. Entonces ella captó con emoción entre el sonido de las balalaikas y las voces de los parroquianos, seguramente marinos del Volga, la brillante y cantarina risa de la otra. Pudo verla, era una María Schell rubia como ella, pero mucho más joven y muy hermosa. Mirian la tomó nuevamente por el brazo y le dijo. Atiéndeme, quiero decirte algo, escúchame, aunque te duela el alma, chica, tu sabes muy bien que Dimitri, el camarada cocopelao es muy tiposo pero, ¡coño!, he is not cuban! Deja que yo te lo presente... ¿En inglés o en ruso? Meiai introdusky yuskitroski koskitelo meloyou? El pelón que las observaba riéndose de ellas, levantó en alto un vaso repleto de vodka. Sentados en una mesa estaban los mellizos Tweedledee y Tweedledum, quienes al instante lanzaron sus copas hacia atrás y se hicieron añicos contra la pared de piedra y madera. Salgamos de

aquí Mirian, le dijo ella a su amiga, pues estaba sintiéndose muy agitada. La música de las balalaikas se hacía cada vez más ensordecedora, pero al abrir la puerta, se comenzó a escuchar suavemente el tema de Lara, y ella notó complacida que la tonada le traía remembranzas e imaginó la cara de Juri Zhivago y su sonrisa... Las amigas salieron pero igual la música sonaba afuera... Ella se quedó extasiada. Un campo infinito de girasoles se extendía ante sus ojos. Notó como cabeceaban los tallos y las flores acompasadamente con el viento y se sintió muy emocionada y con unas ganas horribles de llorar. Entonces buscó con la mirada a su amiga Mirian quien tan sólo le dijo pausadamente. La reina roja era la Catalina y era ella quien pedía que te cortaran la cabeza. Óyeme compañera, creo que, así como están las cosas, ni Alexei ni Dimitri te podrán salvar. Tú necesitas un apoyo irrestricto de nuestra gente, los compañeros cedreristas o los milicianos, ¿tú me entiendes? Ella cada vez mas acongojada sentía que todo se le estaba complicando y le preguntó con inocencia. ¿Esa reina roja, acaso es Catalina la O? Entonces Mirian comenzó a reírse con todas sus ganas. Esa Cata elareina delguaguancó, reina del son, esa mulata pide bachata, ¡esa morena pide sabor! Óyeme tú, escucha el repique de la tumbadora, óyelo, ¡coño! ¡Pero, si es el tema de Lara!, dijo ella toda confundida. No niña, queva, es el requinto y son las claves. ¡Esto es el güiro chica! ¿Como es el güiro? ¡Compañera! ¡Vámonos de rumba! La orquesta de Tito Rodriguez en el fondo, cambió el tono... Si pudiera expresarte como es de inmenso... Era ella otra vez, Kim Novack y quiso sentirse como la propia reencarnación rubia de la Guillot, una Carmen Delia Dipini de oro, y quiso cantar con el corazón en la mano, pero se asustó al imaginarse transformada en una Celia Cruz enharinada, e hizo un esfuerzo... Así fue como prefirió despertarse rotundamente y con gran sobresalto.

Ella tenía la mente en blanco. Entonces ya consciente de no estar envuelta en las brumas de un sueño, se dijo intentando serenarse:

—Que murmuren, no me importa que murmuren, ese no es mi problema. Si dicen que es después de vieja, ¡pues que se vayan a freír monos! jajaja! ¿Hasta cuando dárme-las de estricta?, ¿A costa de lo que yo misma deseo? No puedo ser obtusa, ¿obtrusa?, alcuza, como el aceite sí, aceite y agua, eso decían, ¡jaja!, niveles, meniscos, pensarán que ilusa soy, ¡boba no!, seré una funny girl, yo toda una señora, dama, yo más bien una fair lady y él tendrá que ser mi Henry Higgins, ¿un caduco Rex Harrison? Un sólo orgasmo, ¡jajajá! ¡yo haciendo de la Hepburn! Yo una Kim Novack, ¡de esa flaca!... ¡Sauna de eternidad! ¿Audrey yo? Un imposible. ¿Como podría él tratar de moldearme a mí?, con sus manos enérgicas, ay mijá... ¡A estas alturas! ¿Será capaz? Ni me lo quiero imaginar. Pero existe esa chiquilla y yo intuyo que lo tiene atarantado... El divino tesoro, ¿y yo?, ¿a veces llorando sin querer? No mijá, eso no va conmigo. Él me diría, repítelo mil veces. Él me dirá, quiero oírte cantando, oírme a mí cantando... The rain in Spain stays mainly in the plains. Ese papel tan Pigmaliónico, a él no le cuadra... Yo le diría, direin inspein steismainli indipleins, pero ni sueño con encarnar a la flaca Audrey, ¿por exceso de carnes? Está bien, no la encarno, ¡que ironía! Pero eso sí, yo juego limpio, un juego fair, no es un fairplace, chimeneas, donde fuego hubo, fair play, ¿cenizas quedan? Pero es fair el punto y yo una dama, como en el film. I could have dance all night... Lástima que él ha sido siempre un asco como pareja de baile. Es algo incuestionable, ¿bailando?, siempre fue lo peor, cualquiera en realidad lo haría mejor. ¿Cómo querer hacer de él un Gene Kelly?, ¡No juegue!, ¡Que singing in the rain ni que carrizo!... La verdad es que todo es un teatro y cada quien se la pasa actuando, aparentando, igual que los actores, como en las películas, como en las tablas... Vivir en esta fantasía y quizás la ficción es lo real y lo fingido es cada día más verdadero, cada quien es la protagonista de su propio destino, eso lo sé y yo voy a llegar hasta el final, poquito a poco hasta el final, y caerá el telón. Como si me estuviese dirigiendo el mismo Stanislavsky, como

si fuese yo Lee Strasberg tutelada por un Elia Kazán, yo se que soy una Kim Novack seductora, o como Marylin ante el gran Joshua Logan dirigiéndome en el set de Bus Stop, yo de pié, gigante Marylin, en una balsa, ante un río crecido, y yo cantando metida en mis bluyines... Across the river, the river of no return... Necesito un Fellini, un maestro que me lleve de la mano dirigiéndome, como a su piccola donna, la diminuta Giulietta Massina, sentirme yo como Cabiria en sus noches romanas para finalizar llena de amor y de felicidad... No como una Giulietta Gelsomina porque ya es suficiente con un sólo Zampanó, no me calo otro más. Tremendo director era Fellini y claro está, también en el actor está el secreto. ¡Anthony Queen de Zampanó!.. Que diferente en La Hora Veinticinco, ¡cuanto sufrir!, era con Virna Lisi, creo, otra catira...

Entonces fue cuando ella les vio acercándose y quiso incorporarse en la silla y en eso estaba cuando se le ocurrió pensar.

¿Y que hago yo pensando tonterías mientras ellos andan de su cuenta?, tal vez ahoritica mismo son capaces de tomarse de las manos, ya sólo faltaría que se escapasen juntos... ¿Estaré exagerando? Ya vamos a aclarar este asuntito. Hey, ven acá. Chist, psst, ¡hey!, si tú mijo, sí, ven acá. Si sólo un momento, acércate un instante...

BAJO EL CIELO DEL VENECIA

Nada nos gustaba tanto como escuchar el grito de Tarzán, verlo lanzarse al agua desde lo alto y al nadar, poder uno sumergirse en las profundidades, con Jane, ¡sí claro!, y la mona Chita en la orilla saltando, escuchabas su chillidos, mientras el caimán daba coletazos y se percibía el gemido estridente, vibrante como una trompeta, el aullido de los elefantes, cientos de ellos, avanzaban levantando un polvo, paso a paso dirigiéndose bamboleantes hacia el cementerio donde todos iban a morir, en el sitio aquel, en la caverna repleta de colmillos de marfil. La oscuridad era total en la cueva, plena de estalactitas, estaba refrigerada y eso era por el aire acondicionado, el único, el del “Victoria”, el primero con aire acondicionado, por allá, en la calle Derecha, con sus puertas acolchadas de rojo brillante, con estalagmitas que uno imaginaba reflejadas en los ojos de buey dorados que adornaban las puertas, y dentro en la oscura caverna de los sueños, ese denso olor a humedad fría con sabor de chicle de fruta que vuelve, regresa y nos transporta hasta las calderas del planeta Mongo, paleando pavesas en blanco y negro, Buck Rogers y sus amigos prisioneros del terrible Ming, y nos lleva a las series de Tarzán, ¿y a las del Fantasma? Ah, las del Capitán Marvel... ¡Shazam! ¿Y las de Robin Hood?... Todas eran... ¡machetísimas! El cine “Victoria”, de la calle Ciencias, frente al edificio gris del orfanato, el de las monjitas, era incomparable, único, pero fue en el cine “Landia” en la época cuando era gallinero, donde las series terminaron en transformarse para todos casi en una obsesión. Desde la casa se oía la marcha que avisaba el comienzo de los noticieros y luego el timbre que indicaba el inicio de la película. Uno estaba al día, enterado de estrenos y de reposiciones. En el patio del “Cinelandia”, cada cual acomodaba su silla de tablitas a su antojo. Arriba en el cielo siempre se veían las estrellas y si había luna no se podía, o no se debía, orinar desde el balcón,

porque lo podía cachear a uno el policía. Diagonal con American Bar, en las esquinas de Cinco de Julio y Bella Vista, bajo un cielo tachonado de estrellitas con una lucecita central, estaba el “Estrella”, la mitad del cine, como todos, estaba al descampado... ¡Ah!, cuantas noches cálidas con una hemorragia de estrellas en lo alto, y desde temprano, a buscar la Osa Mayor o el parpadeo rojizo de Marte, casi nunca Venus, siempre andaba bajito el brillante lucero, todo aquello antes de que comenzara la función... También tenía dos máquinas de refrescos, una a cada lado del telón y las sillas eran de madera con listones, más incómodas que el siruyo, y había que ver como llovían las botellas cuando se cortaba la película! Fue en el “Estrella” donde conocí a la hija del Corsario Negro y al Capitán Blood a quien le decíamos Blud, años después fue cuando supe que él era Errol Flyn, y es que, para aquellos días, no sabíamos mucho, pero eso sí, todos queríamos ser piratas y nos la pasábamos hablando sobre Henry Morgan y El Olonés, y gritando, ¡al abordaje hijos del mar!, y soñando con cañonear a Gibraltar para luego asilarnos en la isla Tortuga... En realidad, fue varios años más tarde cuando el “Estrella” adquirió mayor prestigio, después de la famosa oportunidad del escándalo y de la poblada, un verdadero motín el que se produjo cuando en un delirio frenético, al show en vivo se le fueron las luces!, y el público, con el apagón, atacó a la Tongolele, y en aquel relajo que se formó, un rebullicio total, antes de destruir el cine por completo, los asistentes cuentan que la agarraron por donde quiera, se dieron el gusto los adoradores de la sacerdotisa del mechón blanco... Nosotros disfrutábamos con las historias del desorden del “Estrella” por las crónicas leídas en el Panorama, o las inventadas por algunos de los amigos más atrevidos, y lo demás lo dejábamos a la imaginación de cada cual. No era lo mismo el “Paraíso”, por el contrario, el “Paraíso, para empezar estaba más lejos que el cipote viejo, y por eso era bueno tan solo si uno podía irse a pie, desde la casa, caminábamos por la Cinco de Julio o por la Doctor Portillo,

el cine era elegantón, estaba en Las Delicias, ¡que menguao de lejos era!, y en realidad era un cine para niños, mejor para matiné con vespertina, especial para un “festival infantil”. A pesar de todas esas cosas, nada era comparable con el “Venecia”. Siempre recalábamos en nuestro “Venecia”, el de la cañada atrás, y el último paga, ¿y yo?, nojó, yo no los conozco, y a correr tocan, a esmachetarse, dispérsense, a esmondíngarse que van a prender las luces, y uno tenía que escaparse saltando por la ventanita del baño. El “Venecia” de la nouvelle vague y del neorrealismo italiano, el “Venecia” de Fernadel, de Totó y del increíble Fanfán La Tulipe, simpático espadachín para imitarlo luego, ¡en guardia!, y arremeter con el florete como un Scaramouche cualquiera, y... ¿como te digo?, es que todo aquello sucedía varias veces a la semana, ocurría en blanco y negro, bajo las estrellas, en las calurosas noches marabinas. Es que, ¡vos te tenéis que acordar de esa época!, era cuando jugábamos a Tarzán, con la casa de tablas montada en lo alto del pino, imagínate vos, tenéis que recordar como queríamos estar arriba todo el santo día y que ni siquiera queríamos bajar a comer. Así vivíamos, de rama en rama, en las matas, del almendrón pasábamos a la de guásimos, y a la de nísperos que tenía demasiadas ramas, como el rey de los monos, a menos, ¡claro está!, a menos que a uno lo enviaran a cumplir alguna misión, solamente así se descolgaba uno desde la casa en el pino, por los bejucos y ponía pie en tierra, mas nadie bajaba, solo uno, y cuando se daba el caso, había que ver lo que era atravesar la espesa manigua de grama, alta, verde, para verle la cara, avanzar, palmo a palmo, evadiendo animales feroces, rapaces, rastrosos, gateando y claro, también a los humanos, escondiéndose hasta sentir que ya se podía levantar la cabeza y avanzar y buscar el arroyuelo, había que llevarles un poco de agua, y uno llegaba al sitio, casi siempre emergiendo de una manguera rota o de un tubo sin manguera goteando, fluyendo el precioso líquido, y al llegar, las libélulas siempre estaban danzando en el aire y las

veías y entonces comprendías como era todo, y es que cuando la grama se te pega en la cara, contra la tierra mojada, en ese momento es cuando te encontráis con los grillos verdes, y ellos se quedan mirándote, y entonces saltan, altísimo... En lo alto del pino, Tarzán, Boy y Chita te esperan, siguen ahí, continúan columpiándose, como en el cine... Creo que fue “Con el Diablo en el cuerpo”, sí, estoy casi seguro de que ese era el nombre de la película, “Le diable au corps”, cuando la ví en el “Venecia”, y desde ese instante, pienso que fue cuando comencé a querer al cine francés. Era un drama de comienzos de los años cuarenta, con una impecable actuación de Gérard Philipe, en blanco y negro, la pantalla era cuadrada, se veía ridículamente chiquita al lado del telón cinemascópico, el director era Claude Autant—Lara y la actriz, una jovencita, Micheline Presle, a mí me impresionó el drama y la fotografía. Unos días después nos tocó ver “Rififi entre los hombres” de Jules Dassin con el actor Jean Servais, la secuencia del robo, todos en silencio, duraba casi media hora, que jaiba tan buena, ¡machetísima!, los automóviles con su trompa larga, los efectos del blanco y negro se afianzaban en la temática tajante, rápida, cruda pero llena de un sentido tan humano que me impresionó. Era algo nuevo. Traté de explicarles, y creo que comencé a entender mejor el sentido de aquel cine, en francés, a entender el francés, y a percibir algo en esa cinematografía, tan diferente al cine gringo de los cincuenta. Así que poco a poco, fui tomándole el pulso y cada vez más y más, fui aficionándome al cine francés. Conocí poco a poco a los actores, el nombre de los directores, eso era importante, eran gentes de quienes antes nunca había oído hablar, pero me impresionaba saber de Jean Renoir quien era un señor ya mayor, Jan Luc Godard era genial y saber que Rene Clement y Rene Clair eran dos Renés diferentes, Alan Resnais, Claude Chabrol, Francois Truffat y Louis Malle, y entre ellos, moviéndose entre estos nombres... ¡aparecían tantos personajes!, inolvidables caracterizaciones, cada uno con su estilo, tan particular, cada pelícu-

la para un papel brillantemente interpretado, Jean Gabin, Jean Pierre Aumont, Jean Marais, Jean Paul Belmondo y entre tantos Jeanes, pues Jeanne Moreau, el gesto de su boca inolvidable!, y como olvidar los ojos rutilantes de Michele Morgan? ¿Te acordáis cuando vimos “El salario del miedo”?, con aquellos camiones cargados de nitroglicerina conducidos por Ives Montand y por otro actor de quien no me acuerdo, a través de polvorientas carreteras y de tremendos precipicios, entonces si me creyeron mis amigos, la cosa valía la pena, y me acompañaron, y volvimos a verla de nuevo, y así fue como todos nos transformamos en fanáticos del suspenso del cine francés, y acuñamos la frase, “final de cine francés” para todo aquello que resultase absurdo e imprevisto. Después vino la película famosa del director Cluzot, el tipo se botó, se transformó en un reto, había que verla, y luego un compromiso para todos, regresar, pues no había como “Las diabólicas”, y pasamos noches de terror porque después de la película no podíamos dormir pensando en la maldad de Simone Signoret y en la cara del hombre aquel sumergido en la bañera, cuando abría los ojos, coño!, esos ojos no nos dejaban conciliar el sueño, y unos cuantos, después echándonolas de duros, tirándosela uno de queso duro y ni a cuajaita llegaba, pero después nos atrevíamos y volvíamos a verla, regresábamos al Venecia para de nuevo sentir el nudo en la garganta, el embrujo de aquel suspenso, el del cine francés. Aquello era el non plus ultra, o mejor, dicho, era como aprendimos a decir con el lenguaje de las películas, era ¡la cream de la merde!, y todo por una bagatela, un cine fantástico que solo se podía ver desde las sillas del Venecia, bajo las estrellas marabinas. ¿Te acordáis de lo que llamábamos nosotros, los juegos peligrosos?... Con ese nombre de película francesa, les jeux interdits, decíamos, “se arriesgan la vida solo por complacer al público”, y hacíamos de trapevistas, de equilibristas y éramos bastante buenos en la cuerda floja, aprendimos a caminar por los cordeles como monos, desde el árbol de Tarzán nos pasábamos a los trapecios y en

ellos volábamos y espitaos después de la voltereta, caíamos de pie... ¿y en las argollas cuando nos descoyuntábamos?, y en la barra fija, girábamos sin parar, dábamos vueltas para salir por el aire y caer siempre de pie. También era arriesgado tener que escapar de los incendios. Cuando la escalera ardía y uno estaba allá arriba, se tragaba el humo hereje y las ramas y los papeles estaban ardiendo con kerosene o con gasolina, creaban una cortina de fuego, chamuscándole a uno hasta las pestañas, entonces hacían su aparición los bomberos, todos venían en pata y aullando como sirenas y portando una escalera y un balde de agua cada uno. La diversión era de película y residía en el peligro, como cuando corríamos ante el jardinero quien blandía su machete como un energúmeno al salir gateando de aquellos fosos de más de un metro de profundidad, llenos de agua y barro pero solapadamente cubiertos con un periódico, arenita y hasta grama, para simular la trampa y el esperar allí, cerca, detrás de las cayenas, hasta oír el grito y después a correr como locos, aterrorizados como si estuviésemos bajo la magia de Cluzot... ¡Cuántas cosas! Vos, por casualidad, ¿te acordaréis de la mirada de María Schell?, vos tal vez no, pero yo sí, y es que, era tan dulce la expresión en aquellos ojos claros, en blanco y negro, cuando hacía el papel de cojita, Gervaise, en una hermosa película de Renè Clement, era como ver todo lo descrito por Zolá en una paleta impresionista y lo más impresionante era, ¿como te digo?, era que a pesar del blanco y negro, las lavanderas tenían más colores que las de Degas y el vapor en el ambiente brillaba girando como el humo en la estación de San Lázaro de Monet, y las callecitas de los bajos fondos de Paris, parecían pintadas por Camille Pissaro, y no importaba para nada la sordidez de las escenas de Casque d’or ante la joven y succulenta Simone Signoret, o la pobreza y los olores que brotarían bajo los techos y chimeneas de tantas oscuras buhardillas, aquellas donde se desarrollaban los grandes dramas de amor, como la tragedia del mismo Zolá, la impresionante Teresa Raquin, con Raf Vallone y

también con Simone Signoret, dramáticamente humana, terriblemente real, allá, hace más años que el cimborrio y con un puñado de estrellas titilando sobre nosotros, bajo el cielo del Venecia.

CONCIERTO DE CINE

Oyendo las notas del piano interpretadas por su sobrina, ella suspiró recordando los lejanos días de su juventud, cuando empezaba a estudiar Medicina y su padre había llevado a la casa un gran televisor. Estaba la tele comenzando en el país, la pantalla era en blanco y negro y todo el santo día en su casa se la pasaban mirando los programas de la capital, las canciones de moda, vecinos y familiares querían ver a las cantantes en el show de las doce del mediodía, el del Señor Saume, y ni que decir de las películas en las noches, o las películas ya en la madrugada, después de terminar el estudio en los gruesos textos de Anatomía, allí en la oscuridad, parpadeante, siempre estaba la tele...

Entonces me hice aficionada al cine argentino, eran mis favoritas, me quedaba viendo las películas aquellas, hasta muy tarde, reconocía a Catita por su inconfundible acento, los gestos del viejito Serrano, Hugo del Carril, Gardel cantando “sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando”, reía con Luis Sandrini y me emocionaba con la voz de la novia de América, linda y joven aparecía Libertad Lamarque con aquello de, “déjame no quiero que me toques no quiero que me beses me tortura tu presencia”.... El cine sureño me encantaba, y quizá, pienso yo ahora, tenía que ver con el dominio que ejercían en él las catiras, como yo. Rubias platinadas, altas, elegantes, en trajes de seda, largos, con sus cabelleras peinadas en una onda ascendente, rodeadas de caballeros apuestos siempre de frack... ¿Porqué será que pienso en Marilyn y la veo en “Los caballeros las prefieren rubias?”... Rememoraba sobre el cine argentino, y a pesar de que mi sobrina ahora lo que interpreta es un claro de luna, no se si Chopin o Debussy, pero, ¡que risa!, lo me suena en la cabeza es otra melodía... “A las once por Florida muy bien vestida, pasa Isabel, su silueta distinguida es preferida como la miel”... Allá va la catirita, la “porteña bonita, figura exquisita de

gracia sin par, la gente la admira, murmura y se agita al verla pasar". Isabelita, como la que suplantó a Evita. "¡No hay hombre que al mirarla, no se detenga a contemplarla..." ¡Que impresión! ¡Que de años hace!, y la vida, y las modas, han pasado pero siempre las rubias con los bucles hacia arriba o de lado a lo Grace Kelly, las catiras, imponemos la moda. Suben y bajan las faldas, hasta los tobillos, se usaron y regresan los vestidos floreados con hombreras, vuelven las plataformas, poco falta para que aparezcan de nuevo los armadores, pero lo que somos las rubias, siempre estamos dando la hora. ¡Hasta en el cine mexicano dominado por María Félix hubo rubias! Allí estaba Silvia Pinal, la Viridiana de Buñuel...

El Cine Landia era especial para ver las películas mexicanas. Desde la casa se escuchaba el timbre anunciando cuando ya iba a iniciarse la función y oíamos la música y el griterío, cada vez que se cortaba la película, se podía oír clarito el escándalo porque no tenía techo. Si, el Landia fue el primer cine que conocimos, fuimos con papaito a ver "Romeo y Julieta" y recuerdo que me impresionó tanto, lo de la muerte por amor de Leslie Howard y el cementerio y los frailes, en blanco y negro, ¡claro está!, pero fue tanta la emoción de nosotras que esa noche dormimos todas las tres hermanas en la cama con mamaita. Fue también en el Landia donde vi a "Casablanca", no tenía yo ni doce años, pero como ya me había desarrollado, era una catira corpulenta y me dejaron pasar con mis dos hermanas mayores y mi tía Mercedes. Durante años fui Ingrid Bergman, esto nadie lo supo, cosas mías, pero siempre había un Humphrey Bogart imaginario. Después pasé a ser Juana de Arco dentro de una armadura azul, flechada en un hombro o postrada ante su majestad el rey José Ferrer y luego reviviría con Gary Cooper las aventuras de Heminway entre los riscos de España sin saber exactamente por quien doblaban las campanas. Pero la melodía de "Casablanca" nunca dejó de sonar en mis oídos, casi desde niña, por eso cuando vi "Stromboli", con el Vesubio lejano, y supe del escándalo de Rosellini, y

en el Colegio comenzaron a hablar muy mal de la sueca, entendí que ella estaba vetada para todas, y sin embargo yo no dejé de admirarla... Éramos Bergman and Bogart, mejor que Bogart and Hemburn, también fue en el Cine-landia donde los pude ver por primera vez como pareja, metidos en un manglar, en el "Reina Africana", él lleno de sanguijuelas que se le pegaban como corronchos en la espalda, y ella flaca como una espátula, con sus crespi-
tos rojos y más pecas que un huevo de chocorocoy. De nuevo regresó en el piano mi sobrina, ahora sí, interpreta la melodía de Casablanca, sabe que es una de mis favoritas, quizá por eso me parece ver a Peter Lorre con sus ojos saltones diciéndole a Ingrid, no hay nada que hacer, él no regresará...

Bogart and Bergman, ¡que de cosas! ¿Bogart and Bacall? La flaca Laureen con su mirada oblicua, sería su verdadera mujer, pero yo no sé si sería por celos, pero siempre la sentí como una patada. Gringa esperpéntica, ella me caía tan mal como la Dorothy Mc Guire del cinemascopio, con todo y su Fontana de Trevi, o como la Juliette Greco con la barriga pelada, sus pantalones de bota ancha y luces estroboscópicas girando en un ambiente lleno de humo, y ella con su voz ronca, cavernosa. Todas tienen un común denominador, son flacas, ¡todas! Como las dos Hemburn, Audrey desayunando en Tiffany bajo una lámpara Chipendale, y la otra, la Katherine, la puedo ver de rojo, ¡disfrazada de Eleonor de Aquitania!, pero ¿como voy a dejar por fuera a Julie Harris?, entre violetas y jazmines, gimoteando bajo un árbol llorón, encima de James Dean, always a rebel without a cause, el Abel de "Al Este del Paraíso", ¿o era acaso Caín?... Si no hubiese sido por la dirección de Elia Kazán, la novela de Steinbeck, tan pesada, nunca hubiese sido tan famosa. Cosas del cine. ¿Qué me dirá mi sobrina si le comento ese ejemplo del cine promoviendo la literatura? ¿Estaré enloqueciendo? No hay locos en mi familia... "Hojas de otoño". Pensar en estas cosas en este momento es como padecer de una crisis esquizofrénica, como las que pro-

vocaba el LSD... Lo usaban en Berkely... ¡Oh la California de Warren Beatty!, el hermanito de Shirley Mac Laine... ¿Qué pasó con él y conmigo? Pura química, desde su primera película, la de Elia Kazán con Natalie Wood, "Splendor on the grass", ¡como sufrí con aquel dramón sureño! Estaba para la época terminando de estudiar Medicina, lo recuerdo, y me fascinó el tema de la locura y aquel amor de Warren, esplendoroso y sobre la verde hierba. Ese querer lo derivé hacia la psiquiatría... No era la primera vez, ya unos años antes con Joan Crawford en blanco y negro, en aquella inolvidable película de Robert Altman, quizás también influyó la música, sin duda... Es esto lo que todavía teclea mi sobrina, aquella canción... "Con que pasión, me acariciabas, con cuanto amor te acaricié"... "Cuanto me amabas, que triste fue nuestro querer, pero un viento gris"... "Autumn leaves", si ese era el nombre, y la locura, sí... Yo estaré sola, seré una mujer madura, rubia y corpulenta, gorda no, hermosa, pero nunca loca, ni viuda... ¡Viuda no!... Estaré asediada, atacada, perseguida quizás por las miradas y las lenguas de los hombres, o por las lenguas viperinas de las mujeres, envidiosas, yo en boca de todas ellas, contra toda una manada que se interponga, todas las que se atrevan, que vengan, jajaja, como un cardumen, una turba de mujeres furiosas, chismosas, que lleguen ellas graznando, si así quieren, como los pájaros de Hitchcock, como aves agoreras, como en el film de Kazantzakis el griego, las viejas vestidas de negro destrozándolo todo... Es que es lo que interpreta ahora ella en el piano, es la melodía de Zorba... El griego, Zorba sí, y yo, ¿seré Irene Pappas?, yo quien sólo estaba buscando mi cabra perdida, bajo el aguacero y los hombres en la puerta mirándome, deseándome y el chaparrón cayendo, y ellos extasiados deseándome, quisieran poseerme, pero yo soy Irene, viuda, ahora sí, viuda pero imponente, y les miro altiva, y los desprecio a todos... ¿Yo Irene Pappas?, ¿con esta papada?, ¿con este aspecto mío de rubia regordeta? No se puede. Irene es angulosa, de grandes ojos negros, con cara de pepa de

mango, yo no... Debo aceptar que soy una gorda papuja, ¿quizás deba tomar el papel de Bubulina?, la vieja gorda que suspiraba añorando el perfume del pasado. Pero... ¿Donde iba yo a conocer a cuatro viejos almirantes que bebiesen champaña en mi bañera?... Ay no, el papel de Bubulina para mí sería degradante... ¿Qué suena ahora? ¿Una melodía italiana? Ah, "torna a Sorrento"... ¡Oh Marcelo! Marcelo Mastroianni, con Federico Fellini dirigiendo a la rubia Anita Ekberg en La Dolce Vita, Anita repartiendo leche, "la latte", llueve... La inglesa Diana Dors también tenía sus dotes encantadoras, ¿y Doris Day?, todos los suéteres de mi juventud, los "pijama games", medias tobilleras con sus mocasines, y Doris... ¿Sobreviviría a la mastectomía?... ¡Oh, casi olvidaba a Lana Turner! Vestida de seda negra, tan elegante y refinada, no tan suave como Eleanor Parker, una divina diva, aunque fuese casi de la época de Virginia Mayo. La Parker en la marabunta... Ese bachaquero comiéndoselo todo y ella allí, envuelta en Opium o quizás en LouLou de Cacharell, ante el Moisés, Ben Hur o el comandante astronauta del planeta de los simios, el joven Charlton Heston con su sonrisa imperecedera, una dentadura perfecta, sonrisa pepsodent, tan sólo comparable con la de Burt Lancaster, el pirata hidalgo, el gatopardo, se ha puesto viejo, con los años, ahora ha quedado para extasiarse mirando a Susan Sarandon mientras ella se lava los senos con jugo de limón desde una ventana indiscreta en Atlantic City, ¡viejo verde! Terminó el concierto, mi sobrina está cerrando el piano, y ahora ya casi es medianoche, creo que tendremos que irnos a dormir...

TRÍPTICO DE LA NOSTALGIA



HISTORIA SAGRADA

Las láminas estaban dibujadas cuidadosamente e iluminadas por colores intensos. Aquel rollo de papel brillante era interminable y lo hacían girar las dos monjitas con una lentitud exasperante. Ellas nos iban mostrando la tentación de Adán y Eva, siempre desnudos pero ocultos detrás de unas ramas con grandes hojas. Vuelta y vuelta y en el tronco nudoso del árbol gigantesco estaba allí presente la serpiente, gruesa, negra, con vetas amarillas y los ojitos rojos, muy brillantes, con destellos de fuego. Vuelta y vuelta, se enrollaba la culebra aquella en la mata y luego, aparecía Adán con la manzana. Después daba una nueva vuelta, venía mordiéndola, roja y turgente y ese mordisco al instante provocaba los comentarios de la Madre Superiora, sus serias advertencias sobre el terrible pecado de la desobediencia. Luego giraba el rollo nuevamente y venía el ángel con sus alas rosadas y plumosas, tenía una espada de fuego en la diestra y vuelta y vuelta, les señalaba el camino de salida del Paraíso. Era algo impresionante, el entender con una claridad pasmosa, a los cinco años, lo terrible del pecado de la desobediencia. Tan solo un par de días después, pletórico de incontenible energía, brincaba sobre los pupitres y de inmediato, la sobrecogedora sensación aquella, como una cachetada, tan solo provocada por el huesudo y largo dedo de la Madre Superiora señalando mi frente, recordándome el pecado de Adán y la serpiente. Si la desobediencia es cosa mala, pero que iba yo a hacerle? Transcurrirían los días y otra vez un arrebató de energía, alegría rebotante, genuina furia, incontrolable, arremetiendo contra mi paliducho compañero de pupitre, él con sus siete años, se atrevió, que osadía!, a quitarme mi lápiz, después del empujón y al verlo allí tirado, patas arriba, debajo de las sillas, be-reando como un chivo, nuevamente sonreí triunfante, un instante después el huesudo dedo de marfil me señalaba. ¡Que mala es la desobediencia! Otra vez, era muy ne-

cesario un escarmiento. Entonces fui conducido a rastras hasta el cuarto oscuro, el foso bajo el escenario, entre máscaras, escobas y cientos de misteriosos harapos y rastros, allí quedé, tumbado. Podía, sin duda, presentir el caminar de las arañas, el riquichiqui de las cucarachas, ruñentes incisivos de las ratas, siseo de víboras reptando, y con seguridad se acercarían gordotas y peludas las tarántulas. El forcejeo fue grande, con gritos y cientos de patadas para llorar al fin ya sin remedio, entre tantas fantasmas, con el horror de poseer aquel estigma, estaba señalado por ser un niño malo. En la penumbra repleta de medrosas sombras, respirando el aliento de brujas verrugosas, yo acurrucado, niño desobediente!, y asimilar la situación, exactamente como les ocurriera a Adán y a Eva, la espada fue aquel huesudo dedo que me expulsó a la oscuridad. Arriba los telones coloreados, abajo yo, en el escenario, en un teatro que rebosaba cachivaches, en mis cinco años lloré enfrentando espectros y fieras alimañas, muecas grotescas me hacían entre las sombras algunos diablos. ¿Minutos u horas? ¿Quién podría adivinarlo? Duró hasta que el Colegio entero no pudo soportar mis alaridos. Después, con el fluir del chorro de la vida, pasaron unos días y yo sobreviví. Volvió a girar el rollo, y me gustó bastante saber como era el mundo antes del diluvio, ver a Noé con su gran barba, siempre risueño, rodeado de animales, y llovía a cántaros y era como cuando nos quedábamos en la casa, sin que valieran los conjuros a San Isidro Labrador, vencido por La Virgen de la Cueva. Cuando escampaba, y nos obligaban a regresar a la escuela, en el rollo se nos aparecía Caín con la quijada de burro en una mano. Vuelta y vuelta, las miradas de todos giraban convergiendo sobre mi pequeña humanidad. Había querido la maldita casualidad que el flacu-chento, bobalicón y catirrucio idiota, a quién con los años bautizaríamos con el mote de Pavoahorcado, se llamara nada menos que Abel, el condenado!, y de nuevo a la carga, el pecado y la lección in vivo, allí, patente, un engendro del mal. Era una sabandija más, y yo consideraba

seriamente el asunto y le veía sentido al regresar a pie por las calles del centro, iba con mi hermano mayor, conducidos de vuelta a casa por un empleado del negocio de mi padre, Aponte era su apellido, larguilucho y desgali-chado, me tomaba de su mano y yo me imaginaba rodeado de serpientes, se desprendían horrendos gárgolas desde el más alto campanario, el del convento, y desde la torre de Santa Lucía, de Santa Bárbara también, ellos bajaban, veloces, como flechas, con alas de murciélago, descendían rasantes, decididos estaban a enseñorearse en mi, tierna semilla de maldad. Tal vez la culpa residía en aquel remolino en mi cabeza, verticilios de pelo entrecruzados en la coronilla, producto de la luna, o quizás de algún gnomo maléfico, uno de los lucífugos esbirros de Luzbel, o menos serio, puede que fuese algún diablillo de menor jerarquía, no necesariamente Lucifer, un diablito pequeño, mas no por eso ajeno a mis temores infantiles, tal vez un gnomo bien simpático, un habitante de los tupidos bosques, de esos plenos de zarzas que llegan hasta el foso de los castillos, hasta el límite del agua burbujeante donde cualquiera puede ver patas arriba reflejadas las torres y almenares, siempre cubiertas de espesa hiedra que asciende hasta los ventanales de la fortaleza, y tras las rocas negras, los dragones!, con sus siete cabezas, eternamente vigilantes y bien sabía yo que todo se debía al encantamiento de las hadas maléficas!, las brujas que te aturden al levantar su vuelo, chillando a carcajadas, cuando se van en sus escobillones sobre los techos de las casas, con sombrero picudo sus medias de rayas, tan diferentes a las hadas madrinas, las buenas, transparentes. Parece ser que existen algunos dragones protectores, ellos son como las iguanas, largos verdosos, con escamas y una barriguita prominente, lanzan su fuego sin calor de hoguera, nunca como las llamas de aquel purgatorio!, al del rollo me refiero yo, ellos, los dragoncitos, si, emiten simples fogonazos y un breve eructo humeante de dragón buenazo, en ocasiones más chiflado que bonachón, deja salir una llamita fucsia, medio verdosa y ríe. En

el rollo, dándole vuelta y vuelta, siempre llegábamos, casi al final, afortunadamente, a las chisporroteantes escenas del colorido purgatorio. Girando, se asomaban los hombres y las mujeres, retorcidos por un dolor terrible, todos llorando, mientras se iban quemando, consumiéndose en aquel candelero para purgar los pecados, los de ellos y los de nosotros!, muy coloreados todos en el rollo, cuadro tras cuadro, brillante el rollo vuelta y vuelta de la historia sagrada! Temores serios?, si señor, pocas veces a esa edad tan temprana se resuelve el asunto del génesis, y a pesar de Goliat y Sansón y Dalila, las preguntas acosan y preocupan, pero no hay problemas, sobretodo si se cumple el axioma, aquel que asevera que muchacho no es gente, casi nunca... Puede que si, en las noches, cuando la suave voz de mi madre me echaba cuentos, o era Eloisa?, si, creo que era ella, la jovencita de la crineja gruesa quien me cuidaba y me contaba sus mejores historias, los cuentos de su tierra, sobre espantos y los aparecidos. Eló quien se extasiaba en las evocaciones de su niñez, preñada de recuerdos lejanos, entremezclados con las oscuras tradiciones de pueblitos andinos, con el nublado descendiendo, en tardes grises, lluviosas y muy frías, difuminadas en mi mente infantil, mientras Eló me murmuraba y yo le repetía, a veces mentalmente, con San Vicente mi pariente, él alante y yo atrás de él, estando yo con mi Dios, que me puede suceder. Los ojitos de niño van rondando entre las sombras del cuarto, ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día y él allí, de pie, entre la cama y la pared, guárdame en tus alas... Pesa el cansancio y otro bostezo... Los párpados son de puro plomo y la mano se abre poco a poco y cae la pelota al suelo y se va rodando sobre el piso y ahora llegará todo, envuelto en la oscuridad de los sueños y afortunadamente se olvidará...

VIENA DE NOCHE

Al descender por la escalera del hotel me encuentro con mis probables compañeros de la gira nocturna. Una pareja de ancianos y nueve mujeres de edades indefinidas, increíblemente feas, indudablemente mexicanas, lo deduzco por sus cuchicheos e inocentemente pienso. Seguramente son de una escuela, maestras o egresadas de una promoción especial, tal vez el grupo de las feas fueron premiadas y están aquí, paseando, tan lejos de su patria y parloteando, platicando como le dicen ellas, hasta por los codos. Así pensé cuando casi sin preguntarnos nos meten rápidamente en un “autobússete” y nos llevan dando bandazos al sitio de reunión, el lugar de concentración para los turistas, un campo, ¿de concentración?, donde una decena de grandes autobuses nos esperan, y yo me introduzco en uno de ellos para escuchar lo que dice el guía, un flaco desleído quien informa presto por su parlante cual será el idioma que usará en el recorrido nocturno. Llámelo usted “night—tour” si quiere, pero él hablará en holandés y ya me largaba del sitio cuando, claro está, también habló en español. Una ola de gringos con típica apariencia de turistas procedió a descender entonces precipitadamente del bus, seguidamente viene otra ola, pero de japoneses tropezándose entre ellos, con cámaras fotográficas y maletines azules, primero entraron y de nuevo, ahora van descendiendo. Contracorriente ascienden tres jovencitas, evidentemente españolas, pues se les ve llenas de salero y percibo un dejo madrileño en el hablar, entran riéndose, y se han ubicado detrás de mi asiento. Entonces capto una entonación andaluza en la voz de una de ellas y recuerdo al gato Jins, el de las comiquitas de la tele, y ¡que bien!, me digo. Pues dale que te pego, dice una de ellas y ¡con un tono andaluuú! Comprendo al punto que las niñas se han creído que soy del equipo holandés y se han puesto a decí la mar de tonteras, mil locuras con un revoloteo risueño y agitado

que percibo detrás de mi asiento... Ozú MariCarmen que pa mí, que hasta el Esperanto habla este tío. ¿Que te has creído tú, andá, ¿Qué no le ves? ¡Que es de Holanda hija! Que sí, pero... ¿Que tal si nos está entendiendo? ¡Ay Pili, que yo me muero de la vergüenza! Tranquilamente yo pongo cara de estúpido y volteo con una mirada perdida mientras reviso la mercancía. “Artículos para caballeros”. Eso llega a mi mente mientras escucho, ¿Os fijáis que es majo el holandés? ¡Que te escucha mujé! ¡Que para mí, este tarao no entiende ni la ache! Es como si fuera sordo y mudo, te lo repito yo Maria José, ¡es un pringao!

El autobús se detiene frente a un restaurante húngaro. Esta será la primera parada de la noche, dice el guía. Descendemos y a tropezones nos colamos entre las mesas y entre las notas dulces de violines y entre gentes vestidas como gitanos, nos movemos en un recinto de aspecto austero con grandes arcos encalados y vigas de madera negra que sostienen el techo. Sobre las mesas con manteles rojos, colocan platos de sopa. Es un caldo humeante. Atisbo y me digo que solo son fideos con pollo, y se me antoja pensar en el difunto pollo, debió darse un baño de pasada en aquella agua, tal vez se restregó con un cubito de caldo concentrado. Me siento en un puesto al azar, ando como distraído, todavía sin hablar con nadie y noto un instante después que estoy en una mesa ante una pareja que me parecen holandeses, pero al final terminarán resultando portugueses. No les entiendo lo que cuchichean, por más que intento captar su jerigonza, repito para mí, ¡ni papa!. Ante mí se sienta un joven rubio. Este sin duda es holandés. Todos nos curioseamos en silencio. Los cuatro debemos tener ¡una cara de estúpidos! La parejita cuchichea, se miran y sonríen. ¿Qué cosas se estarán diciendo entre ellos? Miro al catire de frente y se me ocurre que igual, él pensará de mí, e imagino mi cara de imbécil, allí sentado, sin cruzar palabra. ¡Que estupidez! Eso me digo y me pregunto a mi mismo, como para darme ánimos. ¿Que tal? ¿Y si no me da la gana de abrir la boca? Después acepto que debe ser todo el producto

de esta incurable timidez, tan mía... Las mexicanas en la mesa vecina cantan “cielito lindo”. Los violines zíngaros gimen y lloran. Las tres españolitas le han caído como moscas a un catire gigantón que no habla una papa de español e intenta hacerse entender en un inglés chapuceado que ellas tampoco parecen comprender. Torre de Babel, Arca de la Alianza, Puerta del Cielo... Después de un largo silencio post pollo húmedo y fideitos, nos levantan cual mansos corderos y sin emitir balidos, trotandito, regresamos al autobús. El vino blanco ha comenzado a actuar, me digo cuando veo que las españolitas se llevan al catire gigante hacia el asiento trasero. Si este tío de enfrente no fuese tan pelma, también nos lo agarrábamos Maripili. Oigo decir. ¡Ay como nos mira! Pienso que todo el asunto es anormal y me repito, ¡maldita timidez!

El autobús arranca y va girando y circunvalando en ascenso una gran oscura montaña. Vamos hacia Glizerling, una zona vinícola en lo alto de Viena. La noche es negra con un cielo estrellado. El autobús parece desenrollar un ovillo cuesta arriba, gira, cruza, asciende, tuerce y se retuerce hasta que al fin llegamos. En un caserón de paredes muy blancas y hay un gran patio cubierto de parras con grandes racimos de uvas colgando. Posiblemente es la casona de un gran viñedo, o un Club nocturno, ¿que sé yo? Los amplios ventanales muestran un prodigio de luces allá lejos. Es Viena, abajo, miles de lucecitas titilando y arriba las estrellas y los valeses de Strauss sonado todo el tiempo.

¡Tener a Viena a los pies! Bailan y bailan las parejas, tejiendo círculos concéntricos y cuando llegan al centro de la pista, como atraídos hacia un vórtice, se repelen y a la reversa, cadenciosamente regresan, creando nuevas ondas de música ondulante, hasta la periferia de la pista, siempre girando.

Hay vino en abundancia. Viena tiembla vuelta un enjambre de luciérnagas en la distancia. Me alejo del grupo, no veo más a las españolitas y a Dios gracias no diviso ni a una sola de las espantosas mexicanas.

Con una cierta desesperanza aguzo el oído buscando un prójimo que hable en cristiano. A mis espaldas escucho hablar en castellano. Una pareja de edad madura habla con un acento que me llena de curiosidad, me es familiar. Son panameños.

Han venido desde su tierra a conocer al novio de su hija. Saludo a la pareja de enamorados que les acompaña. Hay otra hija, le doy la mano, mucho gusto me dice, de momento no entiendo lo que me sucede, mas de pronto lo capto. Ella es. Es ella. La imagen de mis sueños de adolescente, reiterados. La conozco desde toda la vida. La miro deslumbrado, me sonrío, es ella, especie de Liz Taylor cuando joven. Está casada con un suizo y vive en Basilea, y tiene tres niñas, la menor de un año, la mayor tiene diez. Es ella, y yo la miro y no acabo de creerlo. ¡Sin duda alguna! Sus ojos grises de un azul verdoso con suaves tonos indigovioláceos. Su rostro fino, sus labios, su sonrisa. ¡Es ella! La de mis ensoñaciones cuando solo contaba los diez años, ella de mis amores locos de los diez a los quince, ella, la esperada, una imagen en mis sueños imberbes, pero sí, estoy muy seguro, es ella, la inefable. Mi Liz Taylor me mira y yo siento que me desnuda el alma. Me habla. Estoy embelesado. Ella me cuenta sobre los quanta de energía, es un tema que la tiene fascinada, tiene una teoría para poder viajar por las galaxias. Ella es lectora de “El Retorno de los Brujos”, devoradora de la obra de los lamas, del tibetano que inventó el Tercer Ojo, me dice ser fanática de Teilhard de Chardin. Su viejo padre nos interrumpe, me quiere hablar sobre Ciencias Políticas. A ella le interesa más la glándula pineal, la endocrinología, Don Gregorio Marañón, el tercer ojo de los tibetanos y el de los dinosaurios.

Les escucho, río, bebo vino, mis ojos no se separan de mi Liz Taylor, su mirada me confunde, ¿será quizás el vino?, sus palabras se escuchan claras, ¿como mis pensamientos? Giran los bailarines, suenan los vales, su mirada tan clara, brilla, al fin estamos ella y yo, frente a frente... Todo sucede en las vecindades de una zona

vinícola, creo que estamos en una típica taberna austriaca. Tajadas de salchichón y embutidos sobre el plato, con una jarra de vino para cada uno. No cese de escuchar a mi Liz Taylor. Es un intercambio apasionado de ideas que prefiero imaginar recíproco. Me dice al notar mis miradas de embeleso que ella es una señora, ya de cierta edad, insiste, me informa que una de sus hijas nació un veintidós de noviembre, ¡oh las coincidencias! ¿Para que sirven? ¿A que se deben? Pues no lo sé, ni me interesa pero siento como floto en el espacio sideral mientras estamos conversando. Me doy cuenta de que no sé su nombre verdadero, pero eso tampoco vale para nada, miro esos ojos, y es la mirada que me acompaña desde cuando dejé de ser un niño y se lo digo, por eso me eres tan familiar. ¿Como habrá de tomarlo? ¿Lo aceptará? Ella enmudece unos instantes. No es posible explicarlo. Hay cosas tan extrañas... Nos envuelve una irreal aura ambarina y hablo con todo el desenfado que me provoca el vino. Noche estrellada, llena de música naciendo de violines gitanos, uveros plenos de racimos crecen sobre nosotros. Creo decir las cosas sin saber con certeza de que hablamos, siento que estoy llegando al final de un camino previamente trazado, desde siempre, centurias, años luz, ¡he esperado tanto tiempo para encontrarla!, y ahora, somos los únicos habitantes del planeta, entre galaxias y nebulosas, flotamos suspendidos por luminosos quantas de energía radiante que nacen desde su mirada de un color indefinible.

Regresamos en el autobús. Las mexicanas cantan en coro, “ese lunar que tienes cielito lindo junto a la boca”... Las españolitas me han fulminado con la mirada al oírme hablando castellano y se han mudado a los asientos delanteros con su gigante holandés. “No se lo des a nadie, cielito lindo”... Ella está a mi lado. Estamos muy juntos. Respiro el mismo aire, me ilumina su mirada violeta. Súbitamente el autobús se ha detenido en una calle muy estrecha. Un auto rojo, descapotado ha chocado en una esquina, las cuatro ruedas están girando aún y la

gasolina se escapa sobre el pavimento. Luces rojas intermitentes y sirenas llenan la escena en un instante. Fuera del auto, hay una joven pálida de negros y ondulados cabellos, sangra por la boca y está manchando su vestido de noche que era blanco. Debajo del auto, se divisa el brazo del conductor que está aplastado por la máquina. Una laguna moaré se está formando con el gotear de la gasolina. Largos segundos, oscuridad, destellos rojos y azules y amarillos. Nosotros parecemos petrificados. Logro escuchar un murmullo de fondo. Los pasajeros del autobús se han abalanzado sobre las ventanillas. Mi Liz Taylor se me ha prendido del brazo y me lo estruja, percibo el calor de su respiración anhelante, me toma las manos, siento su cuerpo temblar como una hoja, gime, me mira a los ojos y me suplica que los ayude. Siento que debo hacer algo, al fin y al cabo, eso estudié, ¡soy médico! Mi sangre se revuelve. Sus ojos claros se humedecen. Chirrían los cauchos del autobús. El chofer grita unas palabrejas que no entiendo, me tropiezo intentando avanzar entre los pasajeros, gira el volante, el autobús cruza por un instante y la escena comienza a alejarse de nosotros. Escucho el ulular de las sirenas, las luces centelleantes van reduciendo su tamaño y desaparecen en el vidrio trasero.

Ella está sentada a mi lado, toma mis manos y cierra sus ojos para concentrar su energía vital, así seguramente ha de ayudarles en tan difícil trance. Todos regresan a sus puestos, Ella en silencio abre sus párpados sin soltar mis manos. Yo no sé que decirle. El viaje continuará y mientras tanto nosotros no cesaremos de mirarnos, en silencio. Ha llegado el momento de despedirnos, la gira ha concluido, los viejos panameños seguirán por un trecho, ella me explica, mañana volaré hasta Suiza, mi esposo me espera, en Basilea, antes del mediodía todos se irán volando, no más Viena. ¿Y yo? Hemos llegado a nuestro hotel, ellos me informan esto y se levantan, adiós, adiós, ¿qué hacer? Después el autobús siguió su curso y ya nada importaba para mí. Me encuentro

solo. El chofer me pide que descienda. Terminó todo. Los pasajeros ya se fueron. Estoy íngrimo y solo. Capto entonces que me encuentro al otro lado del ring. La una y treinta de la mañana y debo cruzar todo el centro de Viena para llegar hasta mi hotel. El vino y los recuerdos de la mirada azul magenta me transportan a través de la ciudad. Camino, corro, voy paso a paso, a ratos vuelo, sobrevuelo las torres de la iglesia de San Esteban, logro atisbar el brillo del Danubio a lo lejos, ondula y gira con los compases de Strauss, la música me lleva a través de las callejuelas del ring vienés, va resonando dentro de mi cabeza...

He despertado. El sol penetra a raudales por la ventana. Estoy en la habitación de mi hotel. Estaba soñando. ¿Tenía una pesadilla? Quiero repasar uno a uno los eventos de la noche anterior, la gira, ella, sí... ¿Cómo saber cuanto es verdad y cuanto es solo parte de un sueño? Me levanto rápidamente. Salgo a la calle sin desayunar. Regreso a pie, desandando paso a paso el ring, calle por calle. Ante la iglesia de San Esteban me niego a creer que por la noche sobrevolé sus altas torres, divisó el campanario, ojivas medievales. Sé que me llama. Es la mirada clara de la Liz Taylor de mi adolescencia, ella está en alguna parte de Viena y yo... No sé que hacer. Camino, troto, corro, me detengo, ¡ni tan siquiera sé su nombre! Son ya más de las once de la mañana. ¿Cuál puede ser su hotel? Todos los edificios se parecen. Cruzo la calle, me regreso, miro hacia arriba. ¿Será aquí? No... Otra vez el reloj. Son las once y cuarenta y cinco minutos. Sé que ella tiene que irse al aeropuerto, volará a Basilea... La gente en la calle me tropieza. Ahora es mediodía. Quiero llorar. Es una sensación de lo más extraña. He perdido algo irrecuperable. Estoy seguro. ¿Tal vez fue todo un sueño? Siento un sabor amargo y se me ocurre que no es muy lógico tomarse las cosas tan a pecho, pero... ¿Como evitar esa especie de angustia que me atenaza el cuello? Pensar que jamás he devolver a verla. Así, me veo, de regreso.

Deshecho, cabizbajo, deambulando por el mismo sendero, entre casas y gentes que ya no veo, no quiero saber de nada más ahora. ¿Por los destellos malva de su mirada clara? Ella trajo de nuevo hasta mí, lejanos sueños, de imberbe adolescente... ¿Era de veras ella, la de siempre, la de toda la vida y de otras vidas en el pasado? Ha desaparecido ahora... ¿Como saber hasta cuando?

ELOGIO A LAS LETRAS DE HISPANOAMÉRICA

Yo a veces me pregunto si tú sabrás en realidad quién es La Maga⁽¹⁾. Pienso que quizá si lo sabes, pero no obstante, puede que te haya ocurrido como a mí, ese instante de vivir la sensación de conocerla tanto que has llegado a quererla, casi a soñar con ella. No sé si habrás notado, como yo, ese descuido suyo, si has logrado percibir su olor, captar su desenfado, despiste, desparpajo, desgano alternando con oleadas de amor concentrado, ese tanto—todo que te dice en silencio su mirada, ese algo—mucho que parece aureolar a la mujer de Horacio, a La Maga, engendradora por Julio, el del cigarrillo humeando eternamente entre sueños y recuerdos, y de vez en cuando como sin quererlo, eructando un conejito blanco⁽²⁾. Yo creo que no te tienes que preocupar por Horacio, entiende que él nunca sabrá cuanto amamos a La Maga, y es que él, está todo enredado, entre miles de hilos, los filamentos trenzados de su vida, esos que van y vienen cruzando su habitación de un lado a otro. Al menos yo, creo que estoy claro, y tú, espero que permanezcas lúcido, lo necesario al menos para que puedas percibir ese por siempre—jamás que nace en la sonrisa triste de La Maga, allí sentada contigo en un café, o cuando va prendida de tu brazo por un boulevard, bañada en la lluvia y el viento que ha destrozado su paraguas de basurero, o tal vez al calor de leños chisporroteando en una habitación, cálida dulzura en la mirada de osita de autostop, húmeda, hallada en un recodo del camino hacia Kindberg⁽³⁾, mientras por la ventana, podrás otear los techos y las chimeneas de ese suburbio parisino que siempre padece de otoño. Tal vez la viste acercarse caminando por un puente del Sena, y como yo una vez, estático, te quedaste esperando su encuentro. Puede que fuesen aquellos los mismos sitios por donde corriera el mutilado Polo, hombre sándwich, tan solo cubierto por dos carto-

nes, escapando de las turbas de flagelantes salpicados por la sangre y las carnes que saltaban a cada chicotazo, el mismo Polo, sí, quien inválido no se hallaba a si mismo y presentía germinar en sus espaldas una cruz queoidea ⁽⁴⁾. Polo, anticristo que una vez fue engendrado en sudorosos ritos de sanguinarios aztecas, sobre las rocas porosas y negras por el uso, esponjas de sangre y filo de obsidiana, o quizás en alguna oscura covacha Toledana escuchando recitar salmos del Talmud, en cualquier lugar del mundo donde lo hubiese decidido Carlos, allí iba a estar Polo en su afán de compenetrarse con Ludovico y con Guzmán para ascender cual una Trinidad hasta el Post des Arts, sobre el Sena, mientras percibiría como en su propia carne se metamorfoseaba con Celestina quien lo había esperado entre el humo del tiempo y el polvo de la historia para fundirse con él⁽⁴⁾. Verás llegar a La Maga paso a paso, avanzará hacia ti, se acercará sobre el puente, pero pasarán los segundos y podrás comprobar que nunca llega, y sentirás como se te aleja, se te escapa entre las carcajadas de La Dama Loca y los aullidos de la enana Barbarica, grotesca danzarina acondroplásica sobre el cadáver ya apergaminado de el antes hermoso Felipe y todos se alejan y se pierden entre la niebla.

Es por ese pensamiento mágico, el de Julio y de Carlos, por lo que me atrevo a preguntarte, ¿es que acaso tú no les conoces? Con pena me cuesta imaginar lo que será de ti sin saber nada de los sueños misteriosos de Julio, no conocer de famas ni de cronopios, ni haber oído del libro de Manuel, ni del fuego de todos los fuegos. ¡Nada! Ni tan siquiera sabrás del otro Julio, del nuestro... Ciertamente, más fácilmente llegan las imágenes a través de la caja cuadrada, la de vidrio que logró desquiciar con sus reflejos a Ceferino Rodríguez Quiñones, puede que ni llegases a verlo luciendo sus calzoncillos "Herculino"⁽⁵⁾, pero, ¿te imaginas lo lamentable que resultaría saber que nunca te enteraste de cómo Don Julio fue lanzado al espacio sideral con el cometido singular de perseguir unas enaguas sin consultarle, que osadía, ¡a las nubes!⁽⁶⁾. Pero

ya ves como años después de haber desaparecido de este mundo, a pesar de todo y de su ausencia física, gracias a las páginas impresas Don Julio regresó para quedarse entre nosotros, por segunda vez, y para describir para siempre, aunque fuese apenas un recién nacido, la alcurnia de su origen. Es que siempre se puede leer y hasta releer, la literatura se hizo para la re lectura. Bueno, en tu favor acoto que supe de una vez, cómo en uno de tus viajes, conociste a Úrsula, y ¿quién no? Hoy día no existe un ser que no respete sus manías y no acepte sus opiniones, pues su fama trascendió más allá de las salobres planicies entre Santa Marta y Río de Hacha, en otros tiempos, quizá más difíciles, cuando las circunstancias te llevaron a visitar al general Aureliano, quien para la época todavía estaba cuerdo, a pesar de que ya vivía haciendo pescaditos de oro a la sombra del árbol en el solar de los Buendía⁽⁷⁾. Supe que fue también en aquellos días de guerras y bananeras, cuando hablaste con el viejo Melquíades, a quien ahora algunos quieren confundir con Asclepius⁽⁸⁾. En ese entonces, sé que hasta la tía Amaranta te desveló algunas facetas íntimas de su resentido corazón. Hasta allá habías llegado por la ruta de Maicao, pues son tuyas esas tierras guajiras, las de Demetrio Montiel ⁽⁹⁾ y bebiste chirrinche con los Aurelianos hasta emborracharte para conocer de las trochas y mochas de los caminos verdes que nos unen al hermano pueblo Neogranadino, tan Reinoso... Lo que nunca pude averiguar, y es que de eso no hablamos, digo, si has sentido como yo el embrujo de la noche. Si alguna vez te ha acontecido como a mí, hallarte envuelto a la hora de la conciencia y del pensar profundo⁽¹⁰⁾, en una aura trémula de misterio y de miedo, y si has visto aletear detrás de tus pupilas, así cual si revoloteasen dentro de tu cabeza, cientos de mariposas del color de la flor del abrojo⁽⁷⁾. Si le prestas atención al fenómeno, si logras fijarte en alguna de ellas específicamente, al concentrarte, podrás llegar a entender como es que entre tus ojos, siempre estará allí la esquina, ese punto que contiene todos los puntos, ese rincón, el más profundo del sóta-

no en la casa de Beatriz Viterbo⁽¹¹⁾, el centro de tu mente donde Jorge Luis conociera de los prodigios del memorioso Ireneo de Fray Bentos⁽¹²⁾, antes de penetrar en el jardín donde se bifurcan todos los senderos detectables gracias a sus dotes de invidente⁽¹³⁾. No creo que sea una de tus ambiciones llegar a poseer una bacinilla heráldica como la de Fernanda⁽⁷⁾, pero te puedo asegurar que necesitas cabalgar un rato por la orilla del mar al atardecer cuando todo se vuelve como naranjas amargas y cae el sol de los venados. Algún día lo deberás hacer, puede que sea tan solo con el poder de la imaginación, pues bien vale lograrlo sin salir de ti mismo, y es que aceptemos que es difícil ensillar un caballo en estos tiempos, mas si lo haces, cuando se esté ocultando el sol, y trotes o te lances al galope tendido frente al mar, entonces podrás, sobre el lomo sudado de tu corcel, observar como se hunde el astro rey chisporroteando. Así, tal cual, como lo habría de recordar Lorenzo, con una ilusión desesperada, soñando en ese momento crepuscular, de cabalgar en el conticinio de una vez y por siempre por la orilla cambiante, e ir con Dolores, su miliciana en la grupa, ambos sobre su cálido corcel brioso que chapoteaba el agua, como lo hicieran sus cascos saltando chispas sobre las duras piedras, con barro y lluvia, tan cerca ya de la frontera francesa y de su desgracia, para sentir entonces apagarse el verde de su joven mirada bajo la ráfaga asesina de aquel avión tudesco que apareciera en el cielo lechoso ⁽¹⁴⁾.

Quizá algunas de estas cosas que te escribo, las asociarás seguramente con cosas que leíste o viviste en tu niñez, pues aunque no quieras aceptarlo, entiendo que estás, o mejor dicho, nos estamos, poniendo viejos. Recuerdo que yo era tan solo un muchachito cuando me tropecé con aquel muerto tendido en la calle y sentí llegar los músicos a la esquina donde vociferaba el pulpero y luego percibí como comenzaron a vibrar con un no sé que desgarrador, los primeros compases del himno nacional y la música sacudió mis nervios de niño y en mi sangre venezolana se encendieron los atavismos guerreros de

mi raza y rompí a aplaudir y a cantar, pero mi madre me tomó por el brazo indignada y me enseñó al muerto que estaba tendido en la calle y me dijo con una voz inolvidable. Mira “el bravo pueblo”⁽¹⁵⁾. Niñez valenciana revivida por mi entre páginas amarillentas ya, quizá escritas en el original con cabito de lápiz en las ergástulas de La Rotunda, o en las mazmorras del Castillo de Puerto Cabello, entre cangrejos y grilletes en el castillo de San Carlos, desde el exilio en Québec, o en Nueva York, creadas por José Rafael, luchador, como Miguel. Te fuiste tú sintiendo a tu patria decadente y han pasado los años y ¿donde estamos? Avanzamos y retrocedemos quizás a cada paso renunciamos un poco de lo que antes quisimos y al final, ¡cuántas veces el anhelo menguante pide un pedazo de lo que antes fuimos!⁽¹⁶⁾. Caminando con Miguel, de su mano por los polvorientos caminos donde campean las fiebres palúdicas⁽¹⁷⁾, o por los campos petroleros con esa fiebre ⁽¹⁸⁾ que inflama la sangre y seca el llanto de sus Victorianos⁽¹⁹⁾, será una maravilla saber que te has desternillado de risa con su ingenio humorístico. Ojalá hayas tenido la suerte de haberte paseado por el socavón infinito de sus noches de azabache y carbón donde ni los cascos de los centauros ni una piara de diablos gruñidores te impedirán cabalgar en un caballo blanco, galopando desde la raya del horizonte, afilando con alas de alcatraces la luz, el mismo resplandor que guió al Tirano desde las montañas, por las selvas hasta el mar, la luz que animó a sus marañones, traidor, peregrino, soldado de la ira de Dios desatada sobre la Margarita, el príncipe de la libertad⁽²⁰⁾, y tú con él, de la mano de Miguel, sin soltarle, sin dejarle pues te ha reconfortado ese calor que irradia la piedra de amor que nos legara antes de partir para quedarse eternamente entre nosotros⁽²¹⁾. Pero no era mi intención hablarte sobre Miguel, ni del padre de Doña Elvira, ni que por mi lo hiciese Castor Fulgencio ⁽²²⁾, yo quería tan solo preguntarte si recuerdas a alguien que para mi es un mito, uno de tantos nacidos de la pluma del maestro Gallegos, como Barbarita, o el bachiller Mujiquita⁽²³⁾, uno que como

el río de las siete estrellas⁽²⁴⁾ hace ya tiempo que desbordado ha florecido en nuestra tierra. Me preguntaba si conocías acaso al hombre que estuvo desnudo en el centro mismo de la tormenta, cuando reventaban copiosas magas de agua contra la selva de ramas vigorosas, quien abrazado a un mono araguato aquella vez se decía a sí mismo. ¡Que hubo, se es o no se es! A un Marcos Vargas inmortal yo me refiero⁽²⁵⁾. Regresar a Gallegos, es saludable. Vuelve a tus viejas lecturas y dime si te acuerdas de Alberto Soria, un desadaptado en nuestro mundo desde que despuntara el siglo pasado⁽²⁶⁾, parangonable a tantos habitantes de tu país actual, o a unos cuantos, tipos como Rodrigo Pola el hijo de Gervasio tan marcado por el silencioso y sufrido carácter de su madre⁽²⁷⁾, o a gente como Guillermito, mito, el vástago de Claudia Nervo castradora y dominante mujer⁽²⁸⁾ ¿y que me dices de Federico Robles y de su mujer, Norma Larragoiti?, rapaces con voracidad de un incendio, y es que un día de estos, cuando menos lo esperes, te los vas a tropezar en la calle, ellos están vivos y se repiten, en La Habana algunos se suicidan transformándose en teas humanas, como lo hiciera Norma en el afán de vengar a la raza de Ixca y de su madre Teódula Monctezuma⁽²⁷⁾, y es que todos ellos, hijos de los genios de la escrituran nacen y reencarnan en otras gentes, habitantes cualquiera de los pueblos hispanoamericanos. Puede que habiten en las pampas, en el altiplano, en los llanos, en la selva amazónica, en la cuenca del Alto Ventuari, en inhóspitas tierras llenas de indios con taparrabos y largas flechas, pobres, más ricos en sus culturas ancestrales, muchos carentes de pirámides, quizás ahora enfermos de las pestes de los civilizados, caribes, guajiros, guaraos, motilones, paraujanos, habitantes autóctonos de extensiones umbrías azul verdosas por la gran humedad, sus ríos y sus cascadas, o de desérticos parajes cuarteados por los vientos de sal, tierra de Amadis⁽²⁹⁾, con casuchas revestidas de arenisca y de polvo de tiza y cal rojizo donde las gentes no tardan en enfermar de fiebres hemoglobínúricas, melancólicas o palúdicas

que terminan por reducir a escombros sus casas ya abandonadas a su suerte por el destino infausto⁽¹⁷⁾. No sé si te ha tocado la suerte de tener que adoptar a algún ángel decrepito con alas emplumadas para que habite en tu solar y lo proteja, y que duerma en la tierra, como cualquier animal, o llegar al colmo que haberte hecho cargo de una ballena, digo una vieja inmensa como la abuela de Eréndira, la chica de la sabanita almidonada y es que estarás conminado a mantenerla y hacer que sea feliz mientras ella la entalca con harina y va arrullándola para impedirle que se inmiscuya en asuntos ajenos, que no le vaya a dar por romper el idilio de Ulises y su nieta⁽²⁹⁾, porque la increíble cetácea es muy capaz de influenciar para que se disuelva hasta el triángulo de amor más colérico que inventara el Gabo, como el de Florentino y de Fermina con el doctor Juvenal Urbino, o eliminar al loro para que no se cumpla el episodio que llevará a Fermina ya Florentino a viajar para siempre en aguas del Magdalena⁽³⁰⁾. Al doctor Urbino, creo que le sentaría bien acercarse a la taguara de Bonifacia, pues seguro estoy de que disfrutaría con las cadencias del arpa nacidas en las manos prodigiosas del viejo Anselmo mientras la selvática dueña sirve los tragos luciendo sus encantos de puta⁽³¹⁾, y todas estas situaciones tendrían lugar en uno de aquellos burdelitos de medio pelo, seguramente de los preferidos por el bandido de Florentino Ariza⁽³⁰⁾, o en realidad mejor habrían de funcionar si lo regentase Pantita, el mejor promotor de negocios en las verdes marañas del Piura⁽³²⁾, eficiente el Pantita, para sus amigos y conocidos, toda la clientela del barrio de La Maganchería y aledaños, donde si te fijas llegará Fuschía con el práctico Nieves⁽³¹⁾ y Parrita con Manrique y Jimmy con Pablo Lira⁽³³⁾ y de repente y tal hasta puede que se aparezca José Arcadio, siempre dispuesto a emborracharse por Remedios La Bella⁽⁷⁾ y estará todo el público presente extasiado, embelesado, atento al vibrar de las cuerdas del arpa del viejo Anselmo quien se inspirará virando sus ojos, poniéndolos en blanco como si soñara con la cieguita, mientras que detrás del mostrador

la Chunga Chunguita estará siempre temerosa por la posible aparición de Lituma con sus primos y que se forme un lío para que les eche a perder la noche a todos los presentes⁽³¹⁾.

Si conocieras a todo este gentío, te puedo asegurar que serías un feliz lector y si alguno se te escapa, yo te lo presento... A unos cuantos. Fíjate que siempre quise hacerlo con Moncho, me hubiese gustado que le conocieras y así lo acordé el otro día con Rubén, pero al final él insistió en que lo dejara así porque Rubén sabe muy bien que a ti no te gustan los arribistas, los trepadores, aunque sean de Lagunillas o de Bachaquero, pero le dije que no te molestarías por que tú bien sabes que esas son tonterías, al fin y al cabo así siempre serán las cosas de la política⁽³⁴⁾. Uno de estos días, casi como quién no quiere la cosa, voy y te presento a Moncho y a Zoraida, y esta Zoraida no es la mujer del cachaco scarface que detestaba Daniel Vargas ⁽³⁵⁾, pero te aseguro que sin tener que ser devoto del doctor milagroso no será necesario que te conviertas en un Alfiero cualquiera y vayas a reventarle la cabeza a los locos dejando un reguero de sesos por la carretera para quedarte así, ido, mirando zigzaguar a las moscas hasta caer en una depre balurda de esas pata de cábricas, medio abrapalábricas⁽³⁴⁾. ¿Ves porque le dieron a Luis su premio hace años ya? Si interviniese siempre el doctor milagroso, quizás le echemos a perder la historia a Carlos, una reláfica tan buena in artículo mortis como aquella, ¡caray!, pero, ¿que tal si viene el hombre y se levanta? ¡Ah Chirión mi Artemio!⁽¹⁴⁾, así le hubiese dicho mi hermanazo Mario... Por que te digo, el tipo podía estar cuasidifunto pero es que era uno de esos políticos de marras. Pues verás, ¡que problema!, o que contrariedad, contratiempo, o contratema, es como si al final del viaje no hubiese existido nunca una bomba en el maletín de Adriano⁽³⁶⁾. Son los peligros de las letras y del milagro, ni que decirte de las guerras, las de cada cual, cuando la ficción se vuelve un camino de astucias para arribar al olvido, así pudo Olivier luchar su último round como si él

mismo fuese su amigo Teo y es que de esa manera cualquiera puede entrar en el in—fight en las cuatro esquinas del cuadrilátero de la política nacional⁽³⁷⁾. ¿Te sorprende? Si piensas en montañas y en neblina, puede que recuerdes una vez, como se quemaban los cirios ante un retablo de oro macizo, allá lejos, en el silencio oscuro de un templo del altiplano andino y recordarás que en la penumbra, escuchamos el canto triste de la Pachachoca y como al fondo resonaba el gemido dulce de una quena y luego al dejar la capilla, nos salimos, sí, así saldrás, has de salir a la luz y a la vida para vislumbrar de nuevo, estando en el sitio sagrado, como asoman los balcones entre las piedras de resquicios impenetrables, allí donde los incas las ensamblaron antes de la Colonia, con matemática precisión, en cualquier callejuela del Cuzco, con sus moscas y el berrenchín a trapitos inmundos, allí veras gotear constantemente los balcones, desde siempre, sutuspa, sutsiaka⁽³⁸⁾, y masticarás tus hojitas verdes de coca y darás gracias al Señor milagroso porque tú no necesitaste trabajar en la minas. ¿Has viajado acaso en el ferrocarril de Oruro?, pues te aseguro que tienes mucha suerte de no laborar bajo la tierra, aunque pudieses vivir en el techo de América. En aquellas alturas, si planeas cual cóndor, verás las nieves del Chimborazo, o te encandilará ya en la llanura el resplandor del límpido cielo de Cipaquirá, o súbitamente, puede que te halles en la región más transparente del planeta⁽²⁷⁾, en la atalaya de Chitchenitza, o bajo la tierra de Xochicalco en un observatorio tolteca, bajo tierra, sí, como en las minas del Potosí, o con más fresco y los marullos sonando en un palafito de la laguna de Sinamaica, o ¿que tal en la cima del Aconcagua?, ¿y en el lago de Guanaco?, el de tu tierra donde siempre brilla el sol. Creo que habrá luz para rato. Siempre resplandecerá para nosotros los hispanoamericanos el sol de la libertad, porque somos un grupo de naciones muy grande con iguales raíces, y no te preocupes por ellos, pues siempre les hallarás en el camino, sobretodo en los sitios de singular riqueza más que belleza, donde existan

riquezas naturales, pero no son ellos a quienes el poeta denominó, los nietos de Moctezuma, ni descienden de Pizarros ni de Almagros, no son cachorros ni son lobeznos del Libertador⁽³⁹⁾, son... En realidad tienen pinta de turistas. Descubriste en tu tierra a los guácharos hace ya muchos años con el barón germano⁽⁴⁰⁾ y aunque parezcas un mico y des aullidos en los manglares⁽⁴¹⁾, te crees muy buen conocedor de arios, galos, gringos y sajones, de esos que han vivido cual Carlos en lides diplomáticas, o como el Javier de la batalla⁽⁴²⁾ y del corazón tan blanco⁽⁴³⁾, en las brumas del Támesis donde ahora se esconde, o se escuda el infante difunto⁽⁴⁴⁾ mientras se le vuelve humo⁽⁴⁵⁾ su prosa envenenada en el exilio⁽⁴⁶⁾. Es un fenómeno que existe, y algunos hasta se preocupan y posiblemente no es más que lo que Rosa Montero denominaba “el basurero intelectual” del escritor⁽⁴⁷⁾. Pero si hablamos del cuerpo diplomático, ¿has tomado un helado sangriento como postre en un castillo magiar?⁽⁴⁸⁾, porque para lidiar con tantos gringos viejos⁽⁴⁹⁾ hay que saber bastante de psicología, aunque sea para crear una gringa judía como la Elizabeth Ligea, la dragona, recuerdo cuando Carlos me llevó a espiarla bañándose en el mar Egeo y luego fue como un trance hipnótico al verla cambiarse de piel con su Javier y desaparecer entre los famélicos, aullantes, perros amarillos de la polvorienta Cholula⁽⁵⁰⁾. Si eres lector, cualquier cosa puede darse ante tus ojos, pero a mí, te juro que me hubiese gustado que Artemio me hablase de Regina y que lo hiciese con el corazón en la mano⁽¹⁴⁾. Todos están allí, viven dentro de los libros, algunos muy criollos, tan vernáculos como a quien Israel le dijo que saliese bien temprano para matar al presidente⁽⁵¹⁾, o cuando Emidgio escribe desde exilio sobre la vida de Lucidio y de Crisanto, sus amigos⁽⁵²⁾, otros pues serán más extranjeros que los Belzares pero valen para las letras tanto como una luna sangrienta para un casto Felipe⁽⁵³⁾ y si quieres un mejor ejemplo lee El Cuervo de Edgar Allan traducido por Pérez Bonalde⁽⁵⁴⁾. Pero no espero que hayas buceado en el archivo de Indias para indagar sobre Don José Oviedo

y Baños⁽⁵⁵⁾, ya no se vuelve a los viejos textos, no hay más perlas de Enrique Bernardo⁽⁵⁶⁾ ni de aquel pasado tejido por Don Isaac quien nos mostrara las bellezas de la tierra de gracia frente al mar Caribe⁽⁵⁷⁾. Olvidamos a Santos Luzardo⁽²³⁾ y casi ni queremos saber de Robinsones⁽⁵⁸⁾ ni de Urogallos⁽⁵⁹⁾, porque ahora se trata de que nos debemos sentir avergonzados de Los amos del Valle⁽⁶⁰⁾, pero no es mal de morir, presiento que estas tormentas son cosas pasajeras, sin duda alguna, no es lo mismo la desgracia de una solapada dictadura, que la literatura, y siempre será mejor vivir en democracia, aunque aves agoreras presagien negras nubes de desgracia.

Por todas estas cosas de las que te he venido hablando es que quisiera que compartiésemos más el gusto por la relectura de los textos literarios y para ello he tratado de referirme a nuestros autores, los más cercanos a lo nuestro, y no es que me haya metido a indigenista, pero vale la pena releer a Arguedas y que te haga sentir las profundas corrientes de los quechua⁽³⁸⁾, o a Rulfo que te dio a conocer a Anacleto Morones y a Lucas Lucate-ro⁽⁶¹⁾, si así lo quieres, cabalgarás como un jinete insome por las riberas del lago de Chaupihuaranga⁽⁶²⁾ y te detendrás en el pueblo de Rancas, quien sabe si para visitar a Chacón⁽⁶³⁾ y sabrás por boca de Scorza del guerrillero Nicolás Centenario⁽⁶⁴⁾, y si de guerrillas te hablan, siempre te acordarás de la mujer habitada en Nicaragua⁽⁶⁵⁾ y del tiempo aquel del fulgor⁽⁶⁶⁾ en la tierra de Darío cuando se invocaba el castigo divino para los envenenadores⁽⁶⁷⁾, o de la figura del dictador y Chepito sin tenerle miedo a la sangre⁽⁶⁸⁾, todas estas historias relatadas por Sergio quien ha revivido a la hija del sabio Debayle⁽⁶⁹⁾, seguro estoy de que al leerlas, en el alma sentirás una alondra cantar; su acento y volverás a pensar que vale la pena a Margarita, contarle un cuento⁽⁷⁰⁾.

Dime si conociste a Jorge Amado... Es que recuerdo una vez en Salvador, Bahía, cuando visitamos su casa y revivimos la magia de Gabriela⁽⁷¹⁾ y de los maridos de Doña Flor⁽⁷²⁾ y nos provocó cabalgar por las tierras del sin

fin⁽⁷³⁾, tan vastas como el Gran Sertón de Guimaraes⁽⁷⁴⁾, tan plenas de contrastes como las hemos visto en las producciones de O'Globo, esas, las inmensas planicies brasileñas y sus gentes que parecieran estar listas para iniciar una guerra en el final del mundo⁽⁷⁵⁾. Pero una cosa nos ha faltado, si de guerras y de de guerrillas hablamos, ¿Por qué no repasamos las atrocidades de los gobiernos populistas, literariamente hablando, digo, tal vez eso que tan bien ha desnudado Tomás Eloy⁽⁷⁶⁾, en la Argentina de Eva Duarte ⁽⁷⁷⁾ o del régimen de los militares y del horror de sus iniquidades⁽⁷⁸⁾, los héroes y las tumbas que nos mostrara Sábato incluyendo su informe sobre los ciegos⁽⁷⁹⁾, tan impresionante como la ceguera blanca que inventó Saramago⁽⁸⁰⁾. Sobre estos temas, del vecino país largo de Don Pablo, una mujer pequeña de estatura crearía desde esta tierra de gracia, grandes novelas sobre otra terrible dictadura militar austral^(81,82). Lo interesante de todo esto que te digo, es que si te dejas llevar por la magia de nuestros escritores, disfrutarás cual si estuvieras bajo el cielo de Ixtab y sin mucho esfuerzo lograrás ver jaguares danzando ^(83,84) y sabrás como unos años después de haber inventado los días⁽⁸⁵⁾, cuanto se padeció bajo nuestra dictadura dictadura de los cincuenta bajo la luna caraqueña⁽⁸⁶⁾. Ya lejanas, las ásperas hojas secas ⁽⁸⁷⁾, reverdecerán en una eterna primavera⁽⁸⁸⁾ porque Milagros habrá matado al caracol⁽⁸⁹⁾ más no su vena de escritora, y de ellas, estoy aquí obligado a recordarte el perfume de Laura⁽⁹⁰⁾ y las cartas de María Eugenia Alonso⁽⁹¹⁾ y como Antonia la genial maestra de Calicanto, nos mostró a una niña decente⁽⁹²⁾. ¡Que te puedo decir sobre la experiencia hermosa de conocer la poesía en prosa con la mano en el timón del barco⁽⁹²⁾ bajo un cielo de esmalte⁽⁹³⁾ pleno de estrellas en fuego transformadas por Ramos Sucre⁽⁹⁴⁾, y ver caer sus chispas en las aguas del Caribe para crecer esponjadas cual Madréporas⁽⁹⁵⁾ en versos, y ondular con la brisa, como un soplo dorado sobre un campo de girasoles⁽⁹⁶⁾.

Mi sana intención con todos estos recuerdos ha sido

una propuesta, para que puedas mirar siempre al cielo cuajado de estrellas y divisar un horizonte sin brumas, como una vez lo soñó en el mar de los sargazos el almirante Cristóforo, Cristovao o Cristóbal⁽⁹⁷⁾ y bien sea que vayas solo, o con una bruja y amarrado al tronco de un árbol, puedas siempre llegar con la corriente de regreso hasta el mar⁽⁹⁸⁾. Aunque venga a tu mente la chichería de la machorra Doña Felipa y resuene la música de un arpista Kimichú⁽³⁸⁾, aunque recuerdes de las montañas la neblina artera, solo espero que puedas siempre sentir las raíces de tu tierra⁽¹⁰⁰⁾, que percibas como te nutren ellas con la savia de tus ancestros, y entonces habrás de volver a cabalgar, libre, sobre el potro de tu imaginación y emerger entre las letras impresas, galopando hasta el finisterrae mismo de esta patria de gracia tuya, de esta terra nostra de Hispanoamérica.

Referencias

- | | |
|-----------------------------|--|
| 1—Cortazar, Julio. | Rayuela |
| 2—Cortazar, Julio. | Bestiario. |
| 3—Cortazar, Julio. | Octaedro. |
| 4—Fuentes, Carlos. | Terra Nostra |
| 5—Liendo, Eduardo. | El mago de la cara de vidrio. |
| 6—Garmendia, Julio. | La casa de Muñecas. |
| 7—García Márquez, Gabriel. | Cien años de soledad. |
| 8—Romero Denzyl. | Entrego mis demonios. |
| 9—Gallegos, Rómulo. | Sobre la misma tierra. |
| 10—Bello, Andrés. | La oración por todos. |
| 11—Borges, Jorge Luis. | El Aleph. |
| 12—Borges, Jorge Luis. | Funes El Memorioso (Ficciones) |
| 13—Borges, Jorge Luis. | El jardín de los senderos que se bifurcan (Ficciones) |
| 14—Fuentes, Carlos. | La Muerte de Artemio Cruz. |
| 15—Pocaterra, José Rafael. | Memorias de un Venezolano de la decadencia. |
| 16—Blanco, Andrés Eloy. | La renuncia. |
| 17—Silva, Miguel Otero. | Casas muertas. |
| 18—Silva, Miguel Otero. | Fiebre. |
| 19—Silva, Miguel Otero. | Cuando quiero llorar no lloro. |
| 20—Silva, Miguel Otero. | Lope de Aguirre, príncipe de la libertad. |
| 21—Silva, Miguel Otero. | La piedra que era Cristo. |
| 22—López, Castor Fulgencio. | Lope de Aguirre, el peregrino. |
| 23—Gallegos, Rómulo. | Doña Bárbara. |
| 24—Blanco, Andrés Eloy. | El río de las siete estrellas. |
| 25—Gallegos, Rómulo. | Canaima. |
| 26—Díaz Rodríguez, Manuel. | Idolos rotos. |
| 27—Fuentes, Carlos. | La región más transparente. |
| 28—Fuentes, Carlos. | Zona Sagrada. |

29—García Márquez, Gabriel. La increíble historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada.
 30—García Márquez Gabriel. El amor en los tiempos del cólera
 31—Vargas Llosa, Mario. La casa verde.
 32—Vargas Llosa, Mario. Pantaleón y las vistadoras.
 33—Garmendia, Slavador. La mala vida.
 34—Brito García, Luis. Abrapalabra
 35—García Tamayo, Jorge. Para subir al cielo...
 36—González León, Adriano. País portátil.
 37—Liendo, Eduardo. El round del olvido.
 38—Arguedas, José María. Los ríos profundos.
 39—Blanco, Andrés Eloy. Canto a España.
 40—Martínez, Ibsen. Humboldt & Bonpland, taxidermistas.
 41—Martínez, Ibsen. El mono aullador de los manglares.
 42—Marías, Javier. Mañana en la batalla piensa en mí.
 43—Marías, Javier. Corazón tan blanco.
 44—Cabrera Infante, Guillermo. La Habana para un infante difunto.
 45—Cabrera Infante, Guillermo. Puro Humo.
 46—Cabrera Infante, Guillermo. Mea Cuba.
 47—Montero, Rosa. La loca de la casa.
 48—Cortazar, Julio. 62 modelo para armar.
 49—Fuentes, Carlos. Gringo viejo.
 50—Fuentes, Carlos. Cambio de piel.
 51—Centeno, Israel. El complot.
 52—García Tamayo, Jorge. La Peste Loca.
 53—Herrera Luque, Francisco. La Luna de Fausto.
 54—Pérez Bonalde, José A. Traducción de "El Cuervo", poesía de Edgar Allan Poe.
 55—Oviedo y Baños, José. Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela.
 56—Nuñez, Enrique Bernardo. Cubagua.
 57—Pardo, Isaac. Esta tierra de gracia.
 58—Uslar Pietri, Arturo. La isla de Robinson.
 59—Herrera Luque, Francisco. Boves El Urogallo.
 60—Herrera Luque, Francisco. Los amos del Valle.
 61—Rulfo, Juan. El llano en llamas.
 62—Scorza, Manuel. El jinete insome.
 63—Scorza, Manuel. Redoble por Rancas.
 64—Scorza, Manuel. La danza inmóvil.
 65—Belli, Gioconda. La mujer habitada.
 66—Ramírez, Sergio. Tiempo de Fulgor.
 67—Ramírez, Sergio. Castigo Divino.
 68—Ramírez, Sergio. Me dio miedo la sangre.
 69—Ramírez, Sergio. Margarita está linda la mar.
 70—Darío, Rubén. A Margarita Debayle, en Poema del otoño y otros poemas.
 71—Amado, Jorge. Gabriela clavo y canela
 72—Amado, Jorge. Doña Flor y sus dos maridos.
 73—Amado, Jorge. Tierras del sin fin.
 74—Guimaraes Rosa, Joao. Gran Sertón.
 75—Vargas Llosa, Mario. La guerra del fin del mundo.
 76—Martínez, Tomás Eloy. La novela de Perón.
 77—Martínez, Tomás Eloy. Santa Evita.
 78—Sabato, Ernesto. Abadon el Exterminador.

79—Sábato, Ernesto. Sobre héroes y tumbas.
 80—Saramango, José. Ensayo sobre la ceguera.
 81—Allende, Isabel. La casa de los espíritus
 82—Allende, Isabel. De amor y de sombra.
 83—Quintero, Ednodio. La danza del jaguar
 84—Quintero, Ednodio. Bajo el cielo de Ixtab.
 85—Noguera, Carlos. Inventando los días
 86—Noguera, Carlos. Juegos bajo la luna.
 87—Oropeza, José Napoleón. Las hojas más ásperas.
 88—Mata Gil, Milagros. Memorias de una antigua primavera.
 89—Mata Gil, Milagros. Mata al caracol.
 90—Antillano, Laura. Perfume de gardenias.
 91—De La Parra, Teresa. Ifigenia.
 92—Palacios, Antonia. Ana Isabel una niña decente.
 93—Ramos Sucre, José Antonio. La torre del timón.
 94—Ramos Sucre, José Antonio. El cielo de esmalte.
 95—Ramos Sucre, José Antonio. Las formas de fuego.
 96—Lossada, Jesús Enrique. Madréporas.
 97—Lossada, Jesús Enrique. El reloj de los girasoles.
 98—Posse, Abel. Los perros del paraíso.
 99—Donoso, José. El obscuro pájaro de la noche.
 100—Díaz, Jesús. Las iniciales de la tierra.

F I N

de los 13 Trípticos...

Caracas, 25 de diciembre del año 2004,
Maracaibo, 8 de diciembre del año 2007—2017, 2022.

Contenido

TRÍPTICO MESOPOTÁMICO	5
LA NOCHE MESOPOTÁMICA	7
TORMENTA EN EL DESIERTO	19
EROTOENTROPIA	26
TRÍPTICO MEDIEVAL	31
LA CENA	33
IDEAS DE MUJERES	35
EL BRUJO	38
TRÍPTICO DEL PAÍS FEUDAL	47
AL FINAL DEL RÉGIMEN	49
DE CUANDO OPERARON A CIPRIANO	53
PRISIONEROS	58
TRÍPTICO INDIANO	61
ELIPSE	63
SAIMADOYI	69
NOCTURNAL GUAJIRO	83
TRÍPTICO DE COLOR Y ALMIZCLE	91
LAS ORDALÍAS	93
EL SABOR DEL SON	101
ENSALMO	107
TRÍPTICO DEL PASADO	111
AMBROSIUS	113
BAR “LA LOCA”	119
RABIA	125
TRÍPTICO DEL PAÍS ACTUAL	135
CHANTAJE	137
AMIGO RATÓN	143
DIEZ CUCHARAS	146
TRÍPTICO DE LA ORALIDAD	149
SAMPLEGORIO	151
EN LA LÍNEA DE FUEGO	161
EL ZORZAL	165

TRÍPTICO CARIBEÑO	173
UN LUGAR EN LA HABANA	175
CANTOS GREGORIANOS	183
EN LA GUAGUA	190
TRÍPTICO DEL PAÍS SUBTERRÁNEO	197
LA MUJER DEL METRO	199
UNAS CRINEJAS Y DOS LAZOS ROJOS	201
TALLER DE NARRATIVA	206
TRÍPTICO IMAGINARIO	219
SINIESTRO	221
EI COMPAÑERO	226
CANSADO VOLVERÉ	231
TRÍPTICO CINEMATOGRAFICO	235
ELLA NO ERA KIM NOVACK	237
BAJO EL CIELO DEL VENECIA	246
CONCIERTO DE CINE	253
TRÍPTICO DE LA NOSTALGIA	259
HISTORIA SAGRADA	261
VIENA DE NOCHE	265
ELOGIO A LAS LETRAS DE HISPANOAMÉRICA	273

Impreso en los talleres de la Editorial
de la Universidad del Zulia. Ciudad
Universitaria Dr. Antonio Borjas
Romero. Facultad de Humanidades
y Educación. Sótano del Bloque C.
Apartado 526, el 15 de octubre
de 2023.

Bajo la dirección del poeta
Dr. Carlos Ildemar Pérez